

JACK

CRISTINA BROCOS

Por la autora de *Mi querido Zar*

LA VAGOS
X Adi

Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Biografía de la autora](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

A los seres indefensos, víctimas de la brutalidad humana

Agradecimientos

A mi querida agente, Marta Sevilla (Agencia Literaria Zarana), quien tiene toda la serenidad que a mí me falta, quien tan buenos consejos me da y quien me infunde ánimos cuando me siento decaer y pienso en tirar la toalla. ¡Qué suerte he tenido de encontrarte, Marta!

A mi editora en Esencia (Planeta), Esther Escoriza, por confiar en mí, por creer en mi novela y por darme esta oportunidad que agradezco en el alma.

Al doctor Carlos Vicario (doctorado en Medicina y Cirugía por la Universidad Complutense de Madrid y actualmente jefe de sección de la Unidad de Cirugía de Columna en el hospital Nuestra Señora del Prado de Talavera de la Reina), por rescatarme de ese mar de la información llamado internet y en el que me sentía al paio. Gracias por tu profesionalidad, tus conocimientos y tu paciencia infinita. ¡Ha sido un lujo contar con tu ayuda! (Cualquier error sólo es achacable a mí.)

1

Se llamaba Juan José, pero todos le llamaban JJ. Su aspecto era como el de cualquier otro niño, de piernas largas como palillos y brazos largos como palillos. Había nacido en una familia como otra cualquiera, pero en su interior se estaba formando un terremoto de sentimientos.

Fue al alcanzar la pubertad cuando el epicentro del terremoto comenzó a vibrar y alteró sus hormonas, que tomaron el mando de su cuerpo y le dirigieron en direcciones hasta entonces nunca exploradas. JJ no sabía qué le ocurría, sólo sabía que tenía hambre. Un hambre que con nada se saciaba. Un hambre que le despertaba en mitad de la noche y dirigía sus pasos hacia la nevera. Un hambre que le dominaba por completo. Un hambre que le atormentaba.

Hasta que una noche de escaramuzas en busca de algo que se la aplacara, descubrió la fuente del placer: el chocolate. En él encontró la calma. Sólo él conseguía aminorar un poco sus ansias, y comerlo se convirtió en su gran pasión, en su droga, en su válvula de escape, en su refugio, en su liberación. A ninguno le hacía ascos, todos le gustaban: blanco, negro, con leche, con avellanas, relleno, con almendras... Pero había uno en especial que le robaba el alma: el de dulce de leche; el más delicioso, el más sensual, el más adictivo. Cuando lo sentía deshacerse en su boca era... como tocar el cielo.

Y fue así, dejándose llevar por semejante manjar de los dioses, como su cuerpo comenzó a experimentar un cambio tan radical que a su propia madre, en ocasiones, le costaba reconocerle bajo aquella capa de grasa que recubría sus huesos. De su padre recibió lo que había recibido siempre: golpes y más golpes, pero afortunadamente, el manto que le envolvía conseguía atenuarlos, como si de un escudo protector se tratara.

De los pocos amigos que tenía, cada vez fueron quedando menos. Quizá por la impresión que sus casi cien kilos de peso les causaba, y que, a los quince años, se transformaron en ciento veinte. JJ aprendió en carne propia que la influencia que el aspecto físico ejercía sobre las personas, tanto para atraer como para repeler, era comparable al influjo de la luna sobre las mareas. El mismo día que la báscula le informó de sus ciento veinte kilos, los últimos amigos abandonaron definitivamente la esfera de su pequeño mundo, sumiéndole en la más profunda soledad. Y fue esa soledad recién descubierta la que dirigió sus pasos hacia un lugar que nunca antes había visitado: la biblioteca.

Fue así como, en sus últimos años de instituto, JJ se introdujo en el apasionante mundo de los libros descubriendo con asombro que todos le gustaban. Clásicos o modernos, tragedias o comedias, no había género literario que no explorase, y en todos encontraba algo que le fascinaba. Los protagonistas de las historias que caían en sus manos se convirtieron en los amigos que no tenía, y su familia, la real, en un personaje secundario de su vida. Una vida que no le satisfacía y de la que intentaba escapar siempre que podía, dejando que la imaginación le transportase a aquellos lugares en los que nunca había estado, pero con los que soñaba cada noche, cuando sus dos sueños recurrentes se lo permitían.

Porque JJ tenía dos sueños. Dos sueños que llenaban sus noches y su mente. Dos sueños que le impulsaban a seguir adelante cuando sentía que ya no tenía fuerzas para continuar. Dos sueños que le hacían creer que otro mundo podía existir. Un mundo donde la brutalidad no impregnase cada rincón de la casa, donde los gritos no atormentasen su descanso, donde el miedo no tuviese cabida. Un mundo en el que poder formar un hogar, pero del bueno, del de verdad.

Ése era su gran sueño, el primero, el que deseaba alcanzar con todas sus fuerzas y en cuyo logro no pensaba escatimar esfuerzos. Pero para conseguirlo debía alcanzar su segundo sueño, el que le proporcionaría las alas necesarias para poder volar, para escapar de aquel lugar que para él era un infierno, y ese sueño era... ser bombero.

No sabía de dónde le venía esa necesidad, pero ahí estaba desde su más tierna infancia, y se había vuelto tan real como el hambre; la una llenando su mente, la otra llenando su cuerpo. Y mientras esperaba para alcanzar sus sueños, en la biblioteca se aprovisionaba de libros y en el quiosco de la esquina de chocolate, y sentado en su cama dejaba que su mente se sumergiese

en las palabras, mientras el cacao se deshacía lentamente en su boca. Cuando las borracheras de su padre subían de volumen, se ponía los cascos y escuchaba el sonido del mar, ese que sólo conocía por los libros y la televisión, pero que con su sensual cadencia era capaz de transportarlo hasta una realidad distinta, que le relajaba.

Al cumplir los veinte años, decidió que ya había llegado el momento de hacer realidad el segundo de sus sueños, ser bombero. Sus padres reaccionaron ante la noticia como lo habían hecho siempre ante todo, ella echándose a llorar y él cruzándole la cara de una bofetada, que, si bien estaba destinada a quitarle de la cabeza semejante idea, tuvo en JJ el efecto contrario: arraigando en lo más hondo de su mente y de su corazón y convirtiendo, así, lo que hasta entonces había sido un sueño en auténtica obsesión. Ni siquiera los duros requisitos que se exigían para acceder al cuerpo de bomberos consiguieron amilanarle. Se entregó a ello en cuerpo y alma, pero a pesar de la preparación intensiva y del duro entrenamiento al que se sometió, no logró pasar las pruebas. La rabia contenida se multiplicó por dos y volvió a la carga con más ahínco, dispuesto a conseguir su sueño.

En ese camino hacia la central de bomberos conoció a Pedro, quien, a pesar de tener una forma física envidiable, también se había quedado a las puertas. El problema de Pedro no era el cuerpo, sino la mente, y, reconociéndose como dos partes incompletas de un todo, ambos decidieron aunar esfuerzos. El carácter taciturno y reservado de JJ se adaptó a la perfección al campechano y bromista de Pedro, y, mientras uno marcaba un plan de trabajo basado en leer, leer y leer, el otro marcó uno basado en correr, correr y correr.

Tras un año de duro entrenamiento, JJ y Pedro entraron por pleno derecho en el cuerpo por la puerta grande, copando los primeros puestos de su promoción.

Allí encajaron desde el primer momento. Primero lo hizo Pedro, quien, con su simpatía y su personalidad extrovertida, arrastró a JJ, que, si bien era muy reservado, aceptaba de buen grado las bromas de los veteranos. Y fue uno de ellos quien le bautizó por tercera vez en su vida. Ocurrió una tarde en la que, al término de un duro turno, los hombres entraban y salían de las duchas, intentando quitarse de la piel el olor del humo y el miedo. Al ver a los novatos con la toalla enrollada en la cintura, el veterano, ya entrado en años y en kilos, dio la voz de alarma.

—¡Muchachos, ya podéis darles fuerte a las pesas! Me temo que los

refuerzos que han llegado os quitarán a las chicas con sólo chasquear los dedos.

Si bien el cuerpo de Pedro era una auténtica mole de cien kilos, el de JJ era puro hierro. Su amigo había hecho un buen trabajo con él, de los michelines ya no quedaba ni rastro y, bajo su piel reluciente por el agua, se marcaban todos y cada uno de los músculos que un hombre tiene en su cuerpo, y alguno más que la mayoría tiene escondidos.

—¡Dios santo! —exclamó asombrado el veterano—. ¡Es Jack!

—¿Quién es ése? —preguntó Pedro.

—¡Oh, claro, vosotros no tenéis ni idea, sois demasiado jóvenes! Verás..., hace muchos años se hizo muy famoso un anuncio de la tele. Una rubia exuberante, subida en una moto de gran cilindrada y enfundada en un mono de cuero negro, se quitaba el casco moviendo su preciosa melena rubia y, bajándose la cremallera del mono, enseñaba el comienzo de sus pechos mientras decía con voz insinuante: «Busco a Jack». Fue un anuncio muy famoso en aquella época, os lo aseguro.

—No era Jack —dijo otro veterano entre risas—. Era Jacq's.

—No me discutas, que yo soy más viejo —contestó el primero, frunciendo el ceño—. Era Jack.

—¿De qué era el anuncio? —preguntó JJ.

—¡Eso es lo más curioso! ¡No tengo ni pajolera idea de qué anunciaban, pero del resto me acuerdo de todo!

Así fue como JJ se convirtió en Jack, y en aquel momento comenzó su leyenda. Con su carácter taciturno y reservado, su cuerpo de infarto, su pelo negro como la noche, sus profundos ojos marrones y su nariz aguileña, parecía tener un imán invisible para atraer a las mujeres como abejas a un panal de rica miel. No había fémica en la ciudad que no perdiese los papeles cuando aquel hombre la miraba, ganándose así una fama de rompecorazones que no le gustaba, pero que era la envidia de sus compañeros. Sin embargo, por más que las mujeres se le ponían en bandeja, Jack nunca parecía satisfecho.

Una tarde, desconcertado, Pedro le preguntó:

—¿Y la rubia del sábado, Jack? ¿No has vuelto a quedar con ella?

—No.

—¿Por qué? Era muy guapa.

—Sí, lo era, pero hay otras cosas aparte del cuerpo, Pedro.

—¡Ya, hombre, pero es que la tía estaba cañón!

—Sí, bueno, era lo único que tenía, te lo aseguro.

—Jack, ¿puedo preguntarte qué buscas en una mujer?

—Busco... que me motive..., que me divierta..., que me emocione..., que me conmueva. En pocas palabras, que me llene.

—Ya. ¿Y la rubia no era así?

—No, Pedro, la rubia sólo quería follar, sólo eso, no le interesaba nada más. ¡Joder, tío, desde que estamos aquí he conocido a más mujeres que en toda mi vida, y no ha habido ninguna que me llenase de verdad, ninguna! ¡Es desesperante!

—Bueno, pues piensa que ya llegará. Tiene que haber alguien en este gran universo que sea perfecta para ti. ¿Cómo te gustaría que fuese? Físicamente, me refiero.

—Eso no tiene importancia, Pedro, ninguna importancia, te lo aseguro.

2

Cuando se acercó al cuartito bajo la escalera, el olor del alcohol llegó a mis fosas nasales inundando mis pulmones al momento, provocándome unas arcadas que no tuve más remedio que contener. Golpeó la puerta con fuerza, mientras su voz ronca y atronadora se colaba entre las rendijas de las tablas de madera y entraba en mis oídos, alterando mi mente y estremeciendo mi cuerpo una vez más.

—¡Mañana es el gran día, puerca! —gritó—. ¡Mañana nos desharemos de ti! —Dio otro golpe que hizo retumbar la casa entera—. ¡No volverás a darnos problemas nunca más!... No dices nada, ¿eh?... ¡Te ha venido bien estar aquí encerrada, sí, te ha venido bien! ¡Deberíamos haberlo hecho el día que llegaste, ese mismo día deberíamos haberte metido aquí, en el hoyo!

Subió la escalera y sentí la vibración de cada uno de sus pasos sobre mi cabeza. Varias horas después, cuando los gritos de los niños ya habían cesado y LA CASA se había quedado en silencio, oí crujir el tercer escalón: era la niña. Sus pasos eran inconfundibles, y yo, después de llevar tanto tiempo allí metida, sabía identificar quién era quién sólo por su forma de caminar. Conocía los sonidos de LA CASA mejor que nadie, cada quejido del suelo, cada crujir de las vigas, cada ráfaga de aire que se colaba por los agujeros. A veces, en la oscuridad de la noche, cuando cerraba los ojos, habría jurado que LA CASA me hablaba; podía escuchar sus susurros, podía oír sus lamentos.

Se acercó a la última tabla, la que estaba suelta, la quitó lentamente y me entregó una manzana que cogí con ansia; aquel día era lo único que me llevaba a la boca. Si no hubiese sido por ellas, por las niñas y las manzanas, ya me habría muerto de hambre haría mucho, mucho tiempo.

—Gracias.

—No he podido traerte más, lo siento —susurró, acurrucándose al otro lado de la puerta.

—No importa, está muy rica.

—¿Tienes agua?

—Sí, aún tengo.

ELLA se ocupaba de ponérmela cada día, pero no para evitar que muriese de deshidratación, sino para recordarme que yo tan sólo era un perro.

—Te vas mañana. —Su voz se tiñó de tristeza—. Me gustaría que te quedaras, te echaré de menos.

—Paloma, ¿quieres que te cuente un cuento?

—No, hoy no me apetece... ¿Por qué no me cantas?

La tristeza de su voz me partió el alma. Yo había sido su confidente desde su llegada. Noche tras noche, se acurrucaba al otro lado de la puerta y, noche tras noche, derramaba cientos de lágrimas. Adondequiera que fuese, su voz y su llanto irían conmigo, me acompañarían siempre, jamás podría olvidarlos. Me vino a la mente *La frase tonta de la semana*,^[1] de La Quinta Estación, la última canción que escuché, por las noches la recordaba y la cantaba muy bajito, porque, a pesar de todo, aún podía cantar.

—No entiendo esa canción, pero es muy triste. ¿Quién te la enseñó?

—La oí la última vez que la acompañé a ELLA al pueblo y, aunque te parezca una canción triste, dice algo muy importante que quiero que recuerdes... «No me voy porque quiera irme, sino porque tengo que irme». — Su llanto al otro lado me partió de nuevo el alma—. Y también quiero que recuerdes que ahí fuera hay un mundo que te está esperando. Cuando las cosas vayan mal aquí dentro y sientas que ya no puedes más..., quiero que pienses en el mundo que está ahí fuera, Paloma, esperándote. Porque algún día saldrás de aquí, algún día podrás extender tus alas y volar, algún día serás libre de nuevo... ¡No lo olvides nunca! ¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

Yo también me había hecho una promesa: que cuando consiguiese salir del cuartito bajo la escalera, miraría LA CASA por última vez. Después de tanto tiempo allí metida, su imagen se había desdibujado de mi memoria y quería volver a verla, quería recordarla bien. Pero cuando ÉL abrió la pequeña puerta de madera, la luz cegadora me hizo apretar los ojos con fuerza. Me agarró del pelo y me llevó a rastras hasta la puerta principal, siguió

arrastrándome sobre los escalones de la entrada, golpeando mi escuálido cuerpo contra cada uno de ellos, uno tras otro, los cinco, hasta llegar a la furgoneta, donde me tiró en la parte trasera, entre picos y palas.

—¡Espera! —oí que gritaba ELLA—. ¡Tiene que llevarse sus papeles! Si la encuentran sin ellos, tendremos problemas.

Tiró la bolsa sobre mi desnutrido y magullado cuerpo y la furgoneta se puso en marcha. Seguí acurrucada, sin hacer un solo movimiento, hasta que poco a poco fui abriendo lentamente los ojos. ¡Allí estaba! ¡El mundo que siempre supe que había fuera! ¡El que me estaba esperando, el que aguardaba por mí, el que anhelaba, el que deseaba, el que merecía! ¡Por fin sería libre! ¡Por fin! ¡Por fin! ¡Por fin!

El camino de tierra dio paso al asfalto, pero seguí sin moverme, no quería despertar a LA BESTIA. Cuando mucho tiempo después la furgoneta se paró, me quedé muy quieta. Me sacó de ella de la misma forma que me había metido, agarrándome por el pelo y tirando de mí. Me arrastró lejos de la carretera, hasta una arboleda, y allí, entre los árboles, se sentó sobre mi cuerpo y descargó sobre mi cara bofetada tras bofetada. Las conté..., una..., dos..., tres..., al llegar a diez se cansó.

—¡Llegaste aquí siendo NADIE y te vas siendo NADIE! —gritó—. ¡Si abres la boca para decir algo, no te creerán, como no te creyeron antes! ¡Porque no eres NADIE! ¡Porque no le importas a NADIE! ¡Porque no te quiere NADIE! ¡Si nos enteramos de que dices algo, te encontraremos y te traeremos aquí de nuevo, y entonces... entonces sabrás lo que es el infierno!

Continuó pegándome hasta que perdí el sentido. Cuando volví en mí, me recibió la oscuridad de la noche y el olor de la orina. LA BESTIA se me había meado encima, me había dejado su sello, su huella, su despedida. Cerré los ojos con fuerza y agucé el oído, mi sentido más desarrollado gracias a ELLOS. Me llegó el sonido del agua y lo seguí en la oscuridad, a gatas, como tantas veces había hecho.

—¡Tengo que ir al baño, por favor, por favor, ábreme la puerta!

—¡Sólo si te pones a cuatro patas, como un perro! —gritaba ELLA entre carcajada y carcajada, abriéndola.

Nunca había deseado tanto sentir el agua sobre mi piel. El frescor del pequeño riachuelo me estremeció al momento y un grito desgarrador salió por mi boca. Me tendí sobre el agua, hundiendo en ella mi hinchada cara, dejando que su frescor me sanase, me curase, me hiciese sentir viva de nuevo. No derramé ni una sola lágrima, pero la necesidad de gritar abrió mi boca y lo

hice con todas mis fuerzas.

—¡Soy alguien! ¡Soy alguien! ¡Soy alguien!

Al borde del pequeño arroyo pasé mi primera noche en libertad. Acurrucada sobre el tronco de un árbol, sintiendo sobre mi piel la suavidad de su musgo y recibéndola como si de una caricia se tratase. Al día siguiente, y por primera vez en mi vida, robé. En una granja cogí del tendedero unos pantalones y una camisa y, como no encontré zapatos, caminé descalza siguiendo la senda de los árboles frutales que encontré en mi camino y que fueron mi particular maná. Sentí el calor del sol, ese que no había visto desde hacía tanto tiempo, lo sentí entrar en mi cuerpo y llenarme de la energía que tanto necesitaba. Y mientras recorría la carretera, sin saber adónde me llevaba, mi mente recitaba mi particular mantra: «No habéis podido conmigo, he sobrevivido al infierno y he salido de él. No habéis podido conmigo porque soy alguien, soy alguien, soy alguien».

Tardé mucho en encontrar un pueblo. El cuerpo me pedía descanso a cada momento, las piernas comenzaban a temblarme y tenía que sentarme a recuperar el resuello. Tanto tiempo allí metida había destrozado mi físico, pero mi mente seguía viva, y ella me dio las fuerzas para continuar caminando, para seguir viviendo. Cuando por fin llegué a uno, busqué un banco y saqué dinero, lo único a lo que ellos no habían podido acceder: mi dinero. Compré ropa y calzado y busqué una estación de autobuses.

—Quiero un billete —le dije a la mujer que estaba tras la ventanilla.

—¿Adónde? —me preguntó con una pequeña sonrisa.

—A cualquier sitio.

—Ya, pero necesito que me digas... un destino —dijo, mirándome preocupada.

—El que esté más lejos.

—Pues... el que hace mayor recorrido es... el número cinco..., llega hasta...

—¡Ése, ése es el que quiero!

3

Miré la pantalla del ordenador y suspiré profundamente. Diez años habían tenido que pasar hasta llegar a aquel momento. Acerqué el cursor al botón de enviar y lo pulsé. ¡Ya estaba hecho! La historia ya estaba contada, ahora ya no sólo me pertenecía a mí. Ahora todo el mundo podría conocerla, podría verla a través de mis ojos, como yo la vi, como yo la viví, como yo la sufrí.

Me limpié las lágrimas que corrían por mis mejillas y cerré el correo. Apagué el ordenador y me di una larga ducha. Desayuné y bajé al garaje. Necesitaba ver un nuevo amanecer, necesitaba sentir el frescor de la mañana, necesitaba ver salir un nuevo sol tras el horizonte. Encendí el reproductor de música y abrí la ventanilla, mientras la voz rota y desgarrada de Rosana inundaba mi coche y mi alma. Salí a la carretera en busca de un nuevo día, de una nueva vida, y fue allí, sobre el frío asfalto, donde encontré mi destino.

Tan pronto como entré en la autovía tuve un mal presentimiento. A los pocos kilómetros, el carril izquierdo apareció cortado por obras y las señalizaciones de luces amarillas comenzaron a salpicar cada tramo de la carretera. Pero lo peor aún estaba por llegar, y lo hizo de repente, como salido de la nada: la niebla. Surgió ante mí como si de un suave manto se tratase, envolviéndolo todo en una lenta caricia. En cuestión de segundos, el horizonte que había ante mis ojos se desvaneció por completo, dejándome visibles sólo unos pocos metros. Y, para acabar de darle un toque aún más estremecedor al momento, los operarios comenzaron a aparecer por los arcones, enfundados en sus chalecos reflectantes, como auténticas figuras espectrales. Y fue entonces, cuando la sensación de irrealidad lo inundaba todo, cuando la furgoneta se materializó ante mí.

Las luces de emergencia me hicieron parar en seco y, aunque los frenos

respondieron bien, me quedé a un palmo de distancia de ella, con la respiración entrecortada y el corazón a punto de salirse por la boca. La sacudida de la frenada hizo subir por mi garganta un grito, apoyé la cabeza en el volante e intenté serenar mi desbocado corazón mientras mis manos temblorosas lo apretaban con fuerza. Encendí las luces de emergencia de mi coche y llevé la mano hacia el chaleco reflectante, que siempre estaba en el bolsillo de mi puerta, pero no tuve tiempo de tocarlo siquiera. Dos luces blancas aparecieron en mi retrovisor inundándolo todo, llenándolo todo, paralizándolo todo.

Es curiosa la extraña dimensión que tiene el tiempo. Lo que no fue más que un segundo me pareció una eternidad. Mis ojos se clavaron en las luces del camión blanco, que se hacían más y más grandes por momentos. Dos luces que lo iluminaban todo, que lo llenaban todo, y, mientras mi mente gritaba en silencio «¡Párate, párate!», cerré los ojos y esperé. No había nada más que yo pudiera hacer salvo esperar. Las luces lo inundaron todo y todo se volvió negro.

Y la luz se convirtió en oscuridad.

El aviso llegó a la central y los bomberos saltaron de sus literas. La sirena sonaba insistentemente mientras recibían las noticias con cuentagotas: «Accidente en la autovía de Brión. Dieciséis coches implicados. Obras en la calzada. Tráfico colapsado».

Pedro ya estaba al volante del camión cuando los hombres comenzaron a entrar. Fue entonces cuando vieron aparecer al jefe, con paso renqueante, arrastrando sus muchos kilos de más y llevando en la mano el casco, que miraba como si de un instrumento de tortura se tratase.

—Pero ¿adónde diablos se cree que va, jefe? —exclamó Pedro.

—¡Arranca de una puta vez! —le gritó él, subiéndose al camión con dificultad—. ¡Hay muchos coches accidentados, necesitaréis todas las manos posibles!

—¿Le ha entrado nostalgia, jefe? —preguntó Jack con una sonrisa, apiadándose de él y colocándole el casco sobre la reluciente calva.

—¡Me ha entrado miedo, Jack! ¡Por las tonterías que haces últimamente! ¡Así que mejor tenerte vigilado!

Si llegar hasta el lugar del accidente no fue tarea fácil, lo que allí se encontraron sobrepasaba con creces sus peores expectativas, y no les quedó

más remedio que reconocer que las manos del jefe, si bien ya algo desentrenadas, fueron tan importantes como las demás para sacar a aquella pobre gente del amasijo de hierros en que se habían convertido sus coches.

El camión blanco, cargado hasta los topes de líquido inflamable, se había empotrado contra una furgoneta que se había averiado, y, tras él, catorce coches, que, por culpa de la niebla, no habían tenido tiempo de frenar y se habían estrellado uno tras otro, hasta convertir aquel kilómetro de la autovía en un terrible espectáculo digno del mejor desguace.

El primero de los camiones de bomberos comenzó a descargar sobre el camión blanco litros y litros de espuma, en un intento de frenar posibles explosiones. Los bomberos del segundo camión, en el que iba Jack, empezaron a excarcelar a los heridos. Uno a uno fueron sacándolos, entre gritos, llantos y lamentos, e introduciéndolos en las ambulancias, que comenzaron a hacer el camino de vuelta en dirección a los hospitales, ya alertados de la que se les venía encima.

Cuando todos los heridos estuvieron camino del hospital y el camión blanco aparentemente estabilizado, pudieron por fin acercarse a la furgoneta, que había sido estampada literalmente contra el guardarraíl primero y contra el muro de tierra después. Los sesos del conductor y uno de sus pies estaban desperdigados por la cuneta, y fue entonces cuando vieron la rueda del pequeño utilitario.

—¡Pedro, mira! —le indicó Jack.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó su compañero asombrado—. ¿Hay un coche en medio? ¡No, es imposible!

—¡Pedro, aquí hay otra rueda!

—¡Hostias, tío, no me jodas! —dijo su amigo, frotándose la cabeza con la mano—. Bueno, pues por éste ya no podemos hacer nada. Habrá que esperar a que lo levante la grúa.

—¡Hay que mirar, Pedro! —exclamó Jack, quitándose el casco.

—Pero ¿quién coño va a estar vivo ahí, Jack?

Sin embargo, pedirle a Jack que no hiciese algo provocaba en él el efecto contrario. Así que, sin hacer caso de las protestas de su compañero, se tiró al suelo. Siempre había que comprobarlo, sólo así conseguía dormir bien por las noches, cosa que no ocurría muy a menudo. Sus ojos recorrieron el amasijo de hierros aplastados cuando una voz llegó a sus oídos. Aquella voz no estaba en su cabeza, salía de algún sitio. Quizá no fuese más que un reproductor de música que seguía funcionando a pesar de todo. ¡Cosas más raras habían visto!

Jack se arrastró sobre la carretera y metió la cabeza entre los hierros en busca de algún indicio de vida, y fue allí, sobre el frío asfalto, una fría mañana de otoño, donde encontró su destino.

La mano, temblorosa y ensangrentada, era tan real como el olor a quemado que todo lo envolvía, y, mientras sus ojos la miraban asombrados, la voz volvió a sonar y se coló por sus oídos, transportándole de golpe a lugares conocidos, a lugares de su infancia, a la sutil cadencia de las olas sobre la arena, a la magia de los libros. La voz, suave y cálida, sonaba con el más increíble de los sosiegos, lenta y tranquila. Y fue así, lentamente, como se coló en su interior en forma de suave caricia llenándole de una luz que nunca antes había visto, iluminando su alma de algo nunca conocido y despertando en ella anhelos hasta entonces no sentidos.

La explosión y los gritos de Pedro le hicieron volver a la realidad, obligándole a regresar del lugar en el que se había perdido.

—¡Hay que salir de aquí, Jack! ¡Venga!

—¡Hay alguien aquí, Pedro, hay alguien aquí! —gritó Jack, levantándose del suelo.

—¡No me jodas!

—¡¿Qué coño hacéis?! —preguntó el jefe, llegando sudoroso hasta ellos.

—¡Hay alguien atrapado, jefe! —exclamó Jack.

—¿Cómo que hay alguien? ¿Ahí? ¡Es imposible!... ¿Qué es ese ruido?

—¡Creo que está cantando! —dijo Jack, tirándose de nuevo al suelo.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

El jefe comenzó a vociferar y los bomberos rodearon el coche entre órdenes y gritos, pero Jack ya no los escuchaba. Sus manos intentaban abrirse un hueco buscando la voz que le guiaba, que le atraía, que le llamaba. Hasta que la voz dejó de cantar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó—. ¡Háblame! —gritó—. ¡Háblame, dime cómo te llamas, dime cómo te llamas!

—Lis...

—Bien... Lis, tranquila, ¡te sacaremos de ahí! ¿De acuerdo?

Introdujo una mano entre los hierros hasta llegar a la mano ensangrentada, que temblaba incontrolablemente. La cogió con cuidado, con mucho cuidado, y fue entonces cuando ocurrió... Una descarga eléctrica salió de aquella mano temblorosa e impactó en la suya. Una descarga que le hizo tragar saliva desconcertado, una descarga que inundó su cuerpo de un calor que nunca antes había sentido y que llegó a lo más profundo de su corazón y de su alma,

sacudiéndolos como si de un auténtico desfibrilador se tratase.

La descarga que sufrió su cuerpo coincidió en lugar y tiempo con una nueva explosión del camión blanco, que puso al jefe al borde del infarto.

—¡Rápido, muchachos, esto se pone feo!... ¡Jack, si te digo que salgas de ahí cagando leches, quiero que salgas de ahí cagando leches! ¿Entendido?

Pero Jack ya no lo escuchaba, porque los sonidos de la voz comenzaron a transformarse en lentos quejidos.

—¿Qué pasa?... ¿Qué te pasa, Lis?

—Me duele..., me duele...

—¿Dónde te duele?

—La espalda..., me duele..., me duele...

—¡Tienes que aguantar! ¡Aguanta, te sacaremos pronto, aguanta un poco más!... ¿Cuántos años tienes, Lis?

—Eso no se le pregunta... a una mujer...

La sonrisa que apareció en la cara de Jack habría hecho derretir el casquete polar, pero ella no podía verla, sólo podía sentir el terrible dolor que, como auténticos cuchillos, le atravesaba la espalda. Entonces, una nueva explosión lo cambió todo.

—¡Fuera! —gritó el jefe—. ¡Todos fuera ahora mismo! ¡Todo el mundo fuera!

Fue hombre por hombre, empujándolos lejos de aquel infierno en el que se estaba convirtiendo la carretera. Pero cuando vio que Jack no se movía, lo agarró por los pies y lo arrastró sobre el asfalto.

—¡Joder! —exclamó él—. ¡No podemos dejarla aquí! ¡No podemos dejarla aquí!

—¡Fuera ahora mismo, Jack! ¡Es una orden!

Lo agarró con fuerza por un brazo y, sin quitarle los ojos de encima, lo llevó hasta el coche del jefe de policía, mientras las explosiones se sucedían una tras otra, convirtiendo aquel kilómetro de la autovía en una auténtica bola de fuego.

Pero si el líquido inflamable lo quemaba todo por fuera, lo que ardía en terribles llamaradas era el corazón de Jack, que, una vez despertado a la vida, ya no podía volver a su estado original de aletargamiento. La llama que había surgido en su interior se hacía más y más grande a cada segundo que pasaba, quemándole con tanta intensidad como las llamas que tenía ante sus ojos lo devoraban todo. Y fueron esas llamas recién descubiertas y que inundaban su torrente sanguíneo las que agujearon su cuerpo, haciéndole desobedecer

una vez más a su jefe, quien, enfrascado en una conversación con el de policía, le perdió de vista un segundo, un solo segundo... Y ese tiempo fue más que suficiente para que Jack atravesase el manto de humo y se lanzase hacia su destino.

—¿Qué... qué haces aquí...? —preguntó Lis al sentir su mano—. Vete..., es peligroso..., vete...

—¡No te dejaré sola! ¿Qué estabas cantando?

—Tienes... que irte..., vete..., vete... —dijo ella soltando su mano.

—¡No me voy a ir, así que no me sueltes la mano! —contestó él muy serio, volviendo a cogérsela.

—Yo... no merezco la pena... Vete..., vete...

—¡No digas eso!

—Nadie me echará de menos... Vete..., por favor..., vete...

—¿Quieres dejar de protestar? ¡No voy a ir a ningún sitio!

—¡Qué mal genio tienes!

—Sí, muy malo —repuso él sonriendo—. Así que no me provoques y dime qué canción cantabas.

—¿Por qué?... ¿Por qué tienes... mal genio?

—No lo sé —respondió Jack.

—Todo tiene... un porqué...

—Dime qué canción cantabas, por favor, era muy bonita.

—Es... es un disco de Rosana... Me gusta..., es precioso...

—No lo conozco... ¡Canta para mí, por favor!

El ruego fue acompañado de una lenta caricia que la hizo olvidar las explosiones que se producían a su alrededor. Una caricia que la llevó al mismo cielo, ese que siempre supo que estaba fuera, en el mundo que la rodeaba, un mundo en el que volvía a estar atrapada, paralizada, aterrorizada. Y, como cada vez que se había sentido así, su boca se abrió y por ella salió la música, liberando toda la esperanza que había en su alma. El susurro inundó el aire que los rodeaba, impregnándolo de vida, entró por los oídos de Jack y fue directo a su alma, porque lo que del alma sale llega al alma.

—Cuando estoy triste o asustada siempre canto. ¿Tú... qué haces?

—Yo como chocolate. —La risa que salió de la boca de ella fue para Jack otra canción, otro regalo que los dioses ponían ante él, y como un regalo la recibió, con una gran sonrisa—. ¿A ti te gusta el chocolate, Lis?

—Claro...

—¿Y cuál te gusta?

—El blanco... ¿Y a ti?

—Verás, yo tengo un problema con el chocolate, porque... me gustan todos.

Una nueva risa escapó de los labios de Lis, hasta que los gemidos de dolor la borraron, haciéndoles regresar a la realidad. A ello contribuyó en gran medida el vozarrón del jefe, que, metiendo la cabeza entre los hierros, bramó con fuerza:

—¡Jack, tú y yo tenemos que hablar muy seriamente!

—Sí, señor.

Los trabajos para sacar a aquella mujer del lugar en el que el destino, en forma de camión, la había puesto se alargaron durante horas. Los bomberos estaban exhaustos, como ella, quien milagrosamente y sin que nadie se lo explicase, seguía viva. Cuando consiguieron acceder a su cuerpo, los sanitarios tomaron el mando, hasta que intentaron colocarla en la camilla.

—¡Joder! —resopló uno de los enfermeros—. ¡No puedo! ¡No puedo, joder, necesito ayuda!

—¡Quita! —exclamó Jack, apartándolo—. ¡Yo lo haré!

—Lo siento..., lo siento —susurró Lis—. Peso mucho...

—Eso no importa —dijo Jack suavemente, colocándola con cuidado sobre la camilla—. No importa nada. —Acercó los dedos y recogió la lágrima que caía lentamente por su sien—. No llores, Lis, no llores, ya estás a salvo.

Y fue entonces cuando el mundo de Jack cambió, cuando lo conocido hasta entonces cobró una nueva dimensión. Cuando los ojos de Lis se abrieron y le mostraron su fulgor, a Jack se le paró el corazón. Los ojos más hermosos que había visto en su vida estaban ante él, vivos, brillantes y llenos de terror. Los ojos, del color del chocolate que tanto le apasionaba, le miraban sorprendidos, le miraban con temor, llenándose de lágrimas, queriendo escapar de aquel horror. Y en esos ojos Jack se perdió.

—No tengas miedo, Lis, no tengas miedo... Ahora te llevarán al hospital y..., no tengas miedo, no tengas miedo.

De lo que ocurrió después de que las luces del camión blanco inundaron mi retrovisor no recuerdo casi nada. Estuve mucho tiempo inconsciente y, cuando volví a abrir los ojos, el olor a quemado lo llenaba todo. Intenté

moverme, pero un dolor insoportable me recorrió la columna vertebral, haciéndome sentir una vez más que estaba en el infierno. De nuevo me sentía encerrada, como tantas veces en LA CASA, notando bajo mi cuerpo un frío terrible, y completamente paralizada. Así que hice lo único que podía hacer, lo que había hecho tantas y tantas veces cuando mis carceleros cerraban la puerta y tiraban la llave. Cerré los ojos y canté.

El disco de Rosana había ocupado mis días y mis noches las últimas semanas, se me había metido dentro y ya formaba parte de mí. Una a una, recorrí sus canciones, mientras a mis oídos llegaban gritos y lamentos, y me preguntaba por qué nadie me ayudaba, como tantas veces me lo había preguntado en LA CASA. Pero como para esa pregunta nunca encontré respuesta, seguí y seguí cantando, recordando que, ocurra lo que ocurra, siempre hay un mundo fuera, un mundo que te está esperando. Dejé que la música serenara mi alma y la reconfortara, que despertara en ella lo que tanto me hacía falta para seguir viviendo, para seguir luchando: la esperanza.

Pero entonces, una mano agarró mi mano. Una mano fuerte y segura que me dio confianza. Una mano que acarició la mía como nunca nadie la había acariciado. Una mano que se quedó conmigo mientras su voz me hablaba. No recuerdo lo que me dijo, pero ahora ya no siento su mano, ya no la siento y tengo miedo... Tengo miedo y aquí hace frío, igual que en LA CASA. No puedo dejar de temblar, y el temblor recorre mi espalda, y los cuchillos se me clavan por dentro... Quiero que esto termine, quiero que se acabe, quiero salir también de esta CASA. Veo caras a mi alrededor que me miran extrañadas, y vuelven a mi mente las canciones de Rosana. Entonces la luz lo inunda todo, quizá sea esa luz de la que la gente habla, la que ven los que han estado muertos... Quizá debería ir hacia ella, pero tengo miedo, tengo miedo..., tengo tanto miedo... y me falta su mano...

—¿Me quieres decir qué coño te ha pasado? —El manotazo del jefe sobre su espalda lo devolvió a la realidad.

—Lo siento, jefe, lo siento.

—¡No, Jack, no, con sentirlo no basta! ¡Esto tiene que cambiar! Las órdenes hay que cumplirlas y esta vez no te vas a ir de rositas. ¡Ni lo sueñes!

Jack no contestó. Sus ojos estaban fijos en la carretera y en una ambulancia que, con las sirenas y las luces encendidas y a toda velocidad, trasladaba a una mujer que debería estar muerta hasta un hospital, mientras él

se preguntaba cuál.

4

El día había sido más largo de lo esperado pero, aun así, los bomberos, una vez el agua de la ducha se llevó el polvo, la sangre y el miedo, se encaminaron hacia su lugar habitual de reunión: el bar de enfrente del parque. Allí, alrededor de unas cervezas, los ánimos volvieron a su estado normal, gracias a la inestimable ayuda de Pedro, el alma de la fiesta. Hasta que alguien preguntó por el compañero que faltaba.

—Pues hablando del rey de Roma —dijo Pedro, mirando hacia la puerta, por donde el compañero entraba con un apósito en la frente—. ¿Cómo estás, tío?

—Bien, bien, es una quemadura superficial, poca cosa —contestó, sentándose a la mesa y pidiendo una cerveza—. ¡Estaba deseando salir de allí! ¡Joder, cómo gritaba el tío del camión! ¡Y sólo porque tiene las piernas rotas! Las enfermeras estaban desesperadas, y ya no digamos la policía; a alguno han tenido que mandarlo fuera de urgencias. ¡Le tenía unas ganas! —Los otros lo miraron intrigados—. ¡Ah, es que no sabéis la última! ¡Le han hecho las pruebas de alcoholemia... y triplicaba la tasa!

—¡Hostias! —exclamó Pedro.

—Pero ¡eso no es lo peor! —agregó su compañero, dándole un buen trago a su cerveza—. Además de los dos muertos que hemos sacado, han fallecido dos más en el hospital.

La mente de Jack, que hasta ese momento estaba en un mundo paralelo al que nadie salvo él tenía acceso, regresó de golpe a la mesa, clavando su mirada en el compañero, mientras sentía cómo su corazón comenzaba a bombear descontrolado.

—¿Ha muerto ella..., la última mujer que sacamos?

—No, ella no, Jack, pero está jodida, muy jodida. Cuando me he ido aún estaba en el quirófano. Una de las enfermeras..., la que salió con Álvaro, ¿os acordáis?..., me ha dicho que cuando le han puesto la anestesia no le hacía efecto, que la tía no se dormía. Creían que no podrían operarla, hasta que el anestesista le ha cogido la mano... y la tía se ha quedado grogui al momento. ¡Joder, chicos! ¡Esta vida es una puta mierda!

—¿Qué edad tiene, Jack? —preguntó Pedro.

—No lo sé..., veintitantos, no creo que llegue a treinta. ¿Quién la acompañaba?

—¡Joder, tío, ésa es otra! No tiene a nadie, no tiene familia a quien llamar. Cuando le han dicho que la iban a operar, les ha pedido que cogiesen de su bolso el carnet de donante de órganos... por si algo salía mal ¡Qué puta vida! ¡Sin comerlo ni beberlo y se encuentra con un cabrón que iba borracho!

Mientras Pedro pedía otra ronda, Jack se refugió en los servicios. Encendió un cigarrillo, intentando serenar su mente del terremoto que estaba sufriendo. No podía quitársela de la cabeza... Su voz..., su mano..., su piel..., su risa. Cuando regresó a la mesa, había mucho movimiento, un grupo de chicas habían llegado al bar y lo habían revolucionado, y entre ellas estaba Carla.

Tan pronto clavó en él sus increíbles ojos azules, ya no los apartó, iniciando su conocida avanzadilla. Para Carla, su cuerpo de infarto, sus medidas perfectas, su sonrisa «profident» y su melena de anuncio habían sido siempre una garantía para conseguir a los hombres, y Jack... era un hombre, y así le había conseguido un año antes. Pero aunque en los últimos meses no había vuelto a llamarla, ella no dejaba de buscarle. No podía resistirse al magnetismo de aquel hombre, que la tenía cautivada. Se pegó a él como una lapa y, cuando los bomberos levantaron el campamento y Pedro se puso al volante, acompañado de su «churri», como él la llamaba, Carla se abalanzó literalmente sobre Jack y comenzó a meterle mano.

—¡Oye, Carla, hoy estoy cansado, es mejor que te vayas a casa!

—Pero ¿qué dices, hombre? ¡Yo te quitaré el cansancio, ya lo verás!

Jack cerró la boca, las discusiones con Carla nunca terminaban bien. En cuanto llegaron a casa, él se desnudó, se metió en la cama y le dio la espalda. Pero ella no estaba acostumbrada a que la rechazaran, nunca nadie lo había hecho, y no se arredraba ante nada. Se pegó a su cuerpo, acariciando su cintura y frotando sus pechos contra su espalda.

—Estoy cansado, Carla, para —dijo Jack, apartándole la mano.

—Venga, hombre —le susurró ella al oído, mientras la mano volvía a su cuerpo y se acercaba a su vientre.

—¡Para, Carla! —exclamó Jack, deteniendo su mano y frunciendo el ceño —. ¿Qué haces? ¡Ya te he dicho que estoy cansado!

—¡Joder, Jack! —replicó ella, apartándose con rabia.

Él intentó por todos los medios poner la mente en blanco y hacer caso omiso de los gruñidos que le llegaban desde el otro lado de la cama, pero el sueño no llegaba. Los ojos del color del chocolate inundaban su mente, invadiéndola en su totalidad. Hasta que, media hora más tarde, y viendo que el sueño no iba a aparecer por su cuarto y que los latidos de su corazón no encontraban la calma que tanto necesitaba, saltó de la cama.

—Pero... ¿qué coño estás haciendo, tío? —preguntó Carla, mirándolo con ojos desorbitados.

—No puedo dormir, me voy a dar una vuelta.

—¡No se te ocurra dejarme plantada, Jack! ¡Ni se te ocurra! —gritó ella, viéndolo salir por la puerta.

La vuelta lo llevó hasta el hospital, adonde llegó ya de madrugada. No le era un lugar ajeno, más de una vez había terminado allí su turno. Pero aquella noche la cosa parecía estar tranquila, así que, cuando la mujer morena de pelo corto lo vio aparecer ante el mostrador de recepción, sus ojos se iluminaron.

Se quitó las gafas y clavó en él su mirada más intensa. Aquel tipo era impresionante, con su casi metro noventa de estatura y aquel cuerpo de infarto. Aún recordaba la primera vez que lo había visto sobre la camilla de urgencias, con la mascarilla puesta. ¡En su vida había contemplado un cuerpo como aquél! ¡Puro músculo! ¡Duro como el acero! ¡Y aquella mirada...! ¡Qué mirada! Jack tenía la mirada más penetrante que había visto en su vida y, cuando la clavaba en una, la paralizaba. Las enfermeras de aquella noche se habían peleado por atenderlo, convirtiendo aquel normalmente aburrido turno en un tremendo desbarajuste en el que nadie daba pie con bola.

—¿Qué?, ¿cómo va la noche? —preguntó el hombre de mirada penetrante con una sonrisa.

—¡Jack! ¿Qué haces aquí?, ¿estás bien?

—He venido a preguntar por alguien. Ha ingresado una mujer del accidente múltiple de la autovía. Me gustaría saber cómo está.

—¿Es algún familiar?

—No.

—Jack, ya sabes que no puedo...

—¡Oh, no me vengas con ésas, sólo quiero saber cómo se encuentra!

Ante unos ojos como aquéllos, ¿quién podía resistirse?

—Es la última que ha llegado, ¿verdad? —dijo ella, mirando la pantalla del ordenador.

—Sí, es la última que hemos sacado.

—Aún está en quirófano.

—¿Todavía?

Sentado en uno de los taburetes de la barra de la cafetería del hospital, Jack saboreaba lentamente el café, mientras su mente seguía haciéndose preguntas para las que no hallaba respuesta, cuando una palmadita en la espalda lo sacó de sus cavilaciones.

—¿Cómo tú por aquí, Juan? —preguntó el doctor Robles con una sonrisa, sentándose a su lado.

—¡Hola, doctor! He venido a preguntar por alguien.

—¿A estas horas? ¿Algún familiar?

—No. Una mujer a la que hemos sacado del accidente de la autovía.

—¿Por qué?

—¿Cómo dice, doctor?

—Juan, has asistido a muchos accidentes —afirmó el médico, cogiendo el café que el camarero ponía ante él—. Y ésta es la primera vez que vienes a interesarte por un herido. ¿Es alguien que conoces? ¿Una amiga quizá?

—Pues la verdad es que no, doctor... Yo... no sé muy bien por qué he venido.

El médico asintió lentamente. Abrió el sobre del azúcar, lo vertió en la taza y lo revolvió en silencio. Siempre le había caído bien Juan. Dentro de aquel cuerpo impresionante se ocultaba un hombre sencillo, con grandes carencias afectivas que él conocía perfectamente. El doctor Robles había veraneado en su pueblo muchas veces y lo había visto corretear por aquellos caminos desde niño.

Se sorprendió mucho cuando, pasados tantos años, le encontró en Santiago, convertido en semejante hombretón y con su vida tan bien encaminada. Y todo lo había hecho solo, rompiendo las terribles cadenas que le oprimían. Le admiraba, y procuraba mostrarle esa admiración siempre que

podía, porque sabía que le hacía falta. En el fondo, al doctor Robles siempre le había gustado la psicología, pero su padre era muy persistente, así que acabó siendo traumatólogo, como él.

Fue ese silencio del médico el que hizo hablar a Juan, quien, casi sin darse cuenta, comenzó a relatarle el terrible accidente que había tenido lugar aquella mañana.

—¿Quieres que me entere de cómo está, Juan?

—Se lo agradecería mucho, doctor.

—Bien, ahora vuelvo.

El doctor Robles tardó un buen rato en regresar, tiempo en el que Jack se tomó tres cafés y le dio tantas vueltas al tema que ya no sabía ni lo que pensaba. Hablar con aquel médico siempre le producía una gran intranquilidad, tenía la sensación de que sabía leer en su alma como nadie y que podía ver en el fondo de su corazón sólo con mirarle. Con una simple pregunta: «¿Por qué?», se había lanzado a contárselo todo sin pensarlo dos veces.

—Está en quirófano todavía —dijo el médico, sentándose de nuevo a su lado—. La está operando Fernando, el doctor Gómez.

—Es grave, ¿verdad?

—Las lesiones de columna siempre lo son. También tiene una fractura abierta de tibia y peroné. Pero está en buenas manos: Fernando es un cirujano estupendo.

—¿Le quedarán secuelas?

—Puede ser.

—Entiendo.

—Las fracturas abiertas pueden dar problemas, infecciones, y eso siempre puede retrasar la recuperación.

—Ya. Gracias, doctor, se lo agradezco mucho.

—Después de la operación, la pasarán a la uvi. Si todo va bien, estará allí sólo un par de días... ¿Puedo preguntarte una cosa, Juan? ¿Por qué te ha gustado?

—Me ha gustado... me ha gustado su voz.

—Su voz.

—Sí —dijo él con una sonrisa—. La he encontrado entre los hierros porque estaba cantando, ¿se lo puede creer? Creíamos que ya no quedaba nadie y allí estaba ella, atrapada... y cantando.

—Una superviviente... como tú.

Jack arrugó el ceño, clavando sus increíbles ojos marrones en los de aquel médico que tenía alma de psicólogo, y que le sonrió abiertamente mientras le daba una palmadita en la espalda y se marchaba para comenzar su turno. En vista de que allí ya no podía hacer nada, decidió marcharse a casa. Ante la escalera del hospital, un coche se paró y una ventanilla se bajó. La mujer morena de pelo corto le sonrió abiertamente.

—He terminado mi turno, Jack, ¿te apetece una copa?

—Gracias, pero me voy a casa.

—Puedo llevarte si quieres.

—No hace falta, he traído el coche.

—¿Cuándo me invitarás a salir, Jack?

—Cualquier día —le contestó él con una pequeña sonrisa.

Al llegar a su casa se fue directo a la cocina, donde puso una cafetera grande al fuego y, tras tomarse un buen tazón con mucho azúcar, entró en la habitación. Se quedó con la manija en la mano, paralizado... ¡Carla lo había destrozado todo! Los cuadros, los libros, las sábanas, todo estaba hecho añicos. Hasta había rajado las almohadas y el colchón, sobre el que descansaba el cuchillo.

Se tendió sobre lo que quedaba de cama suspirando profundamente. Cerró los ojos y, sin darse cuenta, se quedó dormido, mientras las palabras del doctor revoloteaban en su mente: «Una superviviente... como tú».

5

Se despertó con la cabeza embotada, pero por suerte el día fue tranquilo en el parque de bomberos. Solamente un par de salidas sin mucho peligro, tras las cuales Jack, ya de por sí reflexivo y meditabundo, se metió en el cascarón en el que solía refugiarse cuando algo le preocupaba. El resto de la semana se mantuvo oculto, hasta que Pedro acudió en su ayuda.

—¡A ver! ¿Qué pasa? —preguntó Pedro, apareciendo tras él en el patio trasero y poniéndole un café en las manos—. ¡Y no me digas que no pasa nada, Jack, porque te conozco! —Él meneó la cabeza con desconcierto—. Pero ¿qué pasó en la autovía?

—No lo sé, Pedro, no lo sé —contestó, dándole un trago al café—. Ella... me habló... y cantó..., y su voz... es lo más bonito que he oído nunca. Una persona a punto de morir y se pone a cantar. Es algo que aún no consigo entender, y no dejo de darle vueltas. ¡No me la puedo quitar de la cabeza, tío!

—¿Por qué no vas al hospital a verla?

—Yo..., el día del accidente lo hice, fui al hospital, pero no la vi.

—¿Fuiste al hospital ese día? —dijo su compañero sorprendido—. ¡Vaya, vaya, vaya! ¿Y Carla?

Jack tiró el vaso de papel y encendió un cigarrillo mientras le contaba cómo la espectacular Carla había redecorado su habitación. Pedro suspiró profundamente. Él siempre había sabido que aquella mujer no era buena, y así se lo había dicho a Jack, pero resistirse a los encantos de semejante hembra era tarea poco menos que imposible.

Esa tarde, al terminar el turno, Pedro cogió un desvío.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Jack.

—Al hospital, por supuesto.

En el puesto de enfermeras había una terrible discusión. La elaboración de los turnos de aquella semana había exaltado mucho los ánimos, y en ello estaban, despotricando contra la supervisora, cuando dos hombres impresionantes salieron del ascensor y aparecieron por el pasillo. Las bocas se cerraron y los ojos se abrieron, siguiendo el movimiento de aquellos dos especímenes de la raza humana que parecían llenarlo todo con sus impresionantes cuerpos. Jack pasó ante ellas con el suyo en tensión, mientras que Pedro les regaló la mejor de sus sonrisas. Los vieron entrar en la habitación como quien ve perderse en lontananza un platillo volante. Cuando el influjo de la testosterona dejó de hacer efecto, las bocas se cerraron y los ceños se fruncieron.

—¿De qué demonios estábamos hablando? —preguntó una de ellas, sacudiendo la cabeza.

En la habitación había dos camas, una de ellas totalmente rodeada de gente y la otra, casi desierta. En la concurrida, una mujer mayor sonreía con dulzura a sus muchas visitas, que la envolvían como un auténtico enjambre. En la solitaria, una mujer muy gorda se mantenía inmóvil, mirando hacia la ventana.

Cuando la anciana y sus visitas femeninas los vieron entrar por la puerta, las conversaciones cesaron, y clavaron en ellos su mirada sin ningún pudor. No era cuestión de desaprovechar semejante regalo que el universo les enviaba, porque aquellos hombres no parecían del planeta Tierra, eran sencillamente impresionantes. Uno rubio, el otro moreno, grandes como armarios..., la personificación del sexo masculino por antonomasia.

Pedro esbozó una sonrisa ante los pares de ojos que los observaban, parando algún que otro corazón, mientras que Jack se quedó literalmente paralizado ante la cama solitaria.

La mujer gorda, totalmente ajena a la increíble aparición que acababa de tener lugar en su habitación, seguía mirando fijamente hacia la ventana, tras cuyos cristales las hojas de un árbol se mecían con el viento. Sus pestañas, largas y curvas, dejaban sobre sus hinchadas mejillas diminutas sombras. Pero fue la inmovilidad de su cuerpo lo que paralizó a Jack. Pedro le dio un pequeño empujón para acercarlo a los pies de la cama, pero las palabras no

llegaban hasta la garganta de Jack, que tragó saliva preguntándose qué demonios le estaba pasando, mientras sus ojos recorrían lentamente aquel cuerpo inmóvil, ajeno al bombeo descontrolado de su corazón. Su voz se resistía a ayudarlo, pero algo en su instinto le hizo levantar su mano y acercarla a su pie, acariciándolo suavemente. Ella volvió la cabeza y los increíbles ojos del color del chocolate se clavaron en los suyos, lo que provocó que el corazón de Jack sufriese otra terrible sacudida.

—Hola... —dijo ella bajito, mirándole asombrada.

—¡Hola! —contestó Jack, con una pequeña sonrisa—. ¿Cómo estás?

—Bien...

Pedro miraba asombrado a su compañero y amigo. Aquél no parecía el Jack que él conocía, estaba paralizado mirando a aquella mujer, así que, viendo que aquello no avanzaba y que la situación era más propia del patio de un colegio, decidió echarle una mano.

—Yo soy Pedro —se presentó con una gran sonrisa, apoyándose en el alféizar de la ventana y cruzando los brazos sobre el pecho—. El día del accidente nos diste mucho trabajo, ¿sabes?

—Sí..., yo... lo siento... lo siento mucho... —contestó Lis, mirándolo con pesar.

—¡Pedro, joder! —exclamó Jack.

—¡Vale, vale, ya me callo! —respondió su amigo, levantando las manos.

—Yo... sólo quería saber cómo estabas —dijo Jack, acercándose a la cama—. Tu espalda...

—¿Te riñó mucho?

—¿Qué?

—Tu jefe..., ¿te riñó mucho? —preguntó Lis—. Parecía tan enfadado... Yo... lo siento, lo siento de veras —repitió, limpiándose las lágrimas que comenzaban a caer por sus sienas.

—¡Puedes mover los brazos! —exclamó Jack con una gran sonrisa—. Y las piernas, ¿puedes moverlas?

—Sí, sí, puedo.

—¡Oh, bien, bien! Me habían dicho que tu columna..., y pensaba que...

—Aún tardaré un poco en volver a caminar, pero lo haré, al menos eso me han dicho los médicos. Yo... quiero darte las gracias por lo que hiciste, te pusiste en peligro y...

—No tiene importancia.

—Ya, claro, es tu trabajo. Supongo que tendrás que hacerlo a menudo,

claro... Bueno, yo te lo agradezco de todas formas.

—No hace falta, Lis. —Con el rabillo del ojo vio a Pedro revolverse inquieto en la ventana—. Ahora tenemos que irnos.

—Gracias, gracias por haberte molestado, gracias por todo...

—Juan, me llamo Juan.

La mano de Jack decidió por él una vez más: se acercó suavemente a la de ella, acariciándola. Una nueva descarga eléctrica atravesó todo su cuerpo, haciéndole estremecer y abrir los ojos asombrado. Lo que había sentido en la carretera no había sido un espejismo, allí estaba de nuevo, recorriendo su piel, inundando su cuerpo, recordándole que estaba vivo y anhelante. Y ella también pareció sentirla, porque retiró lentamente la suya, como si le quemase.

—Bien, que te recuperes —dijo Pedro, dando la visita por terminada.

Una vez frente a las puertas del hospital, Pedro encendió un cigarrillo, mirando preocupado a su compañero.

—Bueno..., ¿y ahora qué?

—No tiene a nadie que la cuide.

—¡Nunca te había visto así, tío! ¿Qué te pasa con ella?, ¿acaso la conoces? ¿Es eso?, ¿la conoces de antes?

—No.

—Entonces... no lo entiendo, tío, no lo entiendo... No te habrás enamorado... —El suspiro que salió por la boca de Jack le hizo poner los ojos en blanco—. ¡No me jodas, Jack, no me jodas! ¡Puedes tener a las tías que quieras! ¡Te has tirado a media ciudad, no tienes más que chasquear los dedos y las mujeres caen rendidas a tus pies!... ¿Por qué complicarte la vida con ella? ¡Tampoco es nada del otro mundo, no es tu tipo, y lo sabes!

—Yo no la veo así, Pedro.

—¿Y cómo la ves?

—¿Recuerdas cómo veías tú a Catalina?

—¿Qué?!

Pedro abrió la boca, pero no pudo contestar. Catalina era la tía más guapa que había visto en su vida, y había perdido la cabeza por ella. Estuvieron saliendo casi un año, durante el cual Jack prácticamente no le vio el pelo. Pero Cata le dejó, y Pedro se volvió insoportable; sólo Jack conseguía apaciguarle un poco.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—No, eso ha sido la realidad. Lo que tú viste en Cata yo lo veo en ella.

—Pero... no puedes comparar, Jack...

El doctor Robles subió la escalera alegremente mirando a los bomberos, que fumaban concentrados.

—¡Hola, muchachos! ¿Cómo va eso?

—Doctor —dijeron a la vez.

—¿Has venido a verla, Juan? La operación salió bien y parece que se recuperará, aunque será lento, muy lento.

—No hay nadie con ella, doctor —comentó Jack pensativo.

—Ya... Me temo que son muchas las personas que no tienen a nadie... demasiadas.

El doctor Robles entró en la habitación haciendo su habitual ronda. La anciana de la cama de al lado lo saludó alegremente acaparando toda su atención; le gustaba hablar con aquel médico, que la escuchaba con tanta atención. Cuando consiguió deshacerse de los tentáculos de la anciana, cogió una silla y se sentó frente a Lis.

—¡Hola, doctor! ¿Cómo está?

—Bien, gracias. ¿Cómo estás tú? Dime.

—Bien, estoy bien.

—¿Sientes dolor?

—Sólo cuando me muevo.

—Entiendo.

—Además..., parezco un robot —dijo ella con una sonrisa divertida.

—Sí, los fijadores externos tienen una apariencia un tanto... extraña, pero son muy efectivos. —El médico le regaló una cálida sonrisa—. Los llevarás unas dos o tres semanas y, si todo va bien, entonces te los quitaremos.

—¿Y ya podré volver a caminar?

—Lis... —su mirada se volvió más dulce—, eso llevará su tiempo, no se va a curar de un día para otro. Tendremos que operarte para quitar los fijadores y, una vez veamos que todo va bien, te operaremos de nuevo y haremos un enclavado intramedular.

—¿Un qué?

—Insertarte un clavo en los huesos. Pero no debes preocuparte, es algo que hacemos habitualmente.

—¿Dos operaciones más, doctor?

—Me temo que son necesarias, Lis.

—Entiendo.

La tristeza en los ojos de la mujer alteró el corazón del doctor Robles. No le gustaba ver el sufrimiento de sus pacientes, era lo que peor llevaba de su profesión, que adoraba.

—Una vez hayamos hecho eso, ya podrás comenzar a caminar y hacer rehabilitación, pero no quiero engañarte: será un proceso largo y doloroso, un camino duro y difícil, Lis, muy duro. Tendrás que echar mano de toda tu fuerza de voluntad, ¿entiendes? Aunque, si pones todo de tu parte, lo conseguirás, estoy seguro. ¿Estás dispuesta a ello? —La duda en sus ojos ablandó el corazón del médico con alma de psicólogo—. Me gustaría hacerte unas preguntas.

—Claro, doctor.

—¿No tienes familia?

—No.

—¿No hay nadie que pueda ayudarte en estos momentos: alguna tía, prima, una amiga...?

—No.

—Entiendo.

—Mis padres murieron, y yo... nunca he sido muy sociable.

—¿De qué murieron tus padres?, ¿alguna enfermedad? —Ella negó lentamente con la cabeza—. Bueno, pero... hoy has tenido una visita.

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Conozco a los bomberos y en especial a Juan, lo conozco desde que nació.

—¿Ah, sí?

—Sí. Me contó lo del accidente.

—Él fue muy valiente, ¿sabe? Y ha sido muy considerado al venir a visitarme, aunque, bueno, supongo que es así con todo el mundo.

—¡Oh, no, no, no, te equivocas! En todos los años que lleva de bombero, ésta es la primera vez que viene a ver a un accidentado; la primera, te lo aseguro —sonrió el médico—. Juan es un hombre muy especial, Lis, muy especial. Él es... un superviviente... como tú.

El doctor se despidió de ella con una suave palmadita en la mano, dejándola con tantas preguntas en la cabeza que no conseguiría dormir en toda la noche.

Y sin dormir también estaba Jack, dando vueltas y más vueltas, sin poder

conciliar el sueño, pensando en una piel, en unos ojos, en una voz y en una descarga eléctrica que aún sentía recorriendo su cuerpo en lentas caricias.

6

La anciana de la cama de al lado despidió a Lis con una sonrisa cuando, a media mañana, vinieron a buscarla. En la misma cama la llevaron hasta la planta de rehabilitación, donde un hombre muy fuerte y muy serio se presentó como Carlos, su fisioterapeuta. En un pequeño cuarto, la cambiaron de ropa y la pasaron a una camilla. Cuando entró en la gran sala, lo que más la impresionó fue el silencio. No se oía ni un quejido, pero las caras contraídas eran lo suficientemente elocuentes del dolor que allí había.

—Bien —dijo el fisio, mirándola muy serio—, no te voy a engañar: esto será duro, lento y doloroso, muy doloroso. ¿Estás preparada?

—No. —Lo dijo muy seria, lo que provocó que Carlos esbozara una sonrisa que transformó su expresión por completo—. Necesito que me digas todo lo que vas a hacer ahora..., necesito saberlo.

El fisioterapeuta se lo explicó despacio, dándole el tiempo que necesitaba para asimilarlo. Cuando terminó, comenzó la rehabilitación. Cogió una de sus piernas y comenzó a moverla. El dolor atravesó el cuerpo de Lis, provocándole un gemido que ahogó en su garganta. Se agarró a la camilla con fuerza y apretó los dientes, mientras el movimiento se repetía lentamente, una y otra vez. De su boca no salió un solo lamento, pero de sus ojos brotaron todas las lágrimas en silencio, empapando la sábana que tenía debajo de la cabeza, hasta que aquella tortura terminó.

—¡Lo has hecho muy bien, Lis, tienes mucho coraje!

—Dime, Carlos, esto... tendremos que repetirlo, ¿verdad?

—Sí, pero la próxima vez no te dolerá tanto, te lo prometo.

El cansancio que sentía cuando la llevaron de vuelta a su habitación sólo era comparable con el alivio que experimentaba su cuerpo ante la ausencia de dolor, lo cual le provocaba una debilidad que nunca antes había sentido. Sin embargo, su compañera de cuarto, ajena a la devastación que su mente y su cuerpo sufrían, la recibió con una sonrisa pícaro en los labios.

—¿Qué, nena?, ¿cómo ha ido?

—Bien.

—¿Te ha dolido mucho, cariño?

—Sí.

—Vaya, lo siento. Pero, mira, en esta vida todo sufrimiento tiene su recompensa. —Sus ojos se clavaron en la mesilla de Lis, donde la esperaba una gran caja de bombones—. Ahí tienes algo para quitarte el dolor.

—Pero ¿quién...?

—¡El hombre guapísimo, hija, el hombre guapísimo! —dijo la mujer, sentándose en la cama con los ojos brillantes—. ¡No te imaginas la cara de las enfermeras cuando lo han visto entrar, eran un auténtico poema!

Acababa de terminar la frase cuando el hombre guapísimo hizo acto de presencia entrando en la habitación con una sonrisa en los labios. El corazón de Lis dio un vuelco. La aparición en su vida de aquel hombre era algo que no acababa de comprender.

Juan había estado visitándola casi a diario desde aquel primer día en que la acompañó Pedro. Su mano había sido lo último que Lis había sentido cada vez que había tenido que entrar en quirófano, y sus ojos, con su profunda mirada, lo primero que había visto al despertarse.

—¡Hola! ¿Cómo ha ido tu primer día de fisio? —preguntó Jack, sentándose en el borde de su cama.

—Bien..., creo.

—Confía en Carlos: es el mejor.

—¿Le conoces?

—Sí, fuimos compañeros.

—¿Él... él fue bombero?

—Sí, un bombero estupendo, pero le gustaba más la fisioterapia, así que se lanzó a la aventura, y... la verdad es que nunca lo había visto tan feliz. ¿Te ha hecho daño?

—Sí...

—Ya, bueno, supongo que es doloroso, pero tiene que hacerlo.

—Sí, lo sé —asintió Lis, tapándose lentamente con la sábana—. Juan...,

¿por qué has venido?, ¿no trabajas hoy?

—No, hoy tengo el día libre.

—Pero... —hizo una pausa y miró hacia la ventana— hace un día estupendo. Deberías aprovecharlo.

—Ya lo estoy haciendo —contestó él, clavando en sus ojos una mirada que parecía tener fuego dentro—. ¿Me das un bombón?

—¡Oh, claro, claro, y... muchas gracias por traérmelos! —dijo ella, cogiendo la caja y abriéndola, mientras los ojos de él se iluminaban al mirarlos—. ¿Qué pasa?, ¿no sabes cuál coger?

—Es que hay tantos... y... todos me gustan.

Su cara de concentración ante semejante despliegue de glucosa fue demasiado para Lis. La carcajada comenzó a formarse en su pecho y salió de repente, una carcajada preciosa que inundó la habitación y que entró por los oídos de Juan directamente a su corazón, atravesándolo como si de una flecha se tratara. Alzó los ojos y clavó la mirada en los ojos del color del chocolate, que le observaban divertidos, y entonces, sin poder contenerse ya por más tiempo, tomó su cara entre las manos... y la besó.

Aquello ocurrió como ocurren todas las cosas agradables de la vida, de repente y sin darle tiempo a uno para prepararse a recibirlas. Los labios de Juan se posaron sobre los suyos, suaves y calientes, besándola con una intensidad que hizo aflorar a sus mejillas toda la gama de tonalidades del rojo, mientras un arcoíris se desplegaba en su particular firmamento llenándolo por completo, inundándolo de millares de colores que nunca antes había visto, que se agitaban y estallaban en diminutas partículas, iluminando todo su universo. Cada célula de su cuerpo se despertó con aquel beso, que se hacía más y más profundo, que se hacía más y más caliente, y seguía interminable en su boca mientras las manos dejaban sobre sus mejillas caricia tras caricia... Hasta que una auxiliar entró en la habitación, rompiendo la magia del momento.

—¿Qué tal?, ¿cómo se encuentran hoy? Les traigo la comi...

La mujer no pudo acabar la frase. Se quedó paralizada contemplando la escena, mientras se preguntaba si lo que estaba viendo era real o una simple alucinación fruto de tantas horas de trabajo. ¡El hombre por el que todas suspiraban en cuanto hacía acto de presencia estaba besando a la chica del accidente, a la chica del milagro, como todas la llamaban! ¡Cuando lo contase, nadie la creería!

—¿Necesitas que te ayude con la comida, Lis? —preguntó Juan, apartándose de su boca y acariciando sus mejillas encendidas. Ella negó

lentamente con la cabeza—. Entonces me voy, volveré esta tarde.

Le dio otro suave beso en los labios y salió de la habitación, dejando a tres mujeres con la boca abierta, completamente anonadadas. La auxiliar colocó con manos temblorosas la bandeja sobre el soporte al que estaba destinada y, lentamente, se acercó a la cama de la anciana. Recogió de encima de la sábana la dentadura postiza y se la entregó en completo silencio, y en completo silencio fue recibida por ésta y colocada nuevamente en su boca, que seguía abierta. Pero la más anonadada de todas era la tercera mujer del triángulo femenino, que seguía con los ojos desorbitados, el corazón acelerado, las pupilas dilatadas, y sintiendo que su mundo se había vuelto del revés... igual que un calcetín.

Juan siguió visitando a Lis a diario y llevándole todo tipo de regalos: bombones, revistas, libros, ropa... No sabía por qué lo hacía, no era capaz de poner nombre a sus sentimientos; de lo único que estaba seguro era de que tenía que hacerlo, sólo así conseguía conciliar el sueño. Pero si las mariposas recién despertadas de su estómago, que habían conseguido mover en su interior sentimientos totalmente desconocidos para él, no eran lo suficientemente contundentes para hacerle ver la realidad de lo que le ocurría, algo estaba a punto de suceder, algo que supondría la confirmación total y absoluta de que lo que estaba pasando en su alma se trasladaba inexorablemente a su cuerpo en forma de... deseo.

Cuando aquella tarde no encontró a Lis en la habitación, se dirigió a la planta de fisioterapia. Al pasar ante una puerta, su voz, desgarrada y suplicante al otro lado, atravesó cada poro de su piel y guió su mano hacia la manija. Tendida sobre una camilla, Lis suplicaba que terminara aquel tormento, mientras las hábiles manos de Carlos seguían incansables, y un sudoroso auxiliar le sujetaba los brazos, que se rebelaban pidiendo una clemencia que no encontraba.

—¡Para ya, por favor, para ya! —gemía ella—. ¡No puedo soportarlo más, Carlos, por favor, ya basta! ¡Ya basta!

—¡Hola! —saludó Juan, entrando alegremente.

—¡Jack! —exclamó Carlos sorprendido—. Pero ¿qué haces aquí, tío?

—¡Juan! ¡Juan! —dijo ella, con ojos suplicantes y la cara empapada de lágrimas—. ¡Ayúdame, por favor, ayúdame! ¡Dile que pare! ¡Dile que pare!

—Venga, venga —contestó Juan, apartando al auxiliar y sentándose a su

lado—. Ya sabías que sería duro, tienes que aguantar.

—¡No puedo más! ¡Hoy no, hoy no puedo más! ¡Dile que pare, por favor, dile que pare, no puedo soportarlo más, no puedo, no puedo!

Las manos de Lis agarraban su camisa con desesperación, y sus ojos no podían tener una mirada más suplicante. Juan la tomó entre sus brazos y la apretó suavemente contra su pecho. El estremecimiento de aquel cuerpo se le metió dentro y en el calor de su piel se perdió, hundiendo la cara en su cuello y aspirando su aroma, mientras sentía cómo su corazón se ensanchaba; parecía que fuese a explotar en cualquier momento.

—¡Tenemos que seguir! —La voz de Carlos a su espalda lo devolvió a la realidad.

—¡No! —gimió Lis—. ¡No puedo más, Juan, hoy no puedo más!

—¡Sí, puedes! ¡Claro que puedes! —Juan le rozó suavemente la espalda y la tendió sobre la camilla, acariciándole las mejillas—. Aguantaste sobre el asfalto, así que esto... ¡no es nada!

—Pero ¡Juan, yo... estoy muy cansada...!

—Cuéntame qué es lo que quieres hacer cuando salgas de aquí —le dijo él con una sonrisa, colocándole un mechón de pelo tras la oreja—. Seguro que hay cientos de cosas que te gustaría hacer cuando salgas, dímelas.

—Pero...

—Por favor, dímelas.

—Sí, hay muchas cosas.

—¿Cuáles? —preguntó, acariciando sus mejillas—. Dímelas, por favor, dímelas.

Carlos se acercó al pequeño lavabo y comenzó a lavarse las manos lentamente, mientras se preguntaba qué demonios hacía allí aquel hombre que había sido su compañero y el más ligón del cuerpo, hablándole con tanta dulzura a aquella mujer que, estaba seguro, no era su tipo, pero... ¡Oh, vaya! Ahora que estaba de espaldas..., su voz..., sí, tenía una voz preciosa, preciosa de verdad.

—Me gustaría... me gustaría aprender a patinar, siempre he querido hacerlo.

—Bien..., ¿qué más?

—Montar a caballo, lo hice de pequeña y me gustaba mucho.

—Montar a caballo. Bien, ¿qué más?

—¡Nunca me he subido a una montaña rusa! —exclamó ella, levantando las cejas.

—Bien —dijo Juan entre risas—. ¿Qué más?

—Yo...

—¿Qué?

—No, no puedo decírtelo.

—¿Ya estás mejor? —preguntó Carlos, acercándose a la camilla—. Tenemos que seguir diez minutos más, Lis, llamaré a...

—No, Carlos, no hace falta, yo te ayudo —lo interrumpió Juan, pasando los brazos sobre la cabeza de ella y sujetándose a los barrotes de la cama—. Agárrate a mis brazos, Lis, y no tengas miedo: si te hace mucho daño... le partiré las piernas.

El dolor comenzó de nuevo, atravesando su cuerpo y haciéndola estremecer una vez más. Aguantó todo lo que pudo, apretó la mandíbula y cerró los ojos, clavando las manos en aquellos brazos que parecían dos columnas de hierro. Con cada movimiento de su pierna, un gemido ahogado subía por su pecho y moría en su garganta, hasta que ya no pudo soportarlo más y abrió la boca, dejándolos salir todos sin control. Y fueron esos gemidos los que causaron en Juan un terrible impacto, tan fuerte, tan súbito, tan intenso, que le dio miedo. Los gemidos entraron por sus oídos y recorrieron todo su cuerpo, llegando a su cabeza, donde se convirtieron en idea: «Daría lo que fuera por poder convertir estos gemidos de dolor en gemidos de placer». La idea surgió en la materia gris, donde surgen todas las ideas, y de allí se extendió al resto del cuerpo, hasta llegar al mismo corazón, donde comenzó a arraigar y de donde ya nunca podría salir. Una idea que impregnó cada átomo de su ser, haciéndolo responder como sólo una idea así puede hacerlo..., excitándolo.

Deseó tomar aquel cuerpo que se estremecía bajo el suyo, que se convulsionaba bajo el suyo, como nunca antes había deseado nada. Hacerlo suyo, quitarle el dolor y transformarlo en placer, sólo placer, todo el placer. Sus ojos recorrieron aquella cara que gemía, bajó lentamente por su cuello hasta posarse sobre sus pechos, pechos que subían y bajaban descontrolados con cada gemido, pechos voluptuosos, pechos deseables, pechos deliciosos.

—¡No puedo más! —exclamó Lis, abriendo los ojos—. ¡Por favor, Juan, no puedo más, dile que pare, dile que pare!

—Mírame. Tú eres una mujer fuerte, lo demostraste en el accidente, puedes aguantar, puedes hacerlo, Lis.

—¡Hoy no, Juan, no puedo, por favor, dile que pare, dile que pare!

—¿Qué otras cosas te gustaría hacer cuando salgas de aquí? Dímelo,

quiero oírlo.

—¡No..., dile que pare ya!

—Patinar, montar a caballo..., subir en la montaña rusa... Habrá más cosas que te gusten, anda, cuéntamelas. —Ella se retorció de dolor y su boca se abrió con un gran gemido—. ¿No hay nada más que quieras hacer?

—Sí...

—¿Qué?

—Me gustaría... —dijo bajando la voz y mirándole con tristeza—. Me gustaría... hacer el amor.

—¡Joder, Carlos! —exclamó Jack, apoyándose en el lavabo y agachando la cabeza cuando el auxiliar se la llevó—. ¡Podrías no hacerle tanto daño, coño!

—Me gustaría, te aseguro que me gustaría —confesó el fisioterapeuta dándole una palmada en la espalda—. ¿Qué?, ¿ya estás bien?

—Sí, ya estoy bien. ¡Joder! No se habrá dado cuenta, ¿no? —preguntó, enderezándose y respirando profundamente.

—¡Pues no me extrañaría nada, la verdad! —respondió Carlos mirando su entrepierna, en la que una enorme erección empujaba insolente.

—¡Joder!

Su compañera de habitación no estaba cuando Lis llegó. Le habían recomendado pasear, y la anciana seguía fielmente las indicaciones médicas. No porque creyese que eran dogmas de fe, sino porque simplemente le gustaba charlar con otros enfermos. Lis agradeció ese momento de soledad. Necesitaba pensar, necesitaba comprender lo que estaba ocurriendo en su vida.

«Pero ¿qué hace este hombre en mi vida? ¿Qué quiere de mí? ¿Qué busca? ¿Por qué está aquí? ¿Y por qué yo? Las mujeres se le ofrecen en bandeja, sólo les falta ponerse un lacito para ser el regalo perfecto, y él ni las mira... ¿Por qué? ¿Se ha cansado de mujeres perfectas y quiere divertirse un rato con la gorda? ¿Quiere entretenerse con un nuevo juguete? ¿Soy para él una simple distracción con la que pasar el tiempo? Se ha excitado mirándome. ¿Acaso es un hombre que se excita con el dolor ajeno... como ÉL?»

Con estos pensamientos atormentando su mente, se quedó profundamente

dormida. No se despertó cuando la anciana regresó de su paseo, ni cuando trajeron la cena, ni cuando Juan apareció de nuevo. Cuando volvió a abrir los ojos, allí estaba él, sentado tranquilamente en el sillón de la esquina, leyendo un libro.

—Te has despertado —dijo, levantándose con una sonrisa—. Debes de estar hambrienta, pediré que te traigan algo y...

—No, no tengo hambre, gracias —contestó ella muy seria, incorporándose en la cama—. Juan..., yo..., me gustaría hablar contigo...

—Claro, dime. —Se sentó a su lado.

—¿Por qué... por qué estás aquí?

—¿Qué quieres decir?

—Yo... no entiendo por qué estás aquí y... me gustaría saberlo.

—Pareces molesta —observó él, frunciendo el ceño.

—No... no estoy molesta, estoy... desconcertada, y no lo entiendo... ¿Por qué estás aquí, Juan?

Él la miró entornando los ojos y, tras echar un vistazo a la cama de al lado, donde la anciana roncaba suavemente, le cogió una mano y se la acarició con dulzura.

—¿Por qué estás aquí, Juan? —repitió Lis, apartando la mano y mirándolo muy seria.

—Eres persistente, ¿eh? —dijo él con una sonrisa—. Pues estoy aquí... porque quiero.

—Pero ¿por qué?

—Porque me gusta estar contigo.

—Ya. ¿Y qué es lo que te gusta exactamente?

—Me gusta... todo —contestó, sonriendo con picardía.

—Te gusta todo, ¡ya! —Su mirada se volvió dura—. Y dime, ¿qué es lo que más te gusta dentro de ese todo? ¿Las lágrimas? ¿Los gritos? ¿Los lamentos? ¿La impotencia? ¿La desesperación? ¿La angustia? ¿La rabia? ¿El dolor? ¿El miedo?

—Pero ¿qué estás diciendo? —exclamó él asombrado.

—¿Te gusta ver el sufrimiento de los demás? ¿Es eso lo que te pone, Juan?

—¡No! —negó con rabia, levantándose y meneando la cabeza mientras sus ojos la miraban intensamente—. ¡Te equivocas! ¡Te equivocas por completo!

Cogió la cazadora y salió de la habitación como alma que lleva el diablo.

Lis se recostó sobre las almohadas y respiró profundamente, intentando serenar su corazón desbocado. Creía que podría ver en sus ojos las verdaderas razones que le mantenían pegado a su cama, pero lo único que vio en ellos fue sorpresa y consternación, por no hablar de enfado. ¡Oh, sí! ¡Aquel hombre tenía mal genio, muy mal genio! ¡Y ya no digamos furia, le salía por cada poro de su piel!

Las ideas que brotaban en su cabeza se habían convertido en un auténtico torbellino que no encontraba lugar donde ubicarse, cuando la voz de la experiencia decidió acudir en su ayuda.

—No deberías haberle hablado así, cariño —dijo la anciana, volviéndose en la cama.

—¿Está despierta? —preguntó Lis sorprendida.

—Los viejos dormimos poco —contestó la mujer con una sonrisa—. El doctor dijo que nunca venía a ver a los accidentados, así que no creo que le guste ver el dolor... Sólo lo ha hecho contigo.

—Pues por eso no lo entiendo. Es un hombre muy guapo, puede tener a las mujeres que quiera, las enfermeras se derriten a su paso.

—Tú no te derrites ante él. Tú eres diferente de las demás, y él lo sabe.

—¡Yo estoy gorda! ¡Eso lo sabe todo el mundo que tenga ojos en la cara!

—¡Eso no importa, no importa en absoluto! —Lis miró a la anciana como si se hubiese vuelto completamente loca—. ¡Oh, cariño, eso no tiene la más mínima importancia, te lo aseguro! Estuve casada cincuenta años, sé de lo que hablo.

—¿Cincuenta años?, pero... ¿cuántos tiene?

—Demasiados. Tengo noventa y cuatro, un matrimonio, seis hijos, diez nietos y tres bisnietos. He vivido muchas cosas buenas y cosas malas, y sé que en los momentos importantes de la vida la apariencia física es lo de menos. Él sabe que es guapo, sabe que las mujeres se lo comen con los ojos, pero no le importa, porque él... él ya sabe que eso no es importante.

—¿Lo sabe? ¿Cómo puede estar tan segura?

—¡Oh, sí, lo sabe, lo sabe! Lo he visto en sus ojos cuando te mira.

—¿Se encuentra bien?

—¡Mejor que nunca! —dijo la anciana entre risas—. Cuando te mira no ve tus kilos de más, te ve a ti. Y no le gusta tu dolor: le conmueve. Y tu sufrimiento le atormenta. Estoy segura de que no puede dormir por las noches pensando en ello.

—Usted..., perdone, pero... ¿no se habrán equivocado con la medicación?

—¡Oh, Señor! —exclamó la anciana sin dejar de reír—. Me encanta oírte hablar, y creo que a él también le gusta el sonido de tu voz y las palabras que empleas. Siempre te escucha con atención. ¿Sabes?, cuando entra en la habitación y veo cómo se le iluminan los ojos al mirarte..., no puedo evitar recordar a mi marido, que en paz descansa. Él me miraba exactamente así... ¡Oh, qué tiempos aquellos, bendita juventud! Recuerdo una vez que fuimos a Madrid y me llevó al parque del Retiro, es muy bonito ese parque, y...

En ese instante, un tornado de categoría superior atravesó la puerta. Ningún cazatornados habría sido capaz de seguir sus movimientos, sólo la anciana actuó con rapidez ante semejante fenómeno de la naturaleza, volviéndose hacia el otro lado de la cama con una agilidad pasmosa para una mujer de noventa y cuatro años y la cadera recién operada. La cazadora voló hasta los pies de la cama de Lis, que la miró asombrada y sin tiempo para reaccionar, mientras el tornado la arrinconaba contra la almohada con los ojos brillantes como estrellas y mirándola con una intensidad que hizo aflorar a sus mejillas todos los colores del arcoíris.

La boca de Juan la devoró con pasión, con una intensidad que la hizo estremecer y, cuando su lengua acarició lentamente sus labios, los separó, recibéndole en su interior con un pequeño gemido de placer. Sus manos decidieron por sí solas y se posaron sobre la cara de él, acariciándola suavemente, provocando que el poco control que el fenómeno tenía sobre sí mismo en aquel momento desapareciese por completo. Los brazos de Juan la rodearon, apretándola suavemente contra su pecho, mientras el beso se volvía largo, largo y caliente, muy caliente.

Las preguntas desaparecieron de la mente de Lis y su cuerpo se entregó a aquellos brazos, mientras la boca de él parecía querer devorarla, como si de un bombón se tratara.

Juan se apartó con lentitud y miró intensamente los ojos color chocolate, acariciando su mejilla e intentando serenar su respiración. Cuando consiguió articular las palabras, se las dijo deprisa, no quería olvidar ninguna.

—¡Me gusta estar contigo porque me gustas tú! ¡Me gusta tu risa, tu piel, tu boca, tu cuerpo, tus ojos, tu voz...! ¿Quieres que siga? ¡Y cuando te oigo gemir de dolor..., me gustaría que lo hicieses por otros motivos muy diferentes! ¿Entiendes?

Volvió a besarla ardientemente, sin darle tiempo a contestar, llevándola con su boca al mismo cielo, hasta que una auxiliar inoportuna entró en la habitación, rompiendo la magia.

—¿Listas para dorm...?

La auxiliar se quedó con la boca abierta, viendo de nuevo al adonis sobre la mujer del milagro, besándola apasionadamente. ¡Las del turno de noche no se lo iban a creer, pensarían que había vuelto a darle a la botella!

Juan siguió con el beso, saboreando aquella boca hasta que se cansó. Cuando se incorporó, con los ojos brillantes y el cuerpo excitado, cogió su cazadora y se encaminó hacia la puerta, donde levantó un dedo amenazador, mirando a Lis muy serio.

—¡Espero que te haya quedado lo suficientemente claro! ¡Volveré mañana!

La risa de la anciana comenzó lentamente. De sus ojos empezaron a brotar más y más lágrimas, mientras observaba a las mujeres que tenía delante, que no eran capaces de reaccionar ante semejante fenómeno de la naturaleza.

—¿Qué, nena? —dijo cuando por fin la risa la dejó hablar—. ¿Te ha quedado lo suficientemente claro?

—Eso... eso... eso ha sonado como una orden..., ¿verdad? —replicó Lis con el ceño fruncido.

—¡Oh, Señor! —exclamó la auxiliar, dejándose caer sobre los pies de la cama de la anciana—. ¡Lo que yo daría porque me diesen órdenes así!

Había llegado el gran día, el día de ponerse en pie y dar el primer paso. Eso al menos era lo que decía Carlos, aunque Lis no lo tenía tan claro. En la gran sala, donde demasiada gente sufría, la colocaron ante unas barras paralelas que le parecieron los mayores instrumentos de tortura que había visto nunca, y que, si las miraba fijamente, parecían volverse más y más grandes por momentos.

Carlos le agarró las manos y, tirando de ella, la levantó de la silla de ruedas y la puso en pie, sin hacer caso de sus protestas.

—¡No, no, no, no puedo, Carlos, no puedo!

—Sí puedes.

—¡No, no puedo!

Intentó soltarse de él y volver a la silla de ruedas, pero un rápido auxiliar, siguiendo fielmente las indicaciones del fisioterapeuta, apartó la silla.

—¡Que sepas... que me estoy acordando de toda tu familia! —le espetó Lis con su mirada más glacial.

—Deja en paz al chaval, que sólo hace su trabajo —dijo Carlos, colocándose tras ella y sujetándola por la cintura—. Y haz tú el tuyo.

—¡No puedo, Carlos, no puedo, me voy a caer!

—Puedes hacerlo y vas a hacerlo —replicó él con serenidad—. Estás preparada para ello y puedes hacerlo, así que deja de protestar y agárrate a las barras.

Lis colocó las manos sobre las paralelas. Los brazos de Carlos comenzaron a aflojar poco a poco, pero cuando el dolor la atravesó, recorriéndola con un intenso e insoportable latigazo, sus rodillas se doblaron y

su boca se abrió liberando un profundo gemido. Sin embargo, ahí estaban los brazos de Carlos, impidiendo que cayera al suelo y volviendo a ponerla en pie.

—¿Me invitarás a la montaña rusa o sólo llevarás a Jack?

—Ahora mismo..., me siento como si ya estuviese en una, Carlos.

—La otra es más divertida, te lo aseguro —dijo él, soltándola lentamente.

Lis se sentía como una muñeca de trapo en manos del cruel destino. Notó cómo las lágrimas acudían a sus ojos, apretó la mandíbula y levantó la cabeza, y entonces, reflejado en el gran espejo de la pared, lo vio: el azul del cielo que había fuera. Porque fuera había otro mundo, un mundo que había estado esperándola, un mundo con el que había soñado durante su cautiverio, un mundo del que había sido privada durante mucho tiempo, un mundo al que tenía derecho. Pero una vez más el destino se lo negaba, poniendo ante ella barreras que tenía que romper, obstáculos que tenía que superar, murallas que tenía que derribar.

¡No era justo! ¡Ella no debería estar allí! ¡Ella no merecía estar allí! ¡Nadie merecía estar allí! Y fue entonces, mirando aquel cielo que la llamaba, cuando toda la impotencia y el dolor que inundaban su cuerpo se transformaron en rabia. En una rabia terrible que la atravesó, que la invadió y que tomó el control, triplicando la fuerza de sus brazos, contrayendo sus músculos y convirtiendo sus manos en auténticas garras que la mantuvieron firme y le permitieron dar el primer paso.

—¡Bien! —exclamó Carlos con alegría—. El primer paso siempre es el más difícil. A partir de ahora, toda será mucho más fácil, Lis.

—¡Siempre dices lo mismo, pero nunca es así!

Pero el fisioterapeuta tenía razón. Tras el primer paso, que era el más difícil, llegaron los demás, los que le permitieron acceder al lugar que más había anhelado visitar desde su llegada: el cuarto de baño. Lis pudo por fin ducharse a gusto, como una persona normal, sin silla de ruedas, ponerse de pie bajo el chorro de agua y dejar que ésta la sanara.

El poder que el agua tenía sobre su cuerpo era algo que no dejaba de maravillarla. Quizá el hecho de haber estado privada de semejante placer durante tanto tiempo había provocado en ella ese efecto, esa necesidad, pero era tan real como que, cada vez que salía de la ducha, sentía que sus fuerzas se habían multiplicado.

La semana que siguió a ese primer paso fue para ella una bendición,

porque además de a la ducha pudo acceder a otros placeres que le habían sido negados desde su llegada: el café y el tabaco. Y una semana fue exactamente el tiempo que estuvo sin ver a Juan. Se despidió de ella enviándole una gran caja de bombones y un precioso ramo de flores con una nota

Tengo que irme una semana a Barcelona a hacer un cursillo; no voy por gusto, me han obligado. Lo siento. Te veré pronto.

Juan

Libre de la cama, y del especial magnetismo que ejercía sobre ella el hombre de mirada intensa, Lis descubrió el invento por excelencia del siglo... ¿En qué siglo se habría inventado? Bueno, daba igual, fuera en el siglo que fuese, había sido un gran invento: el tacataca. A pesar de que el traumatólogo le aconsejaba usar las muletas, ella se sentía más segura con aquel artilugio.

El hecho de usarlo tenía, como todo en esta vida, su lado malo y su lado bueno, pero la parte positiva no dejaba de sorprenderla. La gente se apartaba inmediatamente cuando la veían llegar. Muchos le dedicaban cálidas sonrisas sin tan siquiera conocerla. Y la mayoría la miraban con tanta pena y expeliendo tantos suspiros de alivio por no verse en su misma situación, que Lis se dijo que era fascinante poder hacer feliz a tanta gente con aquel armatoste tan poco sofisticado pero tan práctico. Todo eso era capaz de hacer ese invento, por no hablar de que constituía la coartada perfecta cuando quería escuchar alguna conversación. Nadie se sorprendía si la veían parada en mitad del pasillo, mirando al suelo; daban por hecho que estaba cogiendo fuerzas para continuar su camino, alguno hasta se ofrecía a ayudarla.

La semana estaba llegando a su fin, y aquella tarde, mientras se preguntaba cómo reaccionaría Juan cuando la viese caminar, se dirigió hacia su primera parada obligatoria: la máquina del café. Al pasar ante una puerta abierta, oyó una conversación entre dos hombres que no repararon en ella. Ése era otro efecto secundario que el artefacto en cuestión ejercía sobre algunas personas: la invisibilidad. Probablemente, los hipocondríacos se negaban a verlo.

—¿Y cómo está ahora? —dijo uno.

—Pues bien, dadas las circunstancias —contestó el otro—. ¡Cuántas veces le he dicho que se ponga el cinturón, joder, pero ni caso!

—¡Hostia, las dos piernas rotas, tío, menuda putada! ¿Podrá volver a jugar al fútbol?

—¡No digas chorradas, macho! ¡No creo que tenga muchas ganas de jugar al fútbol en la cárcel!

—¿La cárcel? ¿Crees que irá a la cárcel?

—¡Han muerto cuatro personas, y él... había bebido, tío, había bebido!

—¡No me jodas!

—¡Sí, macho, sí! ¡Mira que se lo tengo dicho, que llevando semejantes camiones no te la puedes jugar, pero ya sabes cómo es, nunca escucha! Y mira ahora, ¡toda su vida tirada por la borda por unas copas! Se paró a desayunar en un bar de carretera con otros camioneros y se tomó cuatro copas, y luego... se quedó dormido al volante. ¿Cuántas veces se lo he dicho, que al volante ni una copa? ¿Y sabes lo que me contestaba, el muy zopenco? «Yo controlo, tío, yo controlo.» ¡Y un carajo, si bebes no controlas, joder, no controlas una mierda!

Lis pensó que bien podrían estar hablando de su accidente, aunque, con tantos como había, podía tratarse de cualquier otro. Sacó un café en la máquina y echó un ojo al puesto de enfermeras. Estaban entretenidas, así que se escabulló por la puerta que ya le era conocida y recorrió el solitario pasillo, dobló la esquina y allí estaba ella, esperándola... la ventana de la libertad.

El sitio no debía de ser muy famoso, claro que a ello había contribuido mucho que ella no había compartido con nadie su descubrimiento, porque los únicos secretos que se mantienen ocultos son los que no se cuentan. Abrió un poco la ventana y encendió un cigarrillo, aspirando profundamente y suspirando aliviada. Conseguir aquella cajetilla de tabaco había sido toda una odisea. En tres ocasiones lo había intentado sin lograr su objetivo, recibiendo, eso sí, miradas reprobadoras que no la hicieron desistir de su empeño. ¡Para un vicio que tenía!

El cuarto intento lo hizo con un chaval que tenía muy mala pinta y que aceptó comprársela en el bar de la esquina. Lis lo observó marcharse con el dinero en el bolsillo mientras se preguntaba si volvería a verlo, pero sorprendentemente, el chaval regresó con la encomienda complicada y junto con la cajetilla de tabaco y le dejó su número de teléfono por si volvía a necesitarlo. La mirada que le lanzó le hizo pensar si repartiría algo más que

tabaco, pero como no era asunto suyo, se calló y se guardó el número por si acaso.

El ruido chirriante de una silla de ruedas mal engrasada la sobresaltó, poniéndola alerta. «¡Vaya por Dios, ya nos han descubierto, tendremos que buscar otro escondrijo para nuestras citas, querido!», se dijo Lis, mirando con pesar su cigarrillo. La cara de decepción del hombre que apareció ante ella le provocó una sonrisa.

—Si buscas un sitio donde fumar, lo has encontrado. —Mostró tímidamente el cigarrillo que escondía tras su espalda.

—¡Menos mal! —exclamó él con un suspiro de alivio, sacando uno y encendiéndolo con dedos temblorosos—. ¿Qué te ha pasado?

—Tuve un accidente de tráfico. ¿Y tú?

—¡Yo también! —dijo él, frunciendo el ceño y fumando frenéticamente—. Pero ¡tú has tenido más suerte que yo! Veo que puedes andar, yo tengo las dos piernas jodidas. La operación fue bien, pero tengo una puñetera infección y aún tardaré bastante en poder hacerlo. ¡Joder, y ahora encima dicen que puedo ir a la cárcel! ¿Te lo puedes creer? ¡Por tomarme cuatro putas copas puedo ir a la cárcel! ¡Joder, esta vida es una puta mierda, una puta mierda! ¡Y luego, a ver cómo me quedan estas cabronas, a lo mejor tengo que dejar el fútbol! ¡Una puta mierda, una puta mierda! ¡Yo no tuve la culpa, hostias, no tuve la culpa! ¡Si aquella furgoneta no hubiese estado allí parada, no habría pasado nada, nada en absoluto!... ¿Qué pasa?, ¿por qué me miras así?

No tendría más de veinticinco años, pero la rabia contenida que había en su cuerpo sólo era comparable al asombro de Lis, que lo miraba atónita, mientras el cigarrillo se consumía lentamente entre sus dedos. Las lágrimas comenzaron a llenar sus ojos y una cascada salió por ellos, mientras de su pecho se escapaban pequeños gemidos que intentaba mantener dentro, sin conseguirlo.

—¿La furgoneta? ¡Ni siquiera me viste! —dijo, limpiándose las lágrimas—. ¿Tú conducías el camión blanco..., el que llevaba líquido inflamable..., en la autovía de Brión... muy temprano? —Lis lo vio tragar saliva—. Y te quedaste dormido al volante... Te tomaste cuatro copas y..., como tú controlas..., te dormiste al volante...

—¡Yo... yo... yo no soy un criminal..., no lo soy! —gritó él—. ¡Todo el mundo bebe... y nunca pasa nada!

—Hasta que pasa —replicó Lis, apagando el cigarrillo en una maceta y respirando profundamente—. Han muerto cuatro personas..., una por cada

copa que te tomaste... ¿Sabes quiénes eran? Los periódicos han dado todos los detalles del accidente y ni siquiera te has molestado en saber a quién mataste...

Él tiró el cigarrillo al suelo con rabia y encendió otro. Lis apretó la mandíbula y tomó aire. Aguantarse las ganas de gritarle a alguien es algo muy difícil, pero ella era una experta en esa ardua tarea, había tenido que hacerlo muchas veces en su vida, y eso le había enseñado que no tiene más razón el que más grita.

—Una pareja de recién casados, volvían del aeropuerto, de su luna de miel, y ella estaba embarazada... Y un padre y su hijo, el niño tenía siete años, siete años, siete años..., y todo porque tú te tomaste cuatro copas... ¿Y te preocupa si volverás a jugar al fútbol?... ¿Es que no tienes corazón?

Lis regresó lentamente a su habitación, limpiándose las lágrimas que salían en silencio de sus ojos. Ella podría haber sido uno de aquellos números, un simple nombre en el periódico. Cruzó la puerta con la moral por los suelos y allí, ante la ventana, estaba Juan, con unos vaqueros y un jersey negro, más guapo que nunca, y mirándola de arriba abajo con unos ojos brillantes como estrellas.

Su compañera de habitación, ahora una señora de Murcia muy parlanchina, estaba fascinada observando a semejante espécimen del sexo masculino. Cuando vio entrar a Lis y el brillo de sus ojos, los suyos fueron de uno a otro alternativamente para no perderse ni un detalle. ¡Ni un partido de tenis entre Nadal y Federer habría conseguido que aquella cabeza se moviese de lado a lado a semejante velocidad!

Juan la observó caminar lentamente hacia él con una gran sonrisa en los labios, se acercó despacio y le acarició los hombros, mientras sus ojos recorrían su cara en una lenta caricia. Apartó el tacataca y la besó en la boca con toda la pasión, acariciando suavemente su cintura. Lis no pudo contenerse más y le echó los brazos al cuello, dejándose besar, entregándose a su abrazo. Le había echado tanto de menos, mucho más de lo que había imaginado. Hundió la cara en su cuello y le olió; olía a noche, olía a frío y...

—¿Tienes moto, Juan?

Él estalló en carcajadas, apretándola contra su pecho tiernamente, hasta que la auxiliar experta en destrozar situaciones románticas apareció con el carrito de la cena. ¡A las siete de la tarde, como si estuvieran en USA!

—¡La cena! —exclamó, y de nuevo se quedó paralizada en el acto.

—¡Oh, eso puede esperar! —dijo la murciana, indicándole con la mano que se apartara—. ¡Esto está mucho más interesante!

8

La señora de Murcia, siempre tan parlanchina y vivaracha, estaba hecha un mar de lágrimas viendo cómo Lis recogía sus cosas. La puerta se abrió y por ella entró Juan, con una gran sonrisa en los labios. Su aparición tuvo el efecto de detener al momento las lágrimas de la vecina de cama, que se sentó muy derecha para no perderse detalle de lo que ocurría ante sus, ya, sonrientes ojos.

—Pero ¿qué haces aquí, Juan? —preguntó Lis sorprendida—. ¿No trabajas hoy?

—He cambiado el turno —contestó él, dándole un suave beso en los labios—. ¿Te ayudo?

—Creo que ya está todo.

Juan cogió su maleta y Lis se despidió de la murciana, que había vuelto a llorar desconsoladamente. En el puesto de enfermeras se había producido una auténtica reunión improvisada. Los whatsapps habían volado en todas las direcciones del hospital; nadie había querido perderse la salida de aquella extraña pareja que les había tenido en vilo las últimas semanas. Y mientras Lis agradecía sus desvelos, las enfermeras y auxiliares no le quitaban ojo al hombre que estaba a su lado, preguntándose qué extraño sortilegio habría realizado aquella mujer para enamorar a semejante portento de la naturaleza, que la miraba embobado y la seguía cual perrito faldero.

En el ascensor, Lis pulsó el botón de la planta de fisio y recorrió aquellos pasillos una vez más hasta llegar a la gran sala donde tanta gente sufría.

—¡Qué gusto verte así! —exclamó Carlos, yendo hacia ella con los brazos abiertos al verla entrar apoyada en las muletas.

—¡Gracias, Carlos, gracias! —le dijo Lis con lágrimas en los ojos,

entregándose a su abrazo—. ¡No lo habría conseguido sin tu ayuda, gracias!

Juan condujo lentamente por la ciudad. Lis la observaba en silencio. Habían pasado casi tres meses desde que la había visto por última vez. El otoño había dado paso al invierno y la gente se arrebujaba en sus abrigos, intentando protegerse del viento que soplaba con fuerza. Las calles le parecían diferentes, como si las estuviese viendo por primera vez, como si una nueva ciudad se hubiese abierto para ella, una nueva vida que ahí estaba, ante sus ojos, esperándola. Juan aparcó ante su casa, pero Lis miró sus ventanas sin moverse, concentrada.

—¿Qué pasa? ¿No quieres entrar? —le preguntó él preocupado.

—¿Cómo sabes dónde vivo? Nunca te lo he dicho.

—Pues... me he informado.

—¿Y de qué más te has informado, si puede saberse?

—Pues... —una sonrisa pilla apareció en sus labios— me he enterado de que, además del chocolate, también te gusta el arroz con leche, así que he comprado un poco.

Allí estaba su hogar, del que Lis había salido una fresca mañana de otoño en busca de una nueva vida, de un nuevo horizonte, de un nuevo amanecer, y lo había encontrado, pero ¿a qué precio? La debilidad que sentía la llevó hasta el sofá, donde se sentó con cuidado, suspirando profundamente. ¿Cómo iba a afrontar esa nueva etapa de su vida si no tenía fuerzas? ¿De dónde las iba a sacar?

—Estás cansada, ¿verdad? —dijo Juan, sentándose a su lado y devolviéndola a la realidad.

—Sí, muy cansada, creo que necesito dormir. En el hospital era tan difícil hacerlo...

—¿Quieres que me quede contigo? —preguntó él, levantando la barbilla y mirándola a los ojos.

—¡Oh, no, no, no hace falta, estaré bien!

—Si me necesitas, puedes llamarme en cualquier momento, no vivo lejos.

—¿Dónde vives?

Juan se levantó, apartó las cortinas y señaló el edificio de enfrente, tras las vías del tren.

—¿Vives ahí? ¿Y cómo es que no te he visto nunca?

Lis se metió bajo la ducha, esperando que el agua se llevase la sensación de debilidad que rebosaba de su cuerpo y salió sintiéndose un poco mejor. Se tendió sobre la cama y cerró los ojos quedándose profundamente dormida. Durmió durante toda la mañana, y al comienzo de la tarde la despertó el mercancías, el que más ruido hacía, aunque tenía que reconocer que los sonidos en semejante búnker eran más bien pocos.

Se levantó, preparó una cafetera grande, puso la calefacción a tope y se dio otra ducha. La báscula la miró interrogante desde la esquina y, armándose de valor, se subió a ella. La aguja le provocó un ligero sobresalto. ¡Había adelgazado veinte kilos! Tras recuperarse de la impresión y decirse que algo bueno tenía que tener el accidente y que tendría que comprar ropa nueva, cogió el tazón de café y se sentó frente al ordenador. Los movimientos de la última vez se repetían, pero la vida ya no era la misma, había dado un auténtico giro de ciento ochenta grados. Encendió el ordenador y un cigarrillo y se tomó lentamente el café.

Entró en su banco y comprobó sus cuentas. Las tres naves que sus padres le habían dejado en el polígono industrial, su medio de sustento desde que había salido de LA CASA, seguían en funcionamiento, y los alquileres correspondientes a los meses que había estado en un mundo paralelo habían sido abonados puntualmente. Eso era lo único a lo que ELLOS no habían tenido acceso, lo único que las leyes protegieron.

Respiró aliviada, la hipoteca no corría riesgo, y, dado que no había gastado nada en los últimos tiempos, sus cuentas estaban abultadas; ése era otro lado bueno del accidente. Abrió su correo electrónico y entonces el corazón le dio un vuelco.

¡Allí estaban! Las respuestas de las agencias literarias a las que había enviado el libro. Ni siquiera lo había vuelto a recordar..., el libro.

Se apoyó en el respaldo del sillón y miró su bandeja de entrada. Había una agencia que le había enviado varios mensajes. El corazón le iba a mil por hora. Aquellas personas habían leído su libro, aquellas personas conocían su historia, aquellas personas sabían de su tormento, de su infierno, de su tortura. Sintió cómo las gotas de sudor comenzaban a bajar lentamente por la cicatriz de su espalda, mientras el cigarrillo temblaba entre sus dedos. Se levantó y se sirvió otro café, se acercó al ventanal del salón y observó el tren que pasaba en ese momento. ¿Qué esperaba encontrar en aquellos mensajes? ¿Qué le dirían?

Respiró profundamente y abrió la ventana, observó con detenimiento el edificio tras las vías del tren. Había pocas luces encendidas. Tras una de ellas vio una silueta, en el mismo momento en que su teléfono comenzaba a sonar.

—¿Estás bien, Lis? —preguntó Juan al otro lado.

—Sí, estoy bien.

—¿No tienes sueño?

—He estado durmiendo casi todo el día.

—¿Y qué haces?

—Revisando el correo. Lo tengo lleno de propaganda, mi papelera va a reventar. Y tú, ¿por qué no duermes? Mañana trabajas.

—No tengo sueño..., te echo de menos.

Aquello no era una voz, aquello era una súplica. La cabeza de Lis se ofuscó de nuevo, lo que aquel hombre le provocaba no era normal.

—Si me necesitas, no dudes en llamarme, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Hasta mañana.

Lis apagó el cigarrillo y se sentó frente a la pantalla. Buscó el primer mensaje que le habían enviado, era de dos semanas después de haber tenido el accidente.

MENSAJE 1: Señorita Blanco, agradecemos su confianza en nuestra agencia, pero lamentablemente nos es imposible representarla en este momento. Tenemos muchísimo trabajo y no queremos que se vea perjudicada la atención a los autores que ya gestionamos. Un cordial saludo.

MENSAJE 2: Tardamos un mínimo de diez meses en contestar. Eso, siempre y cuando la novela sea de nuestro agrado. No obstante, le agradecemos que nos la haya enviado. Un cordial saludo.

MENSAJE 3: Lamentablemente, he de informarte de que, debido al momento por el que estamos pasando, hemos cerrado la admisión de nuevas propuestas, ya que debemos concentrarnos en las representaciones que llevamos, si no queremos perder el nivel de servicio que prestamos. Te deseo sinceramente éxito en tu búsqueda y te mando un cordial saludo.

MENSAJE 4: Dada la cantidad de propuestas que recibimos nos es imposible responderle de inmediato. Si consideramos que su obra puede interesarnos, contactaremos con usted. Cordialmente, el Departamento de Lectura.

MENSAJE 5: Señorita Blanco, muchas gracias por su mensaje, pero nuestro volumen actual de trabajo nos impide representar a otros autores. En todo caso, le incluimos un par de enlaces donde puede encontrar otras agencias literarias en España que esperamos le sean de utilidad. Le deseamos mucha suerte con sus escritos. Saludos cordiales.

Lis siguió y siguió leyendo los mensajes hasta llegar al de la Agencia Pastrana.

MENSAJE DE: Agencia Literaria Pastrana

Señorita Blanco:

Nos ha gustado mucho el manuscrito que nos envió. Nos gustaría celebrar una reunión con usted para hablar de su posible representación. Puede ponerse en contacto con nosotros en esta dirección de email.

Atentamente, Luis Senante

Le habían enviado cuatro más, el último de hacía tan sólo una semana.

Señorita Blanco:

No hemos tenido noticias tuyas, quizá ya haya encontrado agente para su libro. Si no es así, por favor, no dude en ponerse en contacto conmigo. Estoy muy interesado en su novela, sinceramente... me ha conmovido.

Atentamente, Luis Senante

Las lágrimas inundaron sus ojos, la nueva vida traía muchas novedades consigo.

9

Al día siguiente, sin embargo, la preocupación sobre su futuro como escritora quedó relegada a un segundo plano cuando Juan apareció en su casa.

—¡Hola! —dijo dándole un suave beso en los labios—. Sólo puedo quedarme un momento, entro a trabajar dentro de media hora. —Su frente se frunció, mirándola de arriba abajo—. ¿No has adelgazado mucho?

—Algo bueno tenía que tener la comida del hospital, Juan, ¿no te parece? —le contestó Lis con una sonrisa.

—Ya..., pero no es bueno adelgazar tanto en tan poco tiempo, tienes que comer. —Le acarició la cara—. Lo digo en serio, Lis, tienes que alimentarte, sólo así podrás recuperar las fuerzas.

—Es que... no tengo hambre, Juan.

Lo vio marcharse con prisas, mientras se preguntaba, preocupada, si a su recién estrenado admirador... no le gustarían las mujeres gordas.

El resto de la semana sus visitas fueron tan raudas y veloces como ésta, y siempre tenía una disculpa preparada para marcharse cuanto antes. Las dudas de Lis se incrementaron de tal forma que llegó a la conclusión de que aquello que había vivido no había sido más que un espejismo, de que aquel hombre se había cansado de la novedad y estaba intentando apartarse, pero no sabía cómo hacerlo.

Y ella no fue la única que notó el cambio.

Cuando al salir del trabajo Pedro lo agarró por un brazo para arrastrarlo hasta el bar de enfrente y Jack se negó con fuerza, se le dispararon las alarmas.

—¿Qué pasa?, ¿temes encontrarte con Carla?

—Pues no me apetece, la verdad. Pero si quieres que te sea sincero..., ni siquiera había pensado en ella.

—¿Qué pasa, Jack? —dijo Pedro preocupado—. Venga, vamos a otro sitio.

En un bar de las afueras, y ante unas cervezas, le abrió su corazón.

—¿Qué tal, Jack, cómo va eso?

—Pues... no va.

—¡Joder! Te dije que no te mudaras, que era muy precipitado. ¡Eres demasiado impulsivo, tío! ¿Qué pasa?, ¿ya te has cansado de ella?

—¡Oh, Dios! —exclamó, frotándose la cara con las manos, mientras una sonrisa aparecía en sus labios—. No, Pedro, no me he cansado de ella, al contrario.

—No me digas que no quiere saber nada de ti. ¡Eso es imposible!

—Verás..., yo... no voy a verla muy a menudo, ¿sabes? Bueno, voy todos los días, pero me quedo poco tiempo.

—¿Por qué? —preguntó Pedro intrigado.

—¡Joder, porque estoy deseando llevármela a la cama y aún es pronto! —Su amigo no pudo evitar echarse a reír viendo su desesperación—. No te rías, esto es muy jodido, tío, muy jodido. Cada vez que la miro, no pienso en otra cosa.

—¿Aún no se encuentra bien?, ¿sigue usando las muletas?

—A veces no las usa, pero sigo viéndola insegura, muy insegura, y se cansa con tanta facilidad que me da miedo tocarla. No quiero hacerle daño, ¿entiendes?

—Ya —dijo Pedro pensativo—. Oye, ¿y por qué no vas a hablar con Carlos? Él puede orientarte mejor que nadie sobre la recuperación y esas cosas.

—¡Hostias, tío, claro! ¿Cómo no se me ha ocurrido? ¡Carlos!

Sentados en los taburetes de la cafetería del hospital, Carlos miraba a su antiguo compañero como si no lo conociese.

—¡Caray, menuda cara tienes, macho! ¿No duermes bien?

—No duermo, punto —repuso Juan tomándose el café de golpe—. Carlos, yo... quería preguntarte cuánto tiempo necesitará Lis para recuperarse.

—Pues eso depende. Cada persona es distinta y cada lesión también. ¿Qué pasa?, ¿no se encuentra bien?

—Sí, está mejor, mucho mejor, pero... Bueno, yo... ¡Joder, no sé cómo decirlo!

—Pues diciéndolo, porque no te entiendo, tío —dijo Carlos, levantando las cejas.

—Verás..., ella... me gusta, me gusta mucho y... la deseo.

—¡Ah, vale! Estás hablando de sexo. ¡Coño, Jack, llama a las cosas por su nombre, que no tenemos quince años!

—No me eches un sermón —replicó él, frotándose la barbilla—. No sé qué hacer. Creo que aún no está bien para eso, y tengo miedo de hacerle daño y... me desespero, ¿entiendes?

—A ver..., desde un punto de vista médico, no hay ningún problema en que practique sexo, siempre y cuando no seas un bruto o un aficionado al sado —expuso Carlos, pidiendo dos cafés más—. Camina prácticamente sin ayuda, aunque su sistema muscular tardará más en recuperarse, claro. Ha estado inactiva mucho tiempo y aún tardará en conseguir el tono. Además, ha adelgazado bastante, y eso hay que vigilarlo, por esa razón el otro día la mandamos a hacerse análisis.

—¿Qué análisis?

—¿No lo sabes? —preguntó Carlos sorprendido—. Pero ¿no estáis juntos?

—No —respondió Jack, frotándose la frente preocupado—. ¿Por qué los análisis?, ¿no está bien?

—No puedo comentarlo contigo, no eres un familiar. Además..., ¿puedo preguntarte algo? Tú siempre has salido con mujeres impresionantes, con tías cañón... ¿Por qué ella, Jack?

—Carlos..., yo...

—Escucha, te voy a hablar muy claro, porque siempre he creído que andarse por las ramas es una auténtica pérdida de tiempo. Si estás simplemente encaprichado con ella, deberías dejarla en paz, no se merece que la traten como un juguete. Lis no es como las mujeres a las que tú estás acostumbrado, Jack, no lo es.

—No es un capricho, Carlos, yo... no he podido quitármela de la cabeza desde que la conocí... ¡Oh, Dios! —exclamó frotándose la cara con las manos desesperado—. Sueño con su risa..., con sus ojos..., con su voz... No puedo dormir..., no puedo comer..., no puedo vivir...

Carlos se quedó en silencio, observando a su compañero sin dar crédito. Le había visto acompañado por las mujeres más espectaculares de la ciudad, pero siempre triste, nunca feliz. Se terminó el café de golpe y dejó el pocillo sobre la mesa, donde comenzó a tamborilear con los dedos.

—Tiene anemia —dijo de repente—. Por eso se cansa con facilidad. La mandamos a hacer los análisis porque nos lo imaginábamos. Las enfermeras dieron la voz de alarma cuando su bandeja de comida volvía siempre a medias. Pero lo que más me preocupa no es su salud física, sé que con el tiempo su cuerpo se recuperará, sino la mental.

—¿Estás hablando de las secuelas del accidente?

—Estoy hablando de las secuelas, sí, pero no sólo las del accidente, sino las que ya tenía. Cuando un paciente llega a mis manos, intento informarme todo lo que puedo sobre él, pero de ella la información que encontré era mínima, y aunque durante las sesiones intenté que me contase cosas de su vida, no conseguí sacarle ni una palabra. Y el otro día me encontré con el doctor Robles. ¡Ese hombre debería haber sido psicólogo! Me dijo: «Hay tanto dolor en esos ojos, que no entiendo cómo pueden abrirse y sonreír como lo hacen. Mientras estuvo aquí comía muy poco porque aquí se sentía segura. Ha intentado esconderse bajo esos kilos de más de la misma forma que los animales se camuflan en el bosque... Y me pregunto... ¿de qué tiene tanto miedo?». —Carlos miró su reloj—. Tengo que irme. Las mujeres no son como nosotros, Jack, no son del club «aquí te pillo, aquí te mato». Ellas necesitan ternura, y Lis en particular necesita más ternura aún. No me gustaría que la hicieras sufrir, creo que ya ha sufrido bastante.

La noche caía lentamente sobre Santiago. Diminutas gotas de lluvia fluctuaban por el aire. Jack observó la ciudad, que poco a poco comenzaba a recogerse, y, dando vueltas sin rumbo en el coche, acabó frente a la casa de Lis. Llamó al telefonillo, pero no estaba. Se sentó en la escalera de la entrada y encendió un cigarrillo, mientras su mente daba una y mil vueltas a las palabras de Carlos.

La vio aparecer doblando la esquina, sin muletas pero con paso inseguro, hasta que, de repente, se apoyó en la pared y cerró los ojos. Ni dos segundos habían pasado cuando el brazo de Jack rodeó su cintura, sobresaltándola. La llevó a casa, donde la dejó con cuidado en el sofá. Lis suspiró profundamente. Estaba muy pálida y las gotas de sudor caían lentamente por sus sienes.

—¿Dónde tienes algo de beber, Lis? —preguntó él preocupado—. Te vendría bien tomar una copa.

—No tengo alcohol en casa —contestó ella, cerrando los ojos.

—Te prepararé un café bien cargado. —Cuando estuvo hecho, se lo puso

en las temblorosas manos y lo acercó a su boca hasta que se lo terminó todo y el color apareció de nuevo en sus mejillas—. ¿Mejor?

—Sí, gracias. —Suspiró con una pequeña sonrisa.

—No deberías salir a pasear sola —le recriminó preocupado, acariciándole la cara—. ¿Por qué no me has llamado?

—Porque no quiero molestarte. —Dejó la taza sobre la mesita.

—Tú no me molestas, Lis, ya lo sabes.

—Juan..., tú últimamente... siempre estás apurado, y yo... lo entiendo, de veras que lo entiendo...

—Para ti siempre tengo tiempo —sentenció él, acariciándole la mejilla muy despacio.

—No digas eso —repuso ella sonriendo—. Tus visitas cada vez son más cortas, y yo... lo entiendo, Juan, te aseguro que lo entiendo. Ya has hecho mucho por mí y te lo agradezco, te lo agradezco enormemente, pero tienes tu vida y debes seguir con ella.

—No me queda más remedio que contártelo —dijo él, resoplando y levantándose del sofá, comenzando a pasear nervioso por el salón con las manos en las caderas.

—¡Oh, no, Juan, no! —exclamó Lis—. ¡No tienes que darme ninguna explicación! Tú tienes tu vida y tienes todo el derecho del mundo a...

No la dejó seguir hablando. Se acercó lentamente y, tomando su cara entre las manos, la besó con toda la pasión, saboreando intensamente sus labios. El beso se volvió más y más ardiente mientras su cuerpo se tendía con cuidado sobre ella. Enredó los dedos en su pelo y le acarició la cabeza, saboreando y mordiendo sus labios, con la respiración ya descontrolada. Cuando el río de besos que había en su boca fue depositado en la de Lis, Jack la miró profundamente a los ojos.

—No he estado ocupado últimamente, Lis. Tan sólo he evitado pasar más tiempo a solas contigo porque te deseo... Porque cada vez que te veo, tengo que hacer esfuerzos para no abalanzarme sobre ti como en este momento. Porque sé que no estás bien todavía, y yo... yo no quiero hacerte daño, cariño... Por nada del mundo querría hacerte daño, cielo...

Volvió a cerrar su boca entre sus labios, sus manos bajaron hacia sus pechos y se los acarició lentamente. Un gemido salió de la boca de Lis, que acarició su cara, sintiendo el roce de su barba y excitándose.

—No quiero hacerte daño, cariño —repitió Jack, hundiendo la cara en su cuello y mordiéndoselo suavemente—. No quiero hacerte daño, no quiero

perder el control... Cuando estés más recuperada, cariño..., entonces sí..., entonces sí.

La noche que siguió a este primer encuentro pseudosexual entre ellos constituyó para Juan un auténtico tormento. Nunca en toda su vida había deseado tanto a una mujer, nunca se había sentido tan excitado sobre un cuerpo, y controlarse entre sus brazos había sido para él una auténtica prueba de fuego. No obstante, tras esa noche de vigilia, que no le deseaba ni a su peor enemigo, se dijo que aquella tortura no podía seguir, o acabaría volviéndose completamente loco. Cuando terminó su turno al día siguiente, se presentó en el hospital sin avisar.

—¡Jack, otra vez aquí! —exclamó Carlos al verlo—. Tío, nos vemos más que cuando trabajábamos juntos.

—¿Estás ocupado?

—Ahora mismo iba a tomarme un descanso. Ven, vayamos a la cafetería, me hace falta un buen chute de cafeína.

Atravesaron las puertas de la cafetería, pasando ante una mesa en la que diez enfermeras daban buena cuenta del refrigerio que necesitaban para comenzar una nueva guardia nocturna. Todas las miradas se clavaron en ellos, mientras los codazos se sucedían como si de una auténtica ola se tratase.

—¡Oh, Señor! —suspiró una nueva, observándolos con los ojos desorbitados—. Pero ¿quiénes son esos hombres? ¡No parecen de este planeta!

—El mayor es Carlos —dijo una de ellas—. Es fisio, pero antes era bombero, y eso ya le queda en los genes para el resto de su vida. Y el otro... ¿No os imagináis quién es? ¡Hay que ver qué poquita imaginación! ¡Es el de la chica del milagro!

—¿La chica del milagro? —preguntó la nueva—. ¿Quién es ésa?

—Pues verás —siguió la veterana—, la susodicha salió viva de un accidente del que debería haber salido hecha papilla y encima se llevó el premio gordo. Él fue quien la sacó del coche y la estuvo visitando prácticamente todos los días que permaneció ingresada. ¡Creo que no faltó ni uno!

—Sí, sí faltó —intervino otra, atrayendo todas las miradas—. Una

semana concretamente. Aunque le envió bombones, flores y una tarjeta..., yo se la di. Pero cuando volvió, estuvo aquí cada día como un clavo.

—¡Madre mía! —exclamó la nueva—. ¡Está impresionante, el tío, menuda suerte! ¿Y quién es la afortunada? ¿Modelo, presentadora, concursante de «Gran Hermano»?

—Eso es lo más extraño de todo —respondió la veterana, frunciendo el ceño y llevándose el café a los labios—. Pues, verás..., ella..., no sé cómo decirlo sin que suene cruel...

—Pues dilo como hay que decirlo —intervino otra—. Sólo hay una forma: es una tía gorda.

—¿Cómo que gorda? —preguntó la nueva—. ¿Rellenita, quieres decir?

—No, de rellenita nada. Gorda..., pero gorda, gorda.

—Bueno, cuando le dieron el alta había perdido mucho peso —continuó la veterana—, cosa que no me extraña, porque la rehabilitación fue durísima. Pero tuvo suerte, Carlos no la dejó tirar la toalla en ningún momento.

—¡Pues un día estuvo a punto de hacerlo! —La voz llegó desde el final de la mesa, hacia donde las cabezas se volvieron y la mujer de grandes gafas, que no había abierto la boca hasta aquel momento, miraba concentrada su taza de café—. Yo había ido al almacén, por gasas y jeringuillas y, al pasar por fisio, la oí llorar. Estaba intrigada, así que me quedé un rato remoloneando a ver si me enteraba de algo... ¡Como alguna se vaya de la lengua y se lo diga a la supervisora, la mato! —Las risas no se hicieron esperar—. Al cabo de un rato, apareció él —dijo señalando a Jack—. Entró en la sala y dejó la puerta abierta... ¡No me miréis así, ya sabéis que a veces las guardias son muy aburridas, para una vez que pasa algo emocionante, no era cuestión de perdmelo! —Las carcajadas inundaron la mesa—. Un rato después, el auxiliar se la llevó en la camilla, y esos dos tíos como armarios que veis ahí... estaban emocionados, los dos... ¡Así como os lo cuento!

—Carlos, necesito ayuda porque no puedo aguantar más y me va a dar algo. —El fisioterapeuta estalló en una carcajada al ver a Juan tan desesperado—. Háblame con claridad. ¿Hay algo que no deba hacer, alguna postura que la pueda perjudicar?

—El único consejo que puedo darte es que la trates con ternura, Jack, con mucha ternura.

—¡Joder! Ése no es mi fuerte.

—¡Pues tendrá que serlo, porque la necesita, Jack, y si no lo haces así... mejor que no lo hagas! —Se quedó callado, observando sus profundas ojeras—. ¡Nunca te había visto así, tío! ¡Te gusta de verdad!

—Carlos, yo... nunca había sentido esto por una mujer. Cada minuto que estamos separados me parecen siglos.

—Bueno, pues en vista de que la cosa va en serio y de que confío en tu palabra..., necesito que me ayudes a convencerla de que vea al psicólogo.

—¿De qué estás hablando?

—Las víctimas de accidentes, antes o después, se ven asaltadas por las pesadillas. El otro día hablé con ella de este tema, pero se negó en redondo... Quizá si se lo dices tú... Ella es especial, Jack, muy especial. —Se quedó pensativo—. Te contaré una cosa, pero no puede salir de aquí, ¿de acuerdo? Lis conoció aquí, en el hospital, al tipo que provocó el accidente.

—¿Qué?

—Sí. No sé cómo ocurrió, pero así fue. Me di cuenta el día que vino a despedirse. Cuando os fuisteis, se quedó parada ante el cristal. Creía que sólo era nostalgia, pero no, estaba mirando a alguien en particular, al paciente que estaba conmigo en aquel momento. Yo no sabía aún que él era el causante del accidente... El tío... ya no es el mismo de los primeros días, ha empezado a darse cuenta de lo que hizo, de las consecuencias, y comienza a aterrizar en este mundo y... se está hundiendo. Vamos, que ha visto que su vida se ha ido al garete por cuatro copas y que se ha llevado por delante vidas inocentes. ¡No me gustaría estar en su pellejo, la verdad! Y Lis... lo vio antes que yo... El último día que vino, me dijo: «Ayúdale, Carlos, él necesita más ayuda que los otros». —Su móvil comenzó a sonar en ese instante—. ¡Dime, cariño! Sí, estoy en la cafetería. Bien, ahora salgo. Tengo que salir, Jack, es mi mujer.

A las puertas del hospital, una mujer rubia entradita en carnes salió con mucho salero de un coche mal aparcado y se lanzó a los brazos de Carlos, que la besó con pasión mirándola intensamente, con ojos brillantes.

—Perdona, cielo —dijo ella, acariciándole la cara—, pero ya sabes cómo es, se ha puesto muy pesada.

—Jack, te presento a mi mujer, Ana.

En ese momento, una cabeza llena de rizos se asomó por la ventanilla trasera del coche.

—¡Que estoy aquí, papá, que estoy aquí!

—Y ésta es nuestro pequeño terremoto, Jack, también se llama Ana, como la madre, pero es más difícil de satisfacer —añadió con una sonrisa pícaro mientras abría la puerta, por donde un torbellino se lanzó a sus brazos con alegría—. A ver, ¿qué pasa, cariño?

—Es que te has ido sin darme un beso, papi, y yo no puedo dormir si no me das un beso, ¡ya lo sabes, papá!

—Y también sabes, papi —dijo la madre, poniendo los ojos en blanco—, que los míos no sirven.

—Pero si los de mamá son más suaves.

—Sí, pero a mí me gustan más los tuyos, papi, porque me hacen *cusculillas*.

Cuando le vio al otro lado de la puerta, apoyado en el quicio, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa traviesa en los labios, Lis arrugó el ceño.

—Juan..., ¿qué pasa?

—¿Me das un beso?

—¿Qué?

—Necesito que me des un beso o... no podré dormir.

Él entró y cerró suavemente la puerta. Cogió su cara entre las manos y besó sus labios suaves, calientes, sorprendidos y, entre beso y beso, la llevó hasta la habitación. La tomó entre sus brazos y la tendió sobre la cama. Su lengua entró en su boca, que la recibió con dulzura, saboreándola despacio, mientras el corazón de Lis se desbocaba y su cuerpo se estremecía al sentirle sobre ella. Juan hundió la cara en su cuello, dejando sobre su piel todos los besos que había en sus labios, hasta que la oyó reír.

—¿De qué te ríes, Lis?

—Es que me haces cosquillas, Juan —contestó ella con una sonrisa, acariciándole la cara.

—¡Oh, Dios!

Aquello era más de lo que podía soportar. Sentir la suavidad de su piel, el calor de su cuerpo, el latido de su corazón bajo su pecho, lo volvía loco, pero fue su risa la que le excitó más y más descontrolando su respiración por completo y llevando sus manos hacia sus pechos, que acarició lentamente. Sintiendo cómo los pezones se le ponían rígidos bajo sus palmas, cómo los ojos color chocolate se le llenaron de un intenso brillo y cómo su rostro se

arreboló.

Aquellas mejillas sonrosadas espolearon su deseo y Juan perdió la noción de lo que estaba haciendo. Su boca bajó hacia la de ella y la devoró con pasión, tendiéndose sobre su cuerpo con cuidado, con mucho cuidado.

Sentir a aquel hombre encima de ella fue tremendamente impactante para Lis. Lo recibió con el mismo deleite con que había recibido las manzanas cuando recorría aquella carretera en busca de la libertad. Pero cuando sus manos intentaron desnudarla, le entró el miedo, un miedo terrible que la hizo volver a la realidad. Mostrar su cuerpo no era algo que desease hacer, y menos a él, así que la vergüenza la dirigió y la hizo frenar.

—Juan, por favor, no puedo...

—¿Te hago daño, Lis?

—No, pero no puedo... No puedo todavía, Juan...

Se tendió a su lado despacio, tomando su cabeza en el hueco de su brazo y acariciando su mejilla encendida. Sus labios la saborearon de nuevo. Su mano bajó hacia sus pechos y los acarició suavemente. De la boca de Lis salió un gemido ahogado que le excitó hasta límites que no conocía y que guio su mano hacia abajo, hasta llegar a su pubis, donde ella detuvo sus caricias.

—Juan... —susurró en su boca—, yo no puedo todavía... Lo siento, pero no puedo.

—Lo sé..., lo sé..., es pronto —susurró él, abrazándola y enterrando la cara en su cuello—. Deja que me quede a dormir contigo esta noche... No sabes lo que me cuesta dormir desde que te conozco..., ni te lo imaginas, Lis, ni te lo imaginas. —Ella tomó su cara entre las manos, mirándole muy seria—. Sólo dormir, te lo prometo, es que... no puedo dormir pensando en ti... No puedo..., no puedo...

En mitad de la noche, Juan se despertó y fue al baño. Al salir, miró el apartamento con atención. Nunca se había parado a hacerlo; cada vez que había ido allí, sus ojos se centraban en ella, en nada más. Era pequeño pero muy acogedor; los sofás de color naranja le daban una alegría especial, las paredes blancas estaban decoradas únicamente con un precioso vinilo de flores, y la pequeña mesita de café tenía un cristal en forma de corazón que le arrancó una sonrisa. Él había tardado una semana en decidir cómo quería la suya, sus opciones, cuadrada o rectangular. Sólo a una mujer se le podría haber ocurrido una mesa así; era perfecta para aquel ambiente tan cálido.

Parecía un auténtico hogar, en él sólo faltaban los niños y el perro.

La imagen de Carlos y su familia volvió a su mente, lo que lo hizo sonreír. Eso era lo que él quería en su vida, lo que siempre había soñado, lo que necesitaba para ser feliz: una mujer de verdad, un hogar de verdad.

Se acostó de nuevo junto a Lis, acariciando suavemente su hombro y se abrazó a ella besando su espalda. Ella se despertó sobresaltada.

—Tranquila, cariño, soy yo —dijo encendiendo la luz.

Con el pelo negro alborotado y los ojos brillantes y adormilados, Lis lo miró extrañada, como preguntándose «¿Qué hace este hombre en mi cama?». Juan se dijo que no podía haber nada más hermoso sobre la faz de la Tierra. Una sonrisa apareció en los labios de Lis antes de tenderse suavemente sobre su pecho.

Juan apagó la luz y abrazó aquel cuerpo con ternura, al tiempo que una sonrisa aparecía también en su boca. Por primera vez en muchos años se sentía feliz, realmente feliz, completamente feliz..., sintiendo cómo la respiración de Lis le hacía *cusculillas* sobre el pecho.

10

El señor Senante rondaba los sesenta y cinco años y, aunque sabía que tenía edad de jubilarse, ni siquiera había considerado semejante posibilidad. La Agencia Literaria Pastrana, que dirigía desde hacía más de cuarenta años, constituía para él toda su vida, después de su querida esposa, naturalmente. Era de baja estatura y un poquito entrado en carnes, pero si bien sus formas redondeadas podían inducir al error de creer que era un hombre sedentario, nada más lejos de la realidad, como así lo atestiguaban sus pequeños ojos grises, cuya mirada intensa traslucía la enorme curiosidad que todavía anidaba en su alma, esa que le hacía perderse en los jardines que bordeaban la agencia, y donde, con un manuscrito y un café, se dejaba ilusionar por las historias que caían en sus manos.

Y eso precisamente le había ocurrido con el manuscrito de Lis. Se sumergió en la historia de LA CASA y el entusiasmo le espoleó, provocándole ese cosquilleo tan conocido tras las orejas, cosa que sólo le ocurría cuando lo que tenía entre las manos era una auténtica joya.

El entusiasmo le hizo intentar ponerse en contacto con su autora en numerosas ocasiones, sin obtener respuesta, lo cual espoleó aún más su curiosidad. ¿Quién sería aquella mujer que se hacía de rogar? Pero por más que buscó información sobre ella en internet, no encontró nada. Así que, cuando aquel día vio en la bandeja de entrada de su correo el mensaje de Lis, el corazón le dio un vuelco, y contó las horas y los minutos que faltaban para conocer a la persona que, con su relato duro y descarnado, había conseguido ponerle de punta los pelos que no tenía.

A primera hora de aquella fría tarde de invierno, caminó por el pasillo con paso presuroso hacia recepción, preguntándose qué aspecto tendría la

mujer que había escrito aquella terrible historia. Sin embargo, cuando la vio, no se sorprendió lo más mínimo. Sus muchos años de experiencia le habían enseñado que los recipientes más extraños contienen los elixires más deliciosos. Y, cuando sus pequeños ojos grises se encontraron con los ojos del color del chocolate, pudo ver el interior de su alma, tan clara y transparente como el agua del estanque que había en sus jardines.

—Ya temía que hubiese encontrado agente para su novela, señorita Blanco —le comentó con una sonrisa.

A continuación, la acompañó hasta el sofá de su despacho, donde, sobre la mesita, los esperaba una humeante cafetera.

—No pude ver sus mensajes, señor Senante —dijo Lis, sentándose lentamente—. Tuve un accidente de tráfico, en la autovía, y he estado ingresada en el hospital desde entonces.

—¡Oh, vaya, lo siento mucho! ¡De ahí las muletas, claro! ¿Y ya está bien?, ¿se encuentra mejor?

—Sí, gracias, me estoy recuperando. —Su móvil comenzó a sonar y Lis rechazó la llamada—. A un ritmo un poco lento, pero estoy en ello.

—Sé perfectamente cómo se siente. Yo también tuve un accidente hace algunos años y es... muy traumatizante —expuso el hombre con tristeza—. Y dice que fue en la autovía. ¿No sería el choque en cadena que salió en las noticias?

—Sí, fue ese accidente.

—¡Vaya, hubo muertos si no recuerdo mal! Y el conductor del camión...

—Sí, había bebido, lo sé.

El señor Senante puso por las nubes el libro. Se explayó todo lo que quiso y más, hasta llegar al meollo de la cuestión, el que le preocupaba realmente.

—La dureza que trasluce, el desgarró con el que cuenta ciertas situaciones, y la sinceridad de las palabras empleadas son cuando menos... impactantes. Me ha emocionado mucho, la verdad, pocas veces llega a nuestras manos un material como éste... —Encendió un cigarrillo lentamente—. Da usted nombres de lugares concretos, señorita Blanco, y yo... me he tomado la libertad de buscarlos en internet y... existen realmente... También da nombres de personas y cargos que ocupaban, así que la siguiente pregunta es obligada: señorita Blanco, ¿es una ficción o una realidad?

—Ficción —contestó ella sin mirarle y encendiendo también un cigarrillo.

—Entiendo. En ese caso, quizá habría que revisar los nombres, ya sabe, para evitar posibles demandas y esas cosas. Pero bueno, de eso que se ocupe la editorial, nosotros hablemos de su representación. —El señor Senante llamó a una de sus ayudantes, que trajo el contrato—. Léalo con calma, es el contrato que ofrecemos a todos nuestros representados, pero si hay algo con lo que no esté de acuerdo o que quiera cambiar, no tiene más que decirlo y lo hablaremos. Yo estoy convencido de que su libro tendrá muy buena salida en el mercado, Lis: es una historia con mucha fuerza, con mucha garra, y eso siempre llega a la gente.

—Has estado fuera toda la tarde, Lis —dijo Juan, entrando y mirándola preocupado—. ¿Has ido al hospital?

—No, yo... —Su móvil comenzó a sonar y rechazó la llamada—. He tenido una reunión y... —El móvil sonó de nuevo—. Necesito un café. ¿Te apetece?

Se metió en la cocina, rechazando la llamada una vez más, y comenzó a preparar la cafetera, pero el teléfono siguió y siguió insistiendo; el que estaba al otro lado no se daba por vencido.

—¿Qué pasa, Lis, por qué no lo coges? —preguntó Juan, apareciendo tras ella y acariciándole los brazos.

—Porque no quiero hablar con ellos —contestó ella sin mirarlo, al tiempo que apartaba la cafetera del fuego con mano temblorosa.

—¿Con quiénes?

—¡Con los del seguro del coche, Juan! —respondió, sirviendo los cafés en las tazas—. ¡No dejan de llamarme, y yo... yo... no quiero hablar con ellos! —El móvil sonó de nuevo—. ¡Oh, cállate de una vez!

—Pero, cielo —la hizo girar y observó su cara pálida—, antes o después tendrás que arreglar ese asunto.

—¡No! —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. ¡No puedo, Juan, no puedo!

—Pero, Lis...

—¡No quiero otro coche! ¡No quiero! ¡No volveré a conducir nunca, Juan, nunca!

—Por supuesto que volverás a conducir; tú no tuviste la culpa de lo que pasó.

—¡No puedo volver a conducir, no puedo! —El móvil sonó una vez más

—. ¡Apágalo, por favor, me va a volver loca!

—Yo hablaré con ellos —dijo Juan, dirigiéndose al teléfono, que volvía a sonar con impertinencia.

—¡No! —exclamó Lis con los ojos desorbitados—. ¡No quiero! ¡No quiero!

La rabia y el miedo tomaron el control de su cuerpo, dirigiendo sus pasos hacia la habitación, donde se tiró sobre la cama, llorando las lágrimas que habían estado retenidas tanto tiempo. Le oyó hablar durante un buen rato, tapándose los oídos. No quería oírlo, no quería saberlo, no quería otro coche, no quería, no quería. Los brazos de Juan la giraron en la cama y la abrazaron contra su cuerpo.

—¡No tenías derecho a hacerlo, Juan! —gimió en su cuello.

—Lo sé —contestó él, limpiándole las mejillas—, pero no puedes esconderte por miedo.

—¡Sí puedo!

—Vale —dijo con una sonrisa—, sí puedes..., pero no debes, porque no es bueno. Tienes que afrontarlo, antes o después tendrás que afrontarlo.

—¡No quiero afrontarlo! ¡No quiero!

Juan la abrazó con dulzura, mientras su cuerpo se estremecía entre terribles espasmos de angustia y de miedo. La apretó fuerte contra su pecho, duro y caliente, y escuchó sus súplicas sin decir nada, dejando que sus manos le transmitiesen en sus caricias la comprensión que necesitaba. Cuando el llanto dio paso al cansancio y lo único que salía por su boca era el agotamiento, Juan tomó su cara en la mano y, mirándose en sus ojos, le habló suavemente:

—Tu coche nuevo estará listo dentro de unos días. —Le apartó con delicadeza el pelo de la cara—. ¿Me darás una vuelta en él? Estoy deseando probarlo. —Lis negó con la cabeza—. Sí, sí puedes, cielo, sí puedes. No importa que tengas miedo, lo harás, yo estaré contigo y lo harás.

A partir de ahí ya no hablaron sus palabras, sino sus cuerpos. Entre besos y caricias, Juan la fue relajando suavemente, hasta que llegó un momento en que Lis ya no pudo pensar en nada que no fuese lo que estaba sintiendo. Los besos, las manos y la respiración acelerada de él la hicieron olvidarse del coche por completo.

Pasados unos días, Juan apareció en su casa y la llevó al concesionario

sin soltarla en ningún momento, quizá para evitar que saliese corriendo, cosa poco probable, como bien podría decir su muleta, pero por si acaso.

De nada le sirvieron las súplicas, las lágrimas, ni los lamentos. Ante un comercial totalmente atónito, Juan la obligó a entrar en el coche, metió la llave en el contacto y la miró muy serio.

—Enciende y sal.

—¡No puedo, Juan!

—Sí puedes —dijo él, dándole al contacto—. Sal.

—¡Me falta el aire, Juan..., no puedo!

—El aire te va a faltar dentro de un rato, cuando lleguemos al descampado de las murallas.

Lis abrió los ojos y la boca asombrada, pero nada que ver con el ataque de risa que le dio al comercial al ver su cara. El ceño de ella se arrugó, observando su hilaridad, y se preguntó si pasarle por encima con el coche estaría muy penado en el código.

—Sal —insistió Juan.

—Pero...

—No he vuelto allí desde que tenía veinte años y quiero ir contigo, así que... ¡pon primera y sal o empiezo a meterte mano aquí mismo!

Cuando le vio acercar la mano peligrosamente a su estómago, Lis metió primera y soltó el embrague con rapidez, casi con tanta como la del comercial, que, raudo y veloz, se apartó de su camino aún con la sonrisa en la boca.

—Enciende las luces y coge el desvío —le ordenó el guapísimo copiloto encendiéndose un cigarrillo.

—Pero...

—El desvío, Lis, el desvío —repitió él, fumando tranquilamente.

El descampado de las murallas era un clásico en la ciudad, un clásico sexual. No había pareja que no hubiese pasado por él. En las noches estivales, eran pocos los que se resistían a su magia, acudiendo allí en busca de privacidad y misterio. Lis aparcó junto a las ruinas que habían sido el antiguo matadero, del que sólo quedaban las murallas que lo rodeaban y que le daban nombre. Al borde de las mismas estaba la vista más increíble de toda la ciudad por la noche. A los pies del monte, las luces comenzaban a encenderse, dándole a aquel extraño lugar un encanto perfecto para los encuentros furtivos. Apagó el motor y echó la cabeza hacia atrás, suspirando profundamente y cerrando los ojos... Y de pronto sintió sobre su estómago una mano que la hizo abrirlos de golpe.

—Juan..., pero ¿qué haces?

—Meterte mano, cariño.

—Pero..., pero... ¡aquí no...!

—¡Oh, sí, aquí sí, Lis! —Le cogió la cara y saboreó sus labios—. Mi abuela siempre decía que, después de algo malo, hace falta algo bueno.

—¿Qué? —preguntó ella con una sonrisa entre beso y beso.

—Cuando me llevaba al médico —dijo él con una sonrisa aún mayor, reclinando su asiento con un rápido movimiento—. Después siempre íbamos a tomar chocolate con churros.

—Pero, Juan..., aquí... yo no puedo hacerlo todavía...

—No, cariño, eso no, aquí no, tranquila —le susurró él al oído, echándose sobre su cuerpo—. Confía en mí, confía en mí, confía en mí.

Y fue allí, en el descampado de las murallas, adonde Lis nunca había ido, donde Juan exploró su cuerpo. Con la mayor de las ternuras y el más increíble de los cuidados, acarició sus pechos hasta que de su boca comenzaron a salir los primeros gemidos de placer y en sus ojos comenzó a brillar una luz que no les había visto nunca. Cuando su mano se perdió entre sus piernas, los ojos de Lis se cerraron y su boca se abrió, dejando salir el más delicioso sonido que Juan hubiese oído jamás.

Recorrió su sexo con lentas caricias, excitándolo, adorándolo. Sus hábiles dedos la transportaron al país del deseo, ese que nunca había visitado y en el que se perdió. Entre los brazos del hombre más guapo del mundo, que la miraba con anhelo, que se excitaba con sus gemidos, que la besaba como si el mundo fuera a terminarse allí mismo, Lis se entregó al placer y sintió el primer orgasmo de su vida, gimiendo en su boca con desconcierto, acariciando su cara y haciéndole suspirar profundamente, dejándose ir en su mano, dejándose acariciar por sus dedos.

La extraña sensación recorrió todo su cuerpo, llegando hasta lugares que no sabía que existían, pero que allí estaban, bien adentro. Gimió en su boca durante mucho mucho tiempo, sintiendo que su cuerpo ya no le pertenecía, que sólo le pertenecía al deseo, al hombre que lo veneraba, al hombre que lo provocaba, al hombre que la extasiaba.

—¡Oh, Juan, Juan...! —gimió enterrando la cara en su cuello—. Pero ¿qué me has hecho?

—¿Ves cómo merecía la pena estrenar coche, cielo?

11

El señor Senante estaba pletórico. La recibió con una gran sonrisa en los labios y la cafetera llena.

—Nos han hecho una oferta, señorita Blanco. La Editorial Sorolla, ¿la conoce?

—Sí, claro, es toda una institución. Pero... ¿está seguro? —Al señor Senante se le formó una pequeña sonrisa en los labios—. Esa editorial tiene fama de ser un poco..., no sé cómo decirlo, la verdad. —Al agente literario le dio un ataque de risa—. No me interprete mal...

—No la interpreto mal, señorita Blanco, no se preocupe —dijo él sonriendo—. Sí, la Editorial Sorolla ha sido siempre un poco... carca, lo sé muy bien. Conozco a Federico desde hace muchos años, pero la ambición siempre ha sido para él más fuerte que sus convicciones.

Lis salió de la agencia conmocionada. El señor Senante la había puesto al día de las condiciones que una editorial le ofrece a un escritor, y, si bien el aspecto económico del contrato no la preocupaba en absoluto, había otros aspectos en los que no se había parado a pensar: la promoción, la información sobre la autora y todas esas cosas que ni siquiera se le habían pasado por la cabeza.

Se refugió en el parque de Puentevedriña y encendió un cigarrillo con dedos temblorosos, al ser consciente de la realidad del paso que estaba a punto de dar. Su corazón comenzó a latir descontrolado y sintió vértigo, un auténtico vértigo que la hizo sentarse en un banco y respirar profundamente. Hacer aquello suponía salir de su escondrijo, mostrarse tal cual era ahora,

exponerse, hacerse visible para ELLOS. Se llevó el cigarrillo a los labios. ¿Cómo iba a salir de su madriguera? Había dedicado mucho tiempo a camuflarse, se había ido lejos, se había cambiado el apellido. ¡No podía abandonar su disfraz, la encontrarían y entonces sería peor! ¡ÉL lo había dicho, ÉL lo había jurado!

¿Y qué pasaría con los que todavía estaban allí? ¿Qué les harían? ¡No podía ponerlos más en peligro de lo que ya estaban! ¡Ya habían sufrido demasiado! Pero entonces, ¿para qué publicarlo? ¿Para ganar dinero? No le hacía falta, tenía lo suficiente para vivir... ¿Por qué lo había escrito? ¿Para qué contarlo? Nadie había movido un dedo para ayudarles entonces. ¿Por qué habrían de hacerlo ahora?

Tiró el cigarrillo con rabia y se encaminó hacia su casa. Entró exhausta, su ropa estaba empapada de sudor y su mente era un batiburrillo de ideas que no dejaban de atormentarla. Se metió bajo la ducha, donde dejó salir las lágrimas, los recuerdos removidos, los miedos silenciados.

—Yo... le he mentado, señor Senante.

El agente literario clavó los ojos en ella. Su llamada le había preocupado, pero la tristeza que veía en su cara le estaba conmoviendo profundamente, y la rigidez de su cuerpo le impresionaba.

—¿Qué ocurre, señorita Blanco?

—Yo... le menté —repitió ella, encendiendo un cigarrillo mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. El libro..., el manuscrito... no es una ficción.

—Así que no es una ficción —dijo él concentrado.

—Todo lo que he escrito, todo lo que he contado, ocurrió realmente, y yo... yo... creo que cometí un error al enviarlo, creo que ha sido un gran error por mi parte. —Sus dedos temblaron ligeramente cuando se enjugó una lágrima que le recorría la mejilla—. Los nombres, los lugares, los hechos..., todo lo que he relatado ocurrió de verdad, no me he inventado nada, al contrario. Pero lo peor... lo peor es que sigue ocurriendo, ¿entiende? Todo eso sigue ocurriendo, y si se publica..., ¿qué pasará con los que aún siguen allí dentro? Yo... no entiendo cómo no he pensado en ellos antes...

—Pero... —Luis Senante se echó hacia adelante, apoyando los brazos en las rodillas y mirándola concentrado— si algo así está pasando, no podemos quedarnos de brazos cruzados. Las autoridades tienen que tomar cartas en el

asunto, señorita Blanco.

—¡Quienes deberían haberlo hecho no lo hicieron! —dijo ella con rabia y los ojos inundados de lágrimas—. Cuando pedí ayuda y conté lo que pasaba, el asistente social me dijo lo que usted ha leído en el libro: «Son buenas personas y tú eres una caprichosa que no valora lo que tiene». Ésas fueron sus palabras exactas, y la policía... la policía dijo que no había indicios de nada, que yo era una persona conflictiva que había intentado escaparme muchas veces y que los tenía hartos. Nadie hizo nada, señor Senante, nadie... ¿Por qué ahora habrían de hacerlo?

—Entonces usted no era más que una niña, ahora es una adulta, una adulta que habla con la convicción que dan los años, desde la verdad. Ahora ya nadie puede cerrarle la boca como entonces y, además..., se olvida de algo sumamente importante: la opinión pública.

—¿Qué quiere decir?

—Una vez el libro se publique, usted ya no estará sola, serán otros los que saldrán para que también se escuche su voz, porque también lo vivieron.

—No creo que nadie quiera recordarlo —reconoció Lis con tristeza, apagando el cigarrillo.

—Usted lo ha hecho.

—Sí, pero... sigo escondiéndome. Me fui lo más lejos que pude de aquella casa y hasta me cambié el apellido porque no quiero que me encuentren..., aún tengo miedo. ¡No quiero que sepan nada sobre mí, no puedo mostrarme y que sepan dónde vivo, ni cómo soy ahora, no puedo salir en los medios, no quiero que me encuentren, no quiero!

—Eso no es un problema, puede publicar con un pseudónimo —dijo él, encendiendo un cigarrillo—. ¿Se sentiría más segura así? —Lis lo miró a través de las lágrimas—. Es una buena solución —añadió con una tierna sonrisa—. ¿Sabe, señorita Blanco? Cuando terminé de leer el libro, me pregunté si sería una novela, y deseé que lo fuera. Las cosas que narra en él ponen los pelos de punta. Siento mucho que haya tenido que pasar por semejante infierno, lo siento de corazón —confesó, cogiéndole la mano y acariciándosela suavemente—. Y, por último..., tenemos que tratar un tema que me está molestando enormemente desde que la conozco: tenemos que dejar estos formalismos porque no me gustan nada. A partir de ahora, yo soy Luis y tú eres Lis.

Ella se quedó un rato más en la agencia, donde el señor Senante le presentó a su ayudante, María, y en plena reunión estaba cuando Juan la llamó.

—¡Hola, Juan!
—¡Hola! ¿Dónde estás?
—Estoy... en una reunión, aún tardaré un poco.
—¿Quieres que vaya a recogerte?
—¡No! Es... es mejor que nos veamos mañana, si no te importa.
—¿Puedo preguntarte de qué es la reunión, Lis?
—Pues... yo...
—¿No quieres decírmelo? —preguntó él sorprendido—. ¿Por qué?
—Juan..., yo... Verás..., es que...
—¡Está bien, como quieras!

Cuando llegó a casa, lo llamó, pero la dureza que encontró al otro lado de la línea la paralizó al momento.

—Hola, Lis.
—Yo siento lo de antes, Juan, estaba ocupada y...
—¡Ya! ¿Y qué tal?, ¿cómo ha ido tu reunión? —El tono de su voz no podía ser más mordaz.
—¿Estás molesto?
—¿Tú qué crees? —replicó con rabia—. ¿Puedo preguntar de qué trataba esa reunión o es un secreto militar?
—Pues... yo... Verás..., es que...
—Tranquila, ya veo que es un secreto militar. ¡Bueno, pues cuando te apetezca contármelo, ya sabes dónde estoy!

Lis miró el teléfono con asombro. A Juan no le gustaba nada que lo dejasen al margen. El genio de aquel hombre la preocupaba, pero antes de acostarse le envió un mensaje.

—No te enfades conmigo, Juan..., por favor.
—¿Por qué no confías en mí? —contestó él.
—Yo..., hay muchas cosas que no te he contado y... no sé por dónde empezar..., y tampoco sé si quiero hacerlo.
—¡Genial! Pues cuando te aclares, llámame.

Miró el teléfono anonadada. Pero ¿qué era aquello?, ¿un ultimátum? Se fue a la cama sintiéndose tremendamente mal, aunque su malestar no era nada en comparación con el de Juan. Su impulsividad había sido siempre su talón de Aquiles. No medir las palabras y saltar a la mínima le habían provocado

siempre muchos problemas. Toda la furia contenida a lo largo de los años de su infancia aparecía de repente y tomaba el control de su cuerpo y de su boca.

Jack apareció en el trabajo con cara de pocos amigos, y ninguno de los presentes se atrevió a preguntarle el motivo. Al término de la jornada, los bomberos se encaminaron como autómatas hacia el bar de enfrente del parque, donde estaban a punto de relajarse ante unas cervezas cuando las puertas se abrieron y por ellas entró un grupo de chicas armando mucho jaleo, con Carla a la cabeza.

—¡Vaya por Dios! —dijo Pedro.

—¡Joder, lo que faltaba!—refunfuñó Jack, frunciendo el ceño.

—¡Cuidado, muchachos, han salido de caza, tened mucho cuidado! —comentó un compañero.

Sí, Carla había salido de caza y, para ser bien reconocible en el coto, se había puesto una minifalda que decía claramente «Mírame», unas botas de tacón de aguja y un top muy ajustado camuflado bajo una gabardina brillante, que se desabrochó con rapidez para mostrar el tesoro que había debajo. El conjunto lo completaba una inmensa sonrisa en su preciosa cara, enmarcada por una increíble melena rubia que parecía moverse aun sin viento.

Jack no le prestó la menor atención, sino que se concentró en la cerveza que tenía delante mientras se preguntaba por qué los ojos de Lis lo perseguían incluso estando despierto. Pero Carla no estaba por la labor de haber salido para nada y, una vez cargada la escopeta y localizado el blanco, quería disparar y hacer diana. Así que, cuando vio que el grupo de bomberos levantaba el campamento, se preparó e interceptó su salida, envalentonada por los chupitos que se había tomado y por las armas de mujer con las que siempre contaba y que nunca le habían fallado.

—¡Jack! —lo llamó cerrándole el paso—. Pero ¿adónde vas tan pronto, hombre? ¡Tómame algo conmigo!

—No, gracias.

—¡Oh, venga, aún estás enfadado! —dijo ella, rozando su cuerpo y acariciándole la cintura.

—¿A ti te parece normal lo que hiciste? Porque a mí no —le recriminó muy serio.

—¡Venga, hombre, tampoco es para tanto! ¿Es que no vas a perdonarme? —preguntó con una sonrisa, al tiempo que su mano iba disimuladamente hacia

su entrepierna.

—¡Déjame, me voy! —replicó él, apartándola.

—¿Qué pasa?, ¿te espera alguien? —le soltó ella con una sonrisa pícaro.

Uno de los compañeros que pasaba por su lado la miró divertido, decidió darle el tiro de gracia y ayudar así a Jack a quitársela de encima.

—¡No deberías tocarle así, nena! ¿No sabes que Jack se ha enamorado?

—¿¿Qué? —exclamó Carla, clavando en él sus ojos asombrados—. ¿Qué ha dicho?... ¿Estás con otra?

—Sí, Carla, estoy con otra —contestó Jack, esbozando una sonrisa al ver su cara.

—¿¿Quéééé?! ¿Con quién? —gritó ella, agarrándolo por la camisa con furia—. ¿Con quién, con quién?

—¡Con una MUJER, Carla, con una MUJER!

Él le apartó las manos con rabia y salió del bar, mientras la desesperación anidaba de nuevo en su cuerpo, en su mente y en su alma.

«Con una mujer a la que no sé cómo tratar, a la que no sé cómo conquistar, a la que no sé cómo llevarme a la cama... Con una mujer que me roba el sueño y la vida, que me despierta con su sonrisa en plena madrugada, que hace que mi corazón lata como nunca había latido, que me pone los pelos de punta con una sola palabra. Con una mujer que me atormenta, que me excita y que me llena. Con una mujer que es un auténtico misterio para mí y a la que no sé cómo hacer mía..., mía para siempre.»

En este extraño mundo en que vivimos, las coincidencias existen. Para unos el culpable es el destino, para otros el karma, y para los más, el Todopoderoso. Pero sea quien sea el que mueve los hilos allí arriba, está claro que a veces se divierte a nuestra costa. Y ese día, fue uno de esos días en los que, como si de un auténtico vodevil se tratara, los hilos comenzaron a moverse y dos personas tuvieron la misma idea y la llevaron a cabo a la misma hora. ¡Claro que una se movía con más agilidad que la otra, y llegó antes!

Lis se sentó en el sofá y abrió el último libro que Juan le había regalado, *No nos dejan ser niños*, con una sonrisa en los labios. Comenzar un nuevo libro era siempre una gran aventura. Entonces, sus ojos recalieron en el otro sofá, donde descansaba *Los pilares de la Tierra*, el que Juan estaba leyendo, convirtiendo su incipiente sonrisa en una gran sonrisa. Había encontrado la

disculpa perfecta para presentarse en su casa, pillarlo por sorpresa y contarle alguna que otra cosa que debía saber.

Se dio una nueva ducha, y, con el libro en una mano y la muleta en la otra, hacia allí se dirigió, sin saber que Carla, la mujer perfecta, a quien el desplante del día anterior no había dejado dormir en toda la noche, había tenido la misma idea. Y sin libro ni muleta, pero emperifollada hasta límites prohibitivos, hacia allí se dirigió a su vez.

Naturalmente, Carla llegó la primera; es lo que tiene caminar con soltura, que los pasos le salen a una de forma natural y la llevan a su destino sin casi darse cuenta. Pero, tras la puerta, ver la cara enfadada de Jack y a Pedro sentado en el sofá truncaron sus expectativas de reconciliación y de polvo. Aunque eso no la detuvo; ella no era una mujer que se amilanase ante las adversidades; se lo impedía su orgullo de princesa.

—¿Qué quieres y cómo has sabido dónde vivo ahora? —preguntó Jack, apretando la mandíbula y sin apartarse de la puerta.

—Soy periodista, Jack, me entero de todo. Vaya, veo que sigues enfadado. ¿No me invitas a pasar?

—No quiero hablar contigo.

—Pues ¡yo tengo que decirte un par de cosas y me vas a escuchar! —dijo ella, apartándolo y entrando en el salón—. ¡Así que hoy toca reunión de chicos! ¿Qué pasa, Pedro?, ¿hoy no has encontrado ninguna «churri»?

—¿Qué quieres? —dijo Jack, cerrando la puerta y sirviéndose otro café en la cocina.

—Lo siento, cielo, siento lo del otro día —contestó ella suavemente, siguiéndolo hasta el sofá—. Pero reconoce que no deberías haberte marchado como lo hiciste... Lo siento, Jack, no debería haberme comportado así, te prometo que no volverá a pasar.

—¡Por supuesto que no volverá a pasar, porque no pienso volver a salir contigo! —replicó él con rabia mientras se sentaba.

—¡Oh, venga, hombre, que tampoco fue para tanto! —exclamó ella con una sonrisa en los labios, sentándose a su lado y acariciándole la pierna—. ¡Un mal momento lo tiene cualquiera!

—¡No quiero volver a verte, Carla!

—¡No digas tonterías, tú y yo nos entendemos bien, estamos hechos el uno para el otro!

—¡No quiero tener nada contigo, Carla! ¿Es que no puedes entenderlo?

—Eso es lo que dices, pero no lo sientes —dijo ella con una sonrisa,

subiendo la mano por su pierna.

—¡Para! —le ordenó Juan, levantándose—. Pero ¿en qué idioma tengo que hablarte para que lo entiendas? ¡No quiero nada contigo, no me gustas, no te deseo, no te quiero! ¿Lo has entendido ahora?

La furia en estado puro apareció en los ojos de la mujer despampanante, pero el timbre de la puerta finalizó el *round*. Jack dejó su taza sobre la mesa con fuerza y fue a abrir. Cuando la vio al otro lado se le cortó la respiración, y no porque pensase en lo que tenía dentro del salón, sino porque la luz que emanaba de su cuerpo y el brillo de sus ojos de chocolate le hicieron olvidar hasta su nombre. Parecía una auténtica princesa salida de un bosque. Con el pelo mojado cayéndole sobre los hombros en rizos que parecían caracolas, con un chándal azul cielo y unas simples zapatillas blancas, a Juan le pareció la mujer más deseable del planeta. Una gran sonrisa iluminó su cara mientras sus ojos la recorrían de arriba abajo.

—Te lo olvidaste en casa —dijo Lis con una sonrisa, levantando el libro—. He pensado que quizá quieras leerlo y...

—¿Quién te ha abierto el portal?

—Una de tus vecinas. Ha sido muy amable, no te imaginas lo que la muleta entenece a la gente. —La carcajada salió de la boca de Juan de golpe, espontánea, incontrolable. Lis sonrió, le gustaba el sonido de su risa—. Juan, yo... quería hablar contigo de algunas cosas y explicarte lo de la reunión...

La conversación tuvo que quedar pospuesta, ya que el huracán rubio no aguantó más y, saltando del sofá, se lanzó hacia la puerta.

—Pero ¿quién coño es ésta? —gritó, mirándola furibunda.

—¡Quiero que te marches de mi casa, Carla! —gritó a su vez Juan—. ¡Ahora!

—¿Estás con ésta? ¡Dímelo! ¿Estás con ésta? —chilló ella, mientras su pecho subía y bajaba a toda velocidad.

—¡No tengo por qué darte explicaciones de mi vida! ¡Tú ya no formas parte de ella! ¡A ver si te enteras de una vez! —La furia había tomado el control de su cuerpo, pero la voz atronadora de Juan no consiguió impresionar a la chica—. ¿Qué parte de la frase «NO ME INTERESAS» es la que no entiendes, Carla? ¿Cómo tengo que decirte que me dejes en paz, que no quiero volver a verte, que no quiero estar contigo?

La cara de la mujer perfecta pasó del rojo pasión al blanco fantasma en

cuestión de segundos. Clavó en él sus increíbles ojos azules y apretó los puños. Le habría gustado destrozarlo a golpes, a él y a todo cuanto lo rodeaba, pero la presencia de testigos la frenó. Además, ella prefería las estrategias sibilinas a las confrontaciones directas, así que, cuando cogió su bolso y salió por la puerta, la palabra «venganza» iba plasmada en la cara.

—¿Crees que ahora le habrá quedado lo suficientemente claro, Pedro? — le preguntó Juan a su amigo, meneando la cabeza.

Pedro no le contestó, pero el ligero movimiento de sus ojos hizo que Juan girara la cabeza y viera a Lis. La sangre había abandonado por completo sus mejillas y el temblor de su cuerpo la hacía parecer aún más frágil y vulnerable de lo que ya era. Seguía pareciendo un hada, pero un hada a punto de desmayarse. Su piel, blanca como el papel, su cuerpo tembloroso y sus ojos desorbitados eran la viva imagen del terror más total y absoluto. Juan dio un paso hacia ella, pero el instinto de supervivencia que se había hecho fuerte en el cuerpo de ella la hizo retroceder hacia el pasillo, hasta que la pared la frenó de golpe.

—Lis..., cariño, lo siento... Te he asustado. —Extendió una mano, pero el respingo que ella dio lo hizo frenarse en seco—. Perdona, cielo, perdona, esto... no tiene nada que ver contigo. Siento haberte asustado, lo siento de veras, es que... ya no sé cómo decírselo y...

—Yo... no debería haber venido sin avisar..., yo...

—Entra y hablamos, por favor.

—No... ahora no puedo... Ahora no..., ahora no...

Como si los gritos salidos por la boca de Juan hubiesen levantado una barrera invisible que los mantenía a raya, esa noche los sueños sobre el accidente se hicieron sitio y llegaron hasta la mente de Lis. Carlos ya se lo había advertido, pero en vista de que no habían aparecido, creía que se había librado de ellos. Sin embargo, ahí estaban, con la nitidez de aquel día. Lis volvió a la carretera, al frío asfalto, sintiendo bajo su cuerpo su dureza, oliendo el humo, oyendo los gemidos y los lamentos. Los sonidos de las voces inundaron su sueño y el frío se le metió dentro. Se despertó gritando, con el cuerpo empapado en sudor y la respiración atolondrada, sin que los gritos dejaran de salir de su garganta, sin que su cuerpo dejara de temblar, sin que

sus ojos dejaran de derramar lágrimas y más lágrimas. Se refugió bajo la ducha y pasó el resto de la noche frente al ordenador, tomando café e intentando serenar su mente. No quería volver a dormir, no quería volver a soñar.

El viaje a Coruña bien podría haber supuesto un auténtico calvario para Lis. La niebla cubría la autopista del Atlántico con su denso manto, pero ella ni se enteró; su mente estaba totalmente ocupada con la escena que había presenciado el día anterior en casa de Juan, y no dejaba siquiera un resquicio para que el miedo se colara. Aun así, Luis Senante la miraba de reojo con preocupación. Se mantuvo callada durante la mayor parte del viaje, contemplando en silencio el paisaje que los rodeaba. Su mente se evadía, buscando soluciones a sus problemas, claro que a ello contribuía en gran medida la extraña habilidad que había desarrollado en el cuartito de dos metros bajo la escalera, y que no había vuelto a utilizar desde su salida de LA CASA: contemplar las cosas desde perspectivas diferentes.

La descubrió la primera noche que pasó allí dentro, donde la habían metido para doblegar su cuerpo; eso al menos fue lo que le dijeron cuando echaron la llave. Y fue aquella primera noche, sentada en la oscuridad y escuchando los sonidos de LA CASA, cuando se dio cuenta de que podían doblegar su cuerpo, pero no su mente. Cerró los ojos con fuerza y apretó los puños, y su mente, la que seguía viva y libre dentro de su cabeza, obedeció sus órdenes al momento. Atravesó la pequeña puerta de madera, caminó hacia la puerta principal, bajó la escalera, corrió por el sendero, se metió en los campos de maíz y recorrió a la carrera los surcos gritando con todas sus fuerzas, sintiendo el viento, oliendo el aroma de la noche, contemplando el brillo de las estrellas. Al amanecer dio por concluido su paseo y regresó a LA CASA, la miró de frente, caminó a su alrededor hasta llegar a la pocilga de los cerdos. Todo estaba en silencio, pero un poco más allá, en el granero, la luz del pequeño ventanuco atrajo sus pasos. Cogió una caja del suelo, se subió

en ella y entonces vio... lo que pasaba dentro.

Lis repitió sus escapadas nocturnas todas y cada una de las noches que estuvo allí dentro, pero nunca volvió al granero. Desarrolló así la habilidad de ver las cosas desde diferentes puntos de vista, desde distintas ópticas, desde ángulos contrapuestos. La escena que había visto en casa de Juan se recreó de nuevo en su mente y, como si de un auténtico director de cine se tratase, la observó detenidamente, fotograma a fotograma, hasta que, al final, y como una cámara que gira, Lis giró así alrededor de ellos, observando sus caras, mirando sus gestos. No podía haber pareja más perfecta que aquella: él, tan moreno y tan varonil; ella, tan rubia y tan princesa. Y mientras los observaba en silencio, su mente se preguntaba de nuevo: «¿Por qué un hombre como él desprecia a una mujer como ella?».

—Lis... Lis... —repitió Luis Senante, mirándola preocupado—. Ya hemos llegado. ¿Estás bien?

—¡Oh, sí, sí, perdona, estaba distraída!

La Editorial Sorolla era tal como el agente se la había descrito, igual que su director, quien no podía tener más pinta del Opus Dei de la que tenía. Pero Luis tenía razón, detrás de aquellas gafas de montura dorada brillaban los ojos de la ambición. Y mientras la sensación de irrealidad invadía su mente sin que Lis se lo pidiera, y su agente la miraba de reojo preocupado, ella le dejó llevar las riendas de la negociación con total confianza. Claro que a ello contribuían, y mucho, los años de experiencia en el mundo editorial del señor Senante, lo cual era total garantía, por no hablar de la honestidad que veía en sus ojos, que le decían que velaría por sus intereses en todo momento.

En un restaurante del paseo marítimo, Lis se permitió volver a la realidad y disfrutar del precioso paisaje, de la deliciosa comida y de la estupenda compañía de Luis, quien amenizó la sobremesa con innumerables anécdotas que le habían sucedido a lo largo de sus muchos años, haciéndola reír y relajarse por fin, hasta que el teléfono le recordó que había ciertos temas que tenía que resolver.

—¿Problemas? —le preguntó Luis, pidiendo otros cafés mientras el aire del mar se les colaba dentro.

—¿Por qué los hombres tenéis el gen de la dominación tan arraigado, Luis? —le planteó ella, mirando su teléfono con desagrado y provocando que el señor Senante estallase en carcajadas—. Nosotras no lo tenemos. ¿Lo

habremos perdido por el camino de la evolución?

Luis Senante la dejó en la puerta de su casa, pero el dolor de cabeza que había comenzado en el viaje de regreso a Santiago continuaba. Viendo la inmediatez de la noche que se avecinaba, Lis dirigió sus pasos hacia el parque, esperando que el aire frío del anochecer le aclarase las ideas y ahuyentase sus demonios. Las palabras de Carlos volvieron a su memoria, estremeciéndola:

—¿Has tenido pesadillas sobre el accidente?

—No.

—Pues las tendrás. A todo el mundo le pasa, antes o después las tendrás. Deberías pensar en pedir cita en el psicólogo. La ayuda de un profesional te vendrá bien cuando ocurra.

—No, no quiero ver a ningún psicólogo.

—Hazme caso, te vendrá bien.

—No, ni hablar, no quiero.

Sólo de pensar que tendría que volver a casa a dormir, la desesperación tomó el mando de su cuerpo, y las lágrimas comenzaron a salir por sus ojos incansablemente. Se sentó en un banco y se abrazó las rodillas, dejándolas salir con libertad. El sol se escondió tras los árboles y el frío comenzó a metérsele en los huesos haciéndola estremecer, cuando... alguien se paró ante ella.

—Lis, ¿te encuentras bien?

—¡Pedro! Sí, sí, estoy bien.

—¿Qué haces aquí sola? Jack ha estado todo el día llamándote, está preocupado —dijo él, sentándose a su lado.

—He estado... he estado en Coruña —contestó ella limpiándose las lágrimas, que no dejaban de salir.

—¿Qué pasa, Lis? ¿Por qué no le coges el teléfono? ¿Es por lo de ayer? —Ella asintió lentamente—. A veces... hay que levantar la voz para que a uno lo escuchen, algunas personas son duras de oído.

—No por gritar más se tiene más razón, Pedro, y si ella no quiere entenderlo, no sirve de nada gritarle... ¿Le ocurre a menudo?

—A ella, sí, siempre —respondió Pedro, provocándole una sonrisa—. Pero en Jack no es habitual ese comportamiento. Él es impulsivo, siempre lo ha sido, y muy temperamental, pero ayer... explotó. Y yo no se lo recrimino, la

verdad. ¿Te asustaste?

—Sí, nunca le había visto así y... me dio miedo.

—Tengo que reconocer que somos bastante brutos, pero comprende que nos enfrentamos cada día a situaciones difíciles, no podemos andarnos con contemplaciones. Cuando llegamos a un siniestro, hay de todo menos silencio, y tenemos que gritar para poder oírnos. Y lo de los tacos..., bueno, qué puedo decir, somos un poco brutos, pero creo que lo hacemos para canalizar la rabia y el miedo, porque nosotros también sentimos miedo, aunque no lo demostremos.

—No sólo me dio miedo su voz, Pedro, también su cuerpo.

—Verás, Lis..., en nuestro trabajo la fuerza física es fundamental, y a veces no la controlamos como deberíamos. Estamos acostumbrados a sacarla cuando la situación se pone difícil, y a veces... se nos va un poco de las manos y no somos conscientes de ella.

—Yo... no quiero vivir con miedo, Pedro. No quiero pasarme el día mirando de reojo un volcán, temiendo que entre en erupción en cualquier momento. No quiero.

—Entiendo.

—Viví en un sitio donde los gritos, los insultos y los golpes eran lo habitual; lo extraño era lo contrario, el sosiego. Desde entonces, lo busco con uñas y dientes, y ahora que lo he encontrado no quiero perderlo. Yo... no permitiré que ningún hombre vuelva a atemorizarme nunca más.

—¿Temes que Jack sea... violento?

Lis asintió con firmeza con la cabeza, mientras las lágrimas se secaban en sus ojos. Poner en palabras sus miedos había conseguido serenar su alma.

—Yo... nunca he sabido que Jack haya sido violento con ninguna mujer — prosiguió Pedro—, y lo conozco desde hace diez años, así que podría decirte que en ese sentido puedes estar tranquila. —Se levantó lentamente—. Bueno, me voy, y tú deberías hacer lo mismo, empieza a hacer mucho frío.

—Pedro —dijo Lis, levantándose despacio también—, vosotros... veis cosas terribles cada día. ¿Cómo hacéis para superarlas?

—¿Quién dice que las superamos? —contestó él con una sonrisa—. Aprendemos a vivir con ellas. ¿Qué pasa?, has empezado a tener pesadillas, ¿eh?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque siempre ocurre. En mi primera salida, me tocó el incendio más monstruoso que te puedas imaginar. Tuve pesadillas durante un mes. Ninguno

de los incendios que vinieron a continuación durante ese mes fueron capaces de hacerlas desaparecer, me despertaba gritando cada noche... No puedo darte ningún consejo para que desaparezcan, porque no conozco el remedio. Supongo que es... una simple cuestión de tiempo.

—Sí, supongo que sí, gracias, Pedro —respondió Lis, apretando la chaqueta contra su cuerpo.

—¡Oh, Dios, estás temblando! —exclamó él, frotándole los brazos.

—¿Sabes, Pedro? Tienes razón: no controláis vuestra fuerza. —Él abrió los ojos—. Ya no tengo frío, pero te aseguro que mañana tendré moretones.

Lis entró en casa tiritando y se fue directa a la ducha; necesitaba urgentemente una muy caliente. Subió la calefacción al máximo y preparó una cafetera grande. Se sentó ante el ordenador y, mientras sus ojos reclamaban unas horas de sueño, su mente se negaba a dejarse arrastrar hasta los brazos de Morfeo. No quería dormir, no quería soñar, no quería sufrir. Hasta que, a las tres de la madrugada, su móvil comenzó a sonar.

—¿Por qué estás levantada, Lis?, ¿te encuentras mal?

—¿Y tú cómo lo sabes?, ¿me vigilas? —El resoplido al otro lado se lo confirmó—. No tengo sueño.

—No me mientas. —Se quedaron callados—. ¿Cuándo empezarás a confiar en mí, Lis? ¿Por qué no lo haces?

—Porque no puedo.

—¿Por qué?

Ella apretó el teléfono y respiró profundamente. No tenerlo delante, no estar bajo el influjo de sus ojos y no sentir la energía que emanaba de su cuerpo era todo lo que necesitaba para abrir la boca y dejar salir por ella todo cuanto atenazaba su alma. Y fue así, parapetándose tras el impersonal teléfono, como dejó que las palabras retenidas saliesen en tromba.

—¿Porque no entiendo que quieras estar conmigo! ¿Qué pasa?, ¿te gustan las gordas? —Su risa al otro lado la espoleó—. ¡No te rías, esto es muy serio! Tú... puedes tener a la mujer que quieras, así que me pregunto: ¿por qué conmigo? ¿Soy acaso un entretenimiento con el que pasar el rato? ¿Soy una novedad en tu vida de la que te cansarás pronto? ¿Acaso te estás riendo de mí? ¡Son muchas las preguntas, Juan, y no tengo respuestas!

—Quiero estar contigo porque me gustas tú, independientemente de que estés gorda o delgada. No quiero a otra mujer, porque te quiero a ti, y no eres

un entretenimiento para mí, sí una novedad, por supuesto, pero no un entretenimiento, y yo... yo nunca me reiría de ti, te respeto demasiado para hacerlo. —Lis tragó saliva, aquello no se lo esperaba—. ¿Necesitas alguna respuesta más, cariño?

—¡Pues sí! ¿Qué pasa con tu carácter?

—¿Mi carácter?

—¡Sí, Juan, tu carácter, tu colérico carácter! Eres un volcán al que he visto entrar en erupción ante mis ojos, y yo... yo... yo no quiero a mi lado un arma de destrucción masiva, por la sencilla razón de que valoro mi vida. —La risa al otro lado le arrancó una sonrisa—. Las palabras pueden hacer reír, Juan, pero también pueden dañar, no te imaginas cuánto.

—¿Podemos hablarlo en persona, Lis?, ¿puedo ir a tu casa?

—¡No! —El corazón le dio un vuelco. Una cosa era tenerlo al otro lado del hilo telefónico y otra muy distinta cara a cara. Sólo de pensarlo, las piernas empezaron a temblarle—. ¡No quiero seguir hablando de esto, ya te he dicho lo que tenía que decirte y...!

—¡Voy para allá!

La noche que había pasado en vela, los litros de café ingeridos, tener aquel cuerpo escultural ante ella, y aquellos ojos que la miraban con todo el brillo de las estrellas dentro fue sencillamente demasiado para Lis. Toda la fuerza que había mostrado al teléfono se evaporó como por arte de magia tan pronto como Juan entró por la puerta. Buscó refugio en la cocina, donde él la encontró con la cafetera en las manos temblorosas.

—Tú no eres un capricho para mí, Lis, no lo eres, cielo —dijo, rodeándole la cintura y hundiendo la cara en su cuello—. ¡Oh, nena, pero si estás temblando! No puedes pasar la noche en vela, tomando café.

—¿Por qué no?

—Porque no es bueno para ti —contestó él con una pequeña sonrisa, quitándole la cafetera de las manos—. Pero si estás que te caes de sueño. ¿Por qué no quieres dormir?

—Pedro te lo ha contado, ¿verdad? —preguntó ella frotándose la cara—. Y luego dicen que los hombres no sois cotillas.

—Estaba preocupado, y yo también —repuso Juan, acariciándole lentamente la espalda.

—¿Por eso vigilabas mi ventana?

—Tienes que dormir, Lis, deja que me quede contigo esta noche.

—No hace falta..., estoy bien.

—No, no estás bien, deja que me quede.

—Juan..., yo...

—A dormir, sólo a dormir. Te doy mi palabra. Confía un poco en mí, aunque sólo sea un poco, por favor.

La tomó de la mano, apagó las luces y la llevó a la cama. Se acostó a su lado, abrazándola fuerte y sintiendo cómo se quedaba dormida al momento.

Otra vez estoy en la jaula de hierro, los barrotes que aprietan mi cuerpo están fríos, pero el aire está muy caliente y huele a humo... Quiero respirar, pero no puedo, intento salir de entre los hierros, pero mi espalda no se mueve, parece que esté pegada al suelo... Estiro la cabeza para poder respirar aire limpio, pero no lo hay... Me escuecen los ojos y no puedo abrirlos y no se oye nada, sólo el silencio, y ese silencio resulta tan atronador en mi cabeza que creo que me va a explotar, y... grito..., grito con todas mis fuerzas..., grito..., necesito que alguien me ayude..., que alguien me saque de aquí..., no puedo respirar..., no puedo abrir los ojos..., ayúdame..., ayúdame..., ayúdame...

—Despierta, Lis, despierta —dijo Juan dulcemente, acariciándole las mejillas—. Es una pesadilla, cariño, tranquila, tranquila.

—¡Oh, Juan..., esto..., yo... no puedo soportarlo, Juan, no puedo, no puedo!

—Pasará, te lo aseguro, sólo es cuestión de tiempo. Tienes que darle tiempo a tu alma para que lo asimile y se serene, nada más; es cuestión de tiempo.

La dulzura de su voz rompió todas sus defensas. Lis se lanzó a sus brazos, que la acogieron con fuerza, y hundió la cara en su cuello. El roce de su barba despertó su deseo al momento, excitando sus terminaciones nerviosas y guiando sus labios, que dejaron un reguero de besos sobre su cuello, mientras sentía el latido de su corazón contra su pecho.

—Cariño... —le susurró él—, te he prometido que me quedaría sólo a dormir..., no quiero faltar a mi palabra. —Pero ella no le escuchaba, sus manos habían tomado el mando y lentamente acariciaban su espalda—. Lis..., nena..., si sigues acariciándome así, yo...

—¡Lo siento, Juan, lo siento! —exclamó ella, apartándose con la respiración descontrolada y los ojos muy brillantes—. ¡Yo... me he dejado llevar..., lo siento!

—No, no lo sientas —repuso él, tomando su cara en la mano y mirándola con ardor—. Yo también te deseo, Lis, no te imaginas cuánto, y quiero hacer el amor contigo... Pero sólo si estás segura, mi vida.

—Sí, Juan, estoy segura —afirmó muy seria.

—Pero... ¿estás completamente segura? —preguntó él con una sonrisa—. No me gustaría que mañana me echases en cara que no cumplí mi promesa.

—No, Juan, no lo haré... Yo... te libero de tu promesa.

—Está bien —rio él—. Ahora vengo.

Volvió con un condón, que dejó sobre la mesilla, y se metió bajo las sábanas, mirando aquellos ojos que le llamaban, que le buscaban, que le deseaban.

—Lis, cariño..., yo... no quiero que...

—Sí, Juan, estoy segura, estoy segura —dijo ella, besando lentamente sus labios mientras sus manos dejaban caricias sobre su cara.

—A lo mejor aún es pronto... Yo... no querría hacerte daño y...

—Juan..., Juan... —Le besó—. Me gustan tus labios, Juan..., me gustan tus labios...

Él cerró los ojos y todo el deseo contenido apareció de golpe en su cuerpo, excitándolo como no se había excitado nunca. Se perdió en su boca, que le recibió con un gemido de placer, y recorrió su cuerpo con lentas caricias que la hicieron estremecer. Le quitó el camisón e hizo suyos sus pechos, chupando sus pezones y haciéndola perder todo rastro de cordura, haciéndola gemir sin control, mientras su cuerpo se arqueaba buscándole.

Juan se perdió en él, se perdió en su piel, se perdió en su aroma, se perdió en su boca, se perdió en sus manos, se perdió en sus gemidos, que le transportaron a un lugar conocido de su infancia, al sonido del mar sobre la arena, y sobre su cuerpo sintió que navegaba sobre las olas, las olas del placer. Enredó las manos en su pelo, pegando su erección a su vientre, invadiendo su boca y recorriéndola lentamente, sintiéndola caliente, suave, entregada.

—¡Oh, Lis, Lis..., no puedo esperar más, cariño..., no puedo!

Cogió el condón y abrió el envoltorio con los dientes, mirando el brillo de sus ojos color chocolate. Se lo puso deprisa acercando su miembro a la entrada de su cuerpo para sumergirse en él mordiendo suavemente sus labios.

Lis apretó los dientes al sentir aquella invasión tan desconocida, pero en el último avance no pudo evitar que su boca se abriese, dejando escapar un gemido de dolor.

—¡Ahhh!

—¡Oh, Dios, te he hecho daño! —Juan se detuvo, mirándola preocupado—. Yo... lo siento, cielo, quizá aún es demasiado pronto y...

—No, Juan, no... Estoy bien..., no te apartes, por favor. —Una pequeña sonrisa apareció en su boca—. Ven, ven, no te apartes de mí ahora, por favor, ahora no, ahora no...

Tomó su cara con dulzura entre las manos y besó sus labios, saboreándolos lentamente, relajándose bajo su cuerpo, hasta que se acopló a él y un calor desconocido comenzó a surgir en su vientre mientras Juan entraba y salía de ella despacio, muy despacio, besándola, tomándola con deseo, recibiendo embelesado los gemidos que salían por su boca.

—¡Oh, Lis, cuánto he deseado que llegara este momento! —susurró en su boca—. Eres deliciosa, mi vida, deliciosa, más que el chocolate.

La risa que se formó en el pecho de Lis subió hasta su boca y se mezcló con la de Juan. Sus lenguas se acariciaron lentamente, mientras los gemidos iban de un cuerpo a otro, atravesando fronteras hasta entonces no conocidas, convirtiéndose en uno solo, en un solo cuerpo, en un solo placer.

—¡Oh, Juan..., Juan...! —gimió ella, sintiendo que el calor que nacía en su vientre estaba a punto de estallar, a punto de convertirse en fuego que todo lo llenaba, que todo lo invadía, que todo lo tomaba.

—Sí, cariño, sí —susurró él, moviéndose más y más adentro.

La explosión de placer que invadió su vientre llegó a cada célula de su cuerpo haciéndola estremecer, cerró los ojos y se convulsionó, dejando que el orgasmo la atravesara, y dejando salir por su boca los gemidos más deliciosos que Juan hubiese oído nunca. La sintió estallar bajo su cuerpo, mirándola con dulzura, hasta que no pudo más y se fue con ella.

Sus respiraciones tardaron en recuperar el ritmo, pero los besos y las caricias siguieron sobre su piel, sobre sus cuerpos. La boca de Juan recorrió cada centímetro de su cara, sintiendo su tersura, sintiendo su calor, saboreando los labios hinchados por los besos, recreándose en los ojos que le habían robado el alma, el sueño y hasta la vida.

—Lis..., yo... Hacer el amor contigo es maravilloso, mi vida, maravilloso... Ha merecido la pena esperar... ¡Oh, Dios, eres deliciosa!... ¿Estás llorando? ¿Por qué, por qué lloras? ¿No estás bien?

—Sí, Juan, estoy bien, por eso lloro. —Sonrió, acariciándole la cara—. Porque es maravilloso después de sentir tanto dolor, poder sentir tanto placer.

Él salió de su cuerpo un buen rato después, tras haber dejado sobre su piel millones de besos y caricias. Se quitó el condón, le hizo un nudo y lo dejó caer al suelo y se tendió a su lado abrazándola. Y así, abrazados, se quedaron dormidos, sin pesadillas que viniesen a atormentar sus sueños, hasta que, de madrugada, Juan se despertó y fue al baño. Y fue allí, bajo la luz del fluorescente, donde vio las manchas en su vientre. Frunció el ceño, se miró al espejo y entonces la realidad se mostró ante él con total claridad.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —exclamó asombrado. Entró en la habitación con el corazón descontrolado y recogió el condón del suelo. La luz del baño se lo confirmó—. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Tiró el condón a la papelera y volvió a la cama. Al apartar las sábanas, los primeros rayos del sol del amanecer que se colaban por la ventana se lo corroboraron una vez más en forma de manchas. Se tendió junto a Lis y la miró. Estaba preciosa, con el pelo revuelto y los labios entreabiertos, y esas pestañas que parecían no tener fin. Miró aquel cuerpo que se le había entregado y se excitó al instante. Se abrazó a ella, apretándola contra sí, sintiendo cómo se despertaba entre sus brazos, cómo sus ojos se abrían lentamente, cómo su boca le regalaba una sonrisa, mientras la contemplaba muy serio.

—¿Por qué no me lo dijiste, cariño? —preguntó con voz muy ronca, acariciándole la mejilla.

—¿El qué?

—Que no lo habías hecho nunca.

—No es importante, Juan.

—Deberías habérmelo dicho, Lis, yo... lo habría hecho de otra forma, no te habría hecho tanto daño.

—Me gusta cómo lo hiciste, Juan —dijo besándole.

—Pero te hice daño, mi vida, y eso no me gusta..., no me gusta, no me siento bien. Me habría gustado saberlo, Lis, deberías habérmelo dicho. ¡Te hice daño, te hice daño..., oh, no sabes cómo lo siento!

La tomó entre sus brazos con ansias renovadas. El deseo se mezcló con la posesión, y el hambre que siempre había tenido de ella se multiplicó por mil. Su lengua entró en su boca, despertándola, sus manos exploraron su cuerpo en lentas caricias, encendiéndola. Recorrió sus pechos, acarició su cintura, se recreó en su vientre y se perdió entre sus piernas. Acarició su sexo,

haciéndola vibrar, haciéndola estremecer, y cuando comenzó a masajear su clítoris, Lis creyó que estallaría en cualquier momento. Gimió sin control, sus ojos le miraban tan brillantes como estrellas. Separó las piernas y las súplicas salieron por su boca.

—Juan..., por favor..., ven...

—Espera... —le susurró él entre beso y beso—. Ahora lo haremos bien, nena, ahora no te haré daño —dijo, tomando su boca, mientras su mano seguía y seguía sobre su sexo, hasta que Lis estalló en un orgasmo intenso que la hizo estirar el cuello.

—¡Oh, Juan..., Juan...! —gimió mientras el placer la atravesaba en su totalidad, dejándola rendida entre sus brazos.

—Ahora sí, cariño, ahora sí —murmuró apretándola contra su cuello mientras su mano recorría su sexo empapado—. Ahora no te dolerá, mi vida, sólo sentirás placer, sólo placer.

Se tendió sobre ella y entró muy lentamente en su cuerpo, sintiendo cómo le recibía, cómo se entregaba, cómo se abría para él.

—¡Oh, Juan! —Una sonrisa iluminó su cara—. Sí..., sí...

—Sí, cariño, sí —dijo él, acariciando sus mejillas—. Así es como debería haber sido, sólo placer, sólo placer.

—Yo... a partir de ahora confiaré más en ti, Juan..., te lo prometo.

13

La mañana estaba siendo tranquila, pero la cara de Jack mostraba una seriedad que no presagiaba nada bueno. Pedro le observaba preocupado, así que, en medio de dos salidas, le pilló por banda.

—¿Qué te pasa? Estás muy callado. Pasó algo anoche, ¿verdad? —dijo frunciendo el ceño. Jack asintió con una sonrisa triste—. ¿No fue bien?

—No, no fue nada bien, Pedro, nada bien —contestó, negando con la cabeza con pesar.

—¡Joder! Pues es la primera que se queja, que yo sepa. ¿Tuviste un gatillazo?

—No, no fue eso. Yo... soy un animal, Pedro, un animal.

—Pero ¿qué dices? No le habrás hecho daño, ¿no? —preguntó su amigo preocupado, mientras de su sonrisa ya no quedaba ni rastro.

—Me temo que sí, que le hice daño.

—¿Quéééé?! ¡No me jodas, tío, no me jodas! —exclamó Pedro, levantándose y echándose las manos a la cabeza.

La sirena comenzó a sonar y, como auténticos robots, echaron a correr hacia los camiones. El aviso era del centro comercial, y a él se dirigieron acompañados por el jefe, que, una vez más, se les había unido en la tarea.

Una hora después, cuando el fuego ya estaba bajo control, Jack se acercó al camión para beber, pero lo que recibió fue un botellazo en plena cabeza. La botella había salido disparada de la mano de Pedro, que, tras ver cómo impactaba en el blanco, a por él se fue, con ánimo de rematarlo.

—¡Joder, Pedro, ¿qué haces?! —gritó Jack.

—¡Eso no me lo esperaba de ti, Jack! —dijo su amigo a voz en grito, agarrándolo por la pechera.

—¡Pero ¿qué haces?, ¿qué coño te pasa?!

—¡Lo que has hecho no tiene perdón, tío! —añadió sacudiéndolo, mientras de sus ojos, cubiertos de hollín, parecían salir flechas de fuego.

—¡Pedro, ¿se puede saber de qué coño estás hablando?!

—¿Por qué has tenido que hacerle daño?, ¿por qué? —vociferó mientras sus compañeros los separaban—. ¡Le dije que eras de fiar! ¡Confió en mí, confió en mi palabra, y tú vas y le haces daño! ¡No te lo perdonaré nunca, tío, nunca!

—Pedro, escucha, tío...

—¡No quiero escucharte! ¡Ni me hables! ¡Le di mi palabra, joder, le di mi palabra!

Y fue la palabra, precisamente, lo que no volvieron a dirigirse en toda la jornada. Hasta que, al término de la misma, Jack se encaminó al bar de enfrente del parque, decidido a solucionar el problema.

—Pedro, quiero hablar contigo —dijo, acercándose a la mesa donde el grupo daba buena cuenta de unas merecidas cervezas.

—¡Pues yo contigo no! —le contestó su amigo, levantando la voz.

—¿Me dejas que te lo explique?

—¡¿Qué coño quieres explicarme?, ¿qué?! —gritó Pedro, levantándose con tanto ímpetu que las copas salieron disparadas por el aire.

Sus compañeros intentaron apaciguar los ánimos, pero las voces comenzaron a subir de volumen de forma alarmante, así que el jefe, que seguía el desarrollo de los acontecimientos desde la barra, decidió que era necesaria la intervención de alguien curtido en mil batallas, y hacia ellos se fue, llamándolos al orden.

—¡Vosotros dos, salid, tenemos que hablar! ¡Ahora! —Agarró a Jack por un brazo y literalmente lo arrastró afuera, al callejón trasero, donde se dirimían todas las disputas—. ¡A ver, ¿qué coño pasa?! ¡Hay que solucionarlo, así no podéis trabajar juntos!

—¡No tiene solución! —gritó Pedro—. ¡Éste es un cabrón y eso no tiene solución!

—¿Qué cojones has hecho ahora, Jack? —preguntó el jefe con dureza.

—¡No me deja explicárselo, no he hecho nada para que se ponga así!

—¡Que no ha hecho nada, dice, el muy cabrón! —exclamó Pedro, yéndose hacia él y obligando a su jefe a interponerse—. ¡La tía que sacamos

de la autovía, jefe, el muy cabrón va y le hace daño! ¿Es que no ha sufrido ya suficiente, joder? ¿Por qué coño has tenido que hacerle daño?, a ver, ¿por qué? ¿No quiso acostarse contigo?, ¿es eso? ¿Tu ego no ha podido soportar que no cayese rendida a tus pies como las demás? ¿Por eso le has pegado, cabrón, por eso?

—¡Pedro..., yo... no le he pegado, tío!...

—¿Ah, no? ¿Y qué has hecho?, ¿le has dado un empujoncito y la has tirado por la escalera?

—¡Pedro, joder, no es lo que te imaginas!

—¡No hace falta tener mucha imaginación, Jack! ¡Hacerle daño a una mujer es hacerle daño a una mujer, y punto! ¿Qué coño hay que explicar?, ¿qué?

—¡Joder, Pedro, joder! —se lamentó Jack, levantando las manos con desesperación—. ¡Yo... le he hecho daño, sí, pero no de la forma que crees! ¡Yo... me acosté con ella sin saber que era virgen, joder, por eso le hice daño, porque no lo sabía, no me lo dijo y..., joder, le hice daño, hostia!

—¿¿Qué?! ¿No le has pegado?

—¡No, tío, claro que no! ¿Cómo voy a pegarle si... la quiero?

—¿La quieres?

—¡Sí, la quiero!

—¡Bueno, bueno, bueno...! —dijo el jefe, respirando profundamente y colocándose bien los pantalones—. Pues como veo que aquí ya no hago ninguna falta, me voy. ¡Hasta mañana, muchachos!

Jack se dejó caer sobre los peldaños de la puerta trasera del bar, sacó un cigarrillo y lo encendió con rabia, mientras su compañero seguía delante de él, mirándolo asombrado y meneando la cabeza.

—¿Y cómo coño no te diste cuenta de que era la primera vez? ¡Joder, eso se nota, tío!

—¡Ni se me pasó por la cabeza, Pedro! ¡Tiene veintiocho años! ¿Quién llega virgen a esa edad hoy en día?

—¡Pues ella! —respondió su amigo, sentándose a su lado y quitándole el cigarro.

—Sí, claro, ahora ya lo sé, pero entonces ni se me ocurrió, tío.

—¿Te lo reprochó?

—No.

—Ya, pero seguro que tú sí le reprochaste que no te lo hubiera dicho, ¿verdad?

—Bueno..., tú también lo habrías hecho, ¿no?

—Seguro que sí, somos cabrones hasta el final.

—¡Joder, yo... nunca me había sentido así con una mujer! ¡Nunca había sido tan feliz como teniéndola entre mis brazos y haciéndola mía! ¡No creí que pudiese existir tanta felicidad, tío! Es... lo que siempre he buscado...

—¡Bueno, pues te has enamorado! ¡¿Qué se le va a hacer?!

Dicen que lo más difícil para escribir un libro es encontrar una buena historia, pero a Lis le vino dada. Una vez puesta sobre el papel, sólo le quedó ver cómo iba tomando forma en manos del editor. Éste, Federico Magallanes, los esperaba en su despacho para firmar el contrato, que el señor Senante había elaborado concienzudamente. Como bien le había dicho Lis: «Luis, no has dejado ningún cabo suelto». Pero aquella reunión, que en principio no era más que un mero trámite, iba a traer consigo una sorpresa: la portada. Estaban a punto de abandonar el despacho del editor cuando, por el interfono, la secretaria le anunció una nueva visita.

—¡Oh, miren qué oportuno! —exclamó el señor Magallanes—. Es el ilustrador de la portada. Vamos a firmar un contrato con él, es toda una promesa. Ha abierto una oficina en Santiago, precisamente, y creemos que tiene un gran potencial. Se lo presentaré, será un momento.

Se llamaba Sebastián Piñeiro, tenía treinta y dos años y llevaba un traje muy formal, que hacía juego con sus ojos verdes. De nariz recta y labios finos, era, sin ser un hombre guapo, un hombre atractivo. Pero lo que le llamó la atención a Lis fueron sus manos, manchadas de rotulador, como las de un niño.

—¿No tendrás algo que pueda enseñarle a la autora? —le preguntó el señor Magallanes.

—Tengo algunas pruebas, pero no son definitivas. ¿Le gustaría verlas?

Sacó su tableta de la funda y se las mostró. La portada era preciosa, sencillamente preciosa, demasiado preciosa. Era tan bonita que llevaría a engaño a quien comprase el libro, porque en él no encontrarían aquella magia, ni aquella delicadeza, ni aquella dulzura. Aquella portada era como una puerta al mágico mundo de las hadas, pero en su interior no hallarían ningún

sortilegio, sino la maldad del hombre concentrada en cuatro manos. Lis la observó atentamente, sin poder evitar que su ceño se frunciere, mientras tres pares de ojos la observaban con atención.

—¿No le gusta, señorita Blanco? —preguntó el editor.

—¡Oh, sí, es preciosa!

—Pero... —dijo Sebastián suavemente.

—Pero... pero le falta oscuridad.

Lis y el señor Senante regresaron a Santiago. A media tarde, ella fue al centro comercial a hacer unas compras, y cuando se dirigía al coche para volver a casa, le vio de nuevo. Al otro lado de la calle, con las manos en las caderas y mirando concentrado el motor de su coche ante el capó abierto.

—¡Hola! —le dijo Lis, guardando la compra—. ¿Qué pasa?, ¿no arranca?

—¡Ah, hola! Creo que me he quedado sin batería. ¿No tendrás unas pinzas? —preguntó el ilustrador con mirada suplicante—. Tengo cita en el dentista y... voy a llegar tarde.

—Puedo acercarte, si quieres.

—Pues... te lo agradecería mucho, la verdad.

Una vez más, las casualidades de la vida convergieron, Sebastián y Lis compartían dentista. Al aparcar ante el portal y ver que él no se movía, le miró intrigada, pero su cara se lo dijo todo: estaba blanco como un fantasma.

—¿Te encuentras bien?

—Verás..., es que...

—No me digas más, te da miedo el dentista.

—Más que miedo; creo que lo que tengo es fobia, no puedo evitarlo —dijo él, respirando profundamente.

Lis reconoció ese miedo, lo había sentido en momentos totalmente inesperados, como cuando se subió a aquel avión, tan contenta, y de repente las puertas se cerraron y el terror invadió su cuerpo. El pánico se apoderó de ella por completo y tuvieron que bajarla antes de que contagiase a los demás pasajeros.

—Íñigo es un gran dentista —comentó, intentando tranquilizarlo, pero sabiendo que era inútil: el miedo sólo desaparecería cuando la visita hubiese terminado—. ¿Quieres que te acompañe?

—¡Oh, Dios, no sabes cuánto te lo agradecería!

Lis acompañó a aquel hombre, que no sabía qué hacer con las manos,

unas manos que elaboraban los dibujos más hermosos, mientras en su frente aparecían diminutas gotas de sudor que evidenciaban una vez más que la mente humana no responde como uno quiere, sino como le da la gana. Ésta tiene su propio código y reacciona cuando le apetece, dejándote en evidencia en los momentos más insospechados. Recordó la primera vez que visitó a Íñigo, y que, a pesar de ser el mejor dentista de la ciudad, no le quedó más remedio que lidiar consigo misma y con sus lágrimas. Así es el miedo, te toma entre los brazos y te hace sentir como un muñeco de trapo.

Íñigo le dio conversación a Sebastián, probablemente para que no destrozase sus instrumentos de tortura, viendo la fuerza con la que sus manos se agarraban al sillón, y le contó las últimas anécdotas de sus hijos. Tenía seis, algo del todo incomprensible en los tiempos que corren, pero probablemente la profesión de dentista no sufre la crisis tanto como otras. Y es que, cuando una muela te despierta en plena noche, no admite discusión. Uno es capaz de dejar de comer, dejar de beber, y dejar todo lo que haya que dejar, con tal de que le quiten semejante dolor. Y no importa lo que cueste. Si hay que pedir un crédito, se pide, y pobre del banquero que lo deniegue, porque su integridad física peligrará.

Tal como Lis había imaginado, la cara de Sebastián sufrió toda una transformación tan pronto como volvió a poner los pies sobre la acera. Dejó salir un profundo suspiro de alivio por su boca.

—Lis, yo... no sé cómo agradecértelo. ¿Me dejas que te invite a tomar algo?

El bar estaba lleno, acababan de sentarse en los únicos taburetes libres que había en la barra cuando los vio al fondo. Pedro le atizó a Juan un codazo en las costillas que le hizo levantar la cabeza y seguir la dirección de su mirada. El corazón de Juan se disparó de golpe, se levantó lentamente y, con el sigilo de un auténtico felino, se acercó hasta ella. Le cogió la cara entre las manos y dejó sobre su boca un beso profundo y sensual. Los celos habían tomado el mando de su cuerpo, y las reminiscencias del pasado le hacían marcar el terreno.

—¿Qué haces aquí? —preguntó acariciándole las mejillas—. ¿De dónde vienes?

—He estado de compras y... Te presento a Sebastián, nos hemos conocido esta mañana en una reunión. —La mirada que los dos hombres se lanzaron hizo

que a Lis se le encogiese el estómago—. Y tú... ¿qué haces aquí?

—Siempre venimos al terminar el turno, tenemos «la oficina» enfrente — le contestó Juan con una pequeña sonrisa.

Pero como, cuando las cosas van mal, siempre pueden ir a peor, a la situación embarazosa se le añadió una visita desagradable. Las puertas del bar se abrieron y por ellas entró Carla, ondeando su melena al viento y dispuesta para un nuevo asalto.

—¡Jack! ¡Invítame a una copa, cielo, hoy me hace falta!

—No.

—¡Oh, venga, pero si lo estás deseando! —dijo, colgándose de su cuello y besándolo con pasión.

—¡Déjame en paz, Carla! —exclamó él enfadado, apartándola.

—¡Oh, venga, divirtámonos un poco!

—¡Para! ¡Te he dicho que no!

Pero Carla, que al parecer ya venía un poquito entonada de casa, hizo oídos sordos y se pegó a su cuerpo con un ansia que hizo enrojecer a Lis. «No hagas una escena, no hay nada más humillante para una mujer que ponerse en evidencia.» La frase llegó a su mente con total claridad, sorprendiéndola. Allí había estado escondida todo el tiempo, sin ella saberlo, pero ante sus ojos se materializó, tan nítida como lo que estaba viendo, porque las enseñanzas de una madre no se olvidan nunca.

—¿Por qué no? —Los ojos de Carla se pararon entonces en Lis, que la miraba asombrada—. ¡No me digas que estás con ésta! ¡No me jodas, Jack, no puedes estar con una tía como ésta! ¿Con semejante adefesio? Pero ¡si da asco! ¡Tú te has vuelto loco, tío, te has vuelto loco!

Lis se levantó lentamente del taburete y salió del bar, seguida de Sebastián, mientras Jack se quedaba lidiando con la fiera de Carla, quien, como si de una hiena se tratara, lo agarraba por la camisa, gritándole sin control.

A Pedro no le quedó más remedio que intervenir cuando vio cómo la cara de Jack se transformaba al ver salir a Lis por la puerta, mientras Carla seguía gritando a pleno pulmón. Apartó a esta última sin contemplaciones y, tras agarrar a Jack del brazo, lo sacó de allí en dirección al coche. Condujo hasta las afueras con las ventanillas bajadas, esperando que el aire de la noche que comenzaba despejase la mente de su compañero, una mente que estaba en

plena ebullición y que corría el peligro de explotar en cualquier momento.

—¡Menudo espectáculo, joder! —gruñó Pedro, sentándose a una mesa de la terraza de un bar—. Esa tía es peligrosa, Jack, está herida en su orgullo y es peligrosa, no lo olvides.

—¿Quién coño era ese tío, Pedro? ¿Quién coño era?

—Eso no importa, Jack, lo que importa es que Lis no es como Carla, que no la tienes comiendo de tu mano. ¡Lo siento, tío, pero es así!

—¿Qué puedo hacer, Pedro?

—Pues, por de pronto, no montarle ninguna escena, está claro que no le gustan, y debo reconocer que se ha enfrentado a ésta con una dignidad que me ha dejado helado. Se ha ido de allí sin decir una palabra, pero con la cabeza bien alta.

Cuando se presentó en su casa, Juan seguía con el corazón acelerado y sus ideas estaban más aceleradas todavía, pero cuando la vio al otro lado de la puerta, con los ojos hinchados por el llanto, toda su rabia se convirtió en ternura.

—Lis... —Le acarició las mejillas—. Lo siento, cielo, lo siento. Yo ya no sé cómo decírselo, nena.

—¿Quieres un café?... Acabo de prepararlo. —Ella volvió de la cocina con un tazón que puso en su mano, se sentó en el sofá y se tomó el suyo—. ¿Por qué no vuelves con ella, Juan?

—¡¿Qué?!

—Quizá deberías volver con ella —dijo Lis suavemente, tomando un sorbo de café—. Está claro que está loca por ti.

—¿A qué viene eso? —preguntó él, dejando el tazón sobre la mesa y sentándose a su lado.

—Estuviste con ella..., señal de que te gustaba, de que te atraía. Y lo entiendo, es una mujer preciosa, realmente preciosa, y supongo que tú siempre has estado con mujeres como ella.

—Pero ¡¿qué estás diciendo?! —exclamó Juan, levantándose y paseando nervioso por el salón—. ¿Por qué haces esto? ¿Quieres distraer mi atención? ¡Porque yo también puedo preguntarte quién era el que te acompañaba!

—Eso es lo que te ha traído realmente aquí, ¿verdad, Juan? —le espetó ella con rabia—. No unas disculpas por la escenita, sino saber quién era él.

—¿Quién es, Lis?

Ella cerró los ojos y suspiró profundamente, dejó el café y encendió un cigarrillo.

—Es diseñador gráfico y está haciendo la portada de un libro que he escrito.

—¿Un libro?

—Sí. Una editorial quiere publicarlo y él está haciendo la portada.

—¿Es el proyecto del que me hablaste? —Lis asintió—. Pero ¿por qué tanto secretismo?

—Yo... tengo mis motivos y... —El móvil de Juan comenzó a sonar en ese instante y él rechazó la llamada—. Deberías solucionar eso antes de pasar a otra cosa, Juan, porque esa chica no va a desistir de su empeño, no parará hasta que vuelva a tenerte a su lado.

—Yo no quiero estar con ella, Lis —repuso él, rechazando una nueva llamada y apagando el teléfono—. Sólo quiero estar contigo, cielo.

—¿Hasta cuándo, Juan? ¿Hasta que te canses de la novedad y dejes de contestar a mis llamadas, como haces con ella?

—Yo nunca te trataría como a Carla, Lis, porque tú no eres como ella y...

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó ella, levantándose con rabia—. ¡Pues claro que no soy como ella! ¿Es que no me has visto bien? ¡Soy una mujer gorda, gorda y fea! ¿Qué demonios haces conmigo, teniendo a tus pies a una diosa rubia que bebe los vientos por ti? ¡Si lo que estás esperando es una pelea de gatas, ya puedes olvidarlo, porque yo ni tengo armas para luchar contra ella ni quiero hacerlo! ¡Vuelve con ella, Juan, vuelve con ella, es lo que los hombres llamáis un pibón, es perfecta para ti!

—No digas eso —dijo él con una sonrisa, tomándola entre sus brazos—. Tú eres perfecta para mí, tú... sólo tú..., la mujer más deseable que he conocido nunca... Y lo que siento contigo no lo había sentido jamás..., jamás..., jamás... Tú eres lo que siempre he soñado y nunca encontré... No tienes que pelearte con nadie, porque mi corazón es tuyo, sólo tuyo..., como mi cuerpo...

Entre las sábanas, el cuerpo de Juan le demostró a Lis que sus palabras no eran palabras baldías, y él descubrió que, si el cuerpo de Lis era lo más deseable que había visto nunca, las palabras que salían por su boca cuando hacían el amor le llevaban a un grado de excitación como nunca antes había conocido. La voz de ella, entre gemidos, consiguió llevarle al cielo, donde se sintió volando en libertad.

—¡Oh, Juan, cómo me gustan tus besos! —Él entró en su cuerpo, invadiéndolo, mientras Lis frotaba su cara con la suya suavemente—. ¡Me

gusta tu barba, Juan, me gusta cómo me rasca!...

El miembro de él, ya grande de por sí, alcanzaba dentro de su cuerpo una nueva dimensión, llenándolo por completo. Las palabras en su oído conseguían excitarle de una forma que le transportaba al firmamento. La acarició por dentro, mirándose en sus ojos y preguntándose cómo había podido vivir hasta entonces sin ella.

—Juan..., yo... no imaginaba que hacer el amor fuese tan delicioso... ¿Es siempre así?

—Contigo sí, mi vida, contigo sí...

—¡Oh, Juan..., cómo me gusta sentirte dentro de mi cuerpo..., Juan..., Juan!

La llevó al mismo cielo, mirándola extasiado, viendo cómo el placer recorría su cuerpo, cómo se estremecía con sus movimientos, cómo los gemidos salían sin control por su boca. Entrelazó sus manos con las suyas y la penetró más profundamente, yéndose dentro de su cuerpo.

—¡Te quiero, Lis, te quiero!

Quando se dice un «Te quiero», se espera recibir otro a cambio, pero Juan no lo recibió. Lis no creía en el amor de los hombres: éstos sólo sabían amar con el cuerpo. ¿Por qué él, un completo desconocido, habría de quererla? Lis estaba convencida de que la quería únicamente porque se había encaprichado de ella, y que, al igual que un niño, la dejaría como un juguete, cuando se hubiese cansado de jugar. O quizá era su ego masculino el que hablaba, el macho alfa de la manada quería seguir siéndolo, no quería renunciar a un nuevo trofeo, a una muesca más para su revólver. Pasados unos meses, la novedad ya no sería tal, y él volvería con otra Carla, o quizá con la misma, y ella seguiría con su vida, recordando los momentos pasados entre sus brazos, las palabras de amor susurradas en su oído, y su recuerdo llenaría cada una de sus noches. No, Lis no le permitiría que le robase el alma, no se lo permitiría ni a él ni a nadie.

15

La cafetería había abierto hacía muy poco tiempo, pero Juan afirmaba que la decoración era lo más increíble que había visto en su vida. Y hacia allí se dirigió Lis aquella fría tarde de invierno, enfundada en un chaquetón negro y con una bufanda roja alrededor del cuello, mientras su mente le daba una y mil vueltas a cómo iba a contarle lo del libro. ¿Cómo se le dice a alguien: «Mira, ésa soy yo, así fue mi vida, la que me tocó en suerte, y por eso soy como soy»?

Tan pronto cruzó las puertas de la cafetería, comprendió el entusiasmo de Juan. Sus paredes, como auténticos frescos, eran la entrada al mundo de la imaginación, de la fantasía, de las hadas y de los duendes. Lis vio la impronta de Sebastián en aquellos dibujos, sólo de sus manos podrían haber salido. Eran para ella tan reconocibles como un Van Gogh, un Miró o un Dalí.

—Tenías razón, Juan —dijo, dándole un beso y quitándose el chaquetón—. Es preciosa... Voy un momentito al baño, más por curiosidad que por necesidad.

Bajó la escalera hacia los aseos de señoras, sin saber que Sebastián estaba subiendo por la de los de caballeros. Al llegar arriba, sus ojos verdes se encontraron de frente con los ojos marrones de Juan y hacia él se fue.

—¿Estás solo?

—No.

—¿Puedo?

Juan asintió.

—¿Qué quieres?

—La quiero a ella.

—Está conmigo.

—Pero eso puede cambiar, y yo haré todo lo posible porque cambie, sólo

quiero que lo sepas.

—Pues me doy por enterado, pero yo también haré todo lo posible porque la situación no cambie.

Lis volvió del servicio, esperando que, ante una taza de café, las palabras adecuadas llegasen hasta su boca y poder explicarle de una vez a Juan el misterio que envolvía su vida. Pero su objetivo quedó en suspenso cuando los vio a los dos sentados frente a frente, con el cuerpo en tensión y mirándose retadoramente. La sonrisa se le congeló en los labios, caminó despacio hacia la mesa intentando serenar su alterada respiración, mientras pedía mentalmente a quien pudiera intervenir que no permitiese una nueva escena.

—Sebastián, ¡qué sorpresa! —contestó tendiéndole la mano—. La decoración es tuya, ¿verdad?

—Me temo que sí —contestó él con una sonrisa.

—Es preciosa. ¿Quieres... quieres tomar algo?

—No, gracias, tengo que irme —dijo él, levantándose—. Me ha encantado volver a verte y... enhorabuena por el libro, en la editorial todos dicen que va a ser un gran éxito.

Sebastián hizo mutis por el foro, no sin antes dejar sobre su mejilla un dulce beso. Juan se convirtió entonces en un bloque de hormigón, hermético, concentrado, compacto. Lis lo observó preocupada. En el corazón de aquel hombre se estaba formando un auténtico tsunami que antes o después acabaría arrasándolo todo. Así que Lis decidió replegar velas; las explicaciones bien podían esperar a llegar a un puerto seguro.

Pero ni siquiera al amparo de las paredes de su casa, ella fue capaz de lidiar con la furia que habitaba en aquel cuerpo.

—¿Por qué él sabía lo del libro y yo no, Lis? —preguntó Juan rabioso, tan pronto como entraron en casa—. ¿Por qué?

—Porque él trabaja para la editorial y tú no —le contestó ella con una pequeña sonrisa, que no hizo sino sulfurarle aún más.

—¡No te cachondees de mí, Lis!

—No... me grites..., Juan..., no me grites —dijo ella encendiendo un cigarrillo.

—¡No confías en mí! ¡Me lo has estado ocultando todo este tiempo! ¿Por

qué, por qué no has querido compartirlo conmigo, Lis? ¿Por qué no confías en mí, por qué?

—Porque... porque... porque me cuesta fiarme de la gente... Me cuesta mucho y...

—Pero ¡confías en él! ¡Y no me lo niegues, he visto cómo lo mirabas, cómo le hablabas, confías en él!

—¿Estás... estás... celoso?

—¡Sí! —gritó Juan—. ¡Estoy celoso! —Y, cogiendo su chaqueta, salió por la puerta como un ciclón.

La semana que pasaron separados se les hizo eterna. Y mientras, Juan tuvo que lidiar con los celos y con sus compañeros...

—¡No hemos pasado buena noche, ¿eh, Jack?! —preguntó uno con sorna.

—¡A ver si espabilas, tío, que es para hoy! —apostilló otro.

—¡Baja ya de las nubes, Jack! —le gritó su jefe sin poder contenerse—. ¡Unas veces tan dispuesto a morir y otras tan dormido! ¡Espabila de una vez, tío!

Lis tuvo que hacerlo con los sueños... y con el deseo.

Las pesadillas volvieron cada noche para atormentarla, pero ahora, a las habituales, se unían las del accidente, formando en su mente un batiburrillo que se turnaba para martirizarla. Se despertaba en plena madrugada, gritando y sudando, y se refugiaba bajo la ducha, esperando que el agua se llevase la angustia y el miedo y devolviese a su mente y a su cuerpo el sosiego que tanto anhelaba.

Se acercaba a la ventana y observaba la casa de Juan, donde las luces también estaban encendidas. Y si bien su corazón se negaba a aceptar que le quería, su cuerpo le decía con total precisión que le deseaba. El sexo, ese gran desconocido para ella, que no había llenado más que un ínfimo espacio de su mente durante el tiempo que había estado en LA CASA, se le había mostrado en toda su magnitud, con toda su fuerza. El cuerpo de Juan le había descubierto un mundo lleno de explosiones de color, de fuegos de artificio, de sensaciones nunca imaginadas. Las neuronas que habitaban en su cerebro nunca llegaron ni tan siquiera a imaginar el placer que un cuerpo podía proporcionarle, estaban demasiado ocupadas tratando de solventar problemas más acuciantes, como la simple supervivencia. Pero una vez libre de las cadenas que la ataban, Lis se había dejado llevar por las manos de Juan, por el cuerpo de Juan, por el deseo

de Juan, y noche tras noche... le deseaba. Deseaba su cuerpo, deseaba sus besos, deseaba el roce de su barba en su cara. Deseaba sus caricias, deseaba sus miradas, deseaba el aroma de su piel, y que la hiciese sentir un hada. Y noche tras noche se despertaba gimiendo, como tantas veces en el cuartito bajo la escalera, mientras en su interior se producía una batalla a tres bandas. Corazón, cuerpo y mente se debatían de forma encarnizada, hasta que, al tercer día, el cuerpo ganó la batalla.

Tercera noche:

- ¿Ya ha remitido la tormenta, Juan?
- Si lo que quieres es cachondearte, te aseguro que sigo estando de un humor de perros.
- ¿No tendrás baja la glucosa?
- ¿De qué hablas?
- A veces, el mal carácter viene por falta de azúcar.
- Mi mal carácter en esta ocasión está plenamente justificado.
- Tú siempre encuentras justificación para tu mal carácter. ¿Lo has pensado alguna vez?
- ¿Me vas a psicoanalizar? ¡Lo que me faltaba!
- No te vendría mal.

Cuarta noche:

- ¿Ya has tomado un poquito de azúcar?
- ¿Por qué te gusta echar sal en mis heridas, Lis?
- ¿Tus heridas? Di más bien tu orgullo. Y yo no echo sal, si te escuece por algo será.
- Lo que me duele es tu falta de confianza, eso es lo que me duele.
- Hay cosas que son difíciles de contar, Juan.
- Pues aquí estoy para escucharlas.
- Que estás ya lo sé, lo que no tengo tan claro es que estés preparado para oírlas.
- ¿Has matado a alguien, Lis?
- ...
- Perdona, sólo era una broma, perdona si te he molestado, no era ésa mi intención.
- ...
- Lis, contéstame, no te enfades, por favor, ha sido una tontería.
- ...
- Lis, por favor.
- ...
- Lis.
- ...

Quinta noche:

- ¿Has encontrado abrigo en una playa tranquila o todavía estás en plena tormenta, Juan?
- Creo que los vientos huracanados no han dejado de soplar, me zarandean de un lado a otro de la cama.
- ¿Y a qué esperas para encontrar un puerto seguro? ¿A que tus velas no aguanten el

temporal y se acaben haciendo jirones? ¿Quieres acabar yendo al paio?

—No iré al paio, cariño, tengo un faro frente a mi ventana que me guía; sé perfectamente dónde está mi puerto.

—¿Y qué te impide llegar a él? ¿Tu orgullo?

—No, una barrera invisible, llamada confianza.

Sexta noche:

—Lis..., te echo de menos.

—¿Se ha levantado la barrera?

—La he roto.

—¡Tú y tu impulsividad!

—¿Tú me echas de menos, Lis?

—Yo aún tengo en la retina a una mujer muy rubia y muy enfadada que me dijo cosas terribles. ¡Hay que ver qué amigas te buscas!

—Yo también tengo en la retina a un hombre que te miraba con lascivia. ¡Hay que ver qué amigos te buscas!

—Bueno, pues estamos en paz.

—Yo no estoy en paz, Lis, no estoy en paz...

Séptima noche:

—Te echo de menos, Lis, no puedo dormir sin ti a mi lado.

—...

—A veces no mido mis palabras. Soy demasiado impulsivo, lo siento.

—Tu impulsividad no me molesta, Juan, gracias a ella te conocí, y gracias a ella estoy viva.

—No digas eso. Tú estás viva porque eres fuerte, porque aguantaste donde otros no podrían haber aguantado, porque resististe lo que otros no podrían haber resistido, porque esperaste lo que otros nunca podrían haber esperado.

—Me gustan tus labios, Juan...

La octava noche, Lis regresaba a casa de dar un paseo por el parque, cuando ante su puerta la esperaba el hombre guapísimo, con un gran ramo de flores en las manos. Las dudas se evaporaron como por arte de magia, los enfados se disiparon al mirarse a los ojos y encontrarlos llenos de estrellas, llenos de ansia, las palabras se perdieron en el aire y en su lugar quedó el cuerpo, la piel y el alma.

Juan la tomó entre sus brazos y, sin soltarla, la llevó a la cama. La desnudó con prisa, recorriendo su cuerpo con lentas caricias que desataron su deseo. Saboreó sus pechos y chupó sus pezones, arrancándole los primeros gemidos de placer, y siguió bajando por su cuerpo hasta que se perdió en su sexo. Lo recorrió despacio, lamiéndolo, chupándolo, saboreándolo.

Lis levantó la cabeza y lo miró asombrada. Contemplar a aquel hombre

entre sus piernas era lo más erótico y sensual que había visto nunca, pero cuando succionó su clítoris, se agarró a las sábanas y separó las piernas, entregándosele. Estalló en un orgasmo que la sacudió, que la traspasó, que la llenó, que la sació. Se convulsionó durante un tiempo que le pareció eterno, mientras su boca seguía saboreándola y sus manos acariciaban sus caderas con deseo.

Juan subió por su cuerpo, llenándolo de besos. Acarició su sexo mojado mientras una sonrisa aparecía en sus labios, mirándose en los ojos color chocolate que brillaban como si tuvieran estrellas dentro.

—¿Te ha gustado, mi vida? —preguntó con voz ronca, sin dejar de tocarla.

—¡Oh, Juan, pero qué me haces!... ¡Ven!

—Aún no, cielo, aún no... —susurró él en su boca, saboreando sus labios—. Te he echado tanto de menos.

Recorrió su cuerpo de nuevo, dejando un camino de besos, y, separándole las piernas, le sopló en el sexo.

—¡Juan..., pero ¿qué me haces?!

Una vez más paladeó su clítoris, lamiendo sus labios, recreándose en la humedad que había en su cuerpo, y lentamente, muy lentamente, le introdujo los dedos. Lis se arqueó al sentirlo dentro, y mientras sus dedos la penetraban más y más, su boca la devoró hasta hacerle perder la noción del espacio y del tiempo. Cuando dejó de convulsionarse, cuando su respiración comenzó a serenarse y sus ojos volvieron a abrirse, entonces Juan se dio por satisfecho, subió lentamente sobre su cuerpo y entró en él, adorándolo, amándolo, tomándolo y sintiéndolo.

—¡Oh, Juan..., Juan...! —susurró ella en su oído—. Nunca había entendido por qué a la gente le gustaba tanto el sexo... Ahora lo entiendo..., ahora lo entiendo... Juan..., Juan..., cómo me gusta tu cuerpo...

Él la tomó durante mucho tiempo, recreándose en su cara, en sus gemidos, en sus gestos. Se tumbó en la cama e hizo que ella se colocara encima.

—Pero, Juan... —protestó Lis riendo—, yo peso mucho.

—No. Quiero sentirte así, encima de mí. Y no pesas mucho: has adelgazado, creo que demasiado.

—No digas eso o creeré que te ponen las mujeres gordas.

—¡Me pones tú! ¡Sólo tú! ¡Y no sabes bien cómo me pones!

Lis colocó el precioso ramo de flores en un jarrón y se quedó mirándolo concentrada mientras se tomaba el primer café del día. Juan salió del baño con una toalla enrollada en la cintura. Con la piel brillante y los ojos encendidos, ella lo miró fascinada. Aquel hombre era un espectáculo, no le extrañaba en absoluto que Carla perdiese los papeles por él. Se dijo que era increíble que la apariencia física pueda tener un efecto tan devastador en las personas, y se preguntó una vez más qué vería él en ella para excitarse como lo hacía.

Tan absorta estaba en estas y otras cavilaciones que no lo vio venir, dispuesto para otro ataque. Cuando quiso darse cuenta, ya lo tenía encima, rodeando su cintura y con una peligrosa sonrisa en los labios.

—No —dijo ella, levantando las cejas asombrada.

—Sí —contestó él con una sonrisa, abriéndole la bata y mirando su cuerpo.

—No.

—Sí.

—Llegarás tarde.

—No.

—Tendrás que darte otra ducha... y llegarás tarde.

—No me ducharé, así podré olerte durante todo el día.

Lis abrió la boca sorprendida, momento que él aprovechó para abordársela. La saboreó con dulzura y la llevó hasta el sofá, donde le quitó la bata y se dio un festín con sus pechos. Juan desayunó su sexo, lo saboreó como si fuese el manjar más delicioso que pudiese existir sobre la faz de la Tierra, haciéndola estremecer y llegar al orgasmo en muy poco tiempo, porque verlo entre sus piernas era tan erótico que Lis no necesitó mucho para perderse en su boca y entregarse a ella.

Naturalmente, Juan llegó tarde a trabajar, cosa que le valió una nueva bronca del jefe, pero por más que éste gritó y se desgañitó, no consiguió borrarle la sonrisa de la cara.

16

La prueba de fuego para cualquier pareja que comienza es conocer a la familia política. En el caso de Juan, no tendría que pasar por esa dura prueba, pero en el de Lis, aunque la familia de él parecía no existir, pues nunca hablaba de ella, su lugar lo ocupaba el cuerpo de bomberos, y con ellos en su conjunto tuvo que vérselas aquella semana.

Abrió el armario en busca del modelito que mejor pudiese esconder su cuerpo, y lo encontró al fondo: el vestido negro. No es que fuese fondo de armario, simplemente estaba al fondo. Ése era perfecto para disimular lo que ningún otro no podría. Lo acompañó con unas botas negras de tacón fino y completó el modelo con unos pendientes y un colgante sobre el pecho. Se maquilló suavemente y dejó que su pelo negro se secase al aire, enmarcando su cara con una naturalidad que la miró desde el otro lado del espejo, asombrándola. Sus facciones empezaban a definirse, haciéndole recordar de repente los rasgos de su madre, a la que cada noche intentaba poner cara sin conseguirlo. Pero allí estaba, en ella, mirándola con una sonrisa en los labios.

Pedro los recibió en El Asador, levantando las cejas asombrado.

—¡Vaya, Lis, menudo cambio que has pegado, si te veo por la calle no te reconozco! —exclamó con una sonrisa, dándole un suave beso en la mejilla.

—¿Eso es un cumplido? —le preguntó ella sonriendo.

—¡Por supuesto, estás muy guapa!

Juan le dio un empujón para que se callase y Lis los miró divertida. Nunca había comprendido ese extraño código que tienen los hombres para entenderse; con lo fácil que habría sido decirle simplemente: «Cállate».

El Asador hizo una vez más honor a su fama, y de su cocina salieron los más exquisitos manjares, que hicieron las delicias de los comensales. Los

bomberos dieron buena cuenta de ellos, mientras Lis se preguntaba qué extraño sortilegio existiría para que las raciones de comida que se metían entre pecho y espalda se colocasen de forma tan estratégica en aquellos cuerpos.

Y mientras la comida y la bebida desaparecían con prontitud de la mesa, ella se relajó entre sus dos escoltas oficiales, que amenizaron la velada contándole quién era quién en aquella enorme mesa, en la que, si los hombres eran increíbles, las mujeres lo eran aún más. La única que desentonaba entre tanta perfección era ella, pero eso, lejos de hacerla sentir incómoda, le hizo gracia. Observó con interés a aquellas esculturales mujeres, que miraban sus platos atiborrados de comida con cara de asco. Hasta que percibió una señal inequívoca en la mayoría de ellas: miraban el reloj. ¡Oh, sí! Aquellas mujeres estaban ansiosas, por eso estaban tan serias, porque contaban los minutos que faltaban para el polvo. ¡Quién ha dicho que a las mujeres no nos gusta el sexo!

Tras la cena, los recibió el «chunda-chunda» de la discoteca. Lis frunció el ceño, y Juan, que no le quitaba los ojos de encima, pidió dos copas, le puso una en la mano y, tomándola de la otra, la llevó hasta una pista de baile donde la música era muy suave. Charlaron, bebieron y rieron, hasta que las copas se terminaron y Juan la cogió de nuevo de la mano para bailar con ella. Hundió la cara en su cuello y aspiró su aroma mientras se pegaba a su cuerpo, haciéndole sentir su erección, dura y caliente, sobre su vientre.

—¡Ay, Juan! ¿Qué tenía esa copa? ¡Todo me da vueltas!

—¡Qué bien bailas!

—¡Mañana no podré levantarme de la cama!

—No tendrás ninguna resaca, era whisky, y si la tienes, yo te la quitaré.

Le apretó la cintura con fuerza y la acercó a su cuerpo, tanto que podía notar el latido de su corazón en el pecho. Sus labios tomaron su boca con un beso profundo que la hizo gemir en ella, hasta que Pedro apareció para romper la magia de la escena.

—Jack..., Carla acaba de llegar.

—¿Y qué? ¡No tengo por qué salir huyendo, no le debo nada!

—¡No tientes a la suerte, Jack!

—Juan —dijo Lis, acariciando su cara—, es tarde, y yo... estoy muy mareada...

—Pero...

—En cualquier momento me puedo caer redonda —añadió ella, haciendo estallar a Pedro en carcajadas—. Así que, por favor, vámonos a casa.

—Juan..., ¿puedes abrir tú? —le pidió Lis, entregándole la llave—. A mí se me mueve la puerta.

—¿Cuándo me darás una llave, nena? —preguntó él entre risas.

La tendió sobre la cama y le bajó la cremallera del vestido, dejando sobre su cicatriz besos y más besos.

—Hace tiempo que no miro la cicatriz... Aún se nota mucho, ¿verdad?

—Cada vez menos, pero te advierto que es lo más sexi que he visto nunca, así que espero que no desaparezca del todo... porque me pone —confesó él, quitándole lentamente el vestido y dándole la vuelta—. Siento que la noche se haya estropeado, mi vida.

—La noche no se ha estropeado, me he divertido mucho y me ha encantado conocer a tus compañeros, han sido muy amables conmigo.

—¡Sí, demasiado, alguno te miraba más a ti que a su pareja! —contestó él, tendiéndose sobre ella ya desnudo—. ¡Dios, qué bien hueles!

—Pero parejas..., lo que se dice parejas..., no había muchas, Juan.

—¿Ah, no? —repuso él divertido, acariciándole las mejillas.

—No..., yo sólo he visto dos.

—¿¿Qué?! —dijo Juan estallando en carcajadas—. A ver, ¿cuáles?

—Los que estaban al lado de Pedro..., éstos son pareja de verdad. —Juan asintió sonriendo—. Y el del bigote y la chica pelirroja, éstos también..., y además se quieren mucho.

—¡Qué intuitiva eres, Lis! —comentó él, dándole un suave beso en los labios—. Y si las otras no son parejas de verdad, ¿qué son, Lis?

—¡Oh, las otras son... «churris»! —respondió ella, abriendo las manos y provocándole una carcajada.

—Y nosotros, Lis, ¿qué somos nosotros? —preguntó Juan, acariciándole la mejilla con dulzura.

—¿Amantes?

—Espero que algo más, cariño, necesito que seamos algo más que amantes —reconoció él, tomándola entre sus brazos y llevándola al paraíso.

El hombre del chaleco gris ascendía lentamente el sendero en dirección a la casa de la colina. A medio camino, se paró para recuperar el aliento, encendió un cigarrillo y miró el increíble paisaje que lo rodeaba. A los pies de la colina, el valle se extendía majestuoso, interminable, y salpicado ya de los colores de la primavera, que había estallado de repente, inundándolo todo con su aroma. Tras la casa, como un manto protector, el bosque de castaños, que se mecía con el suave viento que soplaba. La casa se enmarcaba en el lugar perfecto, con el tamaño perfecto, con los colores perfectos. Cerró los ojos y dejó que la imagen se grabase en su mente. Más adelante saldría por sus manos hacia su obra, llenándola de la magia nunca conocida en su vida pero que ahí estaba, en su corazón, en su alma, esperando ser sacada, y que sus dedos, incansables, buscaban y buscaban.

Reanudó la ascensión deleitándose con el frescor del viento en la cara, cuando los efluvios de la comida le llegaron de golpe, expandiendo sus pulmones y trasladándole a los aromas de su infancia. Pocas cosas pueden hacernos estremecer tanto como los olores, consiguen remover en nuestro interior sentimientos y recuerdos que creíamos olvidados, pero que ahí están, formando parte de nosotros sin que lo sepamos.

Las cortinas de la cocina se agitaron y la puerta se abrió tan pronto como él puso un pie en el primer peldaño. La mujer, con un precioso mandil de flores rodeando su ancha cintura, le regaló la mejor de sus sonrisas. El hombre del chaleco gris subió los últimos escalones y la tomó en sus brazos, hundiendo la cara en su cuello y aspirando el aroma tan conocido, el de los recuerdos, el de la infancia.

—¡Qué bien huele, hermanita, veo que sigues siendo una cocinera

maravillosa!

—He preparado tu plato favorito, tal como a ti te gusta. Pasa, hace fresco.

Ante el fregadero de la cocina, un hombre alto y corpulento se lavaba las manos. Se las secó en un trapo y estrechó con fuerza la del hombre del chaleco gris. Sobre la mesa descansaba el libro: *LA CASA*. Los hombres se sentaron a la mesa, sacaron los cigarrillos y los encendieron lentamente, mirando la portada. La mujer colocó ante ellos la cafetera y las tazas, sirvió los cafés y se sentó, encendiendo también un cigarrillo.

—Tenías razón —afirmó, fumando con mano temblorosa—. Es ella, la nuestra, no puede ser otra.

—¿Lo habéis leído?

—Sí —respondió el hombre corpulento—. Pero no lo ha contado todo, sólo una parte.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó la mujer, fumando con ansia.

—Nada —contestó el hombre del chaleco gris tomando su mano y acariciándola.

—Pero este libro... lo va a destapar todo. La policía comenzará a investigar y llegarán hasta nosotros. Quizá deberíamos irnos, abandonar el país y marcharnos cuanto más lejos mejor. Quizá deberíamos haberlo hecho al principio, cuando salimos de allí.

—Y lo hicimos —dijo suavemente el hombre del chaleco gris—. Nos fuimos lo más lejos que pudimos, ¿y qué conseguimos con ello? Nada. Por mucha tierra que quisimos poner de por medio, nunca logramos olvidarnos de ELLOS, porque lo que allí pasó seguirá dentro de nosotros siempre, vayamos a donde vayamos. Huir no es la solución. No lo fue entonces y no lo es ahora.

—Pero... investigarán y...

—No dejamos huellas. Nadie más que nosotros sabe lo que pasó, y nadie lo descubrirá. Y, en caso de que eso ocurriese, no debéis preocuparos, porque yo asumiré las consecuencias. Os doy mi palabra. Al fin y al cabo, yo no tengo familia.

—No digas eso —dijo la mujer con lágrimas en los ojos—. Nos tienes a nosotros.

—Lo sé. —Él sonrió, acariciando su mano—. Pero yo no tengo hijos por los que velar, vosotros sí. Por eso, si llegase a saberse la verdad, que lo dudo mucho, yo seré el único responsable de aquello.

—¿Crees que ella sabe algo... y por eso lo ha escrito? —preguntó el

hombre corpulento.

—No. No creo que tenga ni idea. Creo que lo ha escrito porque necesitaba hacerlo, porque necesitaba sacarlo de su interior, como todos nosotros. Pero cada uno hace las cosas a su manera, ella ha elegido ésta, nosotros elegimos la otra.

Las risas de los niños, subiendo a la carrera por el sendero, les hicieron cambiar de expresión. Los cigarrillos se apagaron y la sonrisa ocupó el lugar de la preocupación cuando entraron en tromba por la puerta, dejando en el suelo las mochilas de la escuela.

—¡Tío! —exclamó la niña, lanzándose a los brazos del hombre del chaleco gris.

—¡Hola! ¿Qué tal en el cole?

—¡Genial, tío, he sacado un ocho en matemáticas! —dijo ella con orgullo.

—¡Enhorabuena, *pampeona*!

—¡Tío, aún te acuerdas! —exclamó la niña, riéndose.

—¡Cómo me voy a olvidar, cariño, así era como lo decías de pequeña, y hay cosas que no se olvidan nunca!

Si Lis creía que la cena con el cuerpo de bomberos había sido su prueba de fuego como pareja oficial de Juan, estaba muy, pero que muy equivocada. Porque su suegra, esa que parecía no existir porque él nunca la mencionaba, existía, y estaba a punto de hacer acto de presencia en su vida.

Cuando Juan la llamó a mediodía, diciéndole que no podría comer con ella porque le había surgido un imprevisto, Lis dejó el teléfono sobre la mesita con el ceño fruncido. A ella tampoco le gustaba que la dejaran al margen, así que a media tarde le llamó, dispuesta a recibir una explicación convincente.

—Yo... estoy en el hospital.

—¿En el hospital? —preguntó asustada—. ¿Por qué?, ¿qué te ha pasado?

—Nada, cariño, no me ha pasado nada, estoy bien. —Juan suspiró profundamente—. Estoy... estoy con mi madre.

—¿Tu madre? ¿Por qué?, ¿está enferma?

—No.

—¿Quieres que vaya, Juan?

—¡No! —Lis pegó un brinco en el sofá—. Perdona, nena, yo... ahora no es un buen momento... Te lo contaré todo esta noche..., luego te lo explicaré, cielo.

Si la cabeza de Lis era una auténtica noria en donde las ideas giraban a toda velocidad, la de Juan era un torbellino. El tan terrible momento había llegado, y lo había hecho sin previo aviso, pillándole totalmente desprevenido y obligándole a dar unas explicaciones que se había jurado no darle a nadie, y menos a Lis. Pero allí estaba ella, al otro lado de la puerta, expectante,

esperando oír lo que tenía que decir, y silenciosa, muy silenciosa. El corazón de Juan no podía estar más desbocado de lo que lo estaba, y su cara no podía estar más desencajada. Él, siempre tan dueño de la situación, no sabía qué hacer, no sabía qué decir, no sabía por dónde empezar.

—Yo... esperaba no tener que contarte nunca nada de esto, Lis... —dijo, cogiéndola de la mano y llevándola hasta el sofá, donde se sentó de golpe, acariciando sus manos—. Pero no me queda más remedio... Mi padre... mi padre... mi padre es un maltratador.

La sangre de Lis se le bajó a los pies de golpe. Sus rodillas se doblaron sin que nadie se lo pidiese, y la dejaron sentada a su lado. La garganta no le permitía tragar saliva, porque las ganas iban hacia arriba y no hacia abajo. Juan se frotó la cara con desesperación, su secreto había salido a la luz y ya nada podía pararlo. Ahí estaban todos sus miedos concentrados, todas sus angustias, todos sus temores, y se los mostraba a ella, a la persona que más le importaba, y a la que más temía perder.

—Mi madre lo ha aguantado siempre, nunca lo ha denunciado. Pero esta vez se le ha ido la mano y la paliza la ha llevado al hospital. Yo... no quería entrometerme, porque sé lo que ocurrirá, ya ha pasado otras veces... Ella le perdonará y volverá a su lado, y todo empezará de nuevo..., y yo... yo no quiero verlo, no quiero participar en ello..., pero la policía me ha llamado y no me ha quedado más remedio.

—¿Cómo puedo ayudarte, Juan? ¿Puedo hacer algo?

—No, nadie puede hacer nada, cariño.

—¿Quieres que hable con ella?

—¡Ni se te ocurra!

—Pero...

—¡Nooo! —El grito surgió de su pecho como un huracán—. ¡No quiero que hables con ella! ¡No servirá de nada! ¡No quiero ni que la conozcas!

—Pero, Juan... —dijo suavemente Lis, acariciándole el brazo.

—¡He dicho que no! —gritó él, levantándose. Se metió en el baño y cerró la puerta con fuerza.

Lis se quedó en el sofá, temblorosa. Pero ¿es que no existían hombres normales en el mundo? ¿Por qué ese afán por dominar, por someter? ¿Acaso eran tan inseguros que sólo con la fuerza podían mantener a una mujer a su lado? Las preguntas se formularon en su mente, una tras otra, pero para ninguna encontraba respuesta, y eso provocó que el miedo diese paso a la rabia. Y así la encontró Juan cuando, un buen rato después, salió del baño y

entró en la habitación donde se desnudaba, rodeada de una estela de rabia que la acompañaba.

—Lo siento, cariño...

—¡No se te ocurra volver a gritarme, Juan! —exclamó Lis desde el otro lado de la cama, levantando un dedo amenazador—. ¿Me oyes? ¡No vuelvas a hacerlo! ¡No tienes por qué desahogarte conmigo, yo no soy un saco de boxeo, aunque lo parezca! —Juan no pudo evitar que una pequeña sonrisa apareciese en sus labios—. ¡Vete a tu casa y date de cabezazos contra las paredes, pero no vuelvas a gritarme! ¡Yo ya estoy harta de gritos y de amenazas, ya estoy harta de la brutalidad de los hombres! —Apagó la luz y se sentó en la cama, quitándose el reloj—. ¡Me niego a tener miedo nunca más, así que déjame en paz! ¡Yo no tengo por qué aguantar tu mal carácter! —Encendió la luz de nuevo—. ¿Qué haces todavía aquí? ¡Vete a tu casa ahora mismo!

—¡Oh, Lis, Lis...! —susurró él, rodeando la cama y tendiéndose sobre ella con una sonrisa en los labios—. No puedo, mi vida, no puedo, cuando te enfadas te pones tan sexi... —Besó sus labios con ardor—. Pero no me riñas más, por favor, no me riñas más.

Enterró la cara en su cuello frotándolo suavemente con su mejilla, excitándola con el roce de su barba. Ese simple gesto hizo que Lis perdiese el hilo de lo que estaba diciendo. Sus ojos se cerraron al momento y sus manos tomaron el control de su cuerpo. Empezó a acariciarle los hombros para acabar perdiéndose en su espalda, sintiendo cada músculo, firme y caliente, contraído por la pasión y por el deseo. Sus manos siguieron bajando hacia su trasero, duro como una piedra.

—¡Nena...! ¿Cómo puedes con una simple caricia encenderme tanto?

Se desnudó deprisa y se tendió de nuevo sobre su cuerpo, frotando sus sexos mojados, calientes, excitados. Sus manos se perdieron en ella y entró con cuidado, muy lentamente, observando cómo ella se estremecía con su invasión, cómo arqueaba la espalda para recibirlo, cómo levantaba hacia él las caderas. Sus gemidos en su oído lo excitaron más y más, y entró del todo en su cuerpo, con un profundo suspiro de placer que atravesó a Lis.

—¡Siento haberte gritado, mi vida, lo siento! —dijo él con la voz muy ronca.

—Juan..., cuando te siento así dentro de mí..., se me olvida todo...

La tomó una y otra vez, llevándola hasta un orgasmo que la atravesó, estremeciéndola de placer, mientras la miraba extasiado. Su cuerpo se le entregó totalmente, se rindió ante él. Lis se quedó saciada y tranquila,

respirando deprisa y recibiendo sobre su piel miles de besos y caricias. Los ojos color chocolate se abrieron y su mirada llena de dulzura se topó con los ojos de él, que la miraban sonrientes.

—Juan..., ¿no te has corrido?

—Todavía no...

—¿Por qué?

—Porque me gusta ver cómo lo haces tú.

—Pero... yo quiero darte placer...

—¡No te imaginas cuánto placer me das, mi vida! —dijo pasándole un brazo bajo las caderas y apretándolas contra su miembro, duro y caliente.

—Pero... yo... —Él no la dejó seguir hablando, cerró su boca con sus labios, empezando a moverse de nuevo en su interior—. Juan..., por favor, no te reprimas... Me gusta sentirte, cariño..., me encanta sentirte...

Se dejó llevar por las palabras que sobrevolaban el aire y, tomándola con pasión, se perdió con ella en el placer.

La mañana amaneció soleada. Juan abrió los ojos y miró asombrado la cama vacía. Cuando la vio entrar en la habitación, duchada y vestida, se despertó de golpe y se incorporó, con todo el cuerpo alerta.

—¿Por qué te has levantado tan temprano? Es sábado.

—Te voy a acompañar al hospital —respondió Lis, abriendo el armario y cogiendo el bolso.

—No me parece una buena idea. —Juan frunció el ceño, pasándose la mano por el pelo alborotado.

—Pues aun así pienso acompañarte.

—¡Te lo vuelvo a decir, Lis! —exclamó él, apartando las sábanas y levantándose enfadado—. ¡No me parece una buena idea!

—¡No necesito que me lo vuelvas a decir, no estoy sorda! —Se encaró con él—. ¿Por qué no quieres que conozca a tu madre? ¿Es que te avergüenzas de mí?

—¡Oh, cariño, no, no, no! —contestó él, abrazándola fuerte contra su pecho—. Yo no me avergüenzo de ti, nena, al contrario: eres lo mejor que me ha pasado nunca. —Tomó su cara entre las manos mirándolo con dulzura—. Me avergüenzo de ellos, Lis, de la vida que han tenido... Por eso me aparté y no volví..., porque me avergüenzo de ellos.

—¿Cómo que no volviste? ¿Desde cuándo?

—Hacía diez años que no la veía.

—¡Diez años!... ¡De todos modos, yo también voy!

Lis no le dio opción a nuevas protestas. Montó guardia en el salón, tomándose tranquilamente un café y fumando un cigarrillo, mientras le oía en la ducha y se preguntaba cómo sería aquella mujer que tanto le desestabilizaba y que tan malos recuerdos le traía.

Su mente siguió y siguió divagando durante el trayecto al hospital, pero cuando estuvo ante su cama, el alma se le cayó a los pies. ¡Aquello no era una mujer, era un lamento! Un saco de huesos que, inexplicablemente, seguían vivos. Una cara llena de moretones, en la que difícilmente se distinguían los ojos hundidos, y en ellos, una mirada vacía, muerta, derrotada, aniquilada, perdida. Los ojos sólo volvieron por un momento a la vida cuando se posaron sobre el hijo, pero cuando la mirada que recibió de él fue dura y fría, regresaron al lugar en el que estaban perdidos.

—Hola, mamá —saludó Juan con la mayor de las seriedades, quedándose a los pies de la cama—. Te presento a mi novia, Lis.

—¡Oh, vaya, tienes novia, cuánto me alegro, hijo!

En la cama de al lado, la parlanchina mujer de Murcia había sido sustituida por una señora muy elegante, que adornaba su cabeza con un perfecto moño, y que, tan pronto como clavó en ellos su mirada, dejó sobre su regazo la revista del corazón que estaba mirando y los observó abiertamente.

La auxiliar inoportuna, fiel a sus costumbres, entró con el carrito de la comida, a una hora más propia de desayuno tardío, y posó sus ojos sobre aquel hombre guapísimo, al tiempo que la boca se le abría y ya no se le cerraba. Sí, Juan era un hombre impresionante, y, a pesar de haber dormido muy poco, estaba sencillamente irresistible con unos vaqueros y una camisa blanca bajo su cazadora de piel. Parecía recién salido de un desfile de moda, pero su cara, unas horas antes llena de ternura y de pasión, no mostraba ninguna de ellas en ese momento, sino la mayor de las frialdades.

—Vendré dentro de unos minutos para ayudarla con la comida —informó la auxiliar, colocando la bandeja sobre la mesita, mientras la madre de él sacaba de debajo de las sábanas las dos manos enyesadas.

—¿Puedo hablar con el médico? —le preguntó Juan.

—Está a punto de irse, si te das prisa lo encontrarás en la sala de personal.

—¿No te importa, cariño? —dijo acercándose a Lis y dándole un suave beso en los labios.

—Hemos dado parte a la policía, la denuncia ya está cursada y lo detendrán en breve —le explicó el médico.

—¿Se recuperará?

—Sí, se pondrá bien. Lo que me preocupa es su delgadez. ¿Siempre ha estado tan delgada?

—No, no siempre.

—Ya, bueno, está desnutrida y tiene una anemia importante, pero con una buena alimentación y con descanso se curará.

—Entiendo.

—¿Hay alguien que pueda hacerse cargo de ella?

Juan regresó a la habitación con la cabeza a punto de reventar y el cuerpo inundado de rabia, condiciones nada adecuadas para enfrentarse a la escena que estaba a punto de presenciar. Lis sentada en la cama, ayudando a su madre con la comida, mientras charlaban animadamente, charla en la que también participaba la vecina de la cama de al lado, mientras daba buena cuenta de su comida, hasta que vio al toro de Miura entrando por la puerta, momento en que dejó los cubiertos sobre el plato y clavó en él su mirada.

—¡Lis! Pero ¿qué estás haciendo? —Se puso en jarras, mirándola con toda la rabia que había en su cuerpo—. ¡Eso es trabajo de los auxiliares, no tienes por qué hacerlo!

Viendo a aquel monumento de hombre, que estaba hecho una furia y la fulminaba con la mirada, Lis no pudo evitarlo y puso los ojos en blanco, dejando que un profundo suspiro saliese por su boca. A la señora elegante comenzó a darle la risa floja, pero a la madre le ocurrió todo lo contrario, y sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

—¡Bueno, ya estamos! ¡Como siempre! —exclamó él, acercándose a la ventana y meneando la cabeza—. ¡Siempre igual, mamá, siempre igual!

—Lo siento, hijo..., lo siento...

—¡Te espero abajo, Lis!

Juan esperó abajo, y lo hizo durante mucho tiempo, porque aquella situación requería de un análisis en profundidad, y aquellas tres mujeres no estaban dispuestas a dejarlo pasar por alto, se necesitaba de todas las

neuronas femeninas que estuviesen en el ambiente para llevarlo a cabo. Así que, tras un primer momento en que el silencio se instauró en la habitación, la risa de la cama vecina las devolvió a la realidad, y a ello se pusieron.

—No se parece a ti —le dijo la mujer elegante entre risas.

—No. Es como su padre.

—¡Ay, Dios, espero que no! —exclamó Lis asustada.

—Tranquila, hija, tranquila —repuso la vecina con mirada pícara—. Mi marido era igual, al principio, claro.

—¿Al principio? —preguntó la madre, levantando las cejas.

—Sí. Le duró un mes —contestó muy seria la mujer, metiéndose un tomate en la boca y masticándolo lentamente—. A los hombres como ellos hay que plantarles cara desde el primer momento, someterlos desde el principio, porque si no... acabas así.

—¿Y cómo se hace eso? —planteó la madre, anonadada—. ¿Se les pega con la sartén?

La tensión acumulada salió en forma de risa, inundando cada rincón de la habitación y recibiendo a la auxiliar inoportuna, que las miró divertida.

—Cada hombre es diferente —siguió la señora elegante—. A unos se los domina con la palabra, a otros con ternura, a otros con comida...

—¿Con comida? —exclamó la madre—. ¡Vaya, ojalá lo hubiese sabido antes!

—¿Y usted cómo le dominó? —quiso saber Lis.

—Yo al mío le he dominado siempre... con sexo —contestó bajando la voz. La carcajada no se hizo esperar, y a ella se unió la auxiliar, que, tranquilamente, se sentó en la cama de la señora seria, que ahora sonreía—. No me creeréis, pero así es.

—¡Oh, sí, sí, yo la creo! —exclamó la auxiliar, asintiendo frenéticamente—. Mi cuñada Marisol hizo lo mismo con mi hermano. Cada vez que surgía un problema, ella se lo llevaba a la cama y allí lo solucionaba todo. Él salía suave como la seda y diciendo a todo: «Sí, cariño, sí, cariño, tienes razón, lo que tú digas».

La conversación y las risas siguieron por espacio de una hora, tiempo en que la comida fue ingerida y la paciencia de la supervisora, desbordada, hasta el punto que hasta allí se encaminó para encauzar a la díscola auxiliar. Salió por la puerta con la traviesa, cruzándose en el umbral con un señor muy serio,

tieso como un palo y con el ceño fruncido, que traía entre sus manos un gran ramo de flores. Lis se despidió de Carmen, la madre de Juan, pero abandonó la habitación con una parsimonia que delataba que la curiosidad había tomado el mando de su cuerpo y de su mente. Su lentitud de movimientos fue recompensada y, antes de salir, tuvo tiempo de oír al señor tieso como un palo hablarle con la mayor de las suavidades a la doliente, que recibía las flores con una gran sonrisa en los labios.

—¿Y tu cadera, cariño?

—Mejor, mejor, ya no me duele —dijo la señora seria con un brillo divertido en los ojos.

—¿Qué te ha dicho el médico?, ¿podrás...?

—¡Oh, sí, sí, no habrá ningún problema!

Durante el tiempo en que Lis había permanecido en la habitación de Carmen, Juan pensaba. Lo que siempre había temido que sucediera había sucedido, pero, para su sorpresa, Lis no había salido corriendo, tal como él temía, tal como él pensaba. Juan, como la mayoría de la gente, había intentado esconder sus miedos, taparlos, obviarlos, pero ahí estaban, esperando el peor momento para mostrarse en su plenitud, en su magnificencia, en todo su esplendor. Los oscuros demonios que había intentado enterrar se revolvían en su tumba y salían a la superficie, poniendo en peligro lo que tanto había ansiado, una mujer con la que compartir su vida y con la que formar esa familia que tanto había deseado. Pero una vez abierta la caja de Pandora, ya no había vuelta atrás, sólo existía un camino que pudiese seguir, y era el de la verdad.

Cuando aparcaron delante de casa, Juan miró a Lis con tristeza. ¿Sería ella capaz de entender sus temores? ¿La harían apartarse de su lado? ¿La asustarían tanto que le abandonaría? Sólo había una forma de comprobarlo.

—Lis, yo..., me gustaría hablar contigo de algunas cosas que son... que son importantes para mí... ¿Damos un paseo por el parque?

La tomó de la mano y caminaron en silencio durante un buen rato, mientras Juan buscaba en su atormentada mente las palabras que pudiesen expresar todos sus miedos. Al llegar a la pradera junto al río, se sentaron en un banco. Él encendió un cigarrillo y, con las manos apoyadas en las rodillas, mirando al suelo, comenzó a hablar:

—Desde que puedo recordar..., sólo he recibido de mi padre golpes y

gritos, y lo único que mi madre ha hecho ante ello... ha sido llorar. Ni siquiera cuando la llamaba en mitad de la noche para que me lo quitase de encima... movía un dedo. —Levantó la vista y miró al horizonte, con los ojos brillantes—. Por eso no puedo perdonarla. No puedo perdonar su pasividad, y creo que nunca podré hacerlo. No quiero que formen parte de mi vida, no los quiero cerca de mí. Tuve que marcharme para poder ser libre, y no quiero volver a caer prisionero de las mismas cadenas. Me costó mucho romperlas, Lis. —Terminó el cigarrillo y encendió otro—. Pero hay algo que nunca podré arrancarme, Lis, nunca: sus genes, su herencia, los llevo dentro, los llevo en la sangre, me corren por las venas. ¡Odio ser su hijo, odio haber nacido en semejante familia, y odio llevar su sangre! Y esas cadenas nunca me las podré quitar. Llevo dentro su semilla, y quizá... quizá acabe como ellos, quizá... acabe siendo como él.

Lis se levantó y se sentó en su regazo, apoyando la cabeza contra su pecho mientras los brazos de Juan rodeaban su cuerpo con fuerza y un profundo suspiro de desesperación salía de su boca.

—Tú no tienes por qué ser como él, Juan —dijo acariciándole la cabeza—. Probablemente os parecéis en muchas cosas, pero eso no significa que tengas que vivir como lo hizo él. Depende de ti, sólo de ti.

—Pero a veces... la rabia me puede, Lis..., y me da miedo.

—Todos tenemos rabia, pero el modo en que la canalizamos es cosa nuestra, de nadie más.

—Pero a veces me siento tan enfadado... y me cuesta tanto controlarme...

—Pero lo haces. Eso es lo importante, que lo haces —replicó ella suavemente, dándole un beso en los labios—. En el hospital había una mujer trasplantada. Un día, una de las enfermeras hizo un comentario que no debería haber hecho, dijo que el donante había muerto en la cárcel. Aquella mujer se pasó días sin dormir. Me la encontré una tarde en la máquina del café y me dijo: «¿Y si era un asesino? ¿Y si al volver a casa me los cargo a todos?». —Juan no pudo evitar estallar en una carcajada—. Que tengas algo de otra persona no te convierte en ella. Tú eres su hijo y seguramente has heredado muchas cosas tuyas, unas buenas y otras malas, pero eso no te obliga a vivir como él lo hizo. Sólo depende de ti, Juan, sólo de ti. —Sus labios se posaron de nuevo en los suyos con dulzura, mientras sus manos recorrían su cara—. Me encanta que me lo hayas contado, Juan, eso me hace confiar más en ti.

—Yo... temía que te ocurriese lo contrario, nena —confesó él, abrazándola fuerte.

—¿Recuerdas que me preguntaste por qué confiaba en Sebastián? —Lis rio al ver cómo su cara se ponía seria—. Él me confió, casi sin conocerme, un miedo que lo atenaza y lo paraliza. Y eso me gustó.

—¿Y a qué le tiene miedo ése, si puede saberse? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—¡Oh, no, eso no te lo puedo decir!

—¡Por supuesto que me lo puedes decir! —dijo Juan, haciéndole cosquillas—. ¡Dímelo, tengo que saberlo!

—¡Oh, no, para, para, no te lo puedo decir, sería una traición! ¡Para, Juan, para!

El la acostó en el hueco de su brazo y devoró su boca con pasión, dejando que la excitación y el placer tomaran el control de su cuerpo, entregándole todos los besos a aquella mujer con la que acababa de compartir sus miedos más ocultos, y sintiéndose libre por primera vez. Lis lo miró, con un brillo divertido en los ojos color chocolate.

—¡Anda, ven, hagamos una locura! —exclamó, levantándose y tirando de su mano hacia la arboleda—. ¡Seguro que tu padre nunca hizo algo así!

—Cariño, viven en un pueblo. Probablemente donde menos lo hayan hecho sea en la cama.

Y mientras el sol se ponía sobre las torres de la catedral, y escondidos de miradas indiscretas, Juan la tomó con toda el ansia. La brisa del viento de la primavera fue su particular banda sonora, y los gemidos de Lis en su oído consiguieron transportarlo hasta el mismo cielo que había sobre sus cabezas.

19

La salida del libro al mercado se había visto empañada por la aparición en su vida de Carmen, y por la preocupación de cómo, cuándo y dónde le contaría a Juan lo que allí había escrito. Con esas cavilaciones en la cabeza se levantó Lis aquella mañana, hasta que una llamada de teléfono le regaló otra con la que no contaba.

La llamada de Luis no presagiaba nada bueno. La incomodidad que percibió en su voz denotaba una profunda preocupación, como así lo atestiguaba su cara cuando la recibió en la agencia. Su calva brillaba más que nunca, y sus profundos ojos grises la miraban inquietos mientras la acompañaba hasta su despacho.

—¿Qué pasa, Luis? Pareces preocupado.

—Lo estoy, Lis, estoy muy preocupado —dijo él, sentándose en el sofá y sirviendo los cafés—. Verás, ha pasado algo y tengo que hablar contigo. Agradezco que hayas venido con tanta premura. Verás, Lis..., me ha llamado la policía.

—¿La policía? —preguntó ella, frunciendo el ceño y encendiendo un cigarrillo—. Entiendo.

—Han empezado una investigación de oficio. Me han llamado y van a venir, quieren saber lo que pasó allí, en LA CASA.

—¡Qué prisa se han dado esta vez! —se lamentó ella con rabia—. Bueno, pues si quieren saber lo que pasó, no tienen más que leer el libro, ahí está todo.

—Lis..., yo... sé que decidimos proteger tu identidad, pero la policía...

—¡Oh, entiendo, Luis, entiendo, no te preocupes! Si han tomado cartas en el asunto, tienes que colaborar con ellos, por supuesto.

—¡Oh, Señor, estaba tan preocupado!... Por nada del mundo quiero fallarte, Lis.

—¡No digas tonterías, tú no me has fallado, los que me fallaron fueron ellos! Cuando más los necesitaba me fallaron, por eso me molesta que ahora sean tan diligentes. Ahora que ya no los necesito, deciden tomar cartas en el asunto —dijo con una sonrisa triste—. ¿Sabes, Luis?, me está ocurriendo algo muy extraño. Desde que te entregué el libro... he empezado a perder el miedo.

Un par de cafés más tarde, unos golpecitos en la puerta los distrajeron de su conversación. María, la ayudante de Luis, hizo pasar a los dos agentes uniformados, un hombre y una mujer. Tan pronto como los vio, a Lis se le cayó el alma a los pies, parecían recién salidos de la academia. No, la policía no quería saber lo que allí había pasado, lo que allí seguía pasando, sólo querían lavar su imagen una vez más, enviando a dos jovencitos para redactar un informe y darle carpetazo al asunto. El desaliento recorrió su cuerpo una vez más y la hizo recostarse en el sofá y mirarlos con desinterés. Ya había pasado por aquello y no estaba dispuesta a abrirle su corazón a quien no le importaba lo más mínimo lo que hubiese dentro.

El hombre policía le dedicó una pequeña sonrisa, pero ella, la mujer, le mostró toda la animadversión que había en su cuerpo, a través del brillo de sus hermosos ojos azules. Sí, Lis conocía bien aquella mirada, los ojos hablaban por la gente, y ella la había visto demasiadas veces en su vida como para no saber interpretarla: «A ver, gorda, explícate y dinos qué pasa, que tenemos cosas más importantes que hacer». Seguramente la habían enviado a ella porque era una recién llegada, la novata, la que aún tenía que curtirse en mil batallas.

Lis cogió un cigarrillo, mientras la mujer de ojos azules y melena recta y rubia clavaba en ella su mirada más despectiva y sacaba con desgana una pequeña libreta.

—¿Es usted Lis Blanco, autora del libro *LA CASA*? —Lis asintió—. Su documentación, por favor. Tenemos que hacerle algunas preguntas y... ¿Le importaría no fumar?

—¿Por qué?, ¿es ésta su casa, agente? —preguntó ella, encendiendo el cigarrillo.

—¿Ha sabido algo de sus padres en los últimos tiempos?

—Difícilmente —dijo sin mirarla, expeliendo una nube de humo—. Mis padres están muertos.

—Me refiero a sus padres... de acogida.

—No.

—¿Cuándo fue la última vez que los vio?

—El día que cumplí dieciocho años.

—¿No ha vuelto a verlos desde entonces?

—No.

—¿No ha hablado con ellos?

—No.

—¿Ha tenido comunicación con ellos a través de terceras personas?

—No.

—¿Se ha comunicado con ellos mediante carta, email...?

—Agente..., ¿qué parte de la palabra «no» le cuesta entender?

La mujer policía dejó de escribir y levantó la cabeza. Se puso terriblemente colorada y sus ojos brillaron de furia. El agente intervino, intentando apaciguar a su compañera.

—No es nuestra intención molestarla, señorita Blanco, necesitamos algunas respuestas y...

—¿Para qué? —preguntó ella, mirándolo fijamente.

—¡Para llegar al fondo del asunto, por supuesto! —exclamó la mujer policía, levantando la voz.

—No me grite, por favor, no estoy sorda. Repito: ¿para qué quieren llegar al fondo del asunto?

—¡Señora, debería usted colaborar con nosotros! —dijo la mujer policía hecha una furia—. ¿Prefiere hacerlo en comisaría?

—Le agradecería que no me amenazase, agente, es un delito —contestó Lis, fumando lentamente—. ¿Por qué habría de colaborar con ustedes? Ya lo hice en su momento y no sirvió de nada.

—¿Y a quién se lo dijo, si puede saberse? —El retintín de su voz era palpable.

Lis suspiró profundamente.

—A todos.

—¡A todos! ¡Ya!

—A todos los que creí que podrían ayudarme.

—¿Podría ser más explícita, por favor? —pidió la mujer policía con una pequeña sonrisa en los labios.

Lis suspiró de nuevo, se echó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas mirando concentrada la mesa.

—Veamos..., se lo dije a la policía..., al asistente social..., al pediatra...,

al cura de la parroquia..., a mi profesor de matemáticas del colegio..., a mi tutora del instituto. —Cogió un nuevo cigarrillo, la mujer policía abrió la boca, pero ella la frenó levantando una mano—. Espere, agente, aún no he terminado. Se lo dije a la policía por segunda vez, al asistente social por segunda vez, con el cura no me atreví a repetir, porque dijo que yo tenía el demonio en el cuerpo y temí que, si volvía, me practicase un exorcismo. También se lo conté a la bibliotecaria, pero ella dijo que no debería leer tanto; a la madre de mi amiga Carolina, que me cruzó la cara de una bofetada que aún me duele... ¿Quiere que siga, agente?, porque puedo seguir.

—¿Por qué nadie la creyó? —preguntó el hombre.

—Ésa es una buena pregunta, sí, señor, muy buena. Me la he hecho todos y cada uno de los días de los últimos años, pero aún no he conseguido una respuesta. Si la encuentran, por favor, háganmela saber, tengo... curiosidad.

Juan llegó al hospital a última hora de la tarde, completamente agotado. Se había pasado el día de incendio en incendio, pero el peor estaba en su cabeza, donde intensas llamaradas lo atormentaban, preguntándose qué iba a hacer con su madre cuando le diesen el alta. No podía permitir que volviese a su casa, pero tampoco la quería cerca. La auxiliar retiraba la cuña de la señora elegante, que rápidamente se tapó con la sábana, lo cual no era necesario, porque Juan sólo tenía ojos para la cama vacía.

—Pero ¿qué...?

—Le han dado el alta esta mañana —dijo la auxiliar—. ¿No lo sabías?

—¿Se ha ido sola?

—Pues no lo sé, la verdad. Ya estaba bien y se le ha dado el alta, y ella... parecía contenta de irse.

—¡Oh, sí, sí! —exclamó la señora elegante—. Estaba mucho más contenta que cuando llegó, eso seguro.

—Pero ¿adónde ha ido? —preguntó el volcán, yendo hacia la puerta, sin dejar de refunfuñar—. ¡No puede volver a casa, no puede!

—¡Oh, Señor, Señor..., esa furia, cuántos recuerdos me trae! —suspiró la señora elegante, cerrando los ojos—. Lo que yo daría por estar en el lugar de esa mujer esta noche.

Juan se pasó la siguiente hora llamando por teléfono a su madre, hasta que cayó en la cuenta de que, tras tantos años sin haberlo hecho, seguramente habría cambiado de número. Así que, a las once de la noche, tras dar vueltas y más vueltas por su casa como una fiera enjaulada, y viendo que en la de Lis había luz, hacia allí se dirigió.

—¡Juan! —exclamó ella sorprendida—. Creía... creía que pasarías la

noche en tu casa.

—¿Te importa que me quede?

—Yo... esta noche estoy cansada, Juan.

—Por favor, cariño —dijo él, abrazándola suavemente—. Te dejaré dormir... ¿Por qué llevas puesta la chaqueta?

—Iba a tirar la basura.

—Deja, yo lo haré.

Juan salió a la acera y tiró la bolsa en el contenedor. Miró al cielo; estaba cubierto, al día siguiente llovería. Entonces... sus ojos se posaron en las ventanas de Lis, y más concretamente en la habitación de invitados, la que nunca se usaba, pero que esa noche, sorprendentemente, estaba iluminada. Centró la vista en ella y, tras las cortinas, vislumbró dos sombras. La furia más total y absoluta tomó el control de su cuerpo, nublando sus sentidos y dirigiendo sus piernas hacia la escalera, cuyos escalones subió de dos en dos. Cuando llegó frente a la puerta, tenía la cara desencajada y los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—¡Así que estás cansada, nena! —soltó cuando Lis le abrió—. ¿Muy cansada, cariño?

—Juan..., ¿qué pasa?

—¡Dime! Estás muy cansada, ¿verdad? —Cerró la puerta con fuerza—. ¡Por eso no querías que me quedase a dormir contigo, porque estás MUY cansada!

Pasó por su lado como un ciclón y recorrió el pasillo con furia, lanzándose hacia la puerta cerrada, que abrió con rabia.

—¡Mamá!

—Hola, hijo.

El ciclón cerró la puerta sin decir nada, meneó la cabeza y recorrió en silencio el pasillo para ir a la cocina, donde Lis trajinaba o hacía que trajinaba, aparentemente ajena a semejante tormenta. Sin embargo, antes de que pudiese abrir la boca, se volvió y se encaró con él, levantando ante su cara un dedo amenazador, mirándole con ojos de auténtica tigresa.

—¡Ni una palabra, Juan, ni una palabra! ¡Ésta es mi casa y ella es mi invitada, y si no te gusta, te marchas! ¡Sé que no la quieres cerca, pero ésta es mi casa y aquí se va a quedar, te guste a ti o no! ¡Y si la idea no te agrada, ya te estás yendo a tu pisito de soltero, a lo mejor tienes suerte y recibes la visita

de tu amiga Carla y puedes desahogarte con ella, que por lo que puedo ver en tus ojos te hace mucha, pero que mucha falta! Pero ¡conmigo no, Juan, conmigo no!

Él no dijo nada, se frotó la barbilla, concentrado, y lentamente comenzó a recular. Salió de la cocina y se dejó caer en el sofá. Lis no pudo evitar que una sonrisa pícará apareciese en su cara. «La señora elegante tenía razón, a éste le domino con palabras. ¡Si es que donde esté la experiencia...!»

El segundo tema pendiente lo trataron de puertas adentro de la habitación, porque sólo les incumbía a ambos.

—Cariño, lo siento, yo pensaba... —dijo Juan suavemente mientras se desnudaban.

—¡Ya sé lo que pensabas! —exclamó Lis, mirándolo con rabia—. ¡Que estaba con otro!

—Nena, yo...

—Tú, ¿qué? —preguntó, mirándolo enfadada—. ¿Te he dado algún motivo para desconfiar de mí? ¡Deberías hacerte mirar esos celos, Juan, porque no te traerán nada bueno!

Lis apagó la luz resoplando, el temperamento de aquel hombre la sulfuraba. Se desnudó en la oscuridad, porque haber perdido peso no le había quitado en absoluto la vergüenza. Pero cuando el precioso camisón negro comenzó a resbalar por su piel, oyó una exclamación a su espalda. Haciendo oídos sordos, se sentó en el borde de la cama y se quitó los pendientes. Al momento lo sintió acercarse lentamente, sentado tras ella, acariciando sus brazos desnudos y sin poder ver la sonrisa de su cara.

—Así que estás muy cansada —le dijo en un susurro.

—Sí, mucho —contestó ella, quitándose el reloj.

—Por eso te has comprado un camisón nuevo... para dormir.

—Sí, para dormir —repuso con firmeza.

Lis aguantó la risa. De camino al hospital había comprado dos, uno para ella y otro para Carmen, más recatado, por supuesto.

—¿Me vas a dejar hacerlo o tengo que mandarte a tu casa?

—No puedo, cariño, este camisón no me deja —susurró Juan en su oído, pegando su erección a su espalda—. ¡Oh, Lis... Lis...!

La tendió sobre la cama y la cubrió con su cuerpo excitado, duro, caliente, mientras sus ojos la miraban con dulzura.

—Es muy suave, mi vida, pero no tanto como tu piel..., déjame que te lo quite... —Lentamente lo fue subiendo, hasta quitárselo muy despacio—. Y

decías que estabas cansada..., pero si ni siquiera llevas ropa interior, mi amor. —Lis no pudo evitar la carcajada. Juan se estremeció, enterrando la cara entre sus pechos. Quería sentirla, quería que su risa lo atravesara—. Nena, tengo que hablar contigo de algo importante. Lis..., sigues adelgazando y estoy preocupado. ¿Cuánto pesas ahora, mi vida?

—Demasiado.

—Lis, lo digo en serio.

—Sigo estando por encima de mi peso, Juan, así que deja de preocuparte. Además, adelgazar me ha venido muy bien, la pierna cada vez me duele menos. A mí también me preocupa una cosa. Nosotros, salvo la primera vez, no hemos tomado precauciones y... —Juan cerró su boca con lujuria, entrando en ella e invadiéndola—. Juan..., ¿has oído lo que te he dicho? —La boca de él se perdió en sus pechos, buscando sus pezones y chupándolos con ansia—. Juan..., tenemos que... —Su mano bajó hacia su sexo acariciándolo suavemente—. ¡Oh, Juan..., Juan..., tenemos que tomar precauciones!... —Sus dedos le separaron los labios y le acariciaron el clítoris—. Juan..., tenemos que tomar... precauciones y...

—Nena —dijo él, mirándola con el ceño fruncido—. ¿Cómo puedes seguir pensando con cordura en este momento?

—Porque soy una mujer.

—¡Oh, Lis, Lis! —Estalló en carcajadas que inundaron el cuarto—. ¿Quieres que me ponga un condón, mi vida?

—Deberíamos usarlos, Juan, o un día nos llevaremos un susto, un susto que nos durará toda la vida.

Una nueva y sonora carcajada impregnó la habitación y llegó hasta los oídos de Carmen, que no pudo evitar sonreír ni que una traicionera lágrima escapase de sus ojos. Juan fue por los preservativos y dejó la caja sobre la mesilla. Lis lo observó atentamente mientras se ponía uno. Lo que en un principio podía parecer un proceso poco romántico a ella le resultó tremendamente erótico.

Lis se despertó de madrugada. Cuando volvió del baño, miró aquel cuerpo que estaba en su cama y se preguntó de nuevo cómo había ido a parar allí. Apartó lentamente las sábanas y se deleitó con lo que tenía delante. Aquello no era un hombre, era un portento de la naturaleza. Se tendió a su lado y le acarició con suavidad la espalda, la cintura, el trasero. Pegó la nariz a él y

lo olió, sintiendo cómo se despertaba con sus caricias y la miraba sorprendido. Se recreó en su pecho, enredando los dedos en su vello, bajó por su estómago y acarició su vientre, viendo cómo su miembro comenzaba a vibrar, comenzaba a despertar. Lo recorrió despacio, sintiéndolo ya duro, grande y caliente en su mano. Lo miró fascinada. Los gemidos salían por la boca de Juan en cascada y sus ojos se volvieron turbios por el deseo. Lis acercó la boca y lo besó, lo besó desde la punta hasta la base, lo besó lentamente, sintiéndolo. Lo acarició con la mano y se lo metió en la boca, chupándolo despacio, muy despacio, deleitándose con el goce que aquel cuerpo experimentaba bajo su boca, maravillándose del placer del sexo.

—¡Oh..., cariño..., cariño...!

Juan ya no podía más. Lis estiró el brazo y cogió el condón y, lentamente, se lo fue poniendo, mientras oía de su boca suspiros que la llevaron al cielo. Se lo metió de nuevo en la boca y lo saboreó, hasta que Juan estalló en ella, gimiendo. Lis se maravilló del estremecimiento de su cuerpo, de los gemidos de su boca y del calor de su semen. El orgasmo duró mucho, mucho tiempo, hasta que Juan volvió a ser dueño de su ser. La tomó por las axilas y la colocó sobre él, mirándola extasiado, con ojos que echaban fuego.

—La próxima vez lo haré mejor, Juan...

—No es posible hacerlo mejor, mi vida, me has dado un placer inmenso.

—Entonces, a partir de ahora... no habrá problemas para que los uses, ¿verdad?

—¡No, mi amor, me los pondré siempre que quieras!

—¿No prefieres que te los ponga yo?

21

Las prisas de Juan por las mañanas tenían nombre de mujer, y no era Lis, sino Carmen, la culpable de sus madrugones. Lis observaba divertida cómo no cruzarse con la que le había dado la vida se había convertido para él en objetivo prioritario. Y lo mismo ocurría por las noches, pero en sentido contrario, cuando Carmen se metía rápidamente en su habitación tan pronto lo oía entrar.

Una semana llevaba Carmen en su casa cuando Lis la encontró en la cocina, haciendo malabarismos en un inútil intento de abrir la cafetera ¡con las dos manos escayoladas! ¡Vivir para ver!

—Carmen, me gustaría pedirte un favor —dijo ella, quitándole la cafetera de las manos y llevándola al sofá—. Verás, hace tiempo que quiero cambiar las cortinas del salón y, la verdad, no sé qué poner, no entiendo mucho de tejidos. ¿Tú me ayudarías a buscar unas bonitas?

—¿Quieres que te ayude?

—Pues me harías un favor, yo no tengo mucha idea —contestó Lis, poniendo la bandeja del desayuno ante ella.

—¡Oh, claro, hija, claro que te ayudaré! —Sus ojos se iluminaron.

—¡Oh, bien! Pero antes necesitas una ducha.

—¡Oh, no, no, no! —se negó la mujer, abriendo los ojos desmesuradamente—. Yo me lavo por parroquias, como toda la vida.

—No, Carmen, hoy no, hoy te vas a duchar y verás qué bien te sientes.

Las protestas no hicieron desistir de su empeño a Lis, provocándole risas y más risas. Al fin comprendía de dónde le venía a Juan aquella propensión a protestar por todo. La metió en el baño, le quitó la ropa sin contemplaciones, le puso los protectores en los brazos, vertió gel en la esponja y la empujó

suavemente hacia su moderna ducha con hidromasaje.

—No tengas miedo de caerte: el suelo es antideslizante y yo me quedaré aquí —dijo, cerrando la mampara y sentándose en el váter.

—¡Oh, vaya, es como estar bajo la lluvia! —exclamó Carmen—. ¡Vaya, vaya, vaya, qué modernismos!

—Usa la esponja, verás qué a gusto te quedas después.

Tantos años acatando órdenes no se olvidan así como así, de modo que Carmen aplicó la esponja sobre su maltrecho y dolorido cuerpo, dejándose llevar por la agradable sensación.

—¿Estás bien? —preguntó Lis, cogiendo la lima de uñas.

—Sí, hija, muy bien, ya salgo.

—No tengas prisa, Carmen, tómate todo el tiempo que quieras. Ducharse es un placer, uno de los pocos que aún nos da la vida, así que hay que aprovecharlo al máximo.

—¡Qué gran verdad acabas de decir, hija, qué gran verdad!

Carmen no se consideró limpia hasta media hora después, cuando salió de la ducha diciendo que se sentía una mujer nueva.

Los centros comerciales son un mundo en sí mismos, y El Corte Inglés es un submundo dentro de ellos. Cada vez que lo visitaba, Lis se sentía en un auténtico parque de atracciones para adultos, donde la montaña rusa que le hacía soltar la adrenalina era la tarjeta de crédito, aunque siempre en sentido descendente. Carmen entró en él como un niño lo haría en Disney World, sus ojos no daban abasto y sus manos enredaban en cada expositor que encontraba, sin importar lo que contuviera; ella metía la mano y revolvía. Pero cuando llegaron a la sección de cortinas, perdió el norte. Iba de una a otra, abriendo la boca asombrada y dejando que las exclamaciones salieran libremente por ella. Lis la miraba divertida, no había imaginado que llevarla de compras resultaría tan fascinante. Era un auténtico espectáculo verla, estaba en su salsa.

—¿Te gusta alguna, Carmen?

—¡Oh, nena, me gustan todas! Pero hay que pensar con la cabeza y no dejarse llevar por lo que a una le entra por los ojos. Mi madre siempre lo decía, y las madres siempre tienen razón —dijo, asintiendo lentamente—. Mira, si coges una tela muy colorida, te cansarás pronto de ella, así que la mejor opción es elegir algo suave, que no canse la vista y que deje pasar mucha mucha luz... Una casa sin luz es una tristeza.

—¿Qué te parece un visillo?

—¿Un visillo? Pero ¿aún los siguen haciendo? Eso era de mi época, Lis.

—Las cosas buenas y bonitas no pasan nunca de moda, Carmen.

—¡Ay, hija, hay que ver qué bien amueblada tienes la cabeza! ¡Qué suerte ha tenido mi hijo de encontrarte, sólo espero que no lo eche a perder, como hizo su padre!

Las lágrimas inundaron sus ojos, momento que Lis aprovechó para hablar con la dependienta, quien con su amabilidad característica, esa que traen de serie, le mostró los visillos, que encima estaban de oferta. Una vez recuperada del momento emotivo, Carmen se acercó de nuevo, no fueran a darle gato por liebre.

—Dile que te ponga un dobladillo, este tejido suele encoger un poco al lavarlo, y además le dará mejor caída.

—¡Qué bien que me hayas acompañado, Carmen, no sabes cuánto te lo agradezco! —Arreglaron todo el papeleo en el mostrador y Lis la cogió por un brazo con decisión—. ¡Venga, y ahora vamos a reponer fuerzas!

—¿Te quieres ir ya? —preguntó con tristeza.

—¡Qué dices, de eso nada, nos vamos a la cafetería a merendar y luego seguimos! ¡Si esto no cierra hasta las diez!

—¿Hasta las diez? —repitió Carmen asombrada—. ¡Madre mía! ¿Y cuándo descansan estas pobres criaturas?

Ante unas tortitas con chocolate y dos cafés bien cargados que les proporcionasen las energías que necesitaban para seguir pululando por el fascinante mundo del consumo, Lis miraba a Carmen fascinada. Su hablar mesurado y sereno la tenía totalmente cautivada, una y mil preguntas rondaban su mente sin atreverse a formularlas, pero éstas llegaron, aunque no salieron de su boca, sino de la de Carmen, que, como Lis bien pudo comprobar, tenía una mente despierta y sabía atar cabos tan bien como el mejor marinero. Tras aquella fachada de mujer introvertida y temerosa, descubrió la fuerza de un corazón que guardaba muchos secretos.

—Lis..., ¿puedo preguntarte por tus padres?

—Murieron.

—Entiendo... ¿No tienes más familia? —Ella negó con la cabeza—. ¿Cómo conociste a Juan?

A Lis se le iluminó la mirada y comenzó a relatarle cómo había sido su

primer encuentro, sin omitir ningún detalle y haciendo especial hincapié en el valor y el arrojo que había mostrado quedándose con ella.

—Mi muchacho ha aprendido mucho, se ha alejado de nosotros y ha aprendido por su cuenta... —afirmó Carmen—. No se lo puedo reprochar, yo también debería haberlo hecho hace mucho mucho tiempo, pero me faltaron agallas.

—El miedo paraliza a las personas, Carmen, no deberías sentirte culpable por eso. Pero ¿sabes?, he descubierto que el miedo no es eterno.

—¿Tú crees? Ojalá tengas razón, hija... ¿Sabes que a su padre le conocí en circunstancias parecidas a las vuestras? —Lis la miró sorprendida—. Es curioso cómo la vida puede repetirse, claro que entonces eran otros tiempos... Yo estaba arando con mi padre, cuando el tractor se topó con una gran piedra, la rueda se subió encima sin que le diese tiempo a hacer nada y el tractor volcó sobre mí. Tuve más suerte que tú, porque casi no me hizo nada, pero me aprisionó una pierna y... ¿no te imaginas quién vino en mi auxilio? —dijo con una pequeña sonrisa—. Aquel hombre era una auténtica delicia para los ojos, no parecía humano, tenía la fuerza de un toro, con la piel morena... y los brazos más fuertes que yo había visto nunca. El corazón me dio un brinco cuando le vi... Pero yo no supe lidiar con él como tú haces con mi hijo, no supe, y aquella fuerza de la naturaleza se volvió en mi contra y ya no hubo forma de enderezarla.

—¿Cuánto tiempo lleváis casados, Carmen?

—Los años que tiene Juan, treinta y tres. —Y bajando la voz, continuó—: Menos cuatro meses. Me casé embarazada de cinco..., ¿te lo puedes creer? Tardé cinco meses en encontrar el valor suficiente para contárselo, un poco más y voy al altar con el niño en brazos. —Lis estalló en una carcajada—. Aquella fue la primera vez en mi vida que falté al decoro, pero es que, cuando aquel hombre apareció bajo el cerezo... no supe decir que no.

—¿Bajo el cerezo? —preguntó ella divertida.

—¡Oh, sí, fue muy hábil! Ten cuidado con Juan en ese aspecto: su padre sabía elegir muy bien los momentos, y seguro que él ha heredado esa habilidad. Me pilló totalmente desprevenida y sola, pero creo que, aunque hubiese estado rodeada de gente, tampoco habría sido capaz de negarme. Yo estaba en lo alto del cerezo cuando se plantó a los pies del árbol y me pidió un beso. —Lis se tapó la boca para acallar una carcajada—. Dijo que no se movería de allí hasta recibirlo. Te aseguro que no sé cómo conseguí bajar por aquel tronco, las piernas no me respondían, pero cuando llegué abajo no me

dejó tocar el suelo, me cogió entre sus brazos y yo... perdí la cabeza... ¡Oh, no debería contarte estas cosas, me siento tan avergonzada!

—Pues a mí me encanta oír las, Carmen. ¿Alguna vez se las has contado a Juan?

—¿Te has vuelto loca?! Ya me tiene suficiente rabia, no quiero que me desprecie aún más. Yo... no he sido una buena madre, Lis. A un hijo hay que protegerlo siempre y yo no lo hice.

—Estoy segura de que si no lo hiciste fue porque tenías tus motivos, motivos de peso, estoy convencida.

—¡Oh, cariño! —dijo Carmen con los ojos llenos de lágrimas, acariciándole la mano—. ¡Si yo te contara...!

Abandonaron el país de El Corte Inglés a las diez en punto de la noche, y con grandes bolsas llegaron a casa, donde Juan las miró sorprendido y, tras sacudir la cabeza con desconcierto, se refugió en la habitación.

—¡Dios mío, Carmen! —exclamó Lis, dejándose caer en el sofá—. ¡Estoy agotada! ¿Te lo has pasado bien?

—Me lo he pasado de maravilla, hija, de maravilla. No sabía que en El Corte Inglés hubiera tantas cosas. ¡Tienen de todo!

—¿Cómo que no lo sabías, Carmen?

—No, hija, no lo sabía, es la primera vez que lo visito.

—Pero, Carmen, tú... tú... ¿dónde has estado viviendo?, ¿en un pueblo o en Guantánamo?

—¿Qué es eso?

—Un sitio muy malo... Oye, Carmen, no tengo ganas de cocinar. ¿Qué te parece si pedimos unas pizzas? ¿De qué te gustan?

—Pues... no lo sé, nunca he comido una.

—¡Ay, Carmen, cuántos Guantánamos hay en este mundo!

—Lis, yo... creo que es mejor que me vaya a la cama. Así Juan y tú...

—No te preocupes por él, en cuanto lleguen las pizzas y las huela, saldrá de la habitación en un santiamén.

Carmen guiaba a Lis por el apasionante mundo de la gastronomía. Esa noche tocaba aprender a hacer lasaña, y aunque la mujer ya se había librado de las escayolas, se mantenía de brazos cruzados, dándole las indicaciones oportunas, porque, como bien decía ella: «Se aprende a hacer las cosas haciéndolas».

—¿Sabes, Carmen?, nunca había preparado lasaña, siempre la he comprado hecha. A veces, las cosas que nos da miedo hacer... no son tan difíciles cuando te pones a ello. El miedo es mayor que la dificultad en sí.

Carmen asintió despacio, mientras la puerta de la calle se abría y por ella entraba Juan, alegremente. A su madre se le formó una divertida sonrisa en los labios.

—¡Qué contento está desde que le has dado la llave, Lis! —le susurró al oído.

—¡Hola, cariño! —dijo Lis riendo—. ¿Te gusta la lasaña?

—¡Pues claro que le gusta! —exclamó Carmen—. Era su plato preferido cuando era pequeño. Si por él fuera, se habría pasado el día comiéndola.

—Sí, es verdad —dijo Juan, abrazando a Lis por la cintura y hundiendo la cara en su cuello—. ¡Caray, qué bien huele!

—¡Oh, Señor! —exclamó Carmen, riendo—. ¡Ha puesto la misma cara que ponía de pequeño, no le ha cambiado lo más mínimo!

Y entonces, en ese instante, ocurrió algo con lo que ninguno de los tres contaba. Probablemente imbuido por los efluvios de la lasaña, Juan esbozó una gran sonrisa y, acercando los labios a la mejilla de su madre, depositó en ella un tierno beso. A Carmen se le congeló la expresión y sus ojos se llenaron de lágrimas, lágrimas que la hicieron refugiarse en el baño a toda velocidad.

—¡Ya está llorando otra vez! —resopló Juan.

—¡No! —contestó Lis, mirándolo ceñuda—. No está llorando otra vez, está emocionada y eso es algo bueno, no tienes por qué criticarlo, ¿me oyes?

—¡Nena, qué guapa te pones cuando te enfadas! —comentó él, besándola con ardor mientras sus manos acariciaban su espalda sin control y se perdían en su trasero. Tanta era la pasión que traía en su cuerpo que no se enteró del regreso de su madre.

—¡Oh, Juan, para, para, tu madre...!

—No os preocupéis por mí, hijos —dijo Carmen, cogiendo una fuente—. Os he oído cada noche desde que estoy aquí, así que ya no me asusto.

Juan la miró asombrado y Lis estalló en carcajadas, lanzándose a sus brazos.

—¡Oh, Carmen, no sabes cuánto me alegro de que estés aquí!

—Sí, bueno..., de eso precisamente quería hablaros después de cenar, Lis. Yo.. creo que ya es hora de que me vaya, hija. Vosotros tenéis vuestra vida y yo tengo que seguir con la mía.

El que se refugió entonces en el baño fue Juan, rumiando sus pensamientos, que podían oírse desde la cocina, porque gritaban mucho. Pero una vez se sentó a la mesa y la lasaña comenzó a descender por su tracto digestivo y se aposentó en su estómago, sus defensas fueron aniquiladas por completo.

La estrategia de Carmen surtió efecto, porque aquello había sido toda una estrategia, como bien pensó Lis. Sí, la comida era una buena arma de asalto, qué pena que los grandes estrategas aún no lo supieran.

—Pero no puedes volver allí, mamá.

—Por supuesto que puedo. Aquélla es mi casa y nadie me echará de ella.

—Pero, Carmen —replicó Lis—, ¿por qué no te quedas unos días más? Hasta que estés más fuerte.

—Ya estoy fuerte, Lis, y tengo que agradecértelo especialmente a ti. Espero que no te ofendas, hijo, pero los días que he pasado con ella han sido de los más felices de mi vida. Y por eso quiero darte las gracias, cariño, eres una persona muy fuerte, de las más fuertes que he conocido, y tu fuerza... ¡no sabes cuánto me ha ayudado, hija, no lo sabes bien! Además, hablar contigo ha sido muy relajante para mí. Sí, ésa es la palabra: «relajante». Me ha servido para poner en orden muchos pensamientos que estaban perdidos en mi cabeza y que no sabía qué hacer con ellos. ¡Ojalá te hubiese conocido antes! —dijo acariciándole la mano—. Espero que mi hijo te cuide como te mereces, porque

ha tenido mucha suerte de encontrarte, mucha suerte.

—¡Oh, Carmen! —exclamó Lis, abrazándola—. No quiero que te vayas. ¿Quién me acompañará ahora de compras?

—Juan..., no podemos dejar que se vaya, cariño, aún está débil —dijo Lis desde la cama, mirando concentrada al techo—. Además..., ¿tu padre dónde está?

—Detenido y pendiente de juicio —contestó él, metiéndose bajo las sábanas.

—Pero... ¡Oh, no quiero que se vaya, no quiero!

—Es una mujer adulta, Lis, tiene que tomar sus propias decisiones. — Ella lo miró con el ceño fruncido—. No me interpretes mal, no estoy contento de que se vaya.

—¡Permíteme que lo dude! —dijo ella muy seria, provocándole una carcajada.

—¿Hay algo más que te preocupe, cariño? —preguntó él, acariciándole el estómago y mirándola con ojos brillantes.

—Sí... ¡Caray, Juan, yo pensaba que estos pisos tenían mejor insonorización!

Las carcajadas arreciaron en el cuerpo de Juan, que, tendiéndose sobre ella, la miró divertido. Pero tras las primeras caricias, su risa cesó y se apartó, encendió la luz y la miró muy serio.

—Levántate, vamos al baño —le instó saltando de la cama.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¡Vamos al baño, Lis!

—¡Pero ¿qué pasa?!

Juan apartó las sábanas y, cogiéndola en brazos, la llevó hasta el baño, donde la dejó en el suelo, completamente estupefacta.

—Pero ¿te ha dado un ataque?

—¡Súbete! —ordenó él, señalando la báscula.

—¡¿Quéééé?!

—¡Que te subas a la báscula!

—¡Oh, Juan! —exclamó ella, negando con la cabeza y dándose la vuelta—. ¡No digas tonterías, con lo cansada que estoy!

—¡No! —replicó él, agarrándola y girándola de nuevo—. ¡Súbete ahora mismo!

—¡No me grites, no soy un caniche!

—¡Por favor, cariño! —insistió, acariciándole los brazos y mirándola muy serio—. ¿Te quieres subir a la báscula de una puta vez?

—Pero ¡qué mal hablado eres, Juan!

—¡Por favor!

—¡Mira..., sólo por no oírte, sólo por eso! —dijo ella, levantando un dedo amenazador.

La aguja comenzó a moverse y se quedó quieta antes de lo previsto, provocando que los pares de ojos que la miraban se abriesen asombrados.

—¡Joder! —exclamó Juan.

—¡Ay, Dios! —respondió Lis.

El número que marcaba bien se merecía semejantes exclamaciones. Lis había ingresado en el hospital pesando casi cien kilos, y ahora pesaba setenta. La cara de susto de Juan se topó con la cara sonriente de Lis, que miraba la aguja con alegría.

—¡No te rías, Lis! ¡Has adelgazado casi treinta kilos, y eso es demasiado en tan poco tiempo! —Ella salió del baño sin hacerle caso—. ¡No me dejes con la palabra en la boca! ¿Crees que no me he dado cuenta de que no has probado la lasaña? ¡Pues que sepas que a partir de ahora voy a vigilar todo lo que comas! ¿Me oyes? ¡No me extraña que tengas anemia!

—¿Y tú cómo sabes que tengo anemia?

Lis no pudo seguir investigando, Juan cerró su boca con la suya y la devoró. Toda el hambre que ella no tenía la tenía él.

Lis acompañó a Carmen a la estación de tren, porque «Hace treinta años que no me subo a uno y me apetece mucho», y dado que le había cogido gusto a eso de decidir por sí misma, Lis se dijo que lo mejor era complacerla.

Se quedó en el andén, viendo partir el tren y sintiendo una gran tristeza. Las despedidas siempre le habían producido un efecto devastador, por más que Carmen hubiese prometido volver pronto. Así que decidió seguir los consejos de la abuela de Juan y contrarrestar un mal momento con otro bueno, y se fue al país de los sueños, o lo que es lo mismo, a El Corte Inglés. Y como su peso ya no era un obstáculo insalvable, se puso en manos expertas y se dejó asesorar. Cargada de bolsas, pasó ante la peluquería: las fantásticas manos de Silvia bien podrían hacer algo con su pelo, además de llevarla al borde del orgasmo con su delicioso masaje capilar, y en ellas se puso. Cerró los ojos y la dejó hacer.

Cuando volvió a abrirlos, la mujer que la miraba desde el otro lado del espejo era una auténtica desconocida. Un baño de color hacía que su pelo brillase como si todas las estrellas del firmamento estuviesen prendidas en él, sus cejas bien delineadas le daban a su mirada una nueva profundidad, y el maquillaje que cubría su piel la hacía parecer perfecta. Lis se miraba intentando reconocerse cuando su móvil comenzó a sonar.

—¿Dónde estás, nena? —preguntó Juan.

—En la peluquería.

—Verás, he salido del trabajo con Pedro, ha quedado con una chica en el bar que decoró tu amigo..., y me preguntaba si te apetece que vayamos con ellos.

—¡Oh, sí, claro! ¿Por qué no?

—Bien. Entonces, ¿nos vemos allí o quieres que pase a recogerte?

—No, no hace falta, nos vemos allí. —Lis miró las bolsas—. Silvia, ¿podría cambiarme en el baño?

La peluquera la miró de arriba abajo asombrada cuando la vio salir por la puerta del baño, el cambio era radical. Unos *leggings* de piel que se ajustaban a la perfección a sus recién descubiertas piernas, y una camisa rojo pasión que se amoldaba a las curvas de su cuerpo. En las caderas, un precioso cinturón con campanillas colgando, que le daba un aspecto muy sexi, y en los pies unas preciosas sandalias de tacón alto que le proporcionaban el toque sofisticado. Y todo eso bajo una cabeza que en las manos de Silvia parecía haber surgido de un rodaje cinematográfico en toda regla. Pero a pesar de su nueva imagen, Lis salió de la peluquería sintiéndose insegura, tan insegura como cuando entró, porque, al fin y al cabo, ella era la misma... ¿O no?

Tras deshacerse de las bolsas en una papelería, en donde también dejó la ropa vieja, deseando que con ella se quedase la amargura de otros tiempos, caminó hacia el bar decorado por Sebastián, con toda la decisión que pudo encontrar en su recién estrenado cuerpo, hasta que, al cruzar un semáforo, se vio reflejada en el escaparate de una tienda. La imagen la dejó paralizada. Se miró atentamente, tan atentamente como el hombre que se detuvo a su lado y, después de contemplarla de arriba abajo, le regaló un piropo.

—¡Oh, Señor, tiene usted hasta música! —le dijo con una sonrisa, mirando las campanillas que colgaban de sus caderas.

Lo que para cualquier mujer habría sido motivo de satisfacción, para Lis supuso toda una conmoción, que la puso más nerviosa todavía. Se sentó en el primer banco que encontró y con manos temblorosas encendió un cigarrillo, intentando apaciguar su alterado corazón mientras se preguntaba: «¿Y si a Juan no le gusta mi nuevo aspecto?».

La preocupación desapareció en el mismo momento en que atravesó la puerta y él puso los ojos sobre ella. Aquel hombre impresionante, de casi uno noventa, fuerte como un toro y mirada penetrante como la noche, cerró la boca y dejó de decir lo que fuera que estuviese diciendo en aquel preciso instante. Se puso en pie, mirándola de arriba abajo, y sus pies lo llevaron lentamente hacia ella, mostrando en sus ojos el brillo más increíble que Lis hubiese visto nunca y con una gran sonrisa dibujada en los labios.

—Pero ¡qué guapa estás, cariño! —exclamó, tomándola entre sus brazos y apretándola contra su cuerpo—. ¡Estás preciosa!

Pedro ni siquiera la saludó, se había quedado anonadado, y Lis decidió

que se tomaría aquel silencio como un cumplido. Una hora más tarde, cuando se estaban levantando para irse, un tsunami de dimensiones bíblicas estaba a punto de producirse.

—¿Lis?

La voz a su espalda la hizo volverse, y allí estaba Sebastián, mirándola asombrado, sus ojos la recorrían con total admiración.

—¡Caray, Lis, estás impresionante, menudo cambio, casi no te reconozco!

—Hola..., gracias.

—¡Dios, estás guapísima! —volvió a decir él, haciéndola enrojecer—. ¡No sabes cuánto me alegro de encontrarte, porque necesito que me hagas un favor... otra vez!

El macho alfa dominante de la manada estaba que mordía. Habían invadido su territorio y estaba más que dispuesto para el ataque, pero su objetivo, Sebastián, muy inteligentemente, se había escabullido dentro del bar, dejando a Lis sola para vérselas con el macho alfa en estado puro. La mirada de Juan habría hecho ponerse firme a un regimiento, y la furia que salía por sus ojos era inequívoca. Mientras se despedían en la puerta de Pedro y su amiga, Lis le acarició suavemente la cintura y la espalda, dura como el granito, lo que consiguió derribar un poco sus defensas hasta unos límites más... accesibles.

El regreso a casa se produjo en silencio, y aunque las caricias habían conseguido frenar un poco el avance de la furia, ésta seguía bullendo en su interior, burbujeando y esperando el momento de salir a la superficie. Así que, tan pronto como cruzaron la puerta, Lis repasó mentalmente su pequeño arsenal recién descubierto de «Proyectiles para contrarrestar la furia masculina». Y, tras desechar el de «Las palabras», que en aquel momento no harían sino avivar aún más el fuego, y el de «La comida», pues ya habían picado algo en el bar, se decidió por el tercero que apareció en su lista... «El sexo».

Se fue directa a la habitación y, en la penumbra sólo iluminada por la luz de las farolas y de la luna, comenzó a desnudarse lentamente, dejando al descubierto el precioso conjunto de encaje blanco y arena que apareció sobre su cuerpo. Porque Lis, que era una mujer previsora, no sólo se había ocupado de renovar su exterior, sino también su interior, y ahí había dejado que la imaginación volase libre.

Juan la miró boquiabierto. Aquella mujer era un auténtico cañón. Se había escondido bajo aquel manto de grasa, pero ahora ahí estaba: una vez liberada de su miedo, había comenzado a transformarse en una auténtica

mariposa. La perfección de sus caderas lo dejó patidifuso, pero cuando se volvió y los exuberantes pechos aparecieron perfectamente encajados en aquel sujetador de infarto, toda su furia se transformó en deseo.

—Lis..., tenemos que hablar...

—Sí, cariño.

Se acercó a él lentamente y dejó sobre sus labios un suave beso. Comenzó a desabrocharle la camisa, sintiendo bajo los dedos cómo su pecho ya había comenzado a hiperventilar. Se la quitó despacio, recreándose en aquel cuerpo que tenía ante sí. Sus manos dejaron sobre su piel todas las caricias guardadas durante tantos años de soledad, y sus dedos se enredaron en su vello. Pegó la nariz a su pecho y lo olió, mientras él intentaba mantenerse todo lo firme que el deseo le permitía.

—¿No me has oído?... Tenemos que hablar —dijo Juan con voz ronca.

—Te he oído, cariño, te he oído.

Sus manos bajaron hacia el cinturón y lo desabrochó despacio, soltó el botón, bajó la cremallera, metió la mano y le acarició, descontrolándole así la respiración. Lis besó su pecho mientras su mano seguía y seguía acariciando su miembro, duro y caliente, hasta que metió la mano bajo los slips y lo agarró con fuerza. Juan cerró los ojos y se lanzó hacia su boca, devorándola.

Lis le fue llevando suavemente hacia la cama, le acostó sobre ella y le desnudó, tendiéndose sobre su cuerpo y saboreando sus labios con pasión. Cogió un condón de la mesilla y se lo colocó despacio, muy despacio, acercó su boca y le llevó al cielo. Juan entrelazó sus manos y se dejó saborear, hasta que ya no pudo más y se fue en ella, convulsionándose como nunca le había ocurrido, estremeciéndose en un orgasmo que parecía no tener fin, hasta que se vació del todo.

Lis trepó por su cuerpo y saboreó su boca, recibiendo en ella los últimos gemidos de placer que salían de su pecho, y todas las caricias del mundo sobre su piel.

—¿De qué querías hablar, cariño? —dijo enredando los dedos en su pelo.

—Se me ha olvidado por completo, nena..., por completo.

Lis cogió del altillo del armario uno de los ejemplares de su libro que la editorial le había enviado. Lo dejó sobre la mesita del salón y se fue a la cocina en busca de un café bien cargado. Mientras lo saboreaba acompañado de un cigarrillo, se sentó en el sofá y miró el libro preocupada. No podía demorarlo más. Estaba en todas las librerías, en todos los escaparates, y con el lector empedernido que era Juan, sólo era cuestión de tiempo que cayese en sus manos. Buscó en su mente las palabras exactas que pudiesen hacerle comprender lo que allí había relatado, el lugar en el que había vivido, el infierno que había pasado. Pero por más que lo pensó y lo pensó, no consiguió dar con ellas, hasta que se dio cuenta de que la solución la tenía delante. En el libro estaba todo, sus palabras hablarían por ella. Cogió un papel y un bolígrafo y le escribió una nota.

Cariño, he intentado encontrar el momento de contarte algunas cosas de mi vida que debes saber, pero por más que lo busco y lo busco, nunca lo encuentro. Así que he pensado que qué mejor que te lo cuente mi libro. En él está todo mi mundo, en él está todo mi infierno.

Media hora antes de que Juan llegase a casa, Lis salió en dirección al parque de Puentevedriña. Conociéndole como le conocía, sabía que una vez empezase ya no podría dejar de leerlo, así que le dio tiempo. Y Juan hizo lo

que Lis esperaba que hiciese. Tan pronto como vio el libro y su nota, se preparó un café y lo abrió.

Lis se perdió en el parque durante horas. Regresó a casa bien entrada la noche, con el cuerpo aterido de frío y el alma en vilo, preguntándose si Juan sería lo suficientemente fuerte como para encajar todo aquello, o si, por el contrario, habría salido corriendo en busca de una mujer sin un pasado tan oscuro, en busca de alguna Carla que iluminase su vida con el resplandor de su melena y un pasado de cuento de hadas, lleno de estrellas.

Pero allí estaba él. Con la respiración acelerada y los ojos brillantes, con las manos llenas de caricias, que regalarle, con el cuerpo ardiendo, dispuesto a entregarse. Su boca no habló, todo se lo dijo su cuerpo. En cuanto cruzó la puerta, la cogió entre sus brazos, quitándole el frío al momento, diluyendo todas sus dudas y colmándola de besos. La tomó con toda el ansia, con todo el deseo, la recorrió en lentas caricias que sabían a cielo. La noche que le entregó fue un puro desenfreno. Lis perdió la cuenta de los orgasmos que Juan le regaló, porque aquello eran regalos, tenían que serlo.

—Yo... no sabía cómo contártelo, Juan..., no sabía cómo hacerlo...

—Ya lo has hecho, cariño, ya lo has hecho. Lo has escrito..., lo has contado..., lo has puesto al descubierto... Eres una mujer muy fuerte, Lis, una mujer fuerte y valiente..., por eso te admiro y te quiero...

Carla clamaba venganza. Todo su cuerpo la expelía. Le salía por la piel, por los ojos, por la boca, pero la más peligrosa era la que habitaba en su alma, llenándola por completo, inundándola de furia y volviéndolo todo negro.

Nadie la había despreciado nunca como lo había hecho Jack, y que fuese con él precisamente con quien sus armas de mujer no surtiesen efecto era algo que la desestabilizaba profundamente, porque Jack... Jack le gustaba de verdad.

Carla supo desde muy pequeña que el imán que ejercían sus ojos, su pelo y su cuerpo sobre el sexo opuesto era algo, cuando menos, inusual. Y también desde muy pequeña aprendió a utilizarlo en beneficio propio. Pero donde fue realmente consciente de su poder fue en el instituto. Allí lo puso a prueba frente al sexo fuerte, maravillándose de lo que un buen par de tetas eran capaces de conseguir. Y si bien sus amigas las gemelas eran auténticas joyas, el resto del cuerpo no se quedaba atrás. Sus ojos, del color del cielo más limpio, eran imanes para quienes recibían su mirada, y el movimiento de sus pestañas tenía el extraño don de hipnotizar.

Pero el verdadero alcance del poder de su belleza lo descubrió en la Facultad de Periodismo, cuando, tras varios suspensos, según ella totalmente inmerecidos, visitó los despachos de algunos profesores en privado para solucionar el problema. Y fue allí, en sus despachos, donde la diosa descubrió no sólo el placer que su cuerpo era capaz de proporcionarles a los hombres, sino la capacidad de persuasión de sus palabras cuando iban acompañadas por semejante cuerpo. El tándem era perfecto. Sus notas experimentaron una lenta

pero progresiva mejoría, el tiempo que ella tardó en perfeccionar sus dotes persuasivas, orales y físicas.

Y, convencida de que los buenos recursos hay que exprimirlos al máximo, lo hizo. El instrumento que necesitaba para llevar a cabo sus planes tenía cincuenta años, el pelo cano, una cartera a rebosar, un matrimonio muy aburrido y muchos hijos que le tenían hartos. Tan pronto como puso los ojos sobre ella, perdió la cabeza. El exprimidor funcionó a destajo, Carla le sacó un coche de alta gama y última generación, un guardarropa que era la envidia de la facultad, el mejor ático en pleno centro de la ciudad y un puesto en un buen periódico. Una vez el contenido de la cartera fue vaciado, Carla le dio la puerta. El hombre decidió perder la cabeza del todo, y una noche de luna llena, sobre las vías del tren la colocó, a la misma hora que el mercancías pasaba por ellas.

Una vez conseguidos los objetivos inmediatos, concentró sus fuerzas en ascender en el empleo, y en éstas estaba cuando Jack apareció en su vida y todo quedó en suspenso. La primera noche que pasó entre sus brazos, Carla creyó tocar el cielo. El olor de aquel cuerpo se le metió dentro y ya no hubo hombre que la satisficiera, sin importar lo repleta que estuviera su cartera. A él era al único que deseaba, a él era al único que quería. El deseo que atormentaba sus sentidos sólo era comparable a la venganza que atormentaba su alma. Y en esta dura batalla se hallaban el cuerpo y la mente, cuando, sentadas en una cafetería, una amiga le dio la idea.

—¡Yo que tú no me preocuparía lo más mínimo, Carla! Seguro que es una de esas tías que hacen cosas raras en la cama, pero en cuanto se las haya hecho todas y ya no haya novedades, volverá arrastrándose, como todos.

—Yo no estoy tan segura.

—¿No estará forrada? ¡A ver si va a ser una ricachona y por eso le gusta! ¿No sabes quién es?

—No tengo ni idea. Me he dejado los ojos frente al ordenador buscando información sobre ella, pero es como si no hubiese existido nunca.

—¡Oye, tía, y ¿por qué no le preguntas a Mario?!

—¡Claro, Mario! —exclamó con asombro—. Pero ¿cómo no se me ha ocurrido antes?

—Aunque, después de cómo lo trataste, no sé yo si...

—Pero ¿qué dices, mujer? ¡Eso es pan comido! ¡Mario es un simple! ¡No tengo más que mover las pestañas y comenzará a babear de nuevo, seguro!

A Mario se lo había ligado una noche en que no tenía nada mejor que hacer, pero al enterarse de que era poli, se dijo que no estaría de más tener un confidente dentro de la comisaría, así que se lo tiraba de vez en cuando sólo para tenerlo contento y sacarle información. Pero eso se había acabado en cuanto conoció a Jack, y a Mario se lo quitó de encima sin miramientos, mandándole directamente al sitio donde huele mal. Sin embargo, para Carla eso no era ningún problema, le pediría perdón, movería un poco las pestañas y lo tendría comiendo de su mano de nuevo.

Le recibió con una gran sonrisa, subida en un taburete de la barra del bar, diciéndole lo mucho que le había echado de menos y lo muchísimo que se arrepentía de cómo le había tratado, su carácter a veces le jugaba malas pasadas.

—¿Y por qué me has llamado, Carla?, ¿no estás saliendo con Jack? — preguntó Mario, haciéndose el ingenuo. Aquella mujer en el fondo le hacía gracia, no se detenía ante nada.

—¡Jack ya es agua pasada! ¿No sabes que ha perdido la cabeza? ¡Se ha liado con una gorda! ¡Se ha vuelto completamente loco, no hay otra explicación posible para eso!

—Ya.

—Por cierto, ¿tú sabes de dónde ha salido semejante adefesio? ¿Qué es?, ¿una ricachona y por eso se la trinca? — aventuró estallando en carcajadas—. ¡Hay que tener estómago, la verdad!

—¿Por qué hablas así de ella, si no la conoces?

—¡Mario, por Dios, Jack no puede estar con una tía así si no es por pasta! Aunque tengo que reconocer que me sorprende, nunca me ha parecido de éstos, pero supongo que las apariencias engañan. ¿Tú sabes por qué está con semejante bola de sebo?

—A lo mejor tiene cualidades que Jack valora en una mujer.

—¡Permíteme que lo dude, tío! Pero ¡si da asco verla, no sé cómo puede tocarla!

—¿Sabes una cosa, Carla? —dijo Mario, terminándose el café y levantándose lentamente—, hay algo en lo que estoy totalmente de acuerdo contigo: las apariencias engañan —concluyó con una sonrisa—. Y ahora, si me disculpas, esta fuente de información se cierra definitivamente. Ya me he cansado de que me utilices, así que, por favor, no vuelvas a llamarme.

Algunos días amanecen como otro cualquiera, pero a medida que las horas transcurren, uno va tomando conciencia de que la vida conocida hasta entonces empieza a desaparecer y de que en su lugar se aposenta otra, dispuesta a quedarse. Nadie sabe qué extraña conjunción estelar se produce en la galaxia en la que vivimos, ni qué fuerzas intervienen en el cataclismo, pero lo que es innegable es el efecto que produce sobre nosotros, lo queramos o no.

Lis se levantó aquella mañana creyendo que tenía por delante un día como otro cualquiera, sin sospechar los acontecimientos que estaban a punto de producirse en su vida y que la llevarían hasta la cama del hospital una vez más y hasta los calabozos de la comisaría, aunque no necesariamente en ese orden.

La primera señal de que algo pasaba la sintió en la ducha, en forma de fuerte dolor abdominal y hemorragia que bajaba por sus piernas, y que aceleró su corazón, llevándola con prisas hasta urgencias, en donde la metieron en un box y le hicieron una ecografía. Como la hemorragia cesó, las prisas desaparecieron y le dieron el alta, no sin antes citarla en ginecología para dos semanas después y advertirle que si volvía a sangrar acudiese de inmediato. Naturalmente, y ante semejante panorama, Lis no regresó a casa, sino que se sentó en la escalera del hospital, sacó su teléfono y comenzó a llamar a clínicas de ginecología hasta encontrar una en la que la atendieron.

—Tienes un problema en los ovarios —dijo el médico, sentándose tras su mesa y comenzando a escribir, después de haberla explorado.

—¿Es grave?

—No tiene por qué serlo.

—¿Es cáncer?

—Es un quiste.

Aquel médico era lo más parco en palabras que Lis había visto nunca. Y, sin darle más explicaciones, la despachó de su consulta, y a otra cosa, mariposa. En cuanto pisó la acera, ella cogió su móvil y comenzó la búsqueda por internet, pero lo que se encontró la alteró profundamente... «Quistes ováricos»... «Ovarios poliquísticos»... Cada nueva información que encontraba la confundía un poco más, hasta que la intranquilidad que aquellas palabras le provocaban se transformó en una única palabra: «embarazo»... ¿Le impediría aquello tener hijos? Pensó en subir de nuevo a la consulta y preguntárselo al médico, pero se imaginó su respuesta: «Puede que sí, puede que no».

El día gris que la envolvía era un fiel reflejo de lo que sentía, como si un enorme hongo a modo de paraguas se hubiese posado sobre ella. La hacía sentir muy pesada, tremendamente pesada. Caminó despacio hasta encontrar un banco solitario en el que poder pensar detenidamente y ordenar sus ideas, porque aquello podía poner patas arriba su vida, y, por tanto, era necesario mirarlo con lupa y desde todos los ángulos que su extraño don le permitiese.

¿Quería ella tener hijos? ¿Los deseaba? ¿Y Juan? ¿Deseaba Juan tener hijos? ¿Y si ella no pudiese tenerlos? ¿La abandonaría si así fuera? Se pasó el resto del día caminando sin rumbo fijo por la ciudad, haciendo alguna que otra paradita en terrazas de cafeterías para aprovisionarse de la cafeína que su cuerpo y su mente necesitaban, hasta que, al caer la tarde, volvió a casa, en donde su problema médico quedó de inmediato relegado a un segundo plano.

Juan apareció tras la puerta con el semblante tremendamente serio, y, tras él, en su salón, los dos agentes de policía que ya conocía.

—¿Qué pasa?

—Cariño..., quieren hablar contigo —respondió Juan, dándole un suave beso en los labios y cerrando la puerta.

—¿Por qué?

—Verá —explicó el agente masculino—, tenemos que hacerle algunas preguntas sobre sus padres de acogida.

—Ya les dije que no puedo ayudarlos —dijo Lis, quitándose la chaqueta y dejándola sobre el sofá, junto con el bolso—. No he vuelto a saber nada de ellos desde que me fui de allí.

—La Fiscalía ha iniciado una investigación de oficio, señorita Blanco —

siguió el agente—. Y en el transcurso de la misma, los compañeros de Andalucía nos han puesto al corriente de algunos hechos que han ocurrido allí, en la casa... Sus padres de acogida murieron hace un año.

—¿Qué? —preguntó Lis frunciendo el ceño—. ¿Han muerto? ¿Los dos?

—Sí, los dos —contestó el agente, clavando en ella su mirada—. ¿No lo sabía? —Lis negó lentamente con la cabeza—. Los encontraron muertos en la casa hace un año, murieron... asesinados.

Las palabras comenzaron a mezclarse en la mente de Lis en un extraño baile: «muertos», «los dos», «asesinados»... Abrió el bolso, sacó el paquete de tabaco y encendió un cigarrillo. Ya no tendría que esconderse más, ya no podrían hacerle daño, ya no tendrían poder sobre ella, nunca más, nunca más, nunca más...

—¿No le interesa saber cómo han muerto? —intervino la mujer policía.

—No... —respondió Lis, acercándose a los ventanales y mirando la noche que comenzaba a caer sobre la ciudad.

—Pues eso no es lo habitual —siguió la mujer con su voz más glacial—. Todo el mundo pregunta cómo, cuándo, por qué...

—Pues a mí no me interesa saberlo.

—¿Por qué no? —la policía subió peligrosamente el volumen de su voz.

—Ésa no es la pregunta correcta, agente —dijo Lis suavemente—. La pregunta correcta sería: «¿Por qué habría de interesarme saberlo?».

—¡Bueno, ya está bien de tonterías! —estalló la agente dando un paso hacia ella—. ¡Ya me he cansado de sus jueguitos de palabras! ¡Nos va a acompañar a comisaría ahora mismo!

—¡Eh, eh, eh, para, para...! —exclamó Juan, interponiéndose—. Pero ¿qué estás diciendo? ¡Lis no va a ir a ningún sitio!

—¡Por supuesto que sí! —La agente estaba fuera de sí—. ¡Que se las vea con el comisario! ¡A ver si con él tiene tantas agallas!

¡Aquello no podía estar pasando! Pero ¿cómo podían pensar que ella tenía algo que ver con sus muertes, si lo único que había hecho desde que había salido de aquella casa había sido alejarse lo más posible, esconderse? Oía las acaloradas voces que se producían en su salón sin escucharlas, sólo podía oír los latidos de su corazón, que saltaba alborozado... «¡ELLOS han muerto, ELLOS han muerto, ELLOS han muerto!» Ya no tendría que esconderse nunca más, ya no tendría que borrar su rastro... Pero entonces, la furia desatada de la mujer policía, en pleno descontrol, hizo algo que provocó el estallido en la mente de Lis: echó mano a las esposas que colgaban de su

cintura.

El brillo que desprendieron los grilletes y su suave tintineo atravesaron el espacio que las separaba y entraron por los ojos y los oídos de Lis, directos hasta su cerebro, y provocaron en él el gran estallido. Aquello que surgió en su cabeza no eran fuegos de artificio, eran llamaradas, auténticas llamaradas como las que Juan veía cada día en su trabajo. Enormes y gigantescas llamaradas que lo inundaban todo, que lo arrasaban todo, que todo lo envolvían, consumiéndolo todo. Las esposas... habían formado parte de su vida más veces de las que podía recordar. ¡Cuántas veces intentó quitárselas! ¡Cuántas veces las golpeó contra las paredes para arrancárselas! ¡Cuántas veces las mordió con los dientes, desesperada! En el cuartito bajo la escalera, pensando en el mundo que había fuera, Lis se había jurado muchas cosas y, entre ellas, que jamás volverían a ponerle esposas, que jamás volvería a tener dueño, que jamás volvería a tener amo, que no le permitiría a nadie que le robase la libertad, porque se la había ganado.

Cuando las vio acercarse, el fuego que ardía en su cabeza se convirtió en deflagración y, una vez más, la luz se convirtió en oscuridad.

El momento de confusión que se produjo entre la mujer policía y los dos hombres que intentaban detenerla fue el tiempo que Lis necesitó para tomar las riendas.

Los razonamientos de Juan y del compañero no consiguieron hacer desistir a aquella mujer de su empeño, y con las esposas en la mano, hacia ella se volvió, dispuesta a ponérselas con toda la furia que había en su cuerpo. Sin embargo, lo que se encontró fue el cañón de su pistola, apuntando directamente a su cabeza.

Los dos hombres comenzaron a gritar, mientras las dos mujeres se miraban en silencio.

—Pero... ¿qué está... haciendo? —tartamudeó la policía con ojos desorbitados.

—Te estoy apuntando con un arma a la cabeza. —La suavidad de su voz se contraponía con la firmeza de su mano alrededor de la pistola—. Estás aterrorizada, ¿verdad?... Tu piel suda..., tus manos tiemblan..., tu corazón late desbocado..., y te preguntas... «¿Por qué a mí?». —Dio un paso adelante y apoyó el cañón sobre su frente, provocando que cerrara los ojos—. Yo también me lo pregunté muchas veces..., muchas veces...

—¡Por favor..., por favor..., no lo haga! —suplicó la mujer.

—Ahora ya sabes lo que se siente...

En comisaría le leyeron sus derechos e intentaron tomarle declaración, pero Lis se negó. Cuando le preguntaron por qué, contestó simplemente: «Porque no quiero». La llevaron a un calabozo, en el que se acurrucó en el camastro y cerró los ojos; de repente le había entrado mucho sueño.

Un par de horas más tarde, los gritos la despertaron. Se sentó y respiró profundamente. La esperaba. La rabia contenida tiene que salir, siempre busca su cauce natural, como un río que se ha desviado, siempre busca su lugar. La mujer policía entró como un ciclón, rodeada de compañeros, y se agarró con desesperación a los barrotes.

—¡Eres una hija de puta! —gritó con todas sus fuerzas—. ¿Por qué coño lo has hecho?, ¿por qué? ¡No te calles ahora, joder, dime por qué lo has hecho, hostia! ¿Por qué?, ¿por qué has hecho algo así?, ¿por qué, por qué...?

—Si yo mañana... apareciese muerta en esta celda... —dijo Lis acercándose a los barrotes lentamente—, ¿te preguntarías... quién..., cómo..., por qué?

—¡Vete a la mierda! —gritó la agente, apartándose—. ¡Vete a la mierda!

Lis sacó la mano entre los barrotes y abrió el puño. El sonido de las balas chocando contra el suelo fue lo último que oyó antes de desmayarse.

Se despertó en el hospital, en una habitación muy parecida a la otra que había ocupado, pero en ésta estaba sola, salvo por la presencia de Juan, que la miraba preocupado, y de un policía que montaba guardia ante su puerta.

—Hola, cariño —dijo Juan, acariciando su mejilla—. Te han hecho una pequeña intervención, tenías una hemorragia, pero ya está controlada. Estás bien, ¿de acuerdo? Quiero que estés tranquila, mi vida —añadió dándole un suave beso en los labios. Lis extendió los brazos hacia él, que la tomó con cuidado y la abrazó con suavidad—. No me dejan quedarme contigo, cielo, lo siento.

Jack y Pedro entraron en la comisaría como dos auténticos bulldogs en busca de su presa.

—¿Y tu compañera? —le preguntó Jack a Mario, que los interceptó en el pasillo—. ¡Dime dónde está, tengo que hablar con ella!

—¡Oh, no, ni lo sueñes, Jack, ni lo sueñes! —exclamó Mario levantando las manos.

La puerta de los vestuarios se abrió y por ella apareció la mujer policía, pálida como un muerto y con los ojos rojos e hinchados por el llanto.

—¡Quiero hablar contigo! —le gritó Jack—. ¡Quiero hablar contigo, ahora!

—¡Déjame en paz, tío, déjame en paz, ya he tenido bastante por hoy, me voy a casa!

—¡Tú no te vas de aquí hasta que hablemos!

El grito de Jack la hizo pegar un respingo, mientras una puerta lateral se abría suavemente y un hombre aparecía tras ella, observando la escena con atención.

—¡Lo que hizo Lis no estuvo bien, pero tu comportamiento ha sido inaceptable!

—¡Yo sólo hacía mi trabajo y...!

—¡De eso nada! —vociferó Juan—. ¡Tú te aprovechaste de tu trabajo, de tu placa y de tu uniforme para humillarla! ¡Y quiero saber por qué! ¡Quiero saber qué tienes en su contra, quiero saberlo!

—¡No digas tonterías, yo no la conozco de nada!

—¡Entonces, ¿por qué la has humillado así?, ¿por qué te has aprovechado de tu uniforme y de tu autoridad para tratarla como lo has hecho?! ¿Por qué? ¡Quiero saberlo! —La furia de Jack se podía tocar con los dedos—. ¡¿Es que no te das cuenta de que lo que has hecho es lo mismo que ella ha contado en el libro, lo mismo que aquellos cabrones le hicieron?!

—¡Yo no he hecho nada de eso! —le gritó la mujer policía, ya fuera de sí—. ¡Y dudo mucho que lo que cuenta ahí sea cierto! ¡Seguramente no será más que una sarta de mentiras para sentirse importante, seguro, una sarta de patrañas!

—¡Tú... tú...! —Jack levantó hacia ella un dedo amenazador—. ¡No tienes ni idea de lo que le han hecho, no tienes ni idea!

—Marga... —intervino el compañero—, ¿no lo has leído?

—¡Mi trabajo consiste en buscar pruebas..., no en leer libros!

—Pero ¡la investigación parte de ese libro! —dijo el agente asombrado—. ¡Dijiste que lo habías leído, tía!

—¡Pues no lo hice! ¡No lo hice! ¡No me hace falta leerlo!

—¡Sí, sí te hace falta! —La voz surgió a su espalda, taladrándola.

El comisario Bermúdez, con su metro noventa, su uniforme impecable y

su penetrante mirada, por no hablar de la furia que emanaba de sus ojos y el enfado que exudaba su piel, la miraba con ojos desorbitados desde el quicio de la puerta de su despacho, como si ante él estuviese el ser más despreciable que había entrado en su comisaría en todos los años que llevaba en el cuerpo.

—¡Entra en mi despacho! ¡Ahora mismo!

Con los ojos hinchados por el llanto y la cara arrebolada, la agente llegó a casa. Tan pronto como la vio entrar por la puerta, su abuela se secó las manos en un trapo y salió al salón, donde se la encontró sentada en el sofá, encendiendo un cigarrillo con dedos temblorosos. Se sentó a su lado sin decir nada, cogió un pitillo y lo encendió lentamente.

—¡Tú no deberías fumar! —dijo la mujer policía, mirándola muy seria.

—Ya lo sé —contestó la abuela, dando una profunda calada al cigarrillo y quedándose completamente quieta.

—¿Qué? ¿No me lo vas a preguntar?

—No —contestó la anciana muy seria—. Cada vez que te pregunto algo, no me lo cuentas, así que he decidido emplear la táctica inversa.

Se recostó en el sofá y esperó mientras se fumaba el cigarrillo, esperó mientras la oía en la ducha, esperó mientras se preparaba la cena, esperó mientras la oía ponerse el pijama, y esperó cuando se sentó a su lado en el sofá, mirando la bandeja de la cena que tenía sobre sus rodillas como si fuese comida para perros, momento en que el silencio hizo mella.

—¡Ay, Dios, me han echado la bronca del siglo, abuela! —exclamó la joven, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Y todo porque no he leído un libro! ¿Te lo puedes creer? ¡Porque no he leído un maldito libro! ¡No me hace falta leerlo, conocí a la mujer que lo escribió y me dio mala espina, muy mala espina, así que seguro que todo lo que ahí cuenta no son más que patrañas, mentiras salidas de su mente calenturienta! Pero ¡no sé qué demonios les pasa a los hombres con ella! El comisario Bermúdez me ha amenazado con abrirme expediente ipso facto..., que no sé muy bien qué quiere decir, pero lo ha dicho de una forma que me ha dado miedo... Mario me ha mirado con tanto desprecio

que creo que ya no me dirigirá la palabra *pa* los restos. El novio, Jack, parecía un toro de Miura, creo que no me ha embestido porque había gente delante, si no, seguro que me voltea... Y su amigo..., ¡ay, mi madre!, su amigo me miraba como si quisiese comerme... ¡En mi vida he pasado tanto miedo, abuela!

—Y todo porque no has leído un libro que tu jefe te dijo que leyeras... ¡Si hicieses caso de la experiencia, no te verías siempre metida en tantos problemas! —Se levantó y al rato volvió con el libro en la mano—. ¡Léelo! —añadió poniéndolo sobre la mesa—. ¡Es lo primero que deberías haber hecho!

Se despertó sintiéndose mucho mejor, no tenía dolores y se notaba espabilada, así que se metió bajo la ducha un buen rato y volvió a la habitación como una mujer nueva. El médico entró con una sonrisa en los labios y su alta en la mano, y tras él llegó Juan. La policía había retirado la denuncia, pero su cara mostraba preocupación.

—Bien, pues ya puede irse a casa —dijo el doctor, entregándole el alta—. Le hemos practicado una pequeña intervención, una laparoscopia. Seguramente tendrá algunas molestias durante unos días, descanse y todo irá bien.

—Doctor, ¿qué les pasa a mis ovarios?

—Tenía un quiste. No suelen dar problemas, salvo ligeras molestias abdominales, pero en su caso el sangrado era preocupante, de ahí la intervención. Los análisis no han revelado nada malo, así que puede estar tranquila.

—¿Podré tener hijos, doctor?

—Sí, naturalmente.

—Es que he leído que... cuando hay quistes... ¿Podría volver a ocurrirme, el quiste podría reproducirse?

—Pues hay muchas posibilidades de que eso ocurra, pero no debe preocuparla, es algo más habitual de lo que parece. Vaya a su ginecólogo y él la orientará sobre lo que debe hacer, los anticonceptivos son una buena opción.

¿Volver a aquel médico? ¡A saber lo que le recetaba! Los pensamientos de Lis dejaron de ser importantes cuando reparó en la cara de Juan. Su concentración mirando al médico la puso nerviosa, muy nerviosa. El doctor se

fue sin que la sonrisa desapareciese de su cara, y Lis centró su mirada en la de Juan, que no podía estar más serio.

—Juan, ¿qué piensas?

—¿Qué?

—¿Qué piensas de lo que ha dicho?

—¿Qué quieres decir?

—Juan..., ¿y si no pudiese tener hijos?

—No ha dicho nada de eso.

—Ya, pero... ¿y si no pudiese tenerlos?

—Cariño..., yo... lo único que quiero en este momento es que te recuperes..., lo demás no importa.

Lo que no le dijo su boca se lo dijeron sus manos, se lo dijo su piel, todo su cuerpo lo gritaba a los cuatro vientos. ¡Por supuesto que Juan quería tener hijos! ¡Los quería, los necesitaba, los deseaba, los anhelaba! Cada poro de su piel se lo confirmaba, cada mirada distraída se lo corroboraba. Deseaba ser padre con todo su corazón, con toda su alma. Y fue esa batalla que se libraba en su interior, entre el querer y el poder, entre el desear y no tener, la que provocó que, como si de un auténtico caracol se tratase, se encogiese dentro de una concha imaginaria, volviéndose hermético, meditabundo, encerrándose en sus propios pensamientos, de los que a nadie hacía partícipe.

Su incomunicación y su aislamiento comenzaron a poner distancia entre ellos, y esa distancia se hacía más y más grande cada día que pasaba, mientras el mayor de los silencios se instauraba. Juan comenzó a alejarse de Lis más y más a cada momento, convirtiendo su pequeño mundo en un mundo solitario, donde las risas ya no tenían lugar, donde no había caricias ni besos. Hasta que una tarde, uno de los compañeros entró en la sala donde veían la televisión en espera de un nuevo aviso, y, tras lanzarle una mirada de advertencia a Pedro, decidió espolearle un poco para sacarle de la cueva.

—¡Oye, Jack, no es por meter mierda, tío, pero tu chica está en el bar... con otro!

—Pero ¿qué estás diciendo? —preguntó él, apartando la vista del televisor y mirándole fijamente.

—Lo que oyes, y llevan un buen rato allí.

Se levantó de un salto y se encaminó hacia la puerta, donde Pedro ya le esperaba montando guardia.

—¿Adónde te crees que vas?

—¡Pedro, joder!

—¡Estamos de servicio! —dijo agarrándole por un brazo y arrastrándole hasta el patio trasero, donde le puso un cigarrillo entre los dedos.

—¡Joder, Pedro, joder!

—¡Ni joder, ni hostias! Sabes que no le gustan las escenas, así que haz el favor de controlarte. ¿Qué pasa?, las cosas no van bien últimamente, ¿verdad?

—No. Desde la operación, ella... no es la misma.

—Ni tú tampoco.

—¿Yo?

—¡Sí, tú! ¡Pareces una ostra, tío! Te has metido dentro de la concha y ni sales ni dejas entrar. ¿Qué coño te pasa? ¡No me digas que de repente te han entrado ganas de ser padre! ¡Tú precisamente, al que nunca le faltan condones!

—Yo... nunca había pensado en ello, Pedro, pero desde que la conozco... Sí, lo he pensado, lo he pensado muchas veces. Me gustaría tener hijos con ella, me gustaría muchísimo —confesó frotándose la cabeza con desesperación—. ¿Qué puedo hacer, Pedro?

—Esto no es un simple problemilla, Jack, esto es un problema serio, muy serio, y una situación muy delicada, y... como no la gestiones bien..., la puedes perder. Las mujeres no son como nosotros, Jack, ellas no se meten en la cueva a rumiar sus problemas en silencio, ellas necesitan hablar, no me preguntes por qué, pero lo necesitan. Por eso está hablando con alguien que la escucha, porque contigo no puede hacerlo.

—¡Joder, Pedro, si lo que pretendes es hundirme...!

—Quiero ayudarte, y por eso te voy a hablar muy clarito, porque los problemas de los demás se ven con mucha claridad. Lis no es como las mujeres a las que tú estás acostumbrado a llevarte a la cama, ella no es como Carla, ella no se conforma con un buen cuerpo, necesita a su lado una cabeza que la escuche, que la comprenda. Por eso seguramente lleva tiempo sin lanzarse a tus brazos en busca de sexo... ¿Me equivoco?

—Hace más de un mes...

—Necesita hablar, y como contigo no puede... Está con ése... ¡Te la va a levantar, Jack, te la va a levantar! ¡O te espabilas o la pierdes, tío! ¿Quieres perderla, Jack?

—¡Oh, Dios, si la pierdo, me muero!

Desde su última estancia en el hospital, las pesadillas de Lis nada tenían que ver con LA CASA, ni siquiera con el accidente. Habían sido sustituidas

por llantos, llantos de niños que lo envolvían todo, que llegaban de todas partes y de ninguna, y que la hacían estremecer de desesperación y de miedo.

Juan se despertó al oírla gemir y la miró en silencio. Su pecho subía y bajaba con la respiración acelerada, y sus ojos se movían tras los párpados, incansablemente. Y viéndola así, tan perdida, tan desesperada, a Juan se le despertó el deseo. Aquello que estaban viviendo no era justo, la vida no era justa, y él... él no era justo.

—Lis, despierta, cariño, despierta, estás soñando —dijo suavemente, acariciando su cara, hasta que los ojos color chocolate se abrieron, anegados en lágrimas—. No llores, mi vida, era una pesadilla.

—Juan..., había niños llorando... y yo no podía verlos..., no podía..., no podía...

—Era un sueño, mi vida, sólo un sueño. —Limpió sus lágrimas con dulzura y se acercó a su boca, saboreándola lentamente.

—Juan..., tú quieres tener hijos —dijo Lis, mirándole muy seria—. Lo sé..., no me lo niegues porque lo sé. Dímelo, no me mientas, por favor, dímelo.

—Nena..., si tener hijos implica perderte a ti, yo... no los quiero —contestó él, besando sus labios y pegando su cuerpo excitado al de ella.

—No digas eso —dijo Lis, mirándole preocupada—. Tú serías un padre maravilloso y tienes derecho a tenerlos, y yo... yo...

Se tendió sobre ella y cerró su boca sin dejarla seguir hablando, apretando su erección contra su vientre, mientras sus manos recorrían su cuerpo con prisa y su respiración se aceleraba a cada momento.

—Juan..., escucha —dijo Lis, deteniendo sus caricias—. Tenemos que hablar de esto..., tenemos que hacerlo. Esto es importante, es muy importante para mí y necesito saber qué piensas, lo necesito. Dime la verdad, dime lo que piensas.

—Nena..., yo te quiero...

—Pero también quieres tener hijos..., y si yo no pudiese tenerlos...

—Bueno —dijo él con una pequeña sonrisa—, siempre podemos adoptar.

—¿Adoptar?

—Sí, adoptar.

—¿Eso te gustaría?

—Sí, me gustaría, me gustaría mucho —contestó él, tomando su boca y devorándola de nuevo.

—Pero, Juan... —añadió Lis, mirándole, con tristeza—. Con mis antecedentes, nadie me dará un niño en adopción... Le he puesto una pistola en

la cabeza a una policía.

Él estalló en carcajadas, acariciándole la cara tiernamente. Le quitó el camisón y recorrió su cuerpo con manos deseosas, excitándola, hasta que la sintió despertar al deseo. Entró en ella haciéndola estremecer, despacio, muy despacio, sintiendo cómo su cuerpo se adaptaba al suyo, cómo le recibía, cómo le sentía, cómo lo disfrutaba.

—¡Oh, Lis, te he echado tanto de menos!

—Me gusta tu olor, Juan..., me gusta..., me gusta. —Lis pegaba la nariz a su pecho mientras sus manos dejaban caricias y más caricias sobre sus brazos, tan grandes, tan fuertes—. Juan..., Juan..., no puedo más...

—Sí, sí puedes, espera...

—No... ¿Por qué?

—Porque me gusta sentirte así entre mis brazos —respondió él con una sonrisa—. Tan deseosa, tan excitada... Déjame saborearte un poco más, cariño, sólo un poco más. Te he echado tanto de menos..., tanto..., tanto... Además, quiero decirte algo, y quiero hacerlo teniéndote así, entregada a mí, estando dentro de tu cuerpo... Siento no haberte apoyado en esto..., lo siento..., y no me importa si tenemos hijos o no... Sólo sé que te quiero, que no puedo vivir sin ti..., que por nada del mundo quiero perderte, nena... Te quiero..., te quiero..., te quiero...

—Yo también tengo que contarte algo, Juan... Hoy he estado con Sebastián... Me pidió que le acompañase al dentista y... él... él quiere que te deje y que salga con él... No te lo digo para ponerte celoso, sino porque creo que no debe haber secretos entre nosotros... Yo no siento nada por él, sólo quiero estar contigo, con nadie más, Juan, sólo contigo..., contigo..., contigo...

La tomó con desesperación, entrando en su cuerpo y haciéndolo suyo, sólo suyo, provocándole todos los gemidos que había guardado los últimos días para él, sólo para él. La llevó hasta el cielo, donde la sintió estallar bajo su cuerpo y donde se perdió con ella, quedándose por fin tranquilo.

—¡Así que le tiene miedo al dentista! —dijo Juan con una sonrisa pícaro, provocando la carcajada de Lis—. ¡Pues que se vaya buscando otra acompañante, porque no quiero que vuelvas a ir con él, nena, no quiero!

—No volveré a acompañarle, Juan... —contestó Lis, devorando su boca, sintiendo cómo volvía a ponerse duro en su interior—. Nunca más..., nunca más... ¡Oh, Juan, cómo me gusta sentirte así..., cómo me gusta..., cómo me gusta!

—¡Te quiero, nena, te quiero!

El sargento Gutiérrez, acompañado por dos agentes, subía lentamente el sendero hacia la casita que, tímidamente, se alzaba sobre la colina. El delicioso aroma que les llegó los informó de que allí no se pasaba hambre. El sargento llegó ante la puerta, sudoroso y boqueando. Sus muchos kilos de más le gastaban malas pasadas cuando de trabajar sobre el terreno se trataba, pero tras la muerte de su querida madre había pedido insistentemente volver a la calle; necesitaba tener la mente ocupada para no perderse en el terrible camino de la depresión.

La mujer que les abrió la puerta estaba tan oronda como él, pero lo que llamó la atención del sargento fue el miedo que vio en sus ojos. Sabía reconocerlo al momento, lo había visto tantas veces en los detenidos que se había convertido para él en algo tan habitual y característico como el color de los ojos o del pelo, hasta le parecía que tenía un color determinado, el gris, un gris semejante a los nubarrones de las tormentas.

—¡Buenos días, señora, no queríamos molestarla! —dijo con una sonrisa—. ¿Le importaría contestar unas preguntas, por favor?

Los agentes se lanzaron una mirada cómplice. La amabilidad del sargento Gutiérrez siempre conseguía abrir las puertas, a ello naturalmente contribuía su mirada dulce y comprensiva.

—Claro... Pasen, por favor..., pasen —contestó la mujer, haciéndose a un lado—. Estoy preparando la comida, los niños están a punto de llegar de la escuela.

—¡No tiene usted que jurarlo, señora, huele de maravilla! —dijo el sargento, entrando en la cocina.

—Gracias... Siéntense, por favor... ¿Quieren beber algo..., un refresco?

—Se lo agradecería mucho, el sendero me ha dejado exhausto — respondió el sargento, aposentando su trasero con agradecimiento. La mujer les puso unos refrescos en la mesa y volvió a comprobar sus fogones—. Estamos hablando con todas las personas que vivieron en una casa de acogida en la que, según nuestros informes, usted también estuvo. Al parecer, los padres aparecieron asesinados hace un año. ¿Sabe a qué me refiero?

—Sí, señor.

—¿Sabía que habían muerto?

—Lo dijeron en las noticias. —Se sentó frente a él, secándose las manos en un trapo.

—Vivió usted allí cinco años, ¿es así?

—Sí, señor.

—¿Cuándo fue la última vez que los vio?

—El día que cumplí los dieciocho.

—¿Y desde entonces... no ha vuelto a tener contacto con ellos?

—No, señor.

—Es curioso. Todas las personas que pasaron por aquella casa y con las que hemos hablado nos han dicho exactamente lo mismo, que no volvieron a tener ningún contacto con ellos. ¿Puedo preguntarle por qué, señora?, ¿acaso no fueron unos buenos padres?

Ella levantó la cabeza y clavó en la bonachona cara del sargento sus ojos azules llenos de lágrimas, lágrimas que comenzaron a resbalar por sus mejillas en una lenta cascada de dolor, mientras negaba con la cabeza.

—Entiendo..., entiendo... No se angustie usted, por favor, no quiero que se angustie.

Bajaron por el sendero con mucha más facilidad que cuando habían subido y, una vez en el coche, el sargento se sacó un pañuelo del bolsillo y sin ningún disimulo se lo pasó tranquilamente por los ojos.

—Es difícil ver estas cosas, sargento —dijo uno de los agentes—. Que alguien que se supone que tiene que quererte y cuidarte no lo haga... Es triste, muy triste.

—Lo es, agente, lo es. Siento enormemente el sufrimiento que esta pobre gente ha tenido que vivir, porque lo que allí sufrieron estoy seguro de que fue un auténtico drama, estoy seguro. Pero aun a riesgo de que me tomen ustedes por un insensible, tengo que decirles que, si bien esta tragedia me impacta, lo

que me ha emocionado han sido... las albóndigas.

—¿Las albóndigas? —preguntó el agente divertido—. ¿Tiene hambre, sargento?

—No, hijo, no, no tengo hambre, pero es que ese olor me ha traído tantos recuerdos... Mi difunta madre, que Dios tenga en su Gloria, las preparaba exactamente igual. Aunque creo que a éstas les faltaba un poquito de pimienta, sí, creo que les faltaba pimienta.

El día de su venganza había llegado. Necesitaba todas sus armas de mujer para llevarla a cabo, así que se esmeró, hasta que el espejo le devolvió la imagen de una auténtica diosa. Había elegido cuidadosamente el vestuario para su puesta en escena, sugerente pero recatado, brillante pero no obsceno, deseable pero no chabacano. Se había decidido por unos pantalones negros que le daban el aire de profesionalidad que buscaba, e hizo especial hincapié en la parte superior de su cuerpo, la que más se vería, la que debía deslumbrar, la que tenía que hipnotizar. Una blusa de seda blanca era la elección perfecta, se amoldaba a sus formas de una manera muy elegante y su escote era sencillamente sublime. Su melena impecable caía sobre sus hombros en ligeros bucles que constituían el marco ideal para su increíble cara, cuidadosamente maquillada.

Se echó una última mirada en el espejo, preguntándose qué le faltaba a su aspecto para resultar perfecto, y entonces lo vio. Metió las manos bajo la blusa y se quitó el sujetador. Al momento, sus pezones se marcaron bajo el tejido, como dos estrellas apuntando al firmamento que no pasarían desapercibidas a los pares de ojos masculinos ante los que se iba a presentar.

Entró en la gran sala de reuniones caminando lentamente, como la gata que era, y se sentó en la silla que le indicaron, al lado del redactor jefe, quien tendría la última palabra sobre el tema. La testosterona que había alrededor de aquella mesa se alteró nada más verla, a ninguno les pasaron desapercibidas sus luces de cruce, y menos a la coordinadora, la única mujer sentada a la mesa, quien observó aquellas caras sin poder evitar que una pequeña sonrisa apareciese en su boca. El popular refrán «Tiran más dos tetas que dos carretas» se cumplía a la perfección con aquella Barbie, sólo esperaba que el

calentón no les nublaste el juicio a sus compañeros, haciéndolos caer en las garras de semejante fiera.

—Bien, Carla —dijo el redactor jefe, mirando muy serio los folios que tenía delante, con las gafas colgando de la punta de su nariz—. Hemos leído tu artículo y, salvo algún que otro error gramatical que corregiremos en su momento..., tengo que decir que es una auténtica bomba. Eso, naturalmente, siempre y cuando puedas corroborar todos los datos.

—Por supuesto —contestó ella, clavando en él sus increíbles ojos azules, brillantes como estrellas.

—¿Estás completamente segura de esta historia?

—Sí, lo estoy.

—Esto no es un simple artículo, Carla, nos enfrentamos con una editorial y... de las grandes. Necesito tener la certeza de que todos los datos que manejamos son fiables, de que no hay fisuras. No me gustaría pasar los próximos meses visitando los juzgados.

—¿Acaso te he fallado alguna vez, jefe? —preguntó ella, dedicándole la mejor de sus sonrisas—. La investigación no tiene fisuras, te lo garantizo.

—¿Has comprobado todos los datos? —intervino la coordinadora—. Policía, asistencia social, servicios médicos...

—¡Sé hacer mi trabajo! —exclamó, clavando en ella su mirada más ceñuda.

—¿Has hablado con los demás niños de acogida que estuvieron en la casa? —insistió la mujer.

—¡Por supuesto!

—¿Con todos?

—¡Con todos!

—¿Quiénes son tus fuentes?

—Las fuentes... nunca se revelan —dijo ella con sarcasmo, dedicándole una gran sonrisa—. ¿Acaso no te lo enseñaron en la Facultad de Periodismo? ¡Mis fuentes son de lo más fiables, jefe, te lo aseguro!

—Las fuentes nunca son fiables —continuó la coordinadora—. Por eso siempre comprobamos las informaciones... ¿Acaso no te lo enseñaron en la Facultad de Periodismo? ¿Tienes las grabaciones de las entrevistas que has hecho? Me gustaría oírlas y...

—¡Esto es inaceptable, jefe, que a estas alturas se ponga en duda mi profesionalidad es inaceptable! —exclamó Carla, echándose sobre la mesa—. ¡Mi investigación no tiene fisuras, y no entiendo por qué se empeña en echarla

por tierra! —Clavó en ella sus increíbles ojos azules—. ¿Qué pasa?, ¿tienes envidia de no haberla hecho tú?

El redactor jefe puso fin a la pelea de gatas enviando a Carla fuera de la sala de reuniones, donde la discusión sobre la mesa se alargó por espacio de más de una hora, tras la cual, el jefe miró a la coordinadora con una pequeña sonrisa.

—Parece que eres la única que está en contra.

—Será porque soy la única mujer.

—¿Por qué no la crees? Ha hecho un buen trabajo hasta ahora.

—Porque no es de fiar. Lo que no entiendo es que tú la creas sin haber visto las pruebas. Ha escrito artículos de poca monta, y con éste... te puedes jugar el puesto. ¿Puedo hablar con sinceridad, jefe?... Te ha camelado. Os ha camelado a todos. A esta tía ese libro le importa un pimiento, dudo hasta que lo haya leído. Estoy segura de que la mueve un interés personal, no sé cuál es, pero lo veo en sus ojos: claman venganza.

—¿Y en qué te basas?

—En lo mismo que ella, el instinto. Pero como yo sé que ésa no es una base sólida para tomar esta decisión, dejaré que lo hagáis vosotros, no sin antes advertiros de que esto es una bomba, sí, una bomba que nos estallará en la cara.

La coordinadora cerró la boca. Nada de lo que ella dijese sería tenido en consideración, porque las armas de mujer habían sido utilizadas a la perfección y la decisión estaba tomada. Miró a sus compañeros con tristeza. Si aquella Barbie de tercera se hubiese presentado ante ellos desnuda, diciendo que se acostaría con el primero que se la cascase y se hiciese un nudo con ella, lo habrían hecho en tiempo récord.

Carla lo había conseguido. Había manejado la testosterona a su antojo y había puesto en movimiento el engranaje de un mundo que tan bien conocía. Y una vez la historia estuviese en la calle, haría todo lo posible porque el asunto sonase con fuerza. Pondría a la opinión pública de su parte con sólo mover las pestañas. ¡Iba a destrozar a Lis Blanco! No pararía hasta ver sus pedacitos esparcidos por el suelo, a sus pies, y por ese mismo suelo volvería Jack arrastrándose hasta ella, con las orejas gachas y suplicándole que le hiciese de nuevo un sitio en su cama. ¡Oh, cómo deseaba que llegase ese momento!

Jack entró en el parque de bomberos contento, muy contento, como hacía

tiempo que no lo estaba. Lis y él por fin habían hablado y habían solucionado sus problemas y, lo que era más importante, por fin había vuelto a tenerla entre sus brazos, lo único que le hacía realmente feliz.

—¡Vaya, vaya, vaya, qué buena cara traes! —comentó Pedro—. ¿Qué?, ¿solucionado?

—Creo que sí —contestó él con una sonrisa—. Gracias, Pedro, tenías razón, necesitaba hablar.

—¿Y el otro?

—Le ha tirado los tejos.

—¿Te lo ha contado? —exclamó su amigo sorprendido—. ¡Caray, pues sí que es sincera! Bueno, siento decirte que mujeres como ella no hay muchas, y... para muestra, un botón —dijo poniéndole delante el periódico, en donde, en primera página y con la foto de Carla ilustrando la noticia, el titular no dejaba lugar a dudas—. Te lo dije, Jack, una mujer herida es peligrosa, y aquí está su venganza.

LA CASA: UNA GRAN MENTIRA

Hace algunas semanas hizo su entrada en el mundo literario, y en este poco tiempo ha conseguido llegar a miles de corazones, que se han emocionado con las vivencias en él relatadas, que se han enardecido con lo allí narrado y que se sentirán destrozados cuando sepan que LA CASA, ese libro que ha sido etiquetado erróneamente como «el gran fenómeno literario del año», es simplemente... una gran mentira.

Bajo pseudónimo, amparándose en el más cobarde de los anonimatos, la autora de este libro ha relatado como hechos reales una historia que tiene su origen única y exclusivamente en su mente enferma y desequilibrada. Sólo la mente enferma de esta mujer es capaz de contar las mayores atrocidades, las mayores ignominias, las mayores abominaciones. Sólo una mente desquiciada como la suya podría elaborar tan terrible venganza, destrozando con ello a unos seres que le abrieron las puertas de su casa y le entregaron su corazón. Sólo un corazón negro como el suyo sería capaz de urdir semejante desquite mordiendo la mano que le fue tendida.

Si los emocionó la historia, sequen sus lágrimas, porque esta periodista ha comprobado que lo que se denuncia en ese libro es totalmente falso. El acceso a los informes judiciales, policiales, médicos y asistenciales nos ha demostrado que todo es una sarta de mentiras, delirios salidos de la mente

de una mujer trastornada, una mujer que llegó a una casa llena de amor y la llenó de odio, a una familia que la recibió con los brazos abiertos y que no obtuvo de ella más que la traición más absoluta, en un intento de arrastrar su nombre por el fango y con el único propósito de lucrarse.

Las autoridades no encontraron ningún motivo ni indicio que hiciesen pensar que los delirios que la niña contaba fuesen ciertos. Los agentes del orden que investigaron el entorno de la menor no se toparon con nada que hiciese temer que lo que aquella mente calenturienta afirmaba fuese verdad. Y ninguno de los niños que pasaron por aquella casa ha corroborado su versión. Al contrario, todos ellos hablan maravillas de lo que allí vivieron, definiendo aquel hogar como un lugar de ensueño.

La mujer en cuestión fue desde su más tierna infancia una persona conflictiva, una desequilibrada total y absoluta que, tan pronto como entró por la puerta de aquella casa, mintió, robó, engañó, fingió, inventó e incluso agredió. Se escapó de aquel hogar en numerosas ocasiones y, cada vez que era devuelta a él, la escena que allí se encontraba la policía era siempre la misma: un padre lloroso y desesperado y una madre llena de moretones por las agresiones de la niña y que suplicaba se la trajeran de vuelta al hogar.

Ninguna autoridad competente encontró motivo alguno para intervenir en aquella casa llena de amor y de ternura, por lo que, desde estas líneas, instamos a quien corresponda a que ponga freno a semejante monstruo, y evite que siga propagando terribles mentiras sobre seres buenos y generosos, que lo único que han hecho en su vida ha sido ponerla al servicio de los más necesitados, entregándoles todo su amor sin pedir nada a cambio.

Carla Ibáñez

Las mayores discusiones suelen comenzar por las cuestiones más nimias. Eso es lo que parece en una primera impresión, pero la realidad es que son las nimiedades las que hacen aflorar a la superficie los auténticos problemas de fondo, los que, en nuestra inconsciencia o necesidad de hacerlos desaparecer, enterramos en lo más profundo para no verlos, manteniéndolos ocultos bajo la piel, sin saber que son como auténticas infecciones que, al más leve roce, se alteran y emergen, mostrándose en toda su magnitud, en toda su dimensión, y colocándose en el verdadero lugar que les corresponde. Y es en ese momento cuando ya no nos queda más remedio que mirarlos de frente, aceptando que están ahí, que existen, que son reales y que hay que afrontarlos.

La nimiedad que actuó como mecha detonadora del problema de fondo que tanto Lis como Juan intentaban ocultar fue un simple cigarrillo, que, si bien tiene consecuencias terribles para la salud a largo plazo, provocó de forma inmediata un auténtico tsunami de emociones, sentimientos y reproches entre ellos que los llevó al desencuentro más total y absoluto y..., naturalmente, a la ruptura.

Salieron del cine tras ver una película que los dejó más bien indiferentes y comer unas palomitas que les supieron a gloria, y acabaron aquella nefasta tarde de sábado en el parque, adonde quiso la casualidad, el azar o el destino, que fuese a reposar sus cansados huesos una mujer en avanzado estado de gestación, rodeada por dos pequeños torbellinos que saltaban a su alrededor enfebrecidamente. El móvil de Juan comenzó a sonar y se levantó para charlar con Pedro, momento que aprovechó la mujer del banco de enfrente para clavar sus ojos en Lis, mientras sus piernas la llevaban a sentarse a su lado.

—¿Me das un pitillo, por favor? —dijo con una mirada tan suplicante que

la hizo sonreír—. Sí, ya sé que no debería en mi estado..., lo sé..., lo sé..., no necesito que me lo recuerdes... Llevo ocho meses sin probarlo y, ahora que se acerca la recta final, me puede la ansiedad. —Cogió el cigarrillo y lo encendió—. ¡Oh..., gracias, gracias, gracias! ¿Tienes hijos?

—No.

—Es lo más bonito del mundo, pero hay que renunciar a tantas cosas por ellos..., a veces demasiadas. —Dio una profunda calada—. Antes de tenerlos fumaba mucho, pero cuando me quedé embarazada de la mayor lo dejé de golpe... ¡Aún no me explico cómo no maté a nadie! —Lis estalló en carcajadas—. Cuando di a luz al segundo... ¡Oh, Señor, aún recuerdo la cara de la comadrona! ¿Sabes lo que me dijo? «La próxima vez que decidas parir en mi turno, haz el favor de fumar un cigarro antes, no quiero volver a verte en semejante estado de ansiedad, esto le hace más daño al bebé que un cigarrillo.»

—¿Te dijo eso? —preguntó Lis sorprendida.

—Te lo juro, pero se cuidó mucho de que el médico no la oyera.

La mujer ansiosa se terminó el cigarrillo y llamó a los dos terremotos, que acudieron raudos y veloces hacia su progenitora y se fueron colgados de su mano, dejando a Lis con una sonrisa en los labios. Pero una sonrisa no era precisamente lo que había en la cara de Juan cuando se quedó de pie ante el banco, mirándola fijamente.

—¿Se puede saber qué demonios has hecho? —preguntó con ojos desorbitados.

—¿Qué?

—¿Le has dado un cigarro? Pero ¡¿te has vuelto loca, Lis?!

—No tienes por qué ponerte así, no es asunto nuestro; es adulta y toma sus propias decisiones, Juan.

—Pero ¡esas decisiones no la afectan sólo a ella!

—Me ha estado contando que no ha fumado nada en todo el embarazo, pero que ahora...

—¡No digas tonterías! —exclamó él, cerrándole la boca y mirándola como si se hubiese vuelto loca—. ¡No digas chorradas, Lis, por favor!

—Juan..., ¿qué pasa?, ¿por qué te pones así?

—¡Porque no entiendo que le hayas dado un cigarro a una mujer embarazada, no lo entiendo!

—Bueno..., si no se lo hubiese dado yo..., se lo habría pedido a otro o lo habría comprado...

—¡Sabes perfectamente a qué me refiero, Lis, lo sabes!

—Pues no, no lo sé —admitió ella, frunciendo el ceño.

—¿Te parece bien que una mujer fume estando embarazada?

—No.

—¿Entonces? —dijo abriendo las manos.

—Todo el mundo sabe que una embarazada no debe fumar, Juan, pero son muchas las cosas que no debemos hacer y las hacemos. No somos perfectos, tenemos debilidades.

—¡No te entiendo, de veras que no te entiendo, Lis! ¡Tú precisamente, que deseas tener hijos y no sabes si podrás tenerlos, me dices que lo comprendes!

—¡Pues sí, lo comprendo y no sé qué tiene que ver esto con el hecho de que yo pueda o no tener hijos!

—¡Tiene todo que ver! ¡Todo! —replicó él, pasándose nerviosamente las manos por el pelo.

¿A qué demonios venía aquello? Lis abrió la boca para seguir hablando, pero la cerró, sabedora de que la paciencia de Juan no era su mejor virtud, y esperó en silencio. Un minuto exactamente fue el tiempo que tardó en estallar, un minuto que determinó el curso de sus vidas de allí en adelante, un minuto que puso su relación al borde del abismo, un minuto tras el cual Juan dio un paso al frente y lo tiró todo por la borda.

—¿Por qué sigues fumando, Lis? ¿No se te ha ocurrido pensar que quizá el tabaco ha provocado el problema?

—Pues no..., no lo había pensado...

—¡Pues deberías pensarlo y tomar la decisión de dejar el tabaco de una puta vez!

—¡Cuando te pones en plan obtuso, no te soporto! —dijo ella, levantándose y encaminándose hacia su casa.

—¡No me dejes con la palabra en la boca! —le gritó Juan, agarrándola por los brazos y girándola hacia él.

—¡Suéltame!

—¡Sabes que el tabaco no es bueno, deberías pensar en dejarlo si quieres quedarte embarazada algún día!

—Hay muchas cosas que no son buenas, Juan. ¿Qué me aconsejas?, ¿que me aparte de todas ellas? Que me meta en una urna de cristal y vea pasar la vida ante mí sin saborearla, sin sentirla, sin vivirla... ¿Es eso lo que me aconsejas?

—¡Sabes perfectamente lo que quiero decir!

—¡No, no tengo ni idea de lo que quieres decir! ¡Y no entiendo que me hables así, precisamente tú, que fumas más que yo! —Habían llegado al quid de la cuestión, ya no había más remedio que afrontarlo.

—¡Lis..., yo no tengo ningún problema para tener hijos..., tú, puede que sí!

Con las manos en las caderas y la respiración acelerada, Juan soportó durante un buen rato su mirada. Los ojos del color del chocolate más dulce mostraron sorpresa en un principio, pero ésta dio paso a la mirada más llena de fuego que hubiese visto en toda su vida.

—¿Has dicho... lo que creo... que has dicho...?

Juan tardó en regresar a casa y, cuando lo hizo, se mantuvo en el más absoluto silencio durante un buen rato, pero tan pronto abrió la boca, ésta se convirtió en una auténtica mecha que hizo detonar la bomba de relojería que, inconscientemente, había estado manipulando.

—Lo siento, cariño, creo que he sido un poco brusco y...

—¡¿Que has sido un poco brusco?! —exclamó Lis, levantándose del sillón del ordenador—. ¡¿Desde cuándo el problema es mío, Juan, desde cuándo?! ¿Cuándo lo decidiste, antes o después del polvo? ¡Dímelo! ¡Me gustaría saber el momento exacto en que el problema pasó a ser sólo mío! —Sus ojos marrones la miraban asombrados—. ¡Dijiste que no te importaba tener hijos, que sólo te importaba que yo estuviese bien, que te gustaría adoptar!

—Bueno..., sí, lo dije..., lo dije..., pero en aquel momento yo...

—Tú, ¡¿qué?! ¡Tú querías echar un polvo, ¿verdad?! ¡Querías echar un polvo y habrías dicho lo que fuera con tal de echarlo! ¿Me equivoco, Juan, me equivoco?

—¡Sí, te equivocas! —repuso él, ya desesperado—. ¡Yo... te vi tan triste que... que pensé que...!

—¿Qué pensaste? ¡Me viste tan triste que te compadeciste de mí, ¿verdad?! ¡Te di tanta pena que decidiste soltarme una sarta de mentiras... por compasión! ¡Ahora resulta que eres un buen samaritano que actúa por lástima! ¡Pues yo no necesito tu compasión! ¡No la quiero! ¡No la acepto! ¡Y no me la merezco!

Lis se refugió en el baño, donde dio rienda suelta al llanto y a la rabia

acumulada. El silencio se instauró entre ellos, hasta que, una vez en la cama, Juan se acercó lentamente hasta su cuerpo, acariciando su cintura con suavidad y hablándole con la mayor de las dulzuras:

—Cariño, lo siento..., lo siento de veras... Perdóname, mi vida, perdóname...

—¡No me toques! —exclamó Lis, al sentir su erección en la espalda. Se incorporó, encendió la luz y lo miró con rabia—. ¡No se te ocurra tocarme! ¿Qué pasa?, ¿estás cachondo?, ¿las discusiones te ponen? ¡Pues a mí, no, me quitan la energía, las fuerzas y la alegría, por no hablar de la libido, que en estos momentos está en pleno subsuelo, y ni tú ni veinte como tú podrías hacerla emerger!

Si Juan creía que las horas de sueño habrían calmado a Lis, nada más lejos de la realidad, porque la rabia que había inundado su cuerpo durante la noche había dado paso con el albor de la mañana a la determinación más absoluta que le había visto nunca. Claro que él aún no lo sabía cuando entró en la cocina y la encontró concentrada en el café que se estaba tomando.

—Nena..., ¿podemos hablar?

—No.

—Habla conmigo, por favor.

—¡Ahora quieres hablar! —replicó ella, terminándose el café de golpe y dejando la taza en el fregadero—. ¡Ya has salido de tu concha y quieres hablar!

—Lis...

—¡Eres un egoísta, un mentiroso, un falso y muy poco hombre, y yo no te quiero a mi lado!

—¡No me hables así! —exclamó él, agarrándola por los brazos—. ¡No me lo merezco!

—¡Te mereces esto y mucho más! —repuso Lis, soltándose con fuerza—. ¡Todas las palabras bonitas que me dijiste eran mentira, yo no merezco que me mientas, no me lo merezco!

—No eran mentira, cariño...

—¡Sí, sí lo eran! ¡Que no te importaba no poder tener hijos, que podíamos adoptar..., una mentira tras otra! ¡Bueno, pues ya puedes ir buscando candidata a madre de tus hijos, porque yo no te quiero como padre de los míos, si es que alguna vez los tengo!

Pero como no hay dos sin tres, el tercer asalto llegó por la noche, cuando tras una tarde en la que el móvil de Juan no dejó de sonar y sonar, Lis apartó la vista de la pantalla del ordenador en donde se había refugiado al oírlo de nuevo y ver cómo él rechazaba la llamada por enésima vez.

—Deberías cogerlo, Juan —le dijo encendiendo un cigarrillo—. Es una candidata perfecta para tus hijos: nunca la he visto fumar.

Él rechazó la llamada una vez más, se levantó del sofá y, acercándose a ella, le quitó el cigarrillo de entre los dedos y lo apagó.

—Yo lo dejaré contigo, cariño —dijo con una pequeña sonrisa al ver su cara de estupefacción—. Así te será más fácil.

—¡No! —gritó ella, cogiendo otro y encendiéndolo con rabia—. ¡No quiero que hagas nada por mí! ¡Lo dejaré cuando yo quiera y si yo quiero, no porque tú lo decidas!

—¿No crees que estás llevando las cosas demasiado lejos, Lis?

—No.

—¡Yo creo que estás sacando las cosas de quicio!

—¡Ni mucho menos!

—¡Bueno, pues yo ya me estoy hartando de toda esta historia! —dijo abriendo los brazos con desesperación.

—¡Esta historia, como tú la llamas, la empezaste tú con tu egoísmo!

—¿Mi egoísmo?

—Sí, tu egoísmo. ¡Sólo piensas en ti mismo, en nadie más, sólo en ti!

—Pero ¿qué más quieres que te diga?, ¿que lo siento? Pues sí, lo siento, he metido la pata. ¿Ya estás contenta?

—¡No, no estoy contenta, porque no lo dices de corazón, lo dices únicamente para solventar el problema y cerrarme la boca! Pero ¡yo ya no me callo, ni ante ti ni ante nadie! ¡Eres un ególatra, un presuntuoso, un inmaduro y un machista..., y no creo que pueda perdonarte!

—¡Di mejor que no quieres perdonarme!

—¡Así es, no quiero, no quiero!

Juan cogió su chaqueta con furia y se marchó. Regresó a las tres de la mañana con unas cuantas copas de más. Pero unas horas más tarde, despertado por los gemidos de Lis, que una vez más se revolvió inquieta entre las brumas

de las pesadillas que volvían para atormentarla, Juan hizo un último intento de ser perdonado.

—¡Tengo que salir, tengo que salir...!

—Lis, despierta, es una pesadilla, mi vida, sólo una pesadilla.

Ella abrió los ojos, pero por primera vez no se alegró de verle al otro lado de la cama. El brillo que había en los de él era inconfundible, reflejaba el deseo más total y absoluto mientras la miraba, mientras sus manos acariciaban sus brazos, mientras su boca la buscaba.

—¡No me toques! —exclamó, apartándole con fuerza—. ¡Los hombres siempre queréis dominar, lo lleváis en la sangre, es vuestra naturaleza!

—Lis, pero...

—¡Da igual lo que hagamos o lo que digamos, siempre intentáis someteros!

—Pero ¿qué dices, cariño? —dijo acariciándole suavemente el brazo.

—¡No dejaré de fumar porque tú quieras! —gritó, apartándose de su mano y arrodillándose en la cama, enfrentándose a él con toda la furia que había en su cuerpo—. ¡No tendré hijos porque tú quieras! ¡No haré lo que tú quieras! ¡No volveré a tener amo nunca! ¡Soy libre y quiero seguir siéndolo! ¡No permitiré que nada ni nadie dirija mi vida!

—Pero ¿a qué viene esto, cariño? Nosotros... nos queremos...

—¡Nosotros! ¡Ahora somos nosotros! Pero ¡los problemas son míos, ¿verdad?! ¡Los problemas de una pareja son de los dos, Juan, y si no entiendes eso, no sé qué haces en mi cama!

Lis saltó de la cama y vio amanecer frente al ordenador, tomando café y fumando, momento en que Juan apareció a su lado, dispuesto a usar la bala de la recámara, esa que se guarda para situaciones de emergencia, y aquélla era una de ellas. Se agachó a su lado, despeinado, con cara de sueño y con la voz muy ronca, y comenzó a acariciarle las piernas suavemente.

—Yo... no he sabido gestionar esto, cariño..., no he sabido. Lo siento, lo siento mucho, mi vida. ¿Qué puedo hacer para que me perdones?

—¿Qué pasa?, ¿quieres un polvo mañanero?

—¡Joder, Lis! —exclamó, poniéndose en pie y girando el sillón hacia él—. ¡Ya te he pedido perdón, ¿qué más quieres?!

—Quiero que pienses en lo egoísta, mentiroso, ególatra, narcisista y machista que eres —dijo ella lentamente, levantándose del sillón hasta que sus

cuerpos quedaron tan cerca que podía sentir el latido de su corazón—. ¡Y quiero que dejes de intimidarme con tu cuerpo! ¡Yo no soy ninguna «churri», Juan, ni lo soy, ni lo quiero ser!

El esbozo de una ligera sonrisa apareció en los perfectos labios de él, mientras sus manos se posaban lentamente sobre su cintura. Pegó su frente a la de ella, rozando su estómago con su erección.

—Sí, Juan, lo sé.

—¿Qué sabes? —preguntó él con voz ronca.

—Que tienes un cuerpo precioso, que eres un hombre atractivo y muy deseable. Lo sé, Juan, lo sé. Pero para mí eso no es suficiente.

Que los astros se alinean en el firmamento formando extrañas composiciones es un hecho, y que dichas composiciones tienen efectos devastadores sobre la realidad que vivimos en el planeta Tierra es tan real como que el Sol sale por el este y se pone por el oeste. Y fue uno de esos extraños efectos planetarios el que provocó que las más increíbles coincidencias tuviesen lugar exactamente una semana después de que Juan se fuera de casa de Lis, pero sin haberse llevado sus cosas. Las fuerzas del universo hicieron de las suyas, dándole una vuelta más al calcetín en que se había convertido la vida de Lis, y arrastrando a Juan hacia el mayor de los abismos que había conocido nunca.

Lis acudió a la llamada de su agente con el convencimiento total y absoluto de que las noticias que iba a recibir no eran buenas, y cuando el señor Senante apareció ante ella con una gran sonrisa en los labios, no pudo evitar sorprenderse.

—¡Las ventas se han duplicado! —le dijo en voz baja con una sonrisa traviesa, cogiéndola por el codo y llevándola hacia su despacho, donde una cafetera los esperaba—. ¿No te parece increíble el poder de la comunicación? Parece mentira que, trabajando en los medios, esa periodista no haya previsto el alcance de su artículo. Si pretendía hacerte daño, espero que no lo haya conseguido, en cambio... ¡te va a hacer millonaria!

Lis salió de la agencia diciéndose una vez más que la vida puede cambiar mucho en muy poco tiempo. Juan se había ido, su libro había salido al mercado, Carla se había vengado, y el saldo de su cuenta bancaria subía como

la espuma. Si alguien, durante su cautiverio, le hubiese dicho lo que la esperaba al otro lado de la pequeña puerta de madera, jamás lo habría creído. Llegó a casa con estas y otras cavilaciones y se encontró ante su portal... a Sebastián.

—¡Espero que no te importe! —le dijo él con una gran sonrisa—. He llamado a la agencia y María..., bueno, ella me ha dado tu dirección... ¿Te apetece tomar algo? Sé de un sitio donde preparan unas tortillas deliciosas. ¡Anda, acompáñame, tengo hambre!

En los vestuarios, Jack no estaba precisamente de buen humor. La rabia que inundaba su cuerpo iba en aumento cada día que pasaba lejos de ella. La furia más total y absoluta ocupaba su mente y sus pensamientos, preguntándose cómo demonios iba a hacerse perdonar. Pero nada de lo que había intentado había dado los resultados esperados, y las ideas se le habían agotado, dejando paso a una desazón que le corroía las entrañas, a un enfado terrible que había tenido como destinataria en un principio a Lis, luego a sí mismo y en aquel preciso momento a la vida en general y al mundo en particular. La situación, sencillamente, le superaba, cuando Pedro le dio una palmada en la espalda haciéndole volver de su particular infierno.

—Jack, vamos a cenar algo al bar ese raro, el que decoró tu amigo.

—No es mi amigo.

—Bueno, ya me entiendes. ¿Vienes? —añadió dándole un pequeño empujón—. Dicen que se come bien y vamos a probar. ¿Te apuntas? ¡Venga, hombre, te vendrá bien airearte un poco!

—Sí, me apunto.

Pedro se convirtió una vez más en el alma de la fiesta. Una fiesta en la que Jack estaba sin estar, en la que participaba sin participar, y en la que bebía sin parar. No encontró mejor consuelo para su torturado corazón que el alcohol; el mismo que había destrozado su niñez, su familia y su vida, fue el recurso del que echó mano para ahogar sus penas, dejando que el calor tan conocido recorriese su cuerpo, proporcionándole esa extraña sensación de irrealidad que necesitaba para seguir respirando, para poder seguir viviendo.

Pero con la llegada de los postres, llegó también ella..., Carla. Tan espectacular como siempre, tan deseable como siempre, y tan de caza como siempre. Rodeada de un grupo de chicas, se sentó en los taburetes de la barra, donde sus larguísimas piernas parecían no tener fin. Sobre su cuerpo, una

blusa blanca con un inmenso escote que dejaba ver el comienzo de sus pechos. La cara era toda perfección, enmarcada en una abundante cabellera rubia, y los ojos eran como dos estrellas brillando en el cielo. Aquella mujer parecía de otra galaxia, era la personificación de la belleza femenina, una auténtica delicia para los ojos, y así fue como la recibieron los ojos de Jack, como lo que era, una auténtica diosa. Y, mientras el alcohol seguía regando su garganta, la sangre comenzó a hervirle en las venas. La rabia, la frustración y el deseo se mezclaron en su cuerpo, formando un auténtico cóctel explosivo que pasó desapercibido para todos excepto para Pedro.

Carla no desaprovechó la ocasión que tenía ante ella. En cuanto los bomberos se levantaron de la mesa y le vio acercarse, se volvió en el taburete, regalándole su mejor sonrisa.

—¡Cuánto tiempo sin verte, Jack! Te he echado de menos.

—No sé por qué..., has estado muy ocupada.

—¿Lo dices por el artículo?

—Dime, Carla..., ¿es verdad lo que dicen, que la venganza sabe dulce?

—A mí sólo me saben dulces tus labios, Jack, ya deberías saberlo... — dijo ella acariciándole suavemente el brazo.

La rabia que había visto en su cuerpo en sus últimos encuentros y la firmeza de sus palabras habían dado lugar a una profunda tristeza y a la indecisión. Y fue precisamente esa indecisión que vio en sus ojos la que le dio a Carla el valor que le faltaba para tomar la iniciativa. No estaba dispuesta a desaprovechar la oportunidad que se le presentaba, no quería dejar escapar el caramelo que tenía ante sí sin saborearlo una vez más. Tomó su cara entre las manos y acercó lentamente su boca a él. El roce de sus labios desató en Jack la rabia contenida, la pasión y el miedo. Rodeó su cintura con los brazos y la besó desenfrenadamente, perdiéndose en su boca, proporcionándoles a quienes los miraban un auténtico espectáculo de belleza. Él tan moreno y tan masculino, ella tan rubia y tan princesa..., eran la imagen de la pareja perfecta.

Y fue así, como la pareja perfecta, como los vio Lis cuando cruzó las puertas del local acompañada por Sebastián. La sangre que hervía en las venas de Juan nada tenía que ver con la que circulaba por las venas de Lis, que al momento comenzó a convertirse en auténticos cubitos de hielo, paralizándola.

—Lis..., vámonos —dijo Sebastián.

—No.

—Lis, vámonos —insistió Sebastián.

—No.

—No merece la pena hacer una escena.

—No voy a hacer ninguna escena, pero quiero verlo.

Lis ya no le tenía miedo a la vida, quería mirarla de frente, quería verla toda, quería sentirla toda, quería aceptarla toda. No quería perderse ningún detalle de cada gesto, de cada gemido, de cada caricia. No se escondería nunca más, ni de nada, ni de nadie, porque esconderse lo único que hace es acrecentar el miedo.

El beso, que parecía interminable, terminó, y Juan se apartó de la boca de la diosa y abrió los ojos, encontrándose con los del color del chocolate, que le miraban fijamente.

La mirada de aquellos ojos tuvo un efecto devastador en su cuerpo, provocándole un auténtico colapso. Cuando ella salió por la puerta, Jack se fue disparado hacia los aseos, donde vomitó, junto con la cena, la rabia, la impotencia, la amargura y la vergüenza.

Pedro le esperaba apoyado en la encimera de los lavabos, con una copa en una mano y un café en la otra, mirándole preocupado.

—¿¿Qué?! —le gritó Jack—. ¡Dilo de una puta vez!

—¿El qué?

—¡Que la he cagado, que he metido la pata hasta el fondo, que me he portado como un cabrón!

—No hace falta, ya lo sabes —repuso Pedro, poniéndole el café en las manos y dejándole solo.

Jack salió del bar por la puerta trasera. Un sorprendido camarero se la indicó, no sin antes echarle un buen vistazo a Carla y preguntarle: «¿Estás seguro, tío?». Jack se perdió en las calles solitarias, sintiendo el frío en la piel y en el alma. Todos sus miedos, todos sus temores se habían hecho realidad, ahora estaba seguro. ¡Él era igual que su padre! Había hecho exactamente lo mismo que él, tirar por la borda lo más hermoso que tenía, lo que tanto había ansiado, lo que tanto había buscado, lo que más quería. Los genes de su padre le habían arrastrado hasta el abismo y él no había tenido fuerzas para imponerse a ellos, para dominarlos... ¿Por qué había tenido que beber tanto? ¿Por qué había tenido que ir precisamente allí? ¿Por qué había aparecido Carla?... ¿Por qué había aparecido Lis?... Parecía que los astros se hubiesen

alineado para que todo coincidiera en lugar y tiempo. ¡Todo en su contra para destrozarse su vida!

Lis llegó a casa y se fue directa a la habitación lanzándose sobre la cama y dejándose llevar por el llanto más descontrolado que había tenido en su vida. Sentía cómo su corazón se partía en mil pedazos. ¡Sí, el corazón podía romperse! Sentía cómo se resquebrajaba, cómo los trocitos se separaban en terribles fisuras que le dolían. Era un dolor físico, palpable, tan real como la vida que estaba viviendo.

Cuando su cuerpo ya no pudo más, se metió bajo la ducha, se puso el camisón y se hizo un ovillo en el sofá, ante un televisor en el que gente como ella también sufría, también amaba, también perdía. Se quedó dormida con la tele encendida, hasta que, de madrugada, el sonido de unas llaves en la cerradura la despertó y la hizo incorporarse de golpe.

—¿Qué estás haciendo aquí?! —preguntó con ojos desorbitados, levantándose del sofá.

—Lis..., tenemos que hablar. —Juan cerró la puerta suavemente.

—¡No quiero hablar contigo! —le gritó ella, apagando el televisor—. ¡Quiero que te vayas de mi casa ahora mismo, y que me devuelvas las llaves!

—No puedes echarme así de tu vida...

—¡Sí puedo! —exclamó ella, acercándose a la puerta dispuesta a abrirla.

—¡No! —Juan la arrinconó contra la pared, pegando su frente a la de ella—. ¡No me apartes de ti, Lis, no me apartes, no puedes hacerlo, cariño, no puedes!

—¡Sí puedo, sí puedo! —gritó ella, golpeándole el pecho con todas sus fuerzas.

El cuerpo de Juan cayó sobre el suyo, atrapándola contra la pared, mientras su boca la devoraba con desesperación.

—¡No puedes hacer esto, Juan..., no puedes!

—¡Sí puedo!

La levantó en volandas y la llevó hasta la cama, donde la aprisionó sobre el colchón, sujetándole las manos sobre la cabeza. Su lengua entró en su boca buscándola, acariciándola, tomándola con desesperación. ¡Allí estaba, la brutalidad del hombre en plena acción!

—¡Sabes que te quiero, cariño, sabes que te quiero! —Su mano bajó hacia su pecho y lo acarició, lo apretó, mientras sus gemidos en su boca se

volvían más y más fuertes por momentos—. ¡Te deseo, Lis, te deseo!

—¡Juan, por favor!

—¡Por favor, ¿qué?! —dijo él, mirándola con ojos brillantes de deseo, mientras sus piernas separaban las de ella.

—¡Déjame, por favor, no sigas!

—¡Te deseo como no he deseado a nadie! —gimió él, acariciándole la cabeza—. ¡Dime que tú no sientes lo mismo!

—¡Para, Juan, para..., déjame..., déjame...!

—¡Tú me deseas tanto como yo a ti, nena! —Hundió la cara en su cuello y se lo mordió suavemente, sintiendo cómo sus pezones se ponían duros bajo sus manos—. ¡Oh, Lis, Lis...!

—¡No! ¡No! ¡No! —Las lágrimas comenzaron a llenar sus ojos—. ¡No quiero, Juan, no quiero..., no quiero entregarme a ti..., no quiero hacerlo..., no quiero hacerlo..., no me obligues a ello..., no quiero..., no quiero..., no quiero...!

Lis dejó de resistirse, ya sólo tenía fuerzas para llorar. El llanto tomó el control de sus ojos y de su cuerpo y lo estremeció en terribles sacudidas que parecían no tener fin. Juan besó su cara, limpiando sus lágrimas, con la respiración descontrolada, con la piel sudorosa, con el alma partida, con la vida rota.

—Lis...

—¡No quiero! ¡No quiero! ¡No quiero! —gimió ella, tapándose la cara con las manos.

—Lis, cariño..., escúchame..., escúchame...

—¡No quiero! ¡No quiero! ¡No quiero!... ¡Por favor, vete de mi casa... no quiero volver a verte..., no quiero..., ya es suficiente..., ya es suficiente..., vete..., vete..., vete...!

—Lis, por favor, mírame...

—¡No! ¡No quiero mirarte! ¡No quiero hablar contigo! ¡Esto se ha terminado! ¡Ve con ella, ve con Carla, es perfecta para ti, yo no quiero volver a verte!

—¡No, cariño, no! Ella... ella... no significa nada para mí, mi vida, nada...

La tristeza y la impotencia dieron paso a la furia. La misma furia que Lis sintió cuando Carlos la colocó ante las paralelas para dar su primer paso inundó su cuerpo. La sintió nacer en sus entrañas, en el mismo lugar donde el calor aparecía cuando Juan la tomaba. Y de allí se extendió a cada átomo de

su ser, inundándolo de una fuerza que no creía tener, pero que allí estaba, esperando ser activada para mostrarse en todo su poderío, en toda su magnificencia. Apartó lentamente las manos de su cara y clavó en él su mirada más intensa.

—¿Que ella no es nada para ti?! ¿Cómo puedes decir eso? La besabas..., la tocabas... ¿Que no es nada para ti! —Se incorporó despacio—. ¿¿Tomas a una mujer entre tus brazos y no es nada para ti?! ¿Qué soy yo, si también me tomas entre tus brazos? ¿Tampoco soy nada para ti? ¿Cómo puedes ser tan cínico! ¡Tan mentiroso! ¡Tan falso!

—Lis..., cariño..., sabes perfectamente a qué me refiero... —dijo él, levantándose de la cama y mirándola asombrado.

—¡No, no lo sé! —gritó ella, haciéndolo retroceder—. ¡Dímelo, quiero oírlo! ¿Qué significa ella para ti? ¿Por qué te has echado en sus brazos? ¿Por qué la has besado? ¿Por qué la has abrazado? ¿Por qué la has tocado? ¿Qué esperabas que hiciese al venir aquí y tomarme entre tus brazos?, ¿que me rindiese a tus encantos?, ¿que me entregase a ti después de lo que he visto? Pero ¿de qué te crees que estoy hecha?, ¿de la misma pasta que ella? ¡Yo no soy así, y no quiero ser así! ¡A mí no me interesa un hombre que se lanza a los brazos de otra ante la primera dificultad que surge en su relación! —Sus palabras le habían llevado hasta el pasillo—. ¡No has tenido el valor de afrontar nuestro problema, sí, *nuestro* problema, porque era nuestro, de los dos! ¿Ésa es tu reacción ante los problemas? ¡Pues si así es como los afrontas..., tú no eres el hombre que quiero a mi lado! ¡Me has dejado sola y no te has preocupado más que de tus sentimientos, sólo de ti!

Las palabras habían salido por boca de Lis como auténticas flechas que dieron en la diana, en pleno centro, en el mismo corazón. Y, con ellas, le había llevado hasta el salón. Lo que no podría haber hecho con fuerza física lo habían hecho sus palabras, dejándole literalmente KO, sin capacidad de reacción. No tenía argumentos para rebatirlas, y del calentón ya no quedaba ni rastro.

—Yo... lo siento, cielo... Sé que no he estado a la altura..., lo sé...

—¡Al menos lo reconoces! ¡Y ahora, haz el favor de salir de mi casa!

Lis entró en la cocina y se sirvió un café, y con él en la mano volvió al salón, donde Juan seguía en el mismo sitio; su capacidad de reacción había desaparecido por completo, así que decidió darle la estocada de gracia.

—Dime, Juan, ¿qué parte de la frase «No me interesas» es la que no entiendes? —Él clavó en ella su mirada más perdida, suspiró profundamente,

abrió la puerta y se fue—. Pero ¡las llaves no me las ha devuelto!...

Tan pronto como entró en el parque de bomberos aquella mañana, Pedro fue llamado de inmediato al despacho del jefe, cuyo arrugado ceño daba idea de la preocupación que le corroía por dentro.

—Cierra la puerta, quiero hablar contigo. ¿Qué pasa con Jack?

—¿Con Jack? ¿Qué pasa con él?

—No ha venido a trabajar.

—¿No ha venido? Estará enfermo. ¿No ha llamado?

—Sí, ha llamado.

—¿Y?

—Está enfermo.

—¿Y?

—Jack no se ha puesto enfermo nunca, Pedro, y si lo ha estado no lo ha dicho. ¿Qué ha pasado?, ha roto con la chica del accidente, ¿verdad?

—¡Más bien la ha cagado, jefe!

—O sea, que los rumores son ciertos, ¡Jack se ha enamorado!

—¡Hasta las trancas, jefe!

—Bueno, pues al terminar el turno, date una vuelta por su casa..., no vaya a hacer una tontería.

—¡Pero ¿qué dice, jefe?, él no...!

—¡Torres más altas han caído, Pedro, torres más altas han caído! Ya soy viejo y he visto mucho, fíate de mi instinto y pásate por su casa.

No le encontró en casa, sino en el parque de Puentepeña, sentado en un banco y con la vista clavada en las ventanas de Lis.

—¡Vaya pinta tienes! —dijo Pedro, sentándose a su lado y dándole una palmada en la espalda.

—Gracias, yo también me alegro de verte —contestó Juan, encendiendo un pitillo—. Me ha dejado, Pedro.

—¿Y qué esperabas? ¡Lo que no entiendo es que no te haya arrancado los ojos! ¡Menudo espectáculo disteis, tío, parecía una escena de una peli porno!

—¿Qué voy a hacer, Pedro, qué voy a hacer? —dijo él, pasándose las manos desesperadamente por el pelo revuelto.

—Nada.

—¡No puedo quedarme de brazos cruzados sin hacer nada! ¡No puedo!

—¡Sí, sí puedes! ¡Por supuesto que puedes! ¡Es lo que tienes que hacer, lo único que puedes hacer y lo que vas a hacer! —Pedro encendió un cigarrillo, recostándose en el banco—. Me siento un poco culpable por lo que pasó, lo vi venir y no hice nada por evitarlo. Me pareció que eran cosas vuestras y que no debía intervenir, así que dejé que te escoñaras sin mover un dedo. Pero en vista del cariz que han tomado los acontecimientos..., no dejaré que la cagues más. Así que, a partir de ahora, harás exactamente lo que te diga, y lo que digo es que no hagas nada, porque lo único que conseguirías es cagarla aún más, que no parece posible, pero te aseguro que lo es.

—¡Pedro, yo... no puedo vivir sin ella, no puedo!

—¡Haberlo pensado antes! ¿Cuál es la alternativa, Jack?, ¿obligarla, forzarla, maltratarla...?

—¿Crees que yo sería capaz... de hacer algo así?

—Creo que la quieres de verdad, que estás desesperado y que la desesperación no es buena consejera. No creo que esté en tu naturaleza maltratar a una mujer, pero tú no lo tienes tan claro como yo, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas... A veces... tengo dudas, dudas sobre mi propia capacidad de aguante..., sobre mi capacidad para controlar los impulsos.

—Bien, pues llegados a este punto, no nos queda más opción que acudir a nuestro último recurso... Ha llegado el momento de que veas a Patricio.

—¿¿Quéééé?! —exclamó Juan, levantándose del banco—. ¿Te has vuelto loco?

—Ni mucho menos, lo necesitas y para eso está.

—¡Ni hablar, no pienso verlo, lo que me faltaba!

—¡Oh, sí, sí lo verás! —dijo Pedro, mirándole muy serio—. Irás por tu propia voluntad o me veré obligado a hablar muy seriamente con el jefe sobre tu capacidad para trabajar, dadas las circunstancias.

—¡No se te ocurrirá hacer algo así!...

—¡Por supuesto que lo haré, no te quepa ninguna duda!

Pedro no amenazaba porque sí, y Jack lo sabía, por eso, cuando al día siguiente entró en el parque de bomberos, lo hizo con todos los sentidos alertas, pero cuando vio al jefe saltando de su sillón y lanzándose hacia la puerta, supo que estaba perdido.

—¡Entra, tenemos que hablar!

—He estado enfermo, jefe.

—¡Lo sé, lo sé, tienes mal de amores! No se habla de otra cosa aquí.

—¡Joder! —exclamó él, desplomándose en el sillón—. ¿Hay alguien que aún no lo sepa?

—Pues sí, las chicas de la limpieza ayer tuvieron el día libre, pero se enterarán esta tarde. —Se sentó frente a él—. Escucha, Jack, no eres el primero ni serás el último al que le hayan roto el corazón..., aunque supongo que en tu caso es más difícil de asimilar...

—Pero...

—¡No me interrumpas! —ordenó el jefe, levantando una mano—. ¡No puedes trabajar si no estás al cien por cien! No pondré la vida de otros en tus manos sólo para que tú te sientas mejor, así que, a partir de ahora, y hasta nueva orden, harás trabajo de oficina.

—¡¿Quééééé?!

—¡Lo que oyes! No confío en ti en estas condiciones, no puedes pensar con claridad. Necesito a mis hombres al cien por cien y tú no lo estás. De modo que durante las próximas semanas te ocuparás de los avisos y de aprovisionar los coches. ¡Nada de salidas! —Jack lo miraba con ojos desorbitados—. Y si estás pensando en buscar aliados, ve olvidándote de ello, ya he hablado con los muchachos y no encontrarás ninguno. Los he amenazado con suspensión de empleo y sueldo ipso facto si no acatan la orden. ¡Así están las cosas, Jack, puedes irte!

Se levantó despacio, con el corazón bombeando con fuerza. El jefe apoyó los codos sobre la mesa, mirándole atentamente.

—Jefe... —dijo parándose ante la puerta—, ¿hay algo que yo pueda hacer... para evitar esto?

—Sí, lo hay —contestó entrelazando los dedos ante su cara concentrada—. Si quieres seguir haciendo salidas..., tendrás que ver a Patricio.

—Está bien, jefe, está bien —dijo él meneando la cabeza—. Está bien..., le llamaré y...

—¡No hace falta! —Los ojos de Jack le miraron asombrados—. Tienes tu primera cita con él dentro de diez minutos. —Señaló su reloj—. Y te aconsejo que no le hagas esperar: no soporta la impuntualidad.

Patricio había llegado al cuerpo, impuesto por «los de arriba». Nadie se explicaba cómo había ocurrido, pero así había sido. Todo comenzó un año antes, tras una agotadora jornada en uno de los incendios más terribles que aquel cuerpo de bomberos había visto nunca, y, tras el cual, todos ellos dieron con sus doloridos huesos en una discoteca de no muy buena reputación y tras salir de ella y ya muy pasados de copas, se vieron envueltos en un altercado que salió en todos los periódicos.

Y fue en una extraña reunión de «los de arriba», celebrada a altas horas de la madrugada, donde se discutió el estado de las cabezas de los mismos, porque sobre el cuerpo no había ninguna duda, y donde se decidió aprobar, a pesar de los recortes que imponía la crisis, una extraña partida presupuestaria para dotar a la cuadrilla de algo que, según ellos, les hacía mucha falta: buen juicio.

Así fue como Patricio llegó al parque de bomberos, provocando con su entrada una auténtica polvareda, y no sólo porque «los de arriba» hubiesen puesto en duda la estabilidad emocional de aquellas cabezas, sino porque su aspecto era una auténtica provocación para los del Club de la Testosterona. Pero tras el paso del primero por su despacho, la amenaza de huelga sobrevoló el parque, y, todos a una, como Fuenteovejuna, amenazaron con ponerse enfermos el mismo día y a la misma hora, si se los obligaba a verle. Al jefe no le quedó más remedio que claudicar, dándoles su palabra de que no tendrían que hacerlo, salvo en caso de fuerza mayor.

Y dado que no había mayor fuerza que la de Jack, hacia su despacho se encaminó aquella aciaga mañana, apretando la mandíbula en un intento por mantener la boca lo más cerrada posible.

—¿Por qué te han apartado del servicio activo, Jack? —le preguntó Patricio a bocajarro tan pronto como se sentó frente a él, separados únicamente por la gran mesa de caoba.

—No lo sé —dijo él, apretando más la mandíbula.

—¡Empezamos mal, Jack, empezamos mal!

Patricio suspiró profundamente, encendió un cigarrillo y miró concentrado su mesa sin decir nada. Un minuto, un minuto era el tiempo máximo que Jack aguantaba aquellos silencios, y el psicólogo lo comprobó en la primera sesión.

—Mi novia me ha dejado y... el jefe dice que no puede confiar en mí.

—¿Es la primera vez que te deja una mujer?

—Pues... sí.

—Entiendo... ¿Y por qué te ha dejado tu novia?

—¡Porque la he cagado!

—¿Y por qué la has cagado?

—¡Porque los putos genes de mi padre tomaron el mando de mi cuerpo y no pude resistirme a ellos!

—¿Sabes, Jack? Me parece estar oyendo a un niño... He perdido mi trabajo por culpa de mi novia... He perdido a mi novia por culpa de mi padre... ¡Pobrecito niño, todo el mundo tiene la culpa de sus males!

—Pero... ¿qué coño...?

—¿Y tu responsabilidad, Jack? ¿Qué responsabilidad tienes tú en los males que te aquejan? ¿O es que tú no hiciste nada para cagarla? Los genes están ahí, sí, pero nosotros los controlamos, o no los controlamos, o no queremos controlarlos, porque es más fácil echarles la culpa de lo que hacemos. ¿Qué le has hecho a tu novia, Jack?

—Me lie con otra.

—¿Y cómo se enteró?, ¿se lo dijiste, te pilló un mensaje en el móvil, se lo dijeron terceras personas...?

—Me vio.

—¡Vaya, vaya, vaya, te pilló con las manos en la masa!

Una pequeña sonrisa triste apareció en la cara de Jack, mientras sacaba un cigarrillo y lo encendía lentamente, con la vista clavada en el suelo.

—Nunca mejor dicho, Patricio, nunca mejor dicho.

—¿Y por qué te liaste con otra mujer si tienes novia?

—No lo sé.

—Sí, sí lo sabes, tú eres el único que lo sabe, porque tú eres quien lo hizo.

—Yo... no sé lo que me pasó..., había bebido mucho y...

—¡Y el alcohol tiene la culpa de lo que hiciste! ¡Ya van tres culpables de tus actos! ¡Hay que ver cómo se confabula el mundo contra ti, todos en tu contra, todos culpables! Bien, pues hay que seguir tirando del hilo... ¿Por qué

bebiste mucho, Jack?

—Lo necesitaba.

—¿Para qué?

—Para evadirme.

—¿De qué?

—De lo que había hecho, Patricio, de lo que había hecho... O, mejor dicho, de lo que no había hecho.

Jack se levantó y, paseando nervioso por el despacho, le contó el desencuentro que había tenido lugar entre ellos. El problema que lo había originado todo y los había distanciado.

—Y una vez más —dijo Patricio meneando la cabeza—, lo que causó nuestro distanciamiento fue una causa ajena a ti. El motivo no es tan importante como tú crees, Jack, lo verdaderamente importante es tu reacción ante el problema... Tu novia te necesitaba, necesitaba tu comprensión, tu apoyo, tu ayuda..., pero tú no se lo diste. ¿Por qué, por qué no se lo diste?

—No lo sé...

—Sí lo sabes. ¿Por qué?

—Porque estaba cabreado.

—¿Por qué?

—¡Porque quiero tener hijos con ella, lo deseo con toda mi alma, deseo formar con ella una familia y...!

—¿Tanto la quieres, Jack?

—¡Ella lo es todo para mí, Patricio, todo! —Se dejó caer en el sofá—. No puedo vivir sin ella, sin su risa, sin su olor, sin escuchar el sonido de su voz... No puedo dormir si no la tengo a mi lado, me falta el aire cuando no está... Cuando la oigo cantar en la ducha, me siento ante la puerta para escucharla... No hay nada más hermoso que su voz, nada... Lis tiene lo que siempre he deseado en una mujer, toda la ternura está en su cuerpo, en sus manos, en su boca... No concibo vivir con nadie que no sea ella..., no puedo vivir sin ella.

—Pero ella puede vivir sin ti, porque... te ha dejado.

Cuando Jack abandonó el despacho de Patricio, sintiéndose peor de como había entrado, éste se abalanzó sobre el teléfono.

—Fermín, ¿recuerdas aquella conferencia a la que fuimos en Londres? Sí, la misma. ¿Recuerdas cuando aquel lumbreras tan raro se subió al escenario y dijo que a todos, antes o después, nos llega un caso que parece imposible? Pues el mío acaba de salir por la puerta. Es el mayor neandertal que he visto

en mi vida... Sí, Fermín, sí, está buenísimo, es el hombre por antonomasia y es... totalmente hetero.

Las semanas que llevaban separados se habían convertido para Lis en un auténtico infierno, donde, si los días eran terribles, más terribles eran las noches, cuando, al otro lado de la línea, Juan le pedía perdón de nuevo. Las súplicas llenaban el aire del pequeño apartamento y las defensas de Lis se mantenían firmes, pero su mente se preguntaba hasta cuándo podría seguir soportando aquellos envites. La propuesta que le había hecho la editorial de firmar libros en diferentes ciudades, y que ella en un primer momento ni siquiera había considerado, comenzó a tomar una nueva dimensión en su mente. Poner tierra de por medio empezaba a parecerle una alternativa atrayente.

Con esos pensamientos estaba distraída, cuando su agente la llamó preocupado. Luis la recibió con su habitual amabilidad, pero una sombra de inquietud asomaba a sus ojos cuando la acompañó hasta los sofás donde esperaba la cafetera humeante.

—Lis, ha ocurrido algo que me tiene muy desconcertado. Verás, hemos recibido un manuscrito.

—Bueno, es lo habitual, ¿no? —dijo ella con una sonrisa.

—Sí, claro —sonrió él—, pero... no es un manuscrito cualquiera, Lis... Se titula... *LA CASA*.

—¿*LA CASA*? ¿Como mi libro?

—Así es.

—No creerás que mi libro es un plagio, Luis... —repuso preocupada.

—¡Oh, no, no, ni mucho menos, querida, ni mucho menos! Tu libro y éste coinciden en el título, pero no son el mismo libro... Bueno, ¡sí lo son..., pero no lo son!

—¡Como no te expliques mejor...!

—Verás, Lis, la idea que tú tuviste de escribir lo que pasó allí... también la tuvo otra persona..., otra persona que también estuvo allí.

—¡Oh, Dios mío!

—Pero el manuscrito que nos ha enviado me tiene muy desconcertado —dijo el agente, encendiendo un cigarrillo—. Si tu libro ponía los pelos de punta, éste es sencillamente... terrible. Las cosas que en él se cuentan son aún peores que las que tú contaste, mucho peores. Y, además, el manuscrito no está completo... No sé por qué él lo ha hecho, pero le faltan algunas partes y el final y...

—¿Él? ¿Es un hombre?

—Sí, es un hombre, pero no sabemos cómo se llama. Al igual que tú has publicado con un pseudónimo, él lo ha hecho también...

—¿Cuál?

—Se hace llamar... PERRO.

Las manos de Lis comenzaron a temblar, su respiración se aceleró de golpe, su boca se secó al momento y su cuerpo comenzó a estremecerse. Dejó el cigarrillo en el cenicero y se levantó tambaleante hacia la ventana, hasta donde Luis la siguió asustado. Lis la abrió y respiró profundamente, cerrando los ojos, de los que las lágrimas comenzaron a salir lentamente.

—¡Oh, Señor, oh, Señor...! —susurró él, preocupado, acariciándole la espalda—. ¡No debería haberte contado nada de esto!

—Estoy bien —lo tranquilizó ella, volviendo al sofá, en el que se sentó de golpe.

—Lo siento —se disculpó Luis, poniendo en sus manos un nuevo café en un intento porque sus mejillas recuperasen el color—. Supongo que hablarte de alguien que conociste allí ha reavivado los recuerdos.

—Yo... no le conocí.

—Pero... ¿cómo que no le conociste, Lis? Vivíais en la misma casa.

—Sólo conozco de él... su nombre y sus gritos.

—Pero...

—Las niñas vivíamos en la casa, los niños vivían... en la pocilga de los cerdos.

—¿Qué? Pero en tu libro... no dices nada de eso.

—No.

—¿Por qué?

—Todo lo que conté en el libro ocurrió, pero yo... no lo conté todo..., no

podía contarlo todo, Luis. Las cosas que allí pasaban eran demasiado humillantes para otras personas, y yo... yo... no tenía derecho a contarlas..., provocarían tanto dolor...

—Pues él lo ha hecho, aunque tampoco lo ha contado todo, y por más que nos hemos puesto en contacto con la dirección de email que nos envió, no hemos conseguido que nos conteste. Por eso te he pedido que vinieras, porque el manuscrito que nos envió por correo tiene matasellos de Madrid, y había pensado que si te animabas a hacer lo de las firmas, tal vez él... Pero ahora creo que no ha sido una buena idea, no, no lo ha sido.

—Pues en realidad llevo varios días dándole vueltas a eso de cambiar de aires, y creo que no es tan mala idea, Luis. Necesito poner tierra de por medio y alejarme un poco, a ver si se me aclaran las ideas.

—¡No me digas más, tienes mal de amores!

En el mundo editorial se maneja dinero, mucho dinero. Eso al menos fue lo que pensó Lis cuando cruzó la puerta de la habitación que le habían reservado en el hotel Las Siete Torres. La miró como mira un niño sus regalos el día de Reyes, con asombro, con absoluto asombro, preguntándose con qué sorprenderían a las plumas más ilustres del país cuando, a ella, una completa desconocida, le hacían semejante regalo.

Además de no faltarle detalle en cuanto a nuevas tecnologías, era lo más chic que había visto nunca, y tras las preciosas cortinas, que ocultaban unas impresionantes puertas ventanas, estaba el balcón más delicioso del mundo, con vistas a la gran ciudad. Si alguna vez se había imaginado que la capital podía ser hermosa, nunca creyó que la vería así, tan espléndida, iluminada por las luces del anochecer.

Una gran cama presidía el cuarto, cubierta por un precioso nórdico de color blanco que parecía una auténtica nube. Al fondo, un impresionante baño con bañera de hidromasaje que hizo las delicias de su cuerpo. Tras el relajante baño, se secó en unas magníficas toallas que parecían recién salidas de fábrica y se dejó abrazar por un primoroso albornoz amarillo que le sentaba a la perfección.

El teléfono la avisó de que Juan había hecho su habitual llamada nocturna para hacerse perdonar. Pensó en contestarle, pero tan pronto como se tendió sobre la gran cama, se quedó profundamente dormida, hasta que a las dos de la madrugada, Juan la despertó.

—Lis..., ¿estás bien?

—Sí —dijo con voz adormilada.

—Perdona, te he despertado. Es que no he visto luz en tu casa en toda la

noche, y como no contestabas, yo... estaba preocupado.

—Yo... no estoy en casa, Juan.

—¿No estás en casa? No estarás en el hospital...

—No, no. Estoy... en Madrid.

—¿En Madrid? ¿Es por el libro?

—Sí.

—Entiendo. ¿Y... cuánto tiempo vas a estar?

—Aún no lo sé.

—Lis..., yo... te echo de menos, mi vida... —Ella cerró los ojos sin contestar—. Mi madre ha preguntado por ti. Me ha llamado esta tarde, pero creo que, más que para saber cómo me va la vida, lo ha hecho para saber de ti... Ha acabado llorando, como siempre.

Lis se despertó de golpe. Se sentó en la cama y resopló con rabia; aquel hombre era capaz de sacarla de sus casillas con una simple frase.

—Nena, ¿estás ahí?... ¿por qué no me hablas?

—Juan..., yo... temo decir cosas que puedan herirte.

—Oye, entiendo que sigas enfadada por lo de Carla, pero, cariño, ya te he pedido perdón y...

—¡Siempre pensando en ti, ¿verdad?! ¡Todo tiene que girar en torno a ti y a tus líos! —dijo ella, saltando de la cama y buscando el tabaco—. ¡Pues no, querido, no estaba pensando en Carla ni en Carlo, estaba pensando en tu madre!

La risa que surgió al otro lado de la línea telefónica tuvo la capacidad de transformar su rabia en furia, llevando el dedo hasta el gatillo de la ametralladora y apretándolo con fuerza. Llegados a este punto, ya no es posible detener el disparo, porque cuando una ametralladora empieza, sólo puede parar por dos motivos, que la munición se termine, o que el arma se encasquille.

—¡Tu madre, Juan, tu madre! —Abrió la nevera y cogió un refresco—. Nunca has visto en tu madre más que su debilidad, pero en su interior hay muchas más cosas de las que imaginas. Nunca te has parado a mirarla como la persona que es, una mujer sumisa y miedosa, que fue educada para acatar las órdenes del marido, una mujer que no supo afrontar la vida que le tocó vivir. —Se tomó el refresco de golpe, escuchando el silencio al otro lado—. Le reprochas que no te ayudase, sigues guardándole rencor por no tenderte una mano... Quizá tenía razones para no hacerlo, quizá no podía hacerlo, quizá nunca te las contó para no hacerte sufrir. Pero tú nunca te lo has planteado,

porque es más fácil odiarla que comprenderla. ¿Y tú, Juan?, ¿la ayudaste a ella? Te marchaste de allí sin mirar atrás, sin pensar que allí se quedaba alguien que seguía sufriendo y que también quería ser libre, que también quería escapar, pero no sabía cómo hacerlo... Ella tenía más cadenas que tú, Juan, muchas más... ¿Con qué derecho la juzgas con tanta dureza? Ahora eres un hombre, un hombre que también comete errores y que sufre por ellos, quizá aún no sea tarde para preguntarle: «¿Qué pasó, mamá? ¿Cómo te humilló? ¿Cómo te anuló? ¿Por qué no me ayudaste? ¿Por qué aguantaste tanto?».

—Lis...

—¿Por qué no volviste a por ella, Juan? ¿Por qué no la sacaste de aquel infierno que tan bien conocías? ¿Por qué no te preocupaste por alguien aparte de ti mismo? Te molestan sus lágrimas. ¿Acaso tú no lloras? ¡Has sido tan injusto con ella, tan injusto, Juan, y tan egoísta! Pero tú aún tienes la posibilidad de volver a ella, de escucharla, de comprenderla, de perdonarla, de quererla... Algún día ya no estará y te preguntarás por qué no lo hiciste cuando podías, te lo preguntarás todas y cada una de las noches de tu vida.

La munición se terminó y la ametralladora cesó sus ráfagas, y, dado que al otro lado de la línea no se oía ningún sonido, Lis dio la conversación por terminada y colgó sin despedirse. ¿Qué podía decirle?, ¿«Que duermas bien»? ¡Menudo sarcasmo!

—¡Vaya, vaya, vaya..., qué mala noche hemos pasado! — exclamó Patricio, mirándole concentrado tras sus gafas redondas.

—¡Te he mentado, Patricio! —Se desplomó en el sillón y suspiró profundamente—. He estado hablando con ella todas las noches desde que me dejó. No puedo evitarlo, es superior a mis fuerzas.

—Entiendo...

—No puedo dormir si antes no escucho su voz —añadió cerrando los ojos—. Pero ayer la llamé, y lo que salieron por su boca no fueron palabras cálidas, sino auténticos graznidos. Me he pasado la noche de pesadilla en pesadilla.

—¿Y puedo preguntar sobre qué fue la conversación?

—Di más bien el monólogo, porque no me dejó meter baza, tan pronto empezó a hablar ya no hubo quien la parase. No te rías, Patricio, la facilidad que esa mujer tiene para descolocarme con las palabras es algo fuera de lo normal, te lo aseguro, me deja completamente KO. —Patricio siguió riendo

mientras encendía un cigarrillo—. El motivo fue... mi madre.

—¿Ellas se conocen? —Jack le contó la estancia de su madre en casa de Lis, mientras Patricio fumaba y asentía lentamente—. No es raro que tu madre y tu novia congeniaran, Lis no tiene una madre, y la tuya... siente que no tiene un hijo, así que cada una encontró en la otra lo que le faltaba. Pero claro..., que ellas hiciesen buenas migas naturalmente te molestó, siendo como eres un neandertal. Que las féminas de la manada hiciesen piña y te dejaran al margen, como cuando eras pequeño, debió de ser tremendamente duro para ti.

—¿Sabes, Patricio?, eres como una mosca cojonera.

—¿Y puedo saber qué te dijo Lis de tu madre, Jack?

—Que ella también fue una víctima.

—¿Nunca la habías visto de ese modo? —preguntó sorprendido—. ¿Sabes, Jack?, creo que tu novia es perfecta para ti. Tiene la capacidad de ver las cosas desde diferentes ópticas, mientras que tú vas por la vida como antiguamente los burros... Sí, sí, no me mires así, a los burros se les ponían unas..., no me acuerdo cómo se llamaban..., bueno, unas cosas sujetas en la cabeza para que sólo mirasen hacia adelante y no se desviasen del camino que debían seguir... A ti te pasa lo mismo, lo ves todo desde el mismo ángulo, te haría falta un caleidoscopio.

—¿Un qué?

—Usa el diccionario... o la Wikipedia.

—¡Me sacas de quicio, Patricio, me sacas de quicio! —exclamó, levantándose y paseando nervioso por el despacho.

—¿Te das cuenta de lo fácil que es sacarte de quicio, Jack? Lo que aún no me explico es cómo no has acabado muerto en alguna reyerta callejera. Con ese carácter que tienes, no me lo explico.

—Nunca me he metido en peleas callejeras... Al único al que quería matar le tenía en casa.

—¿Y por qué matarlo, Jack?, ¿por qué no quererlo? Al fin y al cabo, era tu padre.

—¡Patricio..., vete a la mierda!

En el centro comercial habían puesto un stand. Curiosa palabra extranjera para definir una mesa y una silla. Lis estuvo firmando ejemplares de su libro buena parte de la mañana, hasta que los ávidos lectores le dieron una pequeña tregua y buscó una ventana desde la que convertirse en chimenea.

La encontró entre la segunda y tercera planta, y allí se posicionó cual centinela, aspirando profundamente el cigarrillo y disfrutando de la soledad que la vida le regalaba. Iba por la tercera calada cuando unos pasos comenzaron a acercarse desde arriba. Cerró los ojos, visualizando mentalmente al guardia de seguridad que la echaría de allí con cajas destempladas, pero cuando encontró el valor necesario para girarse, se topó con una cálida mirada que la observaba divertido.

—¿Le importa que la acompañe? —preguntó el hombre del chaleco gris, sacando un cigarrillo.

—No, claro que no —le contestó con una sonrisa—. La maldita prohibición nos aparta como si fuésemos apestados, ¿verdad?

—Somos algo más que apestados, querida —dijo él, encendiendo el cigarrillo y mirándola con ojos divertidos—. Somos repudiados..., desechados..., despreciados..., menospreciados..., estigmatizados... Todo lo que acabe en «ados» somos nosotros. —Lis no pudo evitar estallar en una carcajada—. ¡Oh, Señor, yo he oído esa risa antes!

—¿Cómo dice?

—Sí, he oído antes esa risa.

—Pues... no recuerdo, no creo que nos conozcamos.

—¡Por supuesto que no, la recordaría si así fuera! —contestó el hombre con una tierna sonrisa que la hizo enrojecer—. Pero su risa..., su risa la he

oído antes, sí, la he oído —insistió, fumando concentrado y cerrando los ojos—. ¡La he oído... sólo una vez..., lo recuerdo perfectamente!

—¿Una sola vez? No le entiendo.

—Sí —dijo él, apagando el cigarrillo—. Hay cosas que con sólo escucharlas una vez se recuerdan siempre... O quizá se recuerdan siempre precisamente por eso, porque sólo han ocurrido una vez.

—Pero...

Lis no pudo seguir preguntando. El hombre del chaleco gris había comenzado a bajar la escalera, lentamente, cabizbajo y apesadumbrado. Le observó preocupada y pensativa, tendría que controlar su risa de allí en adelante, tampoco era cuestión de ir derramándola así como así, provocándole traumas a la gente, porque aquel hombre parecía totalmente traumatizado. ¿Dónde habría sido? ¿En un taxi? ¿En un cine?

María, la ayudante de Luis, apareció en la escalera, buscándola desesperada. Las firmas de libros eran así, de repente no había nadie, de repente, una avalancha. Lis agradeció que la hubiese acompañado, porque ella se sentía en aquel mundo más perdida que la Sirenita en tierra firme. Una hora llevaba firmando ejemplares cuando el hombre del chaleco gris apareció ante ella, con una gran sonrisa en los labios y su libro entre las manos.

—¡Vaya, volvemos a encontrarnos! —dijo Lis, cogiendo el libro—. ¡Tengo que decirle que me ha dejado usted muy intrigada!

—Una intriga sería un buen argumento para un libro, ¿no le parece?

—Me temo que las intrigas no son lo mío. ¿Quiere alguna dedicatoria especial o para alguien en concreto?

—Sí, por favor, me gustaría que pusiera: «Algún día, él gritará así, de dolor, de humillación, de miedo. Gritará con todas sus fuerzas y nosotros reiremos y nuestra risa se oirá en todo el mundo, y entonces, entonces seremos libres».

El hombre del chaleco gris se acercó lentamente a ella y la tomó entre sus brazos con la mayor de las dulzuras, mientras los ojos de Lis se anegaban en lágrimas.

—No llores, por favor, no llores. Ríete conmigo como aquel día, para que nuestra risa se oiga en el mundo entero, porque ahora ya somos libres.

Su primer día como escritora reconocida no podría haber sido más intenso. Volvió al hotel con un fuerte dolor de cabeza, se tendió sobre la cama

y se quedó dormida al momento. Pero una hora después, cuando se despertó, el dolor de cabeza había subido de categoría, convirtiéndose en brutal. Así que, echando mano del ibuprofeno y del bolso, se encaminó rauda y veloz hacia la cafetería, donde, en la terraza exterior, un guapísimo camarero le puso delante un café americano, que se tomó de golpe junto con la pastilla mientras pedía el segundo.

Media hora más tarde, y con el principio activo navegando ya en todas las direcciones de su torrente sanguíneo, se relajó un poco y observó las luces de la ciudad. Se encendió un cigarrillo mientras una idea que había comenzado a aparecer en su mente las últimas semanas empezaba a revolotear una vez más por su cabeza: escribir un nuevo libro, pero no un libro cualquiera.

—¡Hola, cariño! —exclamó Juan al otro lado del teléfono—. ¡Qué alegría que me llames! ¿Significa eso que me has perdonado? ¿Quieres que vaya a verte?

—¡Por supuesto que no! —contestó ella con una pequeña sonrisa—. ¿No te habré despertado?

—No, no me has despertado, pero me encantaría que lo hicieras, la verdad. —Lis no pudo evitar otra sonrisa—. ¿Cómo estás, mi vida?

—Bien. Yo... te llamo porque quiero pedirte el teléfono de tu madre; cuando estuvo en casa olvidé pedírselo a ella.

—¿De mi madre? ¿Por qué?

—Pues porque quiero hablar con ella.

—¿Y no puedes hacerlo conmigo?

—Contigo ya lo estoy haciendo, pero quiero hablar con ella —dijo, poniendo los ojos en blanco.

—¿Por qué? ¿Qué quieres preguntarle? Si es sobre mí, no hace falta que la llames, yo te diré todo lo que quieras saber. —Lis no pudo evitar una carcajada—. ¿De qué te ríes?

—Es que me haces gracia, Juan, sigues sintiéndote el ombligo del mundo. No quiero hablar con tu madre de ti. ¿Eso te deja más tranquilo?

—¡Pues no! ¿De qué quieres hablar con ella?

—No es de tu incumbencia.

—Pues, teniendo en cuenta que se trata de mi madre, creo que sí es de mi incumbencia.

—¿Desde cuándo te preocupas tanto por ella?

—Desde que una gata con las uñas muy afiladas apareció en mi vida y me dio un zarpazo que me desgarró el corazón diciéndome palabras que lo

taladraron sin compasión alguna.

—Tu corazón está muy bien protegido, cariño, dudo mucho que una simple gata haya conseguido llegar hasta él. Tiene unos muros muy altos, contruidos piedra a piedra, de difícil escalada, y más para una gata.

—Pues te aseguro que ha encontrado una grieta por la que colarse, una que se me pasó por alto cuando construí los muros... Me temo que la albañilería no es lo mío.

—¿Y qué vas a hacer ahora?, ¿reforzarlo?

—Me temo que ese muro ya no tiene solución, no me queda más remedio que derribarlo.

—Pues vas a necesitar de toda la ayuda posible. Es un muro muy resistente, ha aguantado muchos años en pie, no será un trabajo fácil.

—Ya tengo toda la ayuda necesaria, te lo aseguro.

—¡No me digas que Pedro se ha ofrecido a usar un martillo pilón!

Juan estalló en una carcajada que parecía no tener fin.

—Tengo dos ayudantes que me están echando una mano en el desempeño de semejante labor de ingeniería y lo están haciendo francamente bien: amenaza demolición en cualquier momento. Una es la gata de uñas afiladas, me araña suavemente y hunde sus garras con saña. Aun estando a muchos kilómetros de distancia, es capaz de seguir abriendo grietas en el muro.

—¡Vaya, qué gata tan despiadada! ¿Qué le habrás hecho para que se comporte así?

—Nada bueno. Ojalá pudiese dar marcha atrás y hacer las cosas de otra forma.

—¿Y tu segundo ayudante? ¿Una rubia? ¿Tal vez pelirroja? ¿De color? ¿O quizá una asiática?

—No, cariño. Mi segundo ayudante es un simple ratón de biblioteca que me ataca con las preguntas más insospechadas, crueles y directas que te puedas imaginar.

—¿Estás viendo a un psicólogo?

—No me ha quedado más opción. El jefe y Pedro se han confabulado contra mí y no me han dejado escapatoria. En este momento soy el hazmerreír del cuerpo. Es un auténtico martirio, cada vez que me mira fijamente tras sus gafas redondas y mueve los labios como un conejo, sé que por su boca saldrán palabras que no quiero oír, pero aun así me las dice. No te imaginas cómo me vapulea..., casi tanto como tú... Nena, ¿sigues ahí?

—Sí..., estoy aquí... Juan, ¿puedo hacerte una pregunta? Ese psicólogo...,

¿tiene una cicatriz en forma de estrella en la barbilla?

—Sí... ¿Cómo lo sabes?

«¡Ay, Dios...! EL PERRO, EL CONEJO... Pero ¿con cuántos más me encontraré a lo largo de mi vida? Cada vez que me cruce con alguien, me preguntaré si también estuvo allí.»

Patricio le esperaba leyendo un libro, muy concentrado. Tan pronto como le vio entrar, lo cerró y le miró muy serio.

—¿Qué pasa? —preguntó Jack, frunciendo el ceño.

—¿Por qué habría de pasar algo, Jack? ¿Por qué siempre te pones a la defensiva?

—Será porque de pequeño aprendí a protegerme de los puñetazos antes de que llegasen —contestó él con una pequeña sonrisa.

—¡Vaya, eso que has dicho es muy pero que muy significativo! —dijo levantando las cejas—. Sí, estás acostumbrado a protegerte, es cierto, la vida te enseñó a hacerlo y lo haces muy bien, por eso es tan difícil llegar a tu corazón, y por eso me pregunto cómo lo logró Lis... ¿Por qué ella consiguió llegar hasta tu corazón, Jack?, ¿qué te gustó de ella cuando la conociste?

—Me gustó que... estaba atrapada entre los hierros... y seguía cantando, no se había rendido..., y su voz es lo más bonito que he oído nunca... Se me metió dentro y ahí se ha quedado para siempre, y luego sus ojos..., que son del color del chocolate —añadió con una sonrisa—. Y cuando la oigo reír, su risa me traspasa, y me hace reír..., no te imaginas cómo me hace reír...

—Te veo muy poético. Hablemos de cosas más terrenales. ¿Qué tal el sexo?

—¿El sexo? ¡No voy a hablar contigo de eso, Patricio, ni lo sueñes!

—Te aseguro que mis sueños no estarán ocupados por tus posturas sexuales favoritas. ¿Os entendéis bien en la cama? Tú has conocido a muchas mujeres, quiero saber por qué ella te atrae tanto.

—Lis es... diferente de las demás...

—¿Por qué?

—No quiero hablar contigo de esto, Patricio, y...

—¡No me digas que era virgen! —dijo abriendo los ojos asombrado—. ¡Válgame Dios! Pero ¡qué mala suerte tuvo la pobre de toparse contigo!

—¿Por qué dices eso? —preguntó enfadado.

—Jack, por favor, reconócelo, tú... eres un bruto...

—¡Joder, no me lo recuerdes, joder, joder...! —exclamó, levantándose y paseando nervioso—. ¡No me lo dijo! ¿Te lo puedes creer? ¡No me dijo nada, y yo... yo..., sí, soy un animal y le hice daño! ¡No me lo perdonaré nunca, nunca! ¡Tiene veintiocho años y yo... yo... nunca había conocido a una mujer que llegase virgen a esa edad!

—Tú no, claro.

—¿Tú sí?

—Pero luego seguro que te encantó haber sido el primero, sí, seguro que sí, eres un neandertal de tomo y lomo. ¡No sé cómo te aguanta! ¡Qué sobrevalorada está la virginidad! Me gustaría saber qué vio ella en ti.

—Pues tendrás que preguntárselo.

—Te lo pregunto a ti. ¿Qué crees que vio ella en ti, Jack?

—¡Y yo qué sé, no tengo ni idea!

—¡Deberes para mañana! —dijo Patricio levantándose de golpe—. Quiero un folio sobre mi mesa con las cosas que crees que le gustaron de ti cuando te conoció.

—No estarás hablando en serio... ¡Menuda chorrada!

—¡Quiero esa hoja en mi mesa, Jack! —insistió ante la puerta, abriéndola con decisión—. ¡Mañana!

—¿Puedo hacerte una pregunta, Patricio? ¿Cómo te hiciste esa cicatriz?

—¡Mañana, Jack, sin falta, en mi mesa!

El turno había sido tranquilo y, sentados ante unas cervezas, Pedro hacía las delicias de sus compañeros contando anécdotas cuando la puerta del bar se abrió y por ella entró el huracán de Carla, más guerrera que nunca.

—¡Quiero hablar contigo, Jack! ¡Ahora!

Salió en dirección al callejón trasero sin esperar una respuesta, y hasta allí la siguió Jack, respirando profundamente. ¡El tan temible momento había llegado!

—¡Eres un cabrón y un hijo de puta! ¡Quiero saber por qué me dejaste plantada con el calentón!

—¿Estás segura de que quieres saberlo, Carla?

—¡Quiero una explicación! ¡Y la quiero ya!

—Te advierto que no te va a gustar.

—¡Oh, vaya, ahora te preocupas por mis sentimientos, qué considerado!
¡Dime por qué!

—Verás, Carla, yo... me he enamorado.

—¡Oh, ya estamos! —gritó ella, yendo de un lado a otro con desesperación—. ¿De la gorda, te has enamorado de la gorda? ¿Qué pasa?, ¿te hace cosas raras en la cama? ¿Eres un perverso y yo no me he enterado? —Clavó en él su mirada más furiosa—. ¿Por qué? ¿Qué es lo que ves en ella que te tiene sorbido el seso, Jack? ¡Dímelo de una puta vez para que lo entienda!

—Está bien, Carla, te lo diré... —Encendió lentamente un cigarrillo—. Me gusta su voz cuando me habla. Me gusta el sonido de su risa. Me gusta cuando canta en la ducha creyendo que no la oigo. Me gusta cómo utiliza las palabras para poner cada cosa en su sitio. Me gusta cuando se queda ensimismada escuchando una canción. Me gusta cuando aporrea el teclado y le habla. —No pudo evitar una sonrisa—. Me gusta su olor, y el tacto de su piel, y cómo se estremece cuando la toco, y me gustan los gemidos que salen de su boca cuando le hago el amor y las palabras que me susurra al oído... Me gusta cuando se despierta por las mañanas, porque sus ojos parecen dos estrellas de chocolate. Me gustan las caricias de sus manos, porque tienen magia... Me gusta hasta cuando llora..., hasta cuando se enfada...

—¡Jack..., tú... tú... has perdido la cabeza!

—Sí, Carla, he perdido la cabeza... por ella. Lo es todo para mí y la quiero con toda mi alma, y por eso... la quiero en mi vida, la quiero en mi casa y la quiero en mi cama.

Tiró el cigarrillo al suelo y volvió al bar con los ojos llenos de lágrimas.

Lis llevaba cinco días en Madrid, firmando ejemplares, cuando El Corte Inglés llamó a su puerta y la amabilidad personificada apareció al otro lado del teléfono. Sus cortinas estaban confeccionadas y listas para ser colocadas, cual bandera ondeando al viento. Cerró los ojos y pudo verlas, sencillamente deliciosas, así que, tras hablar con la amabilidad, decidió llamar a alguien para quien esa virtud ocupaba un lugar poco destacado en su vida.

—¡Hola! —dijo Juan alegremente al otro lado del teléfono.

—Sé que estás en el trabajo, así que no te robaré mucho tiempo.

—Hoy es un día tranquilo, estoy leyendo. ¿Cómo estás, cariño?

—Bien, necesito que me hagas un favor.

—¿Otro?

—Ah, pero ¿me has hecho el primero?

—Sí, te envié un mensaje con su número.

—He estado muy liada y no lo he visto, pues gracias.

—Bueno, ¿y cuál es ese favor?, ¿quieres que vaya a verte?

—No. —Lo oyó resoplar al otro lado—. Quiero que vayas esta tarde a mi casa, me van a colocar unas cortinas nuevas en el salón.

—¡Joder!

—¡Tampoco creo que sea pedir tanto, Juan! Dado que no me has devuelto las llaves, he pensado que podrías utilizarlas.

—Nena..., yo... te haré todos los favores que quieras, mi vida, pero dime cuándo vuelves, me voy a volver loco.

—¿Por qué?, ¿tu amiga Carla ya te ha encontrado sustituto?

—Ayer vino al bar y hablé con ella.

—¡Vaya, no puede vivir sin ti!

—Pues tendrá que hacerlo. Así se lo he dicho una vez más, espero que ahora le haya quedado más claro.

—¿Por qué le echas la culpa a ella?

—¡Joder, Lis, porque no quiere entenderlo!

—¡El problema no es que Carla no te entienda, el problema es que tú no te explicas bien! Si le dices a una mujer «¿Qué parte de la frase “No me interesas”, no entiendes?» y días después te la comes a besos..., es difícil saber con cuál de los dos conceptos hay que quedarse. Comprendo que Carla esté confusa, tu boca le dice una cosa, pero tu cuerpo le dice la contraria. ¿Cuál de los dos dice la verdad? ¿Cuál de los dos miente?

—¡Tus uñas siguen arañando y arañando, y yo... yo... ya no puedo más..., ya no puedo más...!

—Está bien, Juan, no quiero seguir atormentándote, olvida lo del favor, y... quizá sea mejor que no hablemos durante un tiempo, sí, quizá sea lo mejor, adiós.

Dejó la mitad de la comida en el plato, las discusiones con Juan tenían el efecto de quitarle el apetito, y se fue a la habitación, donde pasó el resto de la tarde que tenía libre. A media tarde, María llamó a la puerta: el hombre del chaleco gris había vuelto y había dejado su teléfono. Lis se tendió en la cama y se quedó dormida. Al anoecer, se dio una ducha, con el corazón acelerado y

la mente confusa, cuando alguien la reclamó al otro lado de la línea.

—Son muy bonitas.

—¿Qué?

—Las cortinas, son muy bonitas.

—¡Vaya, así que al final me has hecho el favor!

—Nena, te haré todos los favores que me pidas, todos.

—¿Sí? Pues entonces hazme otro y, cuando hables con tu madre, díselo. Ella me ayudó a elegir las. Díselo, Juan, le gustará oírlo. ¿Harás eso por mí?

—¿Otro favor?

—Ya sabes el refrán: «No hay dos sin tres».

—¡Cariño, estoy deseando que llegues al cuarto! ¡Te echo de menos, mi vida! Dime cuándo vuelves, por favor, o déjame ir a verte.

El hombre del chaleco gris la esperaba al fondo de la terraza, sentado a una discreta mesa, con una taza grande de café en una mano y el cigarrillo en la otra.

—¿Por qué seremos tan adictos? —preguntó Lis con una sonrisa, mientras pedía también un café y encendía un cigarrillo—. Muchas veces me he preguntado por qué no he caído en adicciones más fuertes.

—Es por nuestro instinto de supervivencia. Lo tenemos más desarrollado que el resto de la gente, lo hicimos trabajar muy duro para poder sobrevivir a aquel infierno y sigue ahí, velando por nosotros desde entonces. Nos permite pequeños placeres prohibidos que nos hacen sentir bien pero que no nos matan, al menos no inmediatamente, pero no nos deja caer en otros más grandes. ¿A que nunca se te ha pasado por la cabeza saltar en paracaídas... o hacer *puenting*? —Lis negó, sonriendo—. Las personas buscan emociones fuertes, pero nosotros no las necesitamos, porque ya las hemos vivido todas. Por eso llevamos vidas tranquilas, monótonas y en muchos casos aburridas. Ya hemos tenido suficientes emociones, no queremos más.

Se quedaron en silencio, fumando y bebiendo café, hasta que el hombre del chaleco gris cogió una bolsa, sacó de ella un manuscrito y lo puso sobre la mesa.

—Yo no sé escribir tan bien como tú, mi vena creativa se orientó hacia otras artes. Ya sabes lo que dicen, que los genios se forjan en la desgracia, lo cual me hace pensar que quizá de aquel infierno saliese alguno más. A la agencia sólo envié una parte, pero aquí está todo o, mejor dicho, casi todo,

falta el último capítulo. Me gustaría que lo leyeras.

—¿Por qué?

—Porque confío en tu buen criterio, en tu buen juicio y, sobre todo..., en tu buen corazón. Quiero que seas depositaria de él en caso de que a mí me ocurriese algo.

—¿Estás enfermo?

—No, pero los años pasan y, a medida que lo hacen, yo me vuelvo más previsora —dijo él con una sonrisa.

—¿Y qué quieres hacer con él?, ¿publicarlo?

—Sí. Quiero que todo el mundo sepa lo que pasó allí, pero sobre todo quiero que todo el mundo sepa quiénes no movieron un dedo para evitar que aquello pasase. Por eso necesito un poco más de tiempo, estoy... recopilando los nombres de los responsables... Ése será el último capítulo.

—Mamá, las cortinas son preciosas.

—¡Oh, ya se las han puesto! ¡Qué bien!

—Las acaban de colocar. Tengo que decirte que formáis un buen equipo. Quedan muy bien, parecen nubes de algodón meciéndose al viento.

—¡Hijo, qué poético estás! ¡Cómo se nota que estás enamorado! ¿Y se puede saber qué haces en su casa a estas horas? ¿No me dijiste que estaba en Madrid?

—Sí, está en Madrid, pero es que la echo tanto de menos que me voy a quedar a dormir aquí.

—¡Oh, Señor, Juan, qué cosas dices, hijo, qué cosas! Pero creo que deberías consultárselo. ¡No creo que le haga mucha gracia que tomes posesión de su cama así como así!

—Sí, quizá tengas razón, la llamaré.

—Me parece bien, Juan, muy bien, la comunicación no debe faltar nunca en una pareja, hijo, nunca.

—Mamá, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Claro.

—Tú y papá... ¿cuándo dejasteis de tener comunicación?

—A los dos años de casarnos.

—¿Por... por qué?

—Porque a los dos años de nuestra boda me confesó que se había enamorado de otra. —Juan se dejó caer sobre el sofá—. ¿Quieres preguntarme

algo más, hijo?

—Pues ahora mismo... creo que no, pero... iré a verte pronto... ¿Te parece bien?

—Claro, hijo, mi casa es tu casa, siempre lo ha sido y siempre lo será.

—Nena, tengo que pedirte dos favores.

—¡Vaya, un *pack*!—dijo Lis, riendo.

—El primero es que me dejes dormir en tu casa.

—¿Por qué?, ¿ha pasado algo en la tuya?

—No, nada, pero es que... no consigo dormir en mi cama, Lis, no puedo dormir si no es contigo. Por favor, déjame dormir aquí, al menos podré olerte en la almohada.

—Está bien, siempre y cuando no vayas a profanar mi santuario con ninguna «churri».

—Cariño, ¿cuándo vuelves? Necesito que vuelvas.

—¿Crees que se me ha pasado el enfado, Juan? Porque si es así, tengo que decirte que nada más lejos de la realidad. Y que sepas que el modo en que me sometiste sobre la cama se puede considerar agresión sexual. Lo he leído en un manual de psicología, así que creo que deberías hacértelo mirar por el ratón de biblioteca.

—Pues precisamente él tiene la culpa del segundo favor. Verás, me ha puesto deberes. —Lis no pudo evitar una carcajada—. Sí, lo sé, es una gilipollez, pero me los ha puesto. Mañana quiere sobre su mesa un folio con una lista de las cosas que te gustaron de mí cuando me conociste.

—¿Y qué pasa?, ¿se te han acabado los folios y quieres que te dé permiso para usar los míos?

—Nena, el folio está en blanco, no tengo ni la más remota idea de qué te gustó de mí.

Acababa de acostarse en su cama y se estaba abrazando a su almohada, enterrando la cara en ella y oliéndola, cuando su móvil comenzó a avisar de un mensaje.

Mensaje de Lis:

—Me gustó el calor que me transmitió tu mano cuando estaba entre los hierros.

—Me gustó la seguridad de tu voz cuando dijiste que me sacarías de allí.

—Me gustó la rebeldía de tu carácter cuando el jefe te echó pero volviste.

—Me gustó que me contaras que comías chocolate cuando estabas triste.

—Me gustó verte leer en el sofá del hospital.

—Me gustó cuando apareciste en mi puerta pidiéndome un beso.

—Me gustó que fueses el primer hombre que me hizo el amor.

Me estoy quedando sin batería, pero dile al ratón de biblioteca que, si no fuese por este pequeño contratiempo, podría seguir escribiendo durante toda la noche, lo cual no significa que el enfado se me haya pasado, no te laves a engaño.

Jack entró con el folio doblado en la mano y, muy ceremoniosamente, lo colocó sobre la mesa. Patricio lo abrió y frunció el ceño al verlo en blanco.

—Yo no entiendo qué vio en mí, así que se lo he preguntado. ¿Quieres leer su respuesta? —preguntó, tendiéndole el teléfono.

—Bueno —dijo Patricio, devolviéndoselo con una sonrisa—. Pues está claro que, atrapada como estaba entre los hierros del coche, no pudo contemplar tu hermoso porte, así que tu increíble aspecto no tuvo nada que ver en la atracción.

—¿Te estás cachondeando de mí, Patricio?

—Permíteme esta pequeña revancha, Jack, por las muchas veces que ha sido a la inversa —contestó él con una sonrisa mientras abría un cajón y sacaba el libro—. Tu novia sabe escribir, lo he leído y es desgarrador.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Jack, poniéndose muy serio—. A veces me pregunto cómo fue capaz de aguantar aquello, me lo pregunto muchas veces.

—Nuestra capacidad de aguante es... infinita. Me refiero al género humano en general, en el que naturalmente no te incluyo. Tú perteneces a esa extraña especie que cree que hay que atacar para sobrevivir, ella no. Ella sabe que para sobrevivir hay que resistir, hay que aguantar. ¿Cuándo lo aprenderás tú, Jack?

—¿Ya te has cansado de mí, Patricio?, ¿ya quieres perderme de vista? ¿Significa eso que ya no tengo que volver? ¡No sabes qué alegría me das!

—Nada más lejos de la realidad. Estás en pleno proceso, aún te queda mucho.

—¡Joder!

Lis se sentó en la terraza de la cafetería con el manuscrito sobre las rodillas. Apoyó los pies en la silla que había enfrente y le pidió al guapísimo camarero un café americano. Al fin había encontrado el valor para leer lo que otro había vivido en LA CASA. Allí estaba de nuevo su infierno, con la perspectiva de alguien que también lo había vivido, que también lo había sufrido. Encendió un cigarrillo y se sumergió en las páginas, dejando que las palabras la trasladasen allí de nuevo, al infierno en la Tierra.

Fui de los primeros niños que llegó a la casa, tenía entonces doce años.

Él era el hombre más grande que yo había visto nunca, tenía la fortaleza de un toro y la mirada de un demonio, y su cuerpo estaba en la plenitud de la vida. Era insaciable y, cuando caías en sus manos, lo único que podías pensar era en qué momento dejarías de vivir. Deseé que llegase ese momento muchas veces.

Ella era una hiena, a donde no llegaba la maldad de él, llegaba la de ella. Le arengaba, le incitaba, le provocaba, le daba ideas, y, en medio de aquella locura, ella movía la batuta, ella dirigía la orquesta.

De lo primero que nos despojaban al llegar era, además de nuestras ropas, de nuestro nombre. «TÚ NO ERES NADIE, NO EXISTES.» Nuestros nombres eran borrados de un plumazo. El mío se transformó primero en GUA-GUA y posteriormente en PERRO. Los que conocí en el tiempo que estuve allí, seis años, recibieron otros como COMADREJA, CONEJO, CERDO, CAMALEÓN, HIENA o RATÓN. A las niñas, que tenían un poco más de suerte, porque a él las niñas no le gustaban, recibieron nombres como CARDO, ORTIGA, TOMILLO, PEREJIL... Las niñas eran utilizadas

únicamente como esclavas, para hacer todas las tareas del campo y de la casa, pero a nosotros, a los niños, nos querían para otras muchas cosas. Cosas que nadie puede ni tan siquiera imaginar, pero que a través de estas líneas contaré con todo lujo de detalles, esperando no olvidar nada, porque nada de lo allí ocurrido debe ser olvidado, nada.

Fui elegido la segunda noche, tras la que llegarían otras muchas. Al principio las contaba, pero llegó un momento en que, sencillamente, perdí la cuenta, mis energías estaban encaminadas a aguantar, a sobrevivir, a respirar. Con eso tenía más que suficiente, así que seguir contando no estaba entre mis prioridades más inmediatas.

Nos hacían dormir en la pocilga de los cerdos, en uno de los chiqueros: «ESTÁ DESTINADO A VOSOTROS, PORQUE NO SOIS MÁS QUE CERDOS». Por las mañanas, él nos despertaba con la manguera, antes de enviarnos a la escuela. Los sabañones se convirtieron en nuestros amigos inseparables. Dormíamos abrazados para darnos calor, pero el frío que se me metió dentro durante aquellos años nunca ha conseguido salir de mi cuerpo.

«TÚ, LEVANTA.» Me levanté tembloroso y le seguí, como tantas veces tendría que hacer a partir de entonces. Oí los llantos de los que se quedaban, eran llantos de alivio por no haber sido elegidos. Entramos en la casa silenciosa y oscura y me empujó escaleras arriba hasta su habitación, abrió la puerta y me tiró dentro. Sobre la cama estaba ella, totalmente desnuda, recostada sobre las almohadas, con los ojos brillantes, el pelo brillante, la piel brillante y el olor nauseabundo del sudor envolviéndolo todo. Aquel día descubrí que el asco es infinito. «DESNÚDATE.» Yo tenía doce años y no entendí. La bofetada me lanzó al otro lado de la habitación. «DESNÚDATE.» Lo hice deprisa. «MÉTESELA.» Me quedé quieto, con los ojos desorbitados y la respiración entrecortada. La segunda bofetada me dejó sin sentido. Cuando abrí los ojos estaba sobre la cama y sobre las piernas de él. «¡ASÍ QUE NO SE TE LEVANTA! NO TE PREOCUPES, SE TE VA A LEVANTAR, TE AYUDAREMOS UN POCO PARA QUE SE TE PONGA BIEN DURA.» Me separó las piernas y me metió los dedos. Abrí la boca y grité con todas mis fuerzas, cuanto más gritaba, más se reían. «GRITA, PERRO, GRITA, ASÍ, ASÍ.» La mano de ella fue hacia la mesilla, cogió un cepillo del pelo y se lo dio a él, me metió el mango, todo, hasta que dejé de gritar y comencé a pensar. Aquella tortura no cesaría hasta que lo hiciese, así que le ordené a mi cuerpo que se excitase, se lo ordené con todas mis

fuerzas, se lo supliqué con todo mi corazón, hasta que el milagro se produjo y mi pequeño cuerpo despertó al mundo de los adultos sin querer hacerlo.

«YA LA TIENE DURA, CARIÑO. MÉTESELA.» Me tiró sobre ella, que abrió las piernas al momento, y yo... yo se la metí, se la metí hasta el fondo, mientras ella comenzaba a gemir. Cuando terminó de correrse por primera vez, le gritó: «AHORA TÚ, CARIÑO, MÉTESELA TÚ, MÉTESELA, MÉTESELA». Yo no sabía de lo que hablaba, pero sus manos agarraron mis nalgas, sus uñas se clavaron en ellas y las separaron. Entonces LA BESTIA me cubrió con su cuerpo y me penetró como el animal que era. Y mientras ella gritaba de placer, yo gritaba de dolor, y con cada una de sus embestidas yo se la metía más y más adentro. Él se corrió dentro de mi cuerpo con un grito que me traspasó, creo que llegó hasta los cimientos mismos de la casa, porque la oí crujir. Salió de mi cuerpo y me azotó el culo muchas veces mientras me gritaba: «SIGUE CON ELLA, SIGUE CON ELLA, HASTA QUE SE CANSE». Seguí con ella hasta que se cansó; se corrió dos veces más. Cuando quedó satisfecha, me apartó de un empujón y me tiró al suelo, donde él me agarró por el pelo y me llevó a rastras por la escalera hasta el cuartito que había bajo la misma. Allí me metió de un empujón y cerró con llave, hasta el día siguiente.

Con cada acto que cometían con nosotros su sadismo aumentaba, su crueldad no tenía límites, se creían invulnerables.

Aquella noche se repitió muchas noches, y siempre terminaba en el cuartito bajo la escalera. En aquel pequeño espacio comprendí que no existía un futuro para mí, allí se quedaron todas mis ilusiones, todas mis esperanzas, allí enterré mi fe, mi deseo de libertad, mis sueños, mis anhelos... Hasta que en mi último año allí... ella llegó a la casa.

Sus intentos por escapar de aquel sitio me despertaron de mi letargo. Sus intentos por pedir ayuda revolvieron mis ansias dormidas, y el sonido de su risa se coló en mi alma despertándola lentamente. Ella, una niña de ocho años, se convirtió en nuestra heroína. No sabíamos cómo era, ni cómo se llamaba, pero sus escaramuzas para intentar zafarse de los monstruos nos hicieron creer de nuevo en que había esperanza.

Una noche, mientras lloraba en silencio en el cuartito bajo la escalera, ella apareció al otro lado. Quitó una pequeña tabla que estaba suelta y me tendió una manzana. Nunca una fruta tuvo tan buen sabor en mi boca como aquella manzana, no sé si fue porque me la entregaron sus manos o porque vino acompañada de sus palabras. Me habló del futuro que nos aguardaba

fuera de la casa, de la vida que viviríamos cuando saliésemos de allí, de cómo nos reiríamos cuando ellos gritasen de dolor, de rabia y de miedo. Cuando se marchó, lloré las lágrimas más amargas, con la firme convicción de que nunca se harían realidad sus palabras, porque aquel suplicio acabaría conmigo, terminaría matándome. Nunca sería libre, nunca podría disfrutar de aquel mundo que, según ella, me estaba esperando.

Pero sus palabras se hicieron realidad, todo ocurrió tal como ella dijo... Cuando llegó su final, los oí gritar de dolor, de rabia y de miedo, y me reí, me reí para que mi risa se oyese en el mundo entero, porque al fin era libre, al fin era libre, al fin era libre.

Lis se limpió las lágrimas, observando esa última frase, añadida con tinta de otro color y mano temblorosa.

Salió del baño envuelta en el albornoz y se sentó a los pies de la cama para secarse el pelo con una toalla, cuando, de repente, en la pantalla de última generación que había frente a ella, apareció la cara de una mujer, enamorando a la cámara. Su preciosa melena rubia, sus maravillosos ojos azules, sus sensuales labios, sus pómulos bien definidos, sus increíbles pestañas y sus perfiladas cejas eran el imán perfecto para el hombre que accionaba aquella cámara que la enfocaba y parecía querer devorarla, haciendo un zoom tras otro sobre aquella belleza que tenía delante.

La toalla resbaló lentamente de las manos de Lis y acabó en el suelo, su mano se extendió y cogió el mando a distancia para darle volumen al televisor, sin poder creer todavía lo que estaba viendo.

—Y ahora —dijo el presentador con una gran sonrisa en los labios—, la entrevista más esperada de los últimos tiempos. Se encuentra con nosotros esta noche la periodista Carla Ibáñez, autora de un artículo en el que se destapa una gran mentira, como ella misma lo ha titulado, y que ha causado una gran conmoción. Buenas noches, Carla.

—Buenas noches. Es un placer estar aquí contigo.

—Afirmas en tu artículo que el libro *LA CASA* es una gran mentira. ¿Qué te llevó a plantearte su veracidad?

—Pues verás... —respondió ella pensativa, frunciendo el ceño—, fue a raíz de conocer a su autora. Los ojos de una persona nunca mienten, y los de aquella mujer rezumaban venganza, odio, rabia..., por no hablar de su voz, lo más horroroso que he oído nunca, y, naturalmente, las palabras que salían por su boca y que eran de total y absoluto desprecio hacia la vida humana.

—Entiendo... —contestó el presentador, ladeando la cabeza y mirándola

concentrado—. No te gustaron sus ojos, ni su voz, ni sus palabras... pero, como periodistas, sabemos que la intuición, aunque a veces nos lleve por el buen camino, no sirve de nada sin pruebas. Doy por sentado que para elaborar semejante artículo habrás llevado a cabo una labor de investigación exhaustiva.

—¡Oh, por supuesto! ¡La investigación ha sido exhaustiva, como tú bien dices! Le he dedicado muchas horas, la verdad, pero yo siempre he sido una gran investigadora y conseguí llegar al meollo de la cuestión, lo que me demostró que ese libro, que se presenta como una historia real, no es más que una gran mentira, una pura farsa, una total invención, una auténtica falacia.

—Pero es... extraño, ¿no crees? —comentó el presentador, frotándose la barbilla concentrado—. Las editoriales no suelen pillarse los dedos en estos temas. Tienen asesores jurídicos que los aconsejan sobre estas cosas y..., la verdad, si hubiesen tenido alguna duda al respecto, simplemente cambiando los nombres habría sido suficiente para evitar esto... ¿Por qué crees que no lo han hecho? ¿Ha sido un simple despiste, una negligencia?

—Bueno... —dijo Carla, balanceando su larguísima pierna—, no es lo mismo publicar una novela que una historia basada en hechos reales. ¡Ya sabes cómo es la gente, le encanta empatizar, y cuanto más macabra sea la historia, más empatiza!

—¿Quieres decir que el único interés que los ha movido ha sido el económico, sin tener en cuenta otras consecuencias? —Carla frunció el ceño. Con aquel hombre no le estaban sirviendo sus armas de mujer—. Pero ¿por qué? ¿Por lanzar al estrellato a una perfecta desconocida? Porque tengo entendido que éste es su primer libro, nunca antes había publicado.

—Bueno, hay personas que tienen una ambición desmedida, que no se arredran ante nada para conseguir sus objetivos, ya me entiendes.

—Pues no... ¿Qué quieres decir?

—Verás... —por sus ojos comenzó a salir auténtico fuego—, por lo que yo sé, el agente literario que la lleva y ella han hecho muy buenas migas, y, en fin, una mujer ambiciosa sabe qué teclas tocar para conseguir sus objetivos.

—Estás hablando del señor Luis Senante, director de la Agencia Literaria Pastrana, un hombre con casi cuarenta años de profesión a sus espaldas y...

—Y también con una vida personal muy triste, como bien he podido saber —le cortó ella, cruzando las piernas y mostrándolas bien a cámara—. ¡Y luego está su relación con el editor, claro!

—¿Su relación con el editor? —preguntó asombrado el presentador. Sus

ojos no podían estar más abiertos de lo que ya estaban.

—¡Como lo oyes! —dijo Carla con una gran sonrisa en los labios—. Al parecer, al agente le va todo, la carne y el pescado, y con el editor ha hecho tan buenas migas como con ella. ¡Tiene grandes cualidades de persuasión el agente, y, claro, las ha puesto en práctica para conseguir llevar a su pupila a lo más alto! ¡Y para ello no ha reparado en sacar al editor del armario! Algo que no hacía ninguna falta, pues todo el mundo sabe de su afición por los jovencitos..., todo el mundo menos su mujer, claro. Las mujeres somos las últimas en enterarnos de esas cosas.

—¡Vaya, vaya, vaya...! —exclamó el presentador, sin salir de su asombro—. Bien..., tenemos que hacer un corte publicitario, pero volvemos enseguida.

Lis se echó las manos a la cabeza. Se levantó de la cama anonadada y buscó desenfrenadamente un cigarrillo. Abrió la ventana y fumó con ansia. ¡Aquello no podía estar pasando! Su corazón descontrolado agradeció el chute de nicotina, pero sus manos no podían dejar de temblar. La diosa rubia seguía en una pequeña ventana de la pantalla, mientras unas hábiles manos le retocaban el maquillaje. Lis pegó un brinco cuando su móvil comenzó a sonar, y el nombre de Luis Senante en la pantalla le provocó un nuevo vuelco a su maltrecho corazón.

—¡Dios mío..., Luis...! ¿La estás viendo?

—¡Lis, hacía tiempo que no me reía tanto! —La risa casi no lo dejaba hablar—. Pero ¿qué le has hecho a esa mujer para que esté tan rabiosa? No le habrás quitado el novio...

—Me temo que sí. —La carcajada al otro lado le puso los pelos de punta a Lis, que se preguntó si a aquel hombre no le estaría dando un ataque de locura—. Yo... lo siento, Luis, de veras que lo siento.

—Tú no tienes por qué sentirlo. No te preocupes en absoluto. Estoy pasando un rato muy divertido escuchándola, es todo un espectáculo. Pero te aseguro que no me afecta en ningún aspecto, ni personal ni profesionalmente.

—Pero... tu mujer...

—¡Oh, querida! Mi mujer tiene alzheimer desde hace años y lamentablemente ya no se entera de nada. Ojalá pudiese oírla, porque sé que se reiría tanto o más que yo, tenía un gran sentido del humor.

—¡Pues no sabes qué peso me quitas de encima, estaba tan preocupada!

—La que debería estar preocupada es ella, porque si bien a mí no me afecta lo más mínimo lo que diga, estoy seguro de que a Federico sí, y mucho —comentó el agente con un profundo suspiro—. Se ha pasado la vida metido

en el armario, y que esa bocachancla le saque de él y le exponga ante su mujer, sus ocho hijos y los miembros del Opus en el que está metido... te aseguro que no le va a dejar indiferente. Esa muchacha no sabe lo que ha hecho, su carrera como periodista se ha ido al garete, estoy seguro. ¡Oh, ya empieza! No dejes de mirar la pantalla, Lis, estoy convencido de que Federico tomará cartas en el asunto de inmediato. El hecho de haber estado toda la vida metido en el armario no ha disminuido en absoluto su capacidad para enfrentarse a quien sea.

El programa estaba de nuevo en antena. El presentador escuchaba muy serio a alguien que le hablaba por el pinganillo, mientras la entrevistada se recomponía la blusa y sonreía abiertamente.

—Bien, estamos aquí de nuevo con la señorita Carla Ibáñez, quien, antes de irnos a publicidad, ha hecho una serie de acusaciones que requieren cuando menos de una explicación por su parte... ¿Señorita Ibáñez? —El tuteo por parte del presentador había dado paso al trato más distante.

—Discúlpame, pero no sé a qué te refieres —dijo ella, levantando las cejas sorprendida—. No he dicho nada que no sea cierto y que no esté en boca de todos, así que no sé de qué explicaciones me hablas.

—¿No quiere usted reconsiderar sus palabras? ¿No quiere retractarse de ellas? Han sido muy duras, y creo sinceramente...

—¡A mí no me lo han parecido, y estoy segura de que a ti tampoco te lo parecerán mañana, cuando veas los índices de audiencia! ¡Seguro que haremos historia!

—Yo no creo que el fin justifique los medios, señorita Ibáñez, pero no es más que mi opinión. —La expresión de Carla era de pura sorpresa cuando el regidor entró en el plató y le pasó una nota al presentador—. Me hacen entrega en este momento... de un comunicado que tiene que ver con la entrevista que le estamos realizando a la periodista Carla Ibáñez... En un burofax remitido por el gabinete jurídico de la Editorial Sorolla, y en nombre de su presidente y fundador, don Federico Magallanes..., leo textualmente: «Se comunica a la señorita Carla Ibáñez la intención por parte de este gabinete jurídico de emprender las acciones legales pertinentes contra dicha periodista, por sus declaraciones realizadas en el día de hoy en el programa “Así va la vida”, en la cadena Cuatro... por injurias, calumnias, intromisión al derecho al honor, daño moral... Asimismo, se la conmina a que en este mismo momento y ante todo el público que ha oído sus declaraciones sobre la autora del libro *LA CASA*, y sobre las personas que trabajan de forma profesional y honesta en

esta editorial, se retracte públicamente de lo dicho ante las cámaras. En caso de no hacerlo, este gabinete jurídico procederá a presentar de manera inmediata en el juzgado de guardia la querella correspondiente...».

—¡No puedo retractarme de algo que es absolutamente cierto y de dominio público! —dijo Carla con una carcajada—. ¡Lo que pasa es que les duelen las verdades, eso es lo que pasa!

—Yo... creo que no es usted del todo consciente del alcance de este burofax...

—¡Soy totalmente consciente de las amenazas que ahí se vierten contra mi persona para intentar cerrarme la boca, pero no lo conseguirán! He destapado la gran mentira que han urdido y por eso están rabiosos, únicamente por eso, porque les he estropeado las ventas.

—Permítame que lo dude. Creo sinceramente que no sabe usted a quién se está enfrentando —dijo el presentador con la mayor de las seriedades—. Quiero recordarles a nuestros telespectadores que la Editorial Sorolla es una de las más prestigiosas del país, y que en su larga trayectoria profesional sólo ha presentado una querella, una querella millonaria que ganó, y que supuso el desprestigio y el cierre de uno de los periódicos más importantes... Espero que pueda usted probar ante un juez sus palabras, señorita Ibáñez.

—¡Puedo probarlo todo, absolutamente todo! —replicó ella. Genio y figura hasta la sepultura.

Lis había huido en busca de la calma que necesitaba para poner en orden sus pensamientos, pero a medida que los días iban pasando, la profundidad de sus sentimientos hacia Juan se hacía más patente, asustándola. Se despertaba en mitad de la noche llamándole, con el corazón acelerado, con el cuerpo excitado, deseando sentir el roce de su cara, las caricias de sus manos, el latido de su corazón sobre su pecho. Si creía que poner tierra de por medio era el remedio para olvidarse de él, nada más lejos de la realidad, porque los cientos de kilómetros que los separaban elevaban exponencialmente el deseo que sentía. La necesidad de tenerle cerca, de tocarle, de olerle, de amarle, crecía y crecía a cada minuto que pasaban alejados, y su voz al otro lado del teléfono era el soplo de aire que el fuego que latía en su corazón necesitaba para avivarse, para crepitar con más ahínco, para despertar todos sus instintos.

Observaba las luces de la ciudad, diciéndose que todos sus intentos por olvidarse del macho alfa dominante habían sido en vano, y que volver a sus brazos era lo que más deseaba en el mundo, cuando una vez más en su vida, la luz se convirtió en oscuridad rodeándola con su espeso manto. El timbre del teléfono de la habitación tuvo en ella el mismo efecto que la niebla que una fría madrugada de otoño la envolvió en la autopista, llevándola hacia un lugar en el que no quería estar, el lugar del sufrimiento, de la angustia, del terror, el lugar en donde el miedo habita.

—Buenas noches, señorita Blanco. Disculpe la molestia, pero tiene usted una visita y es política del hotel identificar a todo el que entra y sale. Por eso la llamo: está aquí Sebastián.

¡Sebastián!

Pero ¿qué demonios estaba haciendo él allí?

—Si no desea usted recibirle en este momento...

—¡Oh, no, perdone, yo..., sí, claro, puede subir!

Se puso la bata lentamente, preguntándose qué le habría llevado hasta allí. Cuando abrió la puerta, le encontró al otro lado con una gran sonrisa en los labios.

—¡Sebastián, qué sorpresa! ¿Qué haces aquí?

—He venido por trabajo y he pensado en hacerte una visita... ¿Puedo pasar?

—¡Sí, claro..., claro, pasa!

Lis nunca supo de dónde le llegó el golpe, sólo supo que el impacto sobre su cabeza la dejó inconsciente durante un buen rato, sumiéndola en una bruma en la que ya había estado y que, una vez más, con su extraño manto la abrazaba. Sin embargo, en esta ocasión no vio chalecos reflectantes por los arcones, ni sintió la mano de Juan en la suya. Cuando abrió los ojos ya era noche cerrada. La punta del cigarrillo encendido era lo único que veía de él, sentado en la butaca de la esquina, junto a la ventana, fumando en la oscuridad, así como sus largas piernas cruzadas. Su mente volvió al cautiverio tantas veces impuesto, y, al igual que entonces, se dijo que aquello también terminaría, que sólo tenía que aguantar.

—¿Ya te has despertado? —preguntó Sebastián, levantándose lentamente—. Bien. No me gusta hacerlo cuando estáis inconscientes, es como follar con una muñeca hinchable. Me gusta que la mujer me sienta, que me sienta bien. —Encendió una pequeña lámpara y comenzó a desnudarse—. He deseado hacer esto desde el primer día que te vi, pero tú sólo tenías ojos para el bombero guaperas. Pero, ahora él no está aquí, y yo sí. —Se sentó a su lado y le desató el cinturón de la bata—. Te la voy a meter hasta el fondo, para que no me olvides nunca. Cada vez que te acuestes con él, me recordarás a mí, sólo a mí, recordarás mi polla dentro de tu cuerpo, dura, caliente y llena de leche..., toda para ti.

Tomó su cuerpo con la brutalidad que sólo un animal puede emplear, violándola como un salvaje y corriéndose dentro de ella, mientras por su boca salían las palabras más sucias que pueden salir por la boca de un hombre. Cuando terminó, se metió en el baño durante mucho tiempo. Salió envuelto en una toalla, se secó despacio y se vistió muy lentamente, mientras se fumaba un cigarrillo y observaba la ciudad tras los cristales.

—Ha estado bien —dijo poniéndose la chaqueta y acercándose lentamente a la cama. Se sentó y acarició sus pechos—. Me ha gustado

follarte. Ahora te voy a desatar, y tú, tú no vas a decir nada de lo que aquí ha pasado, porque yo soy un buen amigo, un amigo al que has dado permiso para subir a visitarte, un amigo al que echabas muchísimo de menos, y lo que aquí ha pasado ha sido porque tú me lo has pedido, porque me lo has suplicado, porque estabas ansiosa por follar conmigo. Le diré a quien quiera escucharme que me has pedido que viniera a verte, que te has abierto de piernas para mí como la puta que eres, como lo sois todas. Nadie creará otra versión, y menos ahora que tu credibilidad está por los suelos gracias a la rubia de la tele. ¡Será tu palabra contra la mía, tu palabra contra la mía!

Le desató las muñecas y se levantó despacio, mirándola. Lis permaneció con los ojos cerrados y lentamente se hizo un ovillo sobre la cama. Cuando oyó cerrarse la puerta, abrió los ojos, se quitó la cinta adhesiva de la boca y lloró con todas sus fuerzas. Se arrastró hasta el baño y se metió bajo la ducha durante varias horas.

Cuarenta y ocho horas fue el tiempo que Lis estuvo desaparecida. Cuarenta y ocho horas que a María, la ayudante de Luis, se le hicieron eternas, y en las que llamó a todos cuantos la conocían, intentando dar con ella. Una de esas llamadas fue para Jack.

—Lis me dio tu número por si surgía algún imprevisto y yo... estoy muy preocupada. No sé nada de ella desde anteayer, no se ha presentado a la firma de libros, en el hotel dicen que no la han visto, y no contesta al teléfono... No entiendo que se haya ido sin decir nada, ella no es así, es tremendamente responsable..., y luego está lo de la visita que tuvo.

—¿Qué visita? —preguntó Jack, frunciendo el ceño.

—Ayer recibió en el hotel la visita de un amigo, un tal Sebastián... ¿Tú le conoces?

El auténtico hombre de las cavernas salió por la puerta del patio trasero, a donde Pedro le siguió. El cuerpo de Jack era la personificación de la desesperación más absoluta.

—¿Qué pasa, Jack?!

—¡Joder, joder, joder! —exclamó él, echándose las manos a la cabeza—. ¡Esto sí que no me lo esperaba, Pedro, esto sí que no! ¡Sebastián ha ido a Madrid a ver a Lis, Pedro, ha ido a Madrid a verla! ¡Se han liado!

—Pero ¿qué estás diciendo, tío? ¿Te lo ha dicho ella?

—¡Pedro..., blanco y en botella!

—Lis es una mujer muy sincera, Jack, yo... no me la imagino engañándote, y, la verdad, no entiendo por qué lo das por hecho y no le

concedes el beneficio de la duda... ¡Ella lo hizo contigo!

—¿De qué coño estás hablando?

—¡Joder, Jack! ¡Te dejó en el bar en brazos de Carla! Dime, ¿alguna vez te ha preguntado qué pasó aquella noche?

—¡Jack! —El grito llegó desde la puerta trasera, por donde el jefe asomaba la cabeza, hecho una furia—. ¡¿Qué coño haces aquí, Jack?! ¡Patricio lleva media hora esperándote! ¡Sube inmediatamente!

—¡Hoy no puedo, jefe, hoy no puedo!

—INMEDIATAMENTE, Jack... ¡Es una orden!

—¡Tengo más cosas que hacer que esperarte, Jack! —le espetó Patricio con cara de malas pulgas tan pronto como le vio entrar por la puerta.

—¡Pues dame el alta de una puta vez y no tendrás que verme nunca más! —exclamó él, desplomándose en el sillón.

—¡El que tiene motivos para estar cabreado soy yo, no tú!

—¡Y yo, Patricio, y yo! ¡Hoy creo que podría matar a alguien! —Se tapó la cara con las manos, suspirando profundamente—. Lis ha estado con otro tío..., no quiere que yo vaya a verla... y ha ido otro.

—¿Te lo ha dicho ella?

—¡No, no me lo ha dicho ella! —le gritó con furia—. ¡No hace falta que me lo diga ella, ha ido a Madrid y ha estado en su hotel! ¿Qué hay que decir?

—¡Oh, Señor, tú y tu impulsividad! —se lamentó el psicólogo, levantándose y paseando por el despacho mientras se encendía un cigarrillo—. ¿Puedo saber por qué desconfías de ella? ¿Acaso alguna vez te ha dado motivos para hacerlo? —Jack resopló—. No entiendo que no le concedas el beneficio de la duda, la verdad, no lo entiendo. ¡Si tanto la quieres, es lo menos que podrías hacer!

—¡Joder, Patricio, que no tenemos quince años! ¡Está enfadada conmigo por lo que pasó con Carla, me ha echado de su casa, se ha ido lejos para no verme..., y un tío que me la quiere levantar desde hace tiempo ha ido a verla al hotel!... ¡No hace falta tener mucha imaginación para saber que no han estado rezando el rosario!

Patricio se acercó a la ventana y observó la ciudad. Un minuto exacto fue el tiempo que Jack aguantó callado.

—¿Me vas a ayudar o no? —preguntó con desesperación.

—¿Cómo?

—¡Joder!

—«Cree el ladrón que todos son de su condición» —dijo lentamente Patricio—. Deberías concederle el beneficio de la duda y esperar a que ella te explique lo que ha pasado... ¿Y por qué aún no se lo has preguntado, si puede saberse?

—¡Porque no sé dónde coño está! ¡Ha desaparecido y no contesta al teléfono! ¡Lo cual es otra señal de que algo ha pasado y no quiere dar la cara!

—Se ha escondido —Patricio asintió lentamente—. ¿Y tú no sabes dónde está, Jack? —Éste resopló de nuevo—. ¡Si en lugar de ofuscarte usases ese cerebro que Dios te ha dado, quizá podrías tomar decisiones más racionales!

—¡¿Quieres decirme de qué coño estás hablando?!

—¡No me grites, neandertal, y piensa un poco! ¿Qué hacemos cuando tenemos un problema?, ¿qué? Buscamos consuelo, Jack, buscamos consuelo... ¡Oh, Señor! ¿Qué hacías cuando de niño te caías y te hacías daño?, ¿a quién recurrías, coño?

—Iba corriendo a... casa... Pero ella... no tiene familia... ¡Joder, joder, joder!

Cuando Lis abrió los ojos, la habitación estaba en penumbra y las cortinas echadas. Una pequeña sonrisa iluminó su cara al verlas, tenían dibujos de coches y de motos; seguramente Carmen las había confeccionado con sus propias manos. Aquello era lo que Juan había visto cada mañana de su vida al despertarse en su habitación de niño. Los ojos se le llenaron de lágrimas, respiró profundamente y se sentó en la cama. No tenía fuerzas para dar explicaciones, así que cogió el teléfono y envió los mensajes..., a María..., a Luis... y a Juan. El sonido de un teléfono recibiendo el mensaje le llegó con claridad. Su oído, su sentido más desarrollado, no la engañaba. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana, y allí, al otro lado de la verja, estaba él, el hombre más guapo del mundo, con el teléfono en la mano, leyendo su mensaje, y su cuerpo inundado de la mayor furia que le había visto nunca. Le oyó maldecir y guardárselo en el bolsillo, mientras se encaminaba hacia la casa.

—¡Hijo, qué sorpresa, no te esperaba! —exclamó Carmen, mirándole asombrada.

—¿Dónde está? —Atravesó la puerta, buscándola.

—¿Quién?

—¡No me tomes por tonto, mamá! ¿Dónde está?

—Estoy aquí, Juan...

Lis apareció en lo alto de la escalera y a él el corazón le dio un vuelco. De la mujer que había conocido en el accidente ya no quedaba ni rastro. Toda la furia que sentía se transformó en deseo por recorrer aquel cuerpo, y comenzó a hiperventilar peligrosamente.

—¡Quiero hablar contigo! ¡Baja!

—¡No eres quién para dar órdenes en mi casa! —exclamó Carmen, siguiéndole hasta el salón.

—¡Quiero hablar con Lis a solas, mamá! —dijo él con fuerza, con las manos ya en las caderas, dispuesto para un cuerpo a cuerpo.

—¡No pienso moverme de aquí, ésta es mi casa! —contestó su madre con firmeza, sentándose en el sofá y mirándole fijamente—. ¡Tu padre no ha conseguido echarme de ella, y no lo vas a hacer tú!

Juan abrió la boca para protestar, pero la aparición de Lis le hizo cerrarla. Las profundas ojeras y la rojez de sus ojos fueron para él la evidencia de lo que había pasado. Lo que había hecho la carcomía por dentro, no podía negarlo.

—¿No tienes nada que decirme?! —Aquello no era una voz, era un espíritu salido de las mismas entrañas de la Tierra.

—¡Haz el favor de no alzar la voz en mi casa! —saltó Carmen—. ¡No te permitiré que le hables en ese tono, así que modérate o te echo!

—¿Con quién estuviste en Madrid, Lis? ¡Dímelo!

—¿Cómo tengo que decirte que no le grites?! —gritó Carmen, levantándose del sofá con cara de malas pulgas—. ¿Y con qué derecho le pides explicaciones, si puede saberse? ¿Acaso no fuiste tú el que se lanzó a los brazos de la rubia mentirosa de la tele?

—¿Te pones de su parte? —preguntó Juan desconcertado—. ¡¿Cómo puedes ponerte de su parte, mamá?, ¿qué clase de madre eres tú?!

—¡Una que está tentada de darte un capón, como cuando eras pequeño!

—Mamá..., tú nunca me diste un capón cuando era pequeño.

—¡Pues debería haberlo hecho, sí, debería haberlo hecho!

—¡Lis..., quiero que me digas con quién has estado en Madrid, quiero que me lo digas, tengo derecho a saberlo!

—Juan..., yo...

—¡Dímelo de una puta vez, Lis!

—¡Se acabó! —gritó Carmen, agarrándole de un brazo y empujándole hacia la puerta—. ¡Vete inmediatamente! ¡Sal de mi casa ahora mismo!

—Pero..., mamá...

—¡Fuera! —le gritó con rabia, señalando la puerta con firmeza—. ¿Tengo que repetírtelo, Juan José?

El huracán observó a la mujer que le había dado la vida, y la vio como a la completa desconocida que en aquel momento era para él. No conocía aquel tono de su voz, ni aquella determinación de su cuerpo, pero lo que más le sorprendía era la firmeza de su mirada, la decisión que había en ella. Salió por la puerta como alma que lleva el diablo, mientras las mujeres escuchaban desde dentro todos los tacos que salían por su boca.

—¡Oh, Señor! —exclamó Carmen, observándole tras los visillos—. ¡Yo nunca le enseñé esas palabrotas..., es igual que su padre!

—¡Caray, Carmen! —dijo Lis, desplomándose en el sofá—. ¡Me has puesto los pelos de punta!

Las semanas que Lis pasó con Carmen fueron su salvación. Contárselo a ella liberó su alma de demonios que, de no haberlo hecho, se habrían quedado allí para siempre. Sus largas conversaciones nocturnas ante la chimenea apagada fueron el bálsamo que su corazón necesitaba, sosegando su alma y llenando aquel espacio vacío de las que nunca tuvo con su madre. Carmen depositó sobre su piel las caricias que le faltaban, los consejos nunca recibidos, la ternura nunca hallada. Confidencia tras confidencia, las almas se encontraron, reconociéndose al momento como almas atormentadas, y allí, ante el calor de una lumbre apagada, en una casita de pueblo de pequeñas ventanas, Lis encontró el sosiego que a su alma le faltaba, su cuerpo curó sus heridas y su mente recuperó la calma.

No obstante, el regreso a casa supuso entrar de nuevo en la realidad de lo que era su vida, en la realidad de lo que había pasado y en la realidad de las consecuencias que traía consigo. Entró en el baño y miró..., ¡nada!

En la habitación, la cama revuelta tenía el rastro de Juan. Se tendió sobre las sábanas arrugadas y allí, en la almohada, estaba su aroma. Durmió abrazada a su olor, pero entre terribles pesadillas: LA CASA, el accidente, los llantos de los niños, Sebastián... Se despertó gritando, preguntándole a Dios, al destino, al azar, al karma, al universo en general y a nadie en particular por qué ella era la depositaria de tanta angustia, de tanto dolor. A las seis de la mañana ya no aguantó más y fue al baño a mirar..., ¡nada! Estuvo ante el ordenador hasta que comenzó a amanecer, desayunó y salió a dar un paseo por el parque. Al volver, miró de nuevo..., ¡nada! Siguió en el ordenador hasta la

hora de comer, se preparó un bocadillo y se tomó un café. A media tarde volvió al baño y miró..., ¡nada! Cogió la chaqueta y salió de nuevo al parque, caminó durante dos horas y cuando regresó a casa miró de nuevo..., ¡nada! Se dio una ducha, se puso el camisón y se metió en la cama. Una hora después, encendió la luz y cogió un libro de la mesilla, pero las palabras bailaban ante sus ojos sin que pudiese entenderlas. Salió de la cama y entró en el baño..., ¡nada! Puso una nueva cafetera al fuego, encendió el ordenador y entró en el baño..., ¡nada! Se tomó un café, se sentó frente al televisor y entonces... se rompió.

Las lágrimas comenzaron a brotar, descontroladas. Una auténtica riada comenzó a salir por sus ojos, un desbordamiento terrible, donde el dolor buscaba salida, una gran ola que intentaba llevarse la pena, la impotencia, la desesperación, el dolor, la rabia. Se tendió en el sofá y hundió la cara en los cojines, dejando que el llanto tomase el control de su cuerpo, abandonándose a las lágrimas, dejando que la humillación que sentía la invadiese por completo, que la sacudiese como una muñeca de trapo, que estremeciese su cuerpo en terribles espasmos que la zarandeaban.

Juan apareció por la puerta a primera hora de la mañana, activando todas sus alarmas. Se quedó petrificada al verle.

—¡Juan! ¿Qué... qué haces aquí?

—¡Podrías haberme dicho que volvías!

—No tengo por qué darte explicaciones.

—¡Quiero hablar contigo!

—Pues lo siento, pero yo no tengo ganas de hablar, preferiría que te fueras.

—¿Me estás echando otra vez? —Se le acercó, haciéndola retroceder.

—Yo... no me encuentro bien y prefiero estar sola. —Echó de menos la presencia de Carmen.

—No me diste una respuesta respecto de lo que pasó en Madrid, Lis, y la necesito.

—¡Y yo necesito muchas cosas que no puedo tener... y me aguanto! —La rabia la había invadido. Se refugió en la cocina, donde la cafetera la esperaba intranquila—. Yo nunca te he pedido explicaciones de lo que pasó aquella noche con Carla, ¿verdad?

—No, nunca lo has hecho.

—¡Tú, sin embargo, no me pides explicaciones: lo das por sentado!

—¿No es así?

—Las cosas no siempre son lo que parecen, Juan —dijo vertiendo café en una taza y tendiéndosela.

—¡Déjate de juegos de palabras y dímelo de una vez! — exclamó él apartándole la mano. El café se derramó por el suelo.

—¿Que te diga qué?

—¡Que te tiraste a Sebastián!

—¡No me hables así, yo no soy Carla!

—¿Por qué, Lis?, ¿por venganza?

Le dejó en la cocina y salió al salón, cogió un cigarrillo de la mesita del ordenador y lo encendió.

—¿Por qué estás temblando?, ¿tan difícil es reconocerlo?

—¡Oh, por favor, por favor, márchate, márchate! —Lis se dobló por la mitad, los cuchillos que atravesaban su corazón le hicieron sentir un dolor real, totalmente real—. ¡Vete, por favor, vete!

—¡Eh, eh, eh! —exclamó él, cogiéndola entre sus brazos—. ¿Qué pasa?, ¿estás enferma?

—¡Sí, estoy enferma, estoy enferma! —gimió entre sus brazos con desesperación—. ¡Tengo el corazón destrozado y tú no haces más que martillar sobre él una y otra vez, una y otra vez!

—Nena..., pero ¿qué te pasa, qué te pasa? —La apretó contra su cuerpo, sintiendo el temblor que la sacudía, emocionándole, enardeciéndole, desesperándole—. Cariño, por favor, tranquilízate, tranquilízate... No quiero verte así, no quiero ponerte así, mi vida, así no, así no... Yo... te quiero, Lis, te quiero con todo mi corazón, con toda mi alma... No llores, mi vida, no llores...

Aquella noche, Juan no se atrevió a aparecer por sorpresa. Se quedó en su casa, mirando la ventana de Lis, preguntándose una vez más qué le ocurría, por qué se distanciaba, qué la atormentaba.

—¿Estás bien, Lis?

—Sí.

—¿Quieres que vaya?

—Quiero hacerte una pregunta, Juan, y necesito que pienses bien la respuesta.

—Dime, cielo.

—Si en Madrid hubiese pasado algo..., ¿me podrías perdonar?

—¿Fue por venganza, Lis?

—No.
—¿Por despecho?
—No.
—¿Por qué?
—Porque no pude evitarlo.

—Patricio..., ¿se puede perdonar una infidelidad?
—Claro. Lis te la ha perdonado a ti.
—¡No digas chorradas, Patricio, hablo de una infidelidad!
—Y yo.
—Pero ¿tú... tú... en qué mundo vives?
—¡Ay, Jack, Jack, Jack..., eso mismo me pregunto yo de ti! ¿En qué mundo vives? Tantas mujeres a las que has conquistado y no has aprendido absolutamente nada, pero nada, nada, nada...
—¿Se puede saber de qué coño estás hablando?
—Tú le fuiste infiel a Lis con Carla.
—¡No digas chorradas, aquello no fue más que un morreo, eso no es infidelidad, coño!
—¿Ah, no? Y entonces, ¿por qué te dejó tu novia? —Jack abrió la boca y volvió a cerrarla—. ¡A ver, definamos términos! ¿A qué le llamas tú infidelidad?
—Pues a lo que se lo llama todo el mundo, a acostarse con otra.
—A lo que se lo llama todo el mundo, ya... Te refieres a los hombres, ¿no?
—Pues sí... Y a las mujeres, ¿no?
—Pues no. Hombres y mujeres tenemos criterios muy distintos para definir semejante término, claro que a ello contribuye mucho el contenido de nuestra azotea, y las hormonas, por supuesto.
—Patricio..., ni aunque viva cien años te acabaré entendiendo.
—¡Ya! Bueno, por eso tú estás ahí y yo estoy aquí.
—No te cachondees, Patri.
—¡Ay, Dios, no me llames así, no lo soporto! —dijo, sacudiendo la cabeza y encendiendo un cigarrillo—. A ver, recapitulemos. Tomemos ejemplos concretos. Si aquella aciaga noche tú hubieses visto a Lis morreándose, como tú dices, con Sebastián..., ¿te habría parecido una infidelidad?
—Pues... no del todo.

—No del todo, ya. Pues resulta que a los ojos de tu novia, lo que vio fue lo mismo que si te estuvieses follando a Carla sobre la barra del bar.

—¡No digas barbaridades, hombre!

—Te aseguro que es así. Lis no vio un morreo, vio al hombre que ama amando a otra, así de claro, y hasta que lo comprendas, no la comprenderás a ella... Ni a ella ni al resto de las mujeres que habitan el planeta, claro.

—Lis me ha sido infiel con Sebastián —dijo él, sacando la cajetilla de tabaco—. Me ha preguntado textualmente... «Si en Madrid hubiese pasado algo..., ¿me podrías perdonar?»

—¿Y? ¿Podrías hacerlo, Jack? ¿Te lo permitiría tu orgullo de machito?

Luis apareció en casa de Lis sin avisar. Dijo que pasaba por allí y que había pensado en hacerle una visita, pero la intensidad de su mirada demostraba que estaba preocupado. Clavó en ella sus ojillos brillantes. De la mujer oronda ya no quedaba ni rastro:, con unos *leggings* vaqueros y una camiseta blanca, parecía una quinceañera recién salida de la ducha, con el pelo mojado. Pero, las terribles ojeras que adornaban sus ojos eran preocupantes.

—¡Qué casa más bonita, Lis!

—Gracias, tengo poco espacio, pero está bien aprovechado.

—Es muy bonita, sí, señor, muy bonita. Y esas cortinas... me encantan, son preciosas.

—¿Por qué te gustan, Luis? —preguntó llevándole hasta el sofá.

—Pues... son elegantes, ligeras, suaves, cálidas... y, sobre todo, dejan pasar mucha luz, una casa sin luz es una tristeza.

—Eres la segunda persona que dice eso —dijo ella sirviendo el café—. Dime una cosa, Luis, ¿por qué una casa sin luz es una tristeza? No entiendo muy bien esa frase.

—No, claro, tú eres muy joven. Verás, para ti la existencia de la electricidad es algo normal, como el Sol en el firmamento, pero para mí es algo extraordinario, todo un lujo que llegó con el tiempo. Cuando era niño, en mi casa sólo había dos bombillas, eran de veinte vatios, y cuando mi madre las encendía al caer la noche daban una luz tan fría, tan triste... que se me encogía el corazón al mirarlas y me producían una gran tristeza. Hoy en día las casas se hacen como ésta, con grandes ventanales que dejan pasar mucha luz, pero las casas antiguas tenían ventanas pequeñas y por eso siempre estaban

muy oscuras... Dime, Lis, ¿has vivido alguna vez un apagón, durante una tormenta, por ejemplo?

—¡Oh, sí, alguna vez!

—¿Y cómo te sentiste en el momento en que se fue la luz? —preguntó él, llevándose la taza a la boca y recostándose en el sofá.

—Sorprendida... y enfadada, todo lo que había escrito ese día en el ordenador se evaporó como por arte de magia.

—Y ahora intenta recordar lo que sentiste cuando la luz volvió.

—¡Alegría! ¡Oh, sí, recuerdo que me levanté y encendí todas las luces de la casa!

—Bien, pues ya está, misterio resuelto —dijo él con una sonrisa tierna—. Y ahora hablemos de lo que me ha traído hasta aquí: tu libro..., tu próximo libro.

—¿Mi libro?

—Sí.

—¿Y qué libro es ése? —le preguntó ella divertida.

—El que estás escribiendo, por supuesto.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he olido desde mi despacho. —Lis estalló en una carcajada—. No te lo creerás, pero mi olfato nunca se equivoca... En otra vida debí de pertenecer a la raza canina, estoy seguro. ¿Ya tiene título?

—Pues no lo tenía hasta que has entrado por la puerta; creo que se titulará *Una casa sin luz es una tristeza*. Sí, creo que a la protagonista le gustará.

—¿No eres tú la protagonista?

—No, no, yo ya he tenido suficiente con lo mío y con lo de... —Luis se puso rígido en el sofá. Sí, el agente olía las historias—. Yo... hablé con él en Madrid..., con PERRO. Me dio el manuscrito y me pidió que lo leyera, pero... me cuesta avanzar, porque las cosas que cuenta son terribles y recordar aquella casa me desestabiliza profundamente.

—Entiendo... Yo... ¿puedo preguntarte si él tuvo algo que ver con tu marcha de Madrid, Lis?

—¡Oh, no, él no tuvo nada que ver! Fue... por un motivo personal... Quiero pedirte perdón por haberme ido así, lo siento, no debería haberlo hecho... También tengo que disculparme con María, la dejé colgada y...

—No te preocupes en absoluto, Lis —dijo él suavemente, acariciándole la mano—. Estoy seguro de que tenías razones de peso para hacer lo que

hiciste, y con respecto a María..., tranquila, está muy ocupada, creo que se ha enamorado.

—¿Ah, sí?

—Sí. Como decís los jóvenes: «Le han sorbido el seso» —comentó Luis alegremente—. Cosa que por otra parte no me extraña nada, porque tengo que reconocer que Sebastián es un tipo atractivo.

«¡María y Sebastián! ¡María y Sebastián! ¡María y Sebastián! ¡María y Sebastián!»

Lis boqueaba como un pez, mientras recorría los caminos del parque, con la frase martilleando su mente una vez tras otra, una vez tras otra, una vez tras otra. Ni se le había ocurrido pensar que aquello podía volver a pasar... «Será tu palabra contra la mía, nadie te creerá, tu credibilidad está por los suelos.» Las palabras de Sebastián atormentaban su cabeza, inundándola por dentro como el viento la azotaba por fuera. Sintió cómo las gotas de sudor resbalaban por su espalda lentamente, mientras en su mente se producía la más terrible de las tormentas.

«Tu palabra contra la mía... Tu palabra contra la mía... Tu palabra contra la mía.»

La habían violado y no había dicho nada. ¿Y si todas las mujeres hiciesen lo mismo que había hecho ella? Los violadores camparían a sus anchas, poblarían la Tierra sin que nadie les pusiese freno. Entonces, una frase llegó a su memoria, una frase que había salido de la boca de él: «No me gusta hacerlo cuando estáis inconscientes, es como follar con una muñeca hinchable...». Ella no había sido la primera, había habido otras, otras que tampoco lo habían denunciado, otras a quienes seguramente también les había dicho «Tu palabra contra la mía».

Se sentó en un banco y encendió un cigarrillo con dedos temblorosos. Aquello no se había terminado, aquel hombre no pararía hasta que alguien le detuviese. Sebastián era una bomba de relojería, un peligro latente que seguía caminando por las calles con total libertad, un lobo con piel de cordero que acechaba a sus posibles presas hasta encontrarlas desvalidas y solas, para

abanzarse sobre ellas. Y ahora María estaba en su punto de mira y, si nadie le detenía, tras ella llegarían otras...

No le costó tomar la decisión, porque sabía lo que tenía que hacer, pero levantarse de aquel banco y encaminar sus pasos hacia la comisaría fue uno de los esfuerzos más titánicos que Lis tuvo que hacer en su vida. Sentía las piernas como yunques de hierro, cada paso que daba le costaba la misma vida, y a cada metro que avanzaba, las lágrimas salían y salían.

Sin embargo, cuando vio al otro lado de la mesa a la mujer policía, sus piernas dejaron de ser yunques y se convirtieron en mantequilla.

—Pero... ¿qué haces aquí? —preguntó la agente, con ojos desorbitados, al levantar la vista de la pantalla del ordenador y verla ante ella.

—He venido... a presentar una denuncia —dijo, sentándose lentamente en la silla.

—¿Es una broma? —contestó la mujer frunciendo el ceño.

—Quiero presentar una denuncia... por violación. —La agente tragó saliva, mientras las lágrimas de Lis volvían a inundar sus ojos—. Hace cuatro semanas..., en el hotel Las Siete Torres, en Madrid..., un hombre entró en mi habitación y me violó...

—¿No lo denunciaste entonces?

—No...

—¿Hubo algún testigo?

—No...

—¿Te vio alguien cuando él se fue?, ¿servicio de limpieza, recepcionistas..., alguien?

—No...

—¿Te pegó, te dejó algún moretón, algún corte?, ¿te hiciste fotos?

—No...

—¿Se lo contaste a alguien?... ¿Tu pareja, Jack, lo sabe?

Lis negó lentamente con la cabeza.

—¿Qué parte de la palabra «no» te cuesta entender? No lo denuncié, era mi palabra contra la suya, mi palabra contra la suya... Lo único que hice fue meterme bajo la ducha..., fue lo único que hice..., lo único que hice... —Se levantó, dispuesta a marcharse.

—Espera, no te vayas —dijo la mujer policía, levantándose a su vez—. Vayamos a una sala, allí podremos hablar.

En una pequeña sala de interrogatorios, y ante unos cafés, Lis le abrió su corazón.

—No lo denuncié entonces y no tengo pruebas de lo que pasó. No puedo demostrarlo, será mi palabra contra la suya. Ésa fue exactamente la frase que me dijo cuando me desató: «Será tu palabra contra la mía». Pero ahora... no puedo seguir callada. Anda detrás de una chica de la agencia, y yo... temo que le pase lo mismo. Sebastián es un lobo con piel de cordero, en su caso el refrán se cumple al pie de la letra. Su fachada es pura mentira, te hace creer que es tu amigo, se gana tu confianza, y cuando te ha atrapado en su red, se transforma. Cuando bajas la guardia, ataca como una alimaña y no tienes tiempo de reaccionar. Yo no lo tuve, ni siquiera le vi venir. No puedo quedarme callada viendo cómo vuelve a ocurrir.

—Bien, te diré lo que vamos a hacer. Primero tramitaremos la denuncia, los compañeros de delitos sexuales se encargarán del caso... La ropa que llevabas ese día, ¿aún la tienes? —Lis asintió lentamente—. Siempre quedan pruebas. Se creen muy listos, pero siempre dejan rastro... Sobre esa chica..., no podemos alertarla de manera oficial, pero sí extraoficialmente, a título personal. Te acompañaré, si quieres.

—¿Lo... lo harías?

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Margarita.

—¿Es... es tu nombre... verdadero?

Tras hablar con María, que las miró como si se hubiesen bajado de un platillo volante, la mujer policía acompañó a Lis a casa. Ella se subió al altillo del armario y apartó una manta. Al fondo estaba la bolsa roja, tal como la había guardado. La cogió como si dentro hubiese una serpiente, la metió dentro de otra bolsa y se la entregó. La agente salió por la puerta en el mismo momento en que Juan llegaba.

—¿A qué ha venido, Lis? —preguntó él tan pronto como cerró la puerta—. ¿Qué pasa?

—Nada, Juan, no pasa nada... ¿Quieres un café?

Lis se refugió en la cocina. Cuando volvió con la cafetera en las manos,

le encontró mirando concentrado la pantalla del ordenador.

—¡Oh, siempre me olvido de apagarlo!

—¡Cualquier día va a petar, nena!

—Juan, no lo leas, aún es pronto.

—¿Estás escribiendo otro libro?

—Sí, bueno, estoy... empezando.

—¿De qué trata?

—Trata... de una mujer muy fuerte y muy débil —respondió ella sentándose en el sofá—. Cuando esté más avanzado, serás el primero en leerlo... Estoy escribiendo la historia de tu madre, Juan.

—¡Pero ¿qué dices?!

—Naturalmente, me ha pedido que cambie todos los nombres, porque no es lo mismo vivir en un pueblo que en una ciudad. Me lo ha explicado tan bien que me habría gustado que la oyeras: no se puede ser más convincente.

—Yo... no creo que quiera leerlo, Lis...

—¡Oh, sí, ya lo creo que lo leerás! No te imaginas la de cosas que no sabes.

—Estás empeñada en que recupere la relación con mi madre —dijo él, mirándola con ternura—. Eres una mujer muy persistente, ¿lo sabías?

—Creo que es una pena que, teniéndola, no la conozcas, no la intentes conocer, comprender y valorar. A mí me gustaría tanto tener a la mía conmigo que... no lo puedo entender.

—¿La echas de menos? —preguntó, sentándose a su lado.

—Sí, Juan, mucho. Me gustaría recordar su cara, pero no puedo, por más que lo intento no consigo recordarla; sólo puedo recordar su olor. Si cierro los ojos aún puedo sentir su perfume..., mi madre siempre olía a lilas.

—¿Cómo murió?

—No lo sé..., nunca lo he sabido... Ellos... desaparecieron.

—¿Ellos? ¿Los dos? ¿Así, sin más?

—Un día se fueron en el coche... y ya no volví a verlos.

—¿Qué dijo la policía?

—No lo sé.

—Pero ¿cuántos años tenías?

—Ocho.

—¿Y nunca has llegado a saber qué les pasó? —Lis negó lentamente con la cabeza—. Te lo preguntas muchas veces, ¿verdad?

—Todos los días, Juan, todos los días.

Dejó la taza sobre la mesa y se acercó a él. Se acurrucó junto a su cuerpo, y así, escuchando el latido de su corazón, se quedó dormida.

Se despertó cuando empezaba a amanecer. Juan no se había movido y estaba despierto, acariciándole la espalda y viendo salir el Sol en el horizonte.

—Lis..., hay algo que quiero decirte —dijo, acariciando su mejilla despacio—. Yo... no me acosté con Carla aquel día, cariño, no lo hice. Si es eso lo que crees que pasó y por eso no puedes perdonarme..., olvídalos, porque no ocurrió. No pasó nada, me fui a casa solo, no estuve con ella.

—Eso ya lo sé, Juan.

—¿Lo sabes?

—Sí, siempre lo he sabido.

—Entonces... lo que dice mi psicólogo es cierto —contestó él, asintiendo—. Necesitas tiempo... Pues te advierto que el ratón de biblioteca dice que la paciencia es mi peor virtud, o mi mayor defecto, que resulta que es lo mismo.

—Sí, eres impaciente —dijo ella con una sonrisa—. Pero eso no me disgusta de ti.

—¿Ah, no?

—No, tus defectos también me gustan, Juan.

—Lis..., yo... necesito saber lo que ocurrió en Madrid... Necesito que me digas por qué, por qué lo hiciste. Lo necesito, nena..., lo necesito...

—Para eso... también necesito tiempo, Juan, lo necesito... Por favor, dámelo...

—Patricio, estoy desesperado. Lis me pide tiempo y más tiempo y más tiempo..., y yo ya no puedo más. No entiendo por qué se mantiene tan distante de mí, por qué no me deja entrar en su mundo de nuevo... ¡Ya no sé qué hacer!

—Lis es una mujer de principios, Juan, de fuertes principios. La verdad es que yo la admiro profundamente. Después de haber vivido semejante infierno, se ha forjado una personalidad férrea, y en esos casos no es lo habitual. Creo que la traición que vivió por tu parte ha calado profundamente en su corazón y por eso no te lo abre. No puedo recomendarte más que... paciencia.

—No la tengo.

—Sí la tienes, lo que pasa es que prefieres no usarla. Con otras te ha dado resultado, pero ella es distinta. Dime, Juan, ¿qué necesita una herida para

curarse?

—No te entiendo.

—Aparte de limpiarla, aplicarle antiséptico, vendarla y todas esas cosas, ¿qué necesita?

—Tiempo.

—Pues ahí lo tienes. Tiempo, ternura, cariño, comprensión. ¿Es que no tienes nada de eso?

—Yo sólo sé una manera de querer, Patricio.

—¡Señor, pero qué primitivo puedes llegar a ser a veces, Jack! No digas tonterías, sabes muchas más formas de querer, pero ésa te resulta la más fácil.

—Bueno, tengo que reconocer que es muy... satisfactoria.

—Las mujeres son muy distintas en lo que al querer se refiere. Les gusta el sexo, por supuesto, como a nosotros, pero les gustan tanto o más otras muestras de afecto.

Jack volvió al parque de bomberos. La partida de cartas estaba en pleno apogeo, pero el perdedor necesitaba liberar tensiones y, tan pronto como le vio aparecer, le reconoció como la diana perfecta y a por él se fue.

—¡¿Qué Jack?, ¿cómo te va con el loquero?! ¡Joder, si yo tengo que pasar cinco minutos con ese tío, me da algo! ¡No lo soporto, es superior a mí! Con esas gafitas y ese movimiento de los labios..., y esa pajarita que lleva. Pero ¿en qué siglo cree que está?, ¿en la Edad Media?

La sirena frenó las risas, mientras las cartas salían disparadas por el aire. Pero cuando llegaron a los camiones, estaban cerrados. Se quedaron mirándolos sorprendidos, cuando una potente voz a sus espaldas les hizo darse la vuelta.

—Tengo vuestra atención al cien por cien, ¿verdad? —dijo Jack, con las manos sobre las caderas y el ceño fruncido. A su lado estaba Pedro—. Bien, al próximo que vuelva a hacer una gracia sobre Patricio... ¡LE PARTO LA CARA!

La regla hizo acto de presencia, provocándole un gran suspiro de alivio y el derramamiento de más de una lágrima. La relajación absoluta tomó el mando de su cuerpo, que, tendido sobre el sofá, recibía los dolores ováricos con una alegría nunca conocida hasta entonces. Pero cuando éstos comenzaron a dar muestras de su poderío, Lis echó mano del ibuprofeno y del café, y se quedó profundamente dormida. ¿Qué tendrá la cafeína, que provoca sueños tan soporíferos? Por no hablar de la claridad de ideas que se experimenta al abrir los ojos y sentirla recorriendo tu interior.

Cuando Lis abrió los suyos, la pantalla del televisor le mostró a una familia que se tiraba los trastos a la cabeza, como cada tarde. Los observó entre divertida y asombrada. Las familias siempre habían constituido para ella un gran misterio. Y fue pensando en ese núcleo familiar que le faltaba como la idea apareció en su mente, con una claridad total y absoluta, indicándole exactamente lo que tenía que hacer.

Cuando recibió la llamada de Juan diciéndole que había terminado su turno y que quería verla, Lis decidió que aquél era el momento. Y, mientras él emprendía el camino hacia su casa, ella emprendía el camino inverso.

—Pero ¿dónde te habías metido? —preguntó al verla entrar por la puerta—. ¡Te he llamado varias veces, estaba preocupado!

—Te he dejado una nota, tenía que hacer unos recados. —Dejó el bolso sobre la mesa y se sentó a su lado—. Tengo que hablar contigo, Juan. —Sintió cómo el cuerpo de él se ponía en tensión—. Quiero contarte... lo que pasó en Madrid.

La impaciencia de Juan no pudo soportarlo, se levantó y comenzó a caminar por el salón.

—Yo... sé que es algo que te va a doler, pero que tienes que saber y... quiero que lo sepas por mí...

—¿Quieres decirlo ya?!

—Juan..., escucha..., esto... no es fácil para mí, porque también sé que te costará lidiar con ello, y por eso... por eso no me he atrevido a contártelo antes...

—¡Por el amor de Dios, Lis, dilo de una vez! —La furia ya estaba allí—. ¡Sólo hay una forma de decirlo, dímelo de una vez, dímelo ya! Se acostó contigo, ¿verdad?

—Sí...

—¡Joder! ¡Joder! —Caminó desesperado por el salón—. ¿Tú... tú... tú lo deseabas? —Lis negó con la cabeza, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. Entonces, ¿por qué, Lis?, ¿por venganza?

—No..., yo...

—¿Cuántas veces te pedí que me dejaras ir a Madrid a verte, cuántas? ¿Le pediste a él que fuera, se lo pediste?

—No, no se lo pedí, no se lo pedí... —Las lágrimas comenzaron a salir a borbotones.

—¡No se lo pediste, no le deseabas, no lo hiciste por venganza..., joder, Lis, las opciones se me acaban! ¿Quieres decirme de una vez por qué coño lo hiciste?

—Es que no sé cómo decírtelo, Juan, no sé cómo hacerlo, yo... yo...

—¡Dilo de una vez, Lis, sólo tienes que decirlo!

—Juan, yo... no me acosté con Sebastián... Él se acostó conmigo...

—¡Joder! ¿Y cuál es la diferencia, Lis, cuál?—preguntó con una pequeña sonrisa, negando con la cabeza.

—Juan..., él... él... me violó...

Las palabras entraron por sus oídos y llegaron lentamente a su cerebro, aunque tardaron en tomar forma en él. Se entremezclaban en una nube de confusión, de incredulidad, de asombro, hasta dar paso a la rabia. Toda la rabia acumulada en su cuerpo a lo largo de los años salió por su boca en forma de alarido, de grito, de rugido, de lamento. La desesperación más absoluta tomó el mando de su cuerpo, hasta que los sollozos de Lis le hicieron

regresar del particular infierno en el que su mente se había perdido. Tendida sobre el sofá, daba rienda suelta al llanto más terrible que Juan había presenciado nunca, y hacia ella se fue. La tomó entre sus brazos y la apretó contra su cuerpo, recibiendo en él todas las lágrimas que salían por sus ojos, todos los temblores que la estremecían por dentro. La acurrucó en su regazo, recorriéndola con lentas caricias, en un intento por borrar las manos que la habían tomado, que la habían dañado, que la habían profanado. La mimó como un padre mimaría a un hijo, con dulzura, con ternura, con amor, con adoración. Hasta que las lágrimas cesaron y pudo volver a verle de nuevo.

—Yo... no sabía cómo decírtelo, Juan... No sabía cómo hacerlo, y tú... tú... estabas tan enfadado... que no me atreví, y yo... yo...

—¡Deberías haberlo hecho el primer día, mi vida! —le dijo él, sentándola en el sofá y cogiendo su chaqueta.

—¡Juan, Juan! —gritó Lis, agarrándolo por la camisa—. ¡Tú no vas a hacer nada, Juan, la policía se encargará de él!

—Cariño —contestó él, cogiéndole la cara entre las manos—. Ambos sabemos lo que pasa en estos casos: entran por una puerta y salen por la otra. No lo permitiré. Apártate, cielo.

—¡No! ¡Yo no permitiré que arruines tu vida, no lo permitiré!

—¡Esto no podrás impedirlo, cielo, esto no! —dijo él, apartándola con decisión y abriendo la puerta.

—¡Tú no vas a ir a ningún sitio! —Pedro y Patricio, apoyados en el quicio, le miraban muy serios.

—¡¿Qué coño hacéis vosotros aquí?!

Pedro le puso su gran mano sobre el pecho y de un empujón, sin miramientos, le metió dentro. Patricio, listo como todos los psicólogos, cerró la puerta y se guardó la llave en el bolsillo para, acto seguido, tomar posiciones en el sofá, donde comenzó a hablar. ¡Lis había elegido bien los refuerzos! Uno dominando su cuerpo, el otro dominando su mente: eran el equipo perfecto.

Ella se refugió en la cocina, convertida en auténtica trinchera; aquello necesitaba de mentes y cuerpos masculinos que comprendiesen la furia de los hombres y estuviesen acostumbrados a lidiar con ella. Cuando una hora más tarde los gritos amainaron y salió al salón preguntando si alguien quería cenar, Juan comenzó a maldecir, metiéndose en la habitación como un animal salvaje atrapado en su jaula. Tras ponerles una buena mesa a los refuerzos para que recuperasen las fuerzas perdidas, Lis entró en la habitación: había llegado su

turno. La mente estaba controlada, el cuerpo dominado, sólo quedaba el corazón, y ése era suyo.

Tendido sobre la cama, con un brazo tapándose los ojos y respirando con fuerza, Juan era la viva imagen de la desesperación más total y absoluta. Su mandíbula estaba contraídas y los músculos de su cuerpo parecían querer explotar con la furia que los llenaba. Lis se tendió a su lado y acarició su estómago, duro como el granito.

—¡Lis..., yo no puedo quedarme de brazos cruzados ante esto, no puedo, es superior a mí, no puedo...!

—Sí, sí puedes. Lo que ocurrió ya no tiene remedio, y yo no permitiré que arruines tu vida con una venganza inútil, no lo permitiré, Juan.

—Cariño —dijo él, cogiéndole la cara entre las manos y mirándose en los ojos color chocolate que le habían robado el alma—, ¡si me quedo de brazos cruzados, no podré mirarme al espejo nunca más, me despreciaré toda la vida, y tú acabarás haciéndolo también!

—No es más hombre el que más pega, sino el que más aguanta —contestó ella, besando sus labios lentamente, mientras sus manos le acariciaban la cara—. Y tú tienes aguante, lo demostraste en tu niñez y lo sigues demostrando.

—¡No creo que pueda, nena, no creo que pueda!

—Pues tendrás que hacerlo, porque sólo así seguiré a tu lado.

—¡No me digas eso, por favor!

—¡Tienes que controlarte, Juan, porque, si no, destrozarás tu vida y la mía también! ¿Quieres destrozar mi vida, cariño?

La rodeó con sus brazos, hundiendo la cara en su cuello y aspirando su aroma, impregnándose de su olor, mientras sus manos recorrían su espalda en lentas caricias. Lis besó su cuello y se dejó acariciar. ¡Aquello sí eran caricias, aquél sí era un cuerpo que deseaba, que amaba, que sentía! Se tendió lentamente sobre él y devoró sus labios con todo el ardor, como la primera vez, como todas las veces.

—Por eso no querías que te tocara, Lis... —gimió en su boca.

—Me gusta que me toques, Juan. Hazlo, por favor, hazlo...

—Pero...

—Juan..., Juan..., por favor..., por favor...

—¿Estás segura, mi vida?

—Sí..., sí..., sí...

Sus bocas se fundieron en un beso lleno de pasión. Juan se tendió con delicadeza sobre ella entregándole todos los besos del mundo, saboreándola

lentamente.

—Juan..., Juan..., por favor, cariño..., por favor...

—Yo... no sé si... Quizá deberíamos esperar un poco, Lis, quizá necesites más tiempo, cielo...

—No necesito más tiempo para saber que sólo te deseo a ti, Juan, que sólo gozo contigo, que tu piel es la única que me excita, la única que me hace sentir viva, la única que deseo..., que tu cuerpo es el único que me hace vibrar, el único que me lleva al cielo...

—¡Oh, mi amor..., mi amor...!

La desnudó lentamente, dejando sobre cada porción de su piel una ola de caricias y de besos que la excitaron, haciéndola gemir entre sus brazos, llevándola a ese cielo que había en sus cuerpos. Pero cuando quiso quitarle la ropa interior, Lis volvió a la realidad...

—Juan..., espera..., espera... Es que... acabo de darme cuenta de que tengo la regla y... yo... no sé si...

—Podemos hacer el amor como siempre, nena —le dijo él con una pequeña sonrisa, acariciándole la mejilla.

—Pero... a ti... ¿no te importa? Quiero decir que... hay hombres que no quieren hacerlo cuando...

—Yo no soy de esos hombres, mi vida, no te preocupes por nada. —Se levantó y fue al baño. Regresó con varias toallas en la mano y mirándola muy serio—. Lis..., tú siempre tienes la regla a principios de mes..., y estamos a mediados...

La angustia contenida tomó el control del cuerpo de ella. Se tapó la cara con las manos y comenzó a sollozar con fuerza.

—¡Oh, Señor, por eso me has mantenido apartado todo este tiempo, creías que..., oh, Señor!

La tomó entre sus brazos y la apretó contra su cuerpo, recibiendo los llantos acallados, los llantos contenidos, los llantos sometidos, los llantos silenciados. Limpió sus lágrimas, dejando sobre su cara todos los besos de sus labios, hasta que la sintió tranquila.

—Tu madre... me llevó al centro médico y... me hicieron todas las pruebas de enfermedades venéreas y... estoy bien, no tengo nada... Pero lo de la regla..., el test de embarazo dio negativo, dijeron que no me preocupase, que podía ser un simple retraso, pero yo... yo... tenía tanto miedo, Juan, tanto miedo...

La besó como si en ello le fuese la vida, acarició su cuerpo con nuevas

ansias recién descubiertas, recién construidas, saboreó sus pechos y los acarició con deleite, haciéndole olvidar la tristeza, la melancolía, y provocándole los gemidos más profundos que podían salir por una boca. Cuando se levantó y extendió sobre las sábanas las toallas, Lis le miró con una sonrisa.

—¿De qué te ríes, mi vida? —dijo él, quitándole la ropa interior y tendiéndose sobre ella.

—De que se nota que ya has hecho esto alguna que otra vez.

—Contigo todo es nuevo..., contigo todo es especial..., contigo todo es maravilloso...

La penetró lentamente, mientras de su boca salían palabras de amor, la tomó con tanto cuidado que ella creyó enloquecer.

—Juan..., por favor..., no te contengas... Estoy bien..., estoy bien... y te deseo...

Lis se olvidó de todo en sus brazos, su cuerpo le sabía mejor que nunca, su piel olía mejor que antes y sus besos conseguían excitarla como nunca lo había estado. Por primera vez se entregó a él con desesperación, con ansia. Necesitaba sentirle, necesitaba amarle.

—¡Oh, nena..., qué excitada estás, mi vida!

—¿Y eso... no te gusta? —dijo ella, mirándole con ojos brillantes, provocando que su excitación alcanzase cotas hasta entonces nunca alcanzadas.

—¡Me encanta, cariño, me encanta, no sabes cuánto me excita sentirte así!

Entró en su boca y la saboreó con lujuria, mordiéndole suavemente los labios, sintiendo cómo su piel respondía a cada una de sus caricias con una sensibilidad que nunca le había conocido y que le llevaba hasta el mismo cielo. Las manos de Lis no podían estarse quietas sobre su cuerpo, despertando en él toda la intensidad del deseo.

—¡Me estás volviendo loco, Lis!

—¡No puedo esperar, Juan..., no puedo!

—Me gusta tanto sentirte así..., excitada, deseosa...

—No me tortures... o me verás también furiosa, te lo advierto...

Con la risa saliendo de su boca, él se pegó a su cuerpo empapado y se movió, haciéndola estremecer y cerrar los ojos mientras gemía sin control.

—Juan..., quiero decirte algo..., algo que nunca te he dicho... Yo... yo...
TE QUIERO..., TE QUIERO..., TE QUIERO...

—¡Oh, por fin, por fin, por fin...!

Se despertaron al amanecer, con sus cuerpos aún enredados. Lis se tendió sobre él, pegando la oreja a su pecho y escuchando el latido de su corazón.

—Me gustaría matarle, Lis.

—Lo sé, pero eso no cambiaría nada y destrozaría nuestras vidas para siempre. —Su mano lo acarició lentamente, recreándose en su perfección, en su dureza, en su calor—. ¡Cómo me gusta tu cuerpo, Juan, cómo me gusta!

—Lis..., yo... no creo que pueda...

—Sí, sí puedes, porque me quieres y es lo que quiero que hagas — replicó ella, besando sus labios y acariciando su cara.

—No entiendo cómo puedes razonar así después de lo que te hizo —dijo él, mirándola con adoración.

—Porque soy una mujer, Juan..., y porque lo que tengo es lo más hermoso que se pueda soñar y no quiero perderlo, por nada del mundo quiero perderlo.

Cuando consiguieron salir de la cama, la imagen que se encontraron en el salón les arrancó una sonrisa: Patricio, acurrucado en el sofá pequeño, y Pedro despatarrado en el grande y roncando a pierna suelta. Se metieron en la ducha con la sonrisa en los labios.

—¿Cómo se te ha ocurrido traerlos, Lis? —preguntó él, pasando la esponja por sus pechos, mientras su mirada se volvía brillante de nuevo.

—He pensado que podría necesitar refuerzos. Se han portado como dos buenos amigos, Juan, no lo olvides.

—No lo haré —dijo él, pasándole la esponja por el sexo con una sonrisa pícar—. Nena..., lo de Pedro lo entiendo, pero Patricio...

—Juan... —Lis le tomó la cara entre las manos, mirándolo muy seria—. Patricio... él también estuvo allí..., en LA CASA.

El salón de actos de la comisaría, donde se iba a celebrar la rueda de prensa, estaba abarrotado. Pocas noticias habían causado tanto impacto en los últimos tiempos como las atrocidades destapadas por el libro *LA CASA*. Claro que al tremendo interés suscitado había contribuido en gran medida la aparición de la deslumbrante Carla en el programa de televisión de máxima audiencia, que la había catapultado a una fama que la tenía subyugada.

La periodista hizo acto de presencia como si de una auténtica diva se tratase. Muchos ojos se volvieron a mirarla, pero cuando intentó hacerse un sitio en primera línea, los fotógrafos le dirigieron una mirada glacial y cerraron filas, sin dejar un solo centímetro libre. No le quedó más remedio que dar con sus huesos en el fondo de la sala, donde un compañero con la cámara en ristre meneó la cabeza con pesar.

—¡Tía..., no deberías estar aquí!

—¿Por qué? —dijo ella, moviendo con gracia su melena y dedicándole una gran sonrisa.

—¿Es que no sabes para qué han convocado la rueda de prensa?... ¿Y tú dices que eres periodista? ¡Deberías irte..., te van a dar por todos los lados!

—¡Tonterías! ¡Intentarán escurrir el bulto, como siempre!

—¡Tú misma!

El comisario Bermúdez hizo su entrada por una puerta lateral, seguido muy de cerca por el sargento Gutiérrez, precedido de su gran barriga. Con su impecable uniforme, su pelo cortado casi al cero y sus profundos ojos, que intimidaban aun cuando mirasen con dulzura, el comisario tomó posiciones

ante el atril que el sargento había preparado cuidadosamente para la ocasión. Se colocó sus gafas doradas sobre el puente de la nariz y miró a la concurrencia, que tenía clavados en él sus ojos, sus oídos y los objetivos de sus cámaras.

—El Cuerpo Nacional de Policía, a través de mi persona, quiere hacer una declaración institucional... Consideramos imperdonable la actuación de quienes estuvieron involucrados en este caso y, pudiendo hacerlo, no tomaron las medidas necesarias para proteger a los menores. Nos avergüenza sobremanera que quienes debían velar por el bienestar de los niños no lo hicieran. Y nos resulta inconcebible que las denuncias presentadas por la niña no fueran investigadas... — Un murmullo comenzó a extenderse por la sala—. ¡Porque la niña, señoras y señores, denunció! Y no lo hizo una, ni dos, ni tres veces..., sino catorce. Catorce denuncias presentadas y archivadas en la comandancia de la Guardia Civil de aquel pueblo..., que naturalmente está siendo investigada... a fondo. —La mirada del comisario era puro fuego—. Catorce denuncias que nadie investigó, catorce denuncias que quedaron relegadas a un simple archivo, y catorce denuncias que no fueron a más porque, como bien dice la autora en su libro... «Cuando uno grita tantas veces y nadie acude en su ayuda..., ¿para qué gritar más?»...

Los flashes iluminaban el salón de actos a cada segundo, nadie quería perderse la expresiva cara del comisario más serio y recto que haya existido nunca. La fuerza de su mirada y sus manos ancladas en el atril daban fe de la rabia que bullía en su interior. Cuando sus ojos se clavaron en la melena rubia del fondo de la sala, apareció en ellos una nueva emoción..., la venganza. Sí, el comisario Bermúdez no era un hombre que dejase pasar la oportunidad de poner a cada uno en su sitio, era una simple cuestión de deformación profesional, tantos años poniendo firmes a los hombres habían hecho mella en él y cuando vio la brillante cabellera rubia a por ella se fue, cual indio en el lejano oeste.

—Como ustedes saben..., los padres de acogida fueron encontrados muertos en extrañas circunstancias que siguen investigándose, y los cuerpos y las fuerzas de seguridad del Estado se pusieron en contacto con todos los niños y las niñas que pasaron por la casa..., pero sin resultados, todos se negaron a prestar declaración ante nosotros... No los culpo, si yo estuviese en su lugar tampoco confiaría en las fuerzas del orden... Pero miren ustedes por dónde, alguien que no pertenece a este cuerpo los ha hecho hablar —añadió con una pequeña sonrisa—. Y la artífice de semejante logro ha tenido a bien

agasajarnos hoy con su presencia... Allí, al fondo, la señorita Carla Ibáñez, quien, con su aparición en un programa de televisión de máxima audiencia, ha conseguido lo que parecía imposible... Todas las personas que vivieron en LA CASA, TODAS, se han presentado en diferentes comisarías del país para prestar declaración. Muy alejadas por cierto de aquel terrible lugar, parece que poner tierra de por medio fue objetivo prioritario en todos ellos tan pronto como consiguieron salir de aquel infierno.

»En declaración jurada, han confirmado la veracidad de los hechos relatados en el libro. Veintiséis personas repartidas por todo el territorio nacional han declarado que lo referido por la autora es totalmente verídico..., e incluso han afirmado que... no lo ha contado todo... Yo no quiero ni imaginar lo que habrá callado. Por cierto, señorita Ibáñez, debería usted comprar en la farmacia un medicamento nuevo que ha salido, se llama DeMemory..., lo digo porque ninguna de esas personas recuerda haber hablado nunca con usted...

La mujer preciosa que había hecho aparición un rato antes en la sala se había convertido en un volcán a punto de entrar en erupción. Su cara, normalmente sonrosada, había adquirido con cada una de las palabras del comisario el auténtico color rojo pasión de Valentino, y su mandíbula apretada daba muestra de que la más terrible furia anidaba en su interior. El comisario seguía con su mirada sonriente clavada en ella, como si de un imán se tratase, esperando una respuesta, esperando un movimiento, y, al igual que él, las del resto de los presentes, que asistían atónitos al cambio de tonalidades que experimentaba aquella cara. Su aspecto era tan teatral que podía dar pena o dar risa, y por desgracia para ella, esto último fue lo que provocó. Una tímida carcajada salió de algún lugar y a ella se unieron otras muchas, hasta que la rueda de prensa se convirtió en una gran carcajada que la espoleó hacia la salida. Llegó a la puerta a la carrera y con la respiración entrecortada, intentando respirar profundamente y serenar su atolondrado corazón, y entonces, ante su coche, vio que un policía de uniforme sostenía el talonario de multas en la mano.

—¡No, no, no..., no me multe, por favor, es que no había dónde aparcar y...! — El agente se volvió con el bolígrafo en el aire—. ¡Oh, Mario, eres tú, menos mal!

—No se puede aparcar sobre la acera —dijo él, sujetando la multa en el limpiaparabrisas.

—Pero...

—¡Hoy no es tu día de suerte! Y no ha hecho más que empezar.

Carla tiró el bolso sobre su mesa, pero antes de que pudiese sentarse en la silla, la secretaria del redactor jefe apareció ante ella con una gran sonrisa en los labios, mientras se comía un donut de chocolate que acabaría haciendo compañía a los otros muchos que adornaban sus hermosas caderas.

—¡Vaya, vaya, vaya..., por fin ha llegado la reina de Saba!

—¡Déjame en paz, gorda asquerosa! —exclamó ella, encendiendo el ordenador.

—Me temo que eso no va a ser posible, querida —replicó la secretaria, metiéndose en la boca el último trozo—. Te están esperando en la sala de juntas... y no están nada contentos contigo... Me temo que tus días aquí están contados, nena, deberías empezar a despedirte de los amigos... ¡Oh, vaya, olvidaba que no los tienes!

—¿Mis días, contados...? ¡Yo aún seguiré aquí cuando tú hayas explotado, zampabollos!

—¡Estaba delicioso! —dijo la otra con una sonrisa, limpiándose la comisura de los labios—. ¡Deberías darte prisa, los finiquitos les gusta liquidarlos cuanto antes!

En la sala de juntas, el ambiente estaba enrarecido. Alrededor de la gran mesa, muchos trajes masculinos la miraban con rabia, la pasión la habían dejado fuera. Sólo la coordinadora le dirigió una mirada triste mientras se preparaba un café; nunca le habían gustado los linchamientos, y aquello tenía toda la pinta de serlo.

—Jefe..., iba a empezar ahora mismo un artículo sobre la comisaría de policía, creo que se merecen unas cuantas líneas que los pongan en su sitio de una vez por todas y...

—¡Tú no vas a empezar nada! ¡Siéntate!

Señaló la silla que estaba a su lado como si fuese en la que se ajusticia a los presos en las cárceles americanas, y así se sentó sobre ella Carla, sintiendo que de un momento a otro alguien pulsaría el interruptor que liberaría sobre su escultural cuerpo la terrible descarga.

—¡Quiero ver la documentación sobre el artículo!

—No crearás todas esas patrañas, jefe... —repuso ella, abriendo desmesuradamente los ojos—. ¡Mi artículo no tiene fisuras, ya te lo dije en su momento, y en mi opinión esto no es más que un ataque gratuito contra el

periódico! ¡Quieren desprestigiarnos y...!

—¡Quiero ver tus notas! ¿Es que no me has oído? ¡Quiero ver tus notas!

—¿Mis notas? —dijo Carla, desabrochándose disimuladamente otro botón de la blusa—. Sí, claro, te las enseñaré, pero creo que debería ponerme con el artículo sobre la comisaría de inmediato y...

—¡Quiero ver tus notas! ¡Ve a buscarlas a tu mesa!

—¡Oh, bueno..., verás, es que no las tengo aquí..., las tengo en casa y...!

—¡Pues iremos a buscarlas... contigo!

—Pero no hace falta, jefe... Las traeré mañana y... —Estaba acorralada, ya no tenía escapatoria, así que decidió quemar su último cartucho. Se tapó la cara con las manos y comenzó a llorar desconsoladamente—. Yo... lo siento..., las he perdido..., he perdido la documentación... La dejé en algún sitio... y la perdí..., lo siento..., lo siento mucho...

El melodrama y Carla iban de la mano y, llegados a semejante punto, cualquier cosa era buena para apoyar su actuación, así que se dejó caer sobre la mesa mientras su cuerpo se convulsionaba por el llanto desenfrenado. El redactor jefe se levantó lentamente y se acercó a la cafetera, se sirvió una taza y volvió a su sitio. A continuación, se encendió un cigarrillo, tras el cual otros muchos comenzaron a encenderse, haciendo caso omiso de la prohibición; aquello requería de todas las «ina» que pudiesen ayudar.

Cuando Carla se cansó de llorar, o lo que es lo mismo, de fingir, levantó la vista, mirando con asombro aquellos ojos que estaban clavados en ella, mientras las cabezas se meneaban con desconcierto y las volutas de humo salían por las bocas.

—¡Os juro que es cierto, la perdí, la dejé en algún sitio y la perdí, yo...!

—¿Por qué no lo reconoces de una vez y dejas de hacer el payaso? —dijo el jefe.

—Pero ¡Jefe..., ¿cómo puedes decir eso?!

—Nunca existieron esas notas, ¿verdad? ¡Nunca comprobaste nada!

—¡Oh, pero yo nunca haría eso, tú lo sabes, me conoces bien! —Su mano buscó el brazo del jefe, que levantó las cejas mirándola asombrado.

—¡No te arredras ante nada! ¡Yo no te conozco en absoluto y no tengo ninguna intención de conocerte, así que ya te estás marchando, no quiero volver a verte! ¡Estás despedida!

La llamada alteró mucho a Juan. Desde la ducha, Lis oyó cómo su voz iba subiendo peligrosamente de volumen, así que terminó de prisa y salió envuelta en una toalla. Juan no se alteraba últimamente. Patricio estaba haciendo un buen trabajo con él y mantenía a raya sus impulsos de una forma que la asombraba, pero algo le estaba desestabilizando.

—¡Joder, esto tiene que acabarse algún día, Mario! —exclamó colgando el teléfono con un bufido de desesperación.

—¿Qué pasa?, ¿es Carla?

—No, cariño, no se trata de ella —contestó Juan, tomándola entre sus brazos con dulzura—. Verás, un amigo de la comisaría ha llamado porque se lo ha pedido el comisario..., cosa que no entiendo, pero bueno, se lo ha pedido... —dijo negando con la cabeza—. Sabes que los niños que pasaron por LA CASA hicieron declaraciones..., pero... faltaba alguien... Llamó por teléfono y dijo que iría, pero no se ha presentado hasta hoy y... está en comisaría... El comisario ha pensado que tú querrías verla, pero... a mí no me parece una buena idea, la verdad, porque, si no, esto no se acabará nunca.

Lis se fue a la habitación y se vistió pensando en esas últimas palabras. No podía pasarlas por alto, eran determinantes en su relación, y Juan debía ser consciente de ello, le gustase o no.

—Juan, quiero hablar contigo... —dijo llevándole hasta el sofá—. Hay algo que debes entender, cariño. Esto, como tú dices, no se acabará nunca, vaya a la comisaría o no. Siempre estará ahí, en un rincón de mi alma, de mi cuerpo y de mi corazón, atormentándome, despertándome por las noches y no dejándome vivir tranquila. No importa los años que pasen, forma parte de mí, de quien soy, de lo que soy, y nada ni nadie podrá borrarlo de mi vida. Por

más que yo quiera, por más que tú quieras, siempre estará ahí. Si me quieres a tu lado, tendrá que ser con ello también, porque no es un saco del que pueda desprenderme en cualquier sitio, está pegado a mi espalda para siempre, e irá conmigo adondequiera que vaya, con quienquiera que esté.

Mario los acompañó hasta el despacho del comisario. Una secretaria tecleaba ante un ordenador cuando ellos entraron y se sentaron al fondo. Lis reconoció su voz al momento, la reconocería en cualquier lugar del universo.

—... ella se marchaba al día siguiente, el día que cumplía los dieciocho años. Al llegar a esa edad, nos echaban a todos, ya no les servíamos. Yo... he recordado muchas veces sus palabras —dijo secándose las lágrimas con el pañuelo—. Ella... me contaba historias, cuentos de princesas, de hadas, de vidas llenas de magia, vidas que yo no conocía, pero con las que soñaba y deseaba..., y me cantaba —añadió con una sonrisa—. Me cantaba muy bajito para que no nos descubriesen, hermosas canciones que me llegaban al alma.

—¿Cómo es que nunca se vieron, si vivían en la misma casa? —preguntó el comisario.

—El día que llegué allí, ÉL me llevó ante el cuartito bajo la escalera, le dio una patada a la puerta y me dijo que no me acercase, que allí había una cerda. Luego las niñas me dijeron que llevaba dentro un año porque se había escapado y los había denunciado... Pero yo... me sentía tan sola que bajaba a hablar con ella por las noches.

—¿Y en la escuela no dieron la voz de alarma? —preguntó el comisario, que no acababa de entender todo aquello.

—El asistente social vino una vez..., pero antes llamó por teléfono. —Comenzó a llorar con fuerza—. La llevaron a una de las habitaciones y le dieron una paliza... Se quedó inconsciente en el suelo y ellos... ellos... le echaron por encima una botella de whisky y luego... luego... destrozaron la habitación. Cuando el asistente llegó y la vio, le dijeron: «No podemos mandarla a la escuela, se ha vuelto loca y además ha empezado a beber. Ya no sabemos qué hacer con ella, salvo cuidarla y controlarla, porque es un auténtico peligro para los demás niños. Puede preguntárselo a ellos si quiere...». Y el asistente nos preguntó a nosotros, señor comisario..., nos preguntó..., y nosotros... nosotros... teníamos tanto miedo... tanto miedo...

—Usted no era más que una niña, no podía hacer nada. Los que deberían haber velado por ustedes eran los adultos, sólo ellos son responsables de

aquello, nadie más.

—¡Me he preguntado tantas veces qué habría sido de ella! ¡Si habría sobrevivido! La última noche que estuvimos juntas me cantó una canción que nunca he podido olvidar... Yo... no sé cómo podía soportar estar allí encerrada, no me lo explico... Luego, cuando encontré el libro y supe que estaba viva, no podía creerlo... Que hubiese conseguido salir de allí y que se atreviese a contarlo... Ella siempre decía que algún día seríamos libres, que algún día romperíamos las cadenas que nos habían puesto, que no debía perder la esperanza porque fuera había un mundo que me estaba esperando... Cuando se fue..., las cosas se pusieron muy difíciles allí, ¿sabe?, muy difíciles... Y cada vez que me creía morir, cada vez que pensaba que ya no podría soportarlo más, su canción volvía a mi memoria y me daba las fuerzas que necesitaba para aguantar.

De pronto, la voz de Lis inundó la sala con la letra de la canción *La frase tonta de la semana*.[\[2\]](#)

—¡Eres tú, eres tú, eres tú!

Lis avanzaba lentamente con el manuscrito de *PERRO*, que reposaba sobre la mesa del ordenador. Cada página le desgarraba las entrañas, le destrozaba el corazón. Con cada palabra volvía allí, al lugar del que quería escapar sin conseguirlo, preguntándose dónde estaba ese Dios del que tanta gente hablaba, al que tanta gente rezaba y al que ella nunca había conocido. Lo único que reconocía como real era la fortaleza de su espíritu, sus ganas de vivir, su obsesión por alcanzar la libertad.

Lo cogió con manos temblorosas una vez más y se sentó en el sofá, poniéndoselo sobre las rodillas. Encendió un cigarrillo y suspiró profundamente. Al menos, ya le faltaba poco para terminarlo, salvo por el último capítulo, el que aún no se había escrito.

Me despertó en plena noche el silencio.

Abrí los ojos y supe que algo pasaba. Mis compañeros de cautiverio dormían, todos menos los dos pequeños, los que habían llegado con la niña. No tenían más de doce años, pero tan pronto como LA BESTIA puso los ojos sobre ellos, supe que estaban perdidos, que su infancia, si es que la habían tenido, había llegado a su fin.

Salí de la pocilga con los pies descalzos, los zapatos eran lo primero que nos quitaban cuando volvíamos de la escuela, quizá para alejar de nuestras mentes la idea de escapar, o quizá porque simplemente podían, porque eran nuestros amos y señores.

En la casa no había ninguna luz y eso me extrañó: les gustaba la noche, era su camuflaje perfecto, su decorado favorito. La rodeé buscando

algún indicio que me guiara y entonces, tras los frutales, vi la luz del cobertizo. Mi corazón comenzó a palpar con fuerza, mientras sentía bajar por mi espalda las gotas de sudor y una voz en mi interior me decía «No mires, no mires», pero mi curiosidad pudo más que ella y me acerqué. Ojalá no lo hubiese hecho.

Los niños estaban en el centro desnudos, mirándose asustados, mientras que LAS HIENAS los observaban con una sonrisa en los labios y una vara en las manos.

—¿A CUÁL PREFIERES? —preguntó ÉL.

—AL MORENO, LA TIENE MÁS GRANDE —dijo ELLA, desnudándose y tendiéndose sobre la paja—. PERO QUE SE LE PONGA BIEN DURA.

—¡YA LA HAS OÍDO, EMPÁLMATE! ¡¿NO ME OYES?, EMPÁLMATE!

Descargó sobre su pequeño cuerpo aquella vara, que sonó como un látigo y así debió de sentirlo el niño, que terminó hecho un ovillo en el suelo. Cuando se cansó de golpearle, le levantó y le acercó al otro.

—¡TÚ, PONTE DE RODILLAS Y CHÚPASELA HASTA QUE SE LE PONGA DURA! —Los niños no se movieron, acababan de entrar de lleno en un mundo que no conocían. ÉL lo arrodilló y le acercó el pene a la boca—. ¡ABRE LA BOCA! ¡AHORA, CHÚPALA BIEN HASTA QUE SE EMPALME! ¡DEJA DE LLORAR Y CHÚPALA, SEGURO QUE TE GUSTA!

Los niños entraron en la adolescencia de golpe, y a golpes, y la naturaleza siguió su curso, haciendo que el niño se empalmase por primera vez en su vida, mirando su miembro como si fuese la primera que vez que lo veía. ÉL le agarró por un brazo y le tiró sobre ella.

—¡MÉTESELA, MÉTESELA HASTA EL FONDO, QUIERO OÍR CÓMO SE CORRE! —Volvió hacia el otro y le agarró por el pelo—. ¡LO HAS HECHO BIEN, AHORA ME LA CHUPARÁS A MÍ, ABRE LA BOCA! —Se corrió en su boca gritando como el animal que era—. ¡ASÍ, ASÍ, ASÍ!

Le dio una bofetada que le dejó inconsciente, mientras el otro seguía con su mujer, haciéndola gemir. Cogió una botella y se sentó ante ellos a mirar, fumando un cigarrillo con una sonrisa en los labios. Cuando el niño comenzó a despertarse, lo cogió como si fuese un muñeco de trapo y lo puso sobre un caballete, boca abajo, le separó las nalgas y le metió los dedos, de uno en uno, de dos en dos, y de tres en tres... Sus gritos aún resuenan en mi cabeza, así como las palabras que salían por la boca de ÉL.

—¡TIENES UNA AGUJERO MUY PEQUEÑO, JUSTO LO QUE QUERÍA, UN AGUJERO BIEN PEQUEÑO PARA ABRIRLO! TE LO VOY A

ABRIR BIEN, VERÁS CÓMO TE GUSTA, TE VAS A CORRER DE GUSTO ESTA NOCHE. ¡YA LO VERÁS, CABRÓN, YA LO VERÁS! ¡DEJA DE GRITAR O TE DOY CON LA VARA!

Siguió metiéndole los dedos hasta que la mujer empujó al otro y se relajó, sonriendo.

—TE HA GUSTADO, ¿EH?

—SÍ, A ÉSTE LO QUIERO TODAS LAS NOCHES. NO LE HAGAS NADA, LO QUIERO PARA MÍ.

—ENTONCES, ÉSTE ES MÍO..., SÓLO MÍO... TÚ, VEN AQUÍ... MIRA QUÉ CULO MÁS PEQUEÑO TIENE, ME VAS A AYUDAR A ABRÍRSELO, COGE LA VARA, MÉTESELA.

Los alaridos de dolor se grabaron en mi corazón, el palo temblaba en manos de la criatura, pero hizo lo que le mandaba, lo hizo muchas veces, mientras ÉL gritaba y bebía, bebía y gritaba.

—¡AÚN NO ESTÁ LO SUFICIENTEMENTE ABIERTO, MÁS, MÉTESELO MÁS, MÁS ADENTRO! ¡ASÍ, ASÍ, ASÍ! —Le empujó, tirándole al suelo—. ¡YA ESTÁ, YA ESTÁ PREPARADO PARA MÍ! ¡AHORA TE VA A GUSTAR, CABRÓN, TE LA VOY A METER HASTA EL FONDO...! ¡GRITA..., GRITA..., QUIERO OÍRTE GRITAR..., GRITA!

El niño lo intentó, lo intentó con todas sus fuerzas, pero de su boca sólo conseguían salir pequeños gemidos... Gemidos que todas las noches desde entonces, y a la misma hora, me despiertan. No importa dónde esté o con quién, un reloj en mi cabeza suena a la misma hora de entonces, despertándome. Después de veinte años, el reloj aún sigue funcionando, no ha fallado ni una sola noche.

Cuando al día siguiente el niño murió, el médico certificó su muerte como natural. Junto a la puerta estaba apoyada la vara ensangrentada. Yo no podía dejar de mirarla, esperando que el doctor se fijara en ella, pero no la vio, porque no quería verla, porque a nadie le importábamos, porque, como ELLOS decían, NO ÉRAMOS NADIE.

Lis dejó el manuscrito sobre la mesita del café y se desplomó en el sofá, llorando sin consuelo. Así la encontró Juan cuando llegó del trabajo y, por más que preguntó, de su boca no salían más que lamentos. Hizo lo único que podía hacer, la tomó en sus brazos y la llevó a la cama tendiéndose a su espalda y

abrazándola con fuerza, dejando que liberase tantas lágrimas retenidas, tanto dolor, tanto tormento. Los latidos de su corazón consiguieron serenarla y, escuchándolos, se quedó dormida. Cuando abrió los ojos, ya se había hecho de noche y Juan seguía a su espalda, acariciando lentamente su cuerpo. Se volvió entre sus brazos y se miró en sus ojos tan brillantes, tan bellos. Le besó con pasión, con toda la pasión que había en su cuerpo y, poco a poco, su respiración se fue acelerando, mientras la ropa comenzaba a desaparecer entre ellos. La penetró despacio, sus manos dejaron sobre su piel miles de caricias y sus labios millones de besos.

—¡Te quiero, mi vida! —dijo él, mirándose en los ojos color chocolate—. ¡Qué suerte he tenido de encontrarte, qué afortunado me siento!

Las palabras de Juan llegaron al alma de Lis haciéndola perder el control. Tomó su boca y la devoró, mientras sus manos atraían sus caderas hacia ella, poseyéndola más y más adentro. Enredó sus piernas en su cintura y comenzó a cantar en su oído, muy bajito, aquella canción de Rosana, perdiéndose en un orgasmo que los llevó al mismo cielo.

—Aquel accidente... fue una suerte, Juan... —susurró mientras se corría bajo su cuerpo—. Todos los sufrimientos han valido la pena..., todos..., todos..., todos...

Estudió sus movimientos al milímetro, elaborando su perfecta tela de araña. Le necesitaba para llevar a cabo los planes que se había trazado, le utilizaría como había hecho siempre con los hombres, y, aunque el destino no había entrecruzado sus caminos, ella encontraría el lugar y el momento perfectos para que éstos convergiesen. El lugar elegido fue el centro comercial, al que acudía a mediodía, porque las aglomeraciones no le gustaban. Una vez establecido el plan de acercamiento, lo puso en marcha.

Le vio recorrer los pasillos deprisa, llenando su carro con rapidez para terminar aquella aburrida tarea cuanto antes. Y al final del largo pasillo se dijo que sería el lugar perfecto para la toma de contacto, allí se entrecruzarían sus caminos. Su presa estaba a tiro, y ella, dispuesta para la caza.

—¡Oh, vaya, lo siento! —exclamó cuando sus carros chocaron—. ¿Estás bien?

—Creo que sí —sonrió el hombre.

—Discúlpame, es que tengo prisa —dijo ella, regalándole su mejor sonrisa.

La reconoció al instante: la rubia de la tele. La vio marcharse subida en sus altísimos tacones, moviendo con salero las caderas en dirección a la caja. Aquello era un monumento de mujer, de los que nunca estaban a su alcance; sus presas eran más asequibles, más confiadas, y aquélla no pertenecía a su grupo. Se olvidó de ella hasta que, al llegar al aparcamiento, la encontró junto al coche, con el capó levantado.

—¿Qué pasa?, ¿no arranca?

—¡Ah, hola! No, creo que se ha estropeado..., y con la prisa que tengo...

—¿Quieres que te lleve a algún sitio?

—¿Sí?, ¿lo harías? No sabes cuánto te lo agradezco —dijo ella, tendiéndole la mano—. Soy Carla.

—Sebastián.

—¡Encantada de conocerte, Sebastián, hoy eres mi salvador!

Nunca un polvo le había resultado tan fácil. Desde su encuentro en Madrid con Lis, había mantenido a raya sus impulsos, pero éstos luchaban por salir, y allí estaban. Y allí estaba ella, la diosa rubia, abriéndose de piernas para él, entregándosele sin condiciones.

—Quiero más —exigió Carla, mordiéndole la oreja.

—¿Qué pasa?, ¿eres ninfómana? —le preguntó Sebastián con una sonrisa cínica.

—Me gusta tu polla. ¡Anda, empálmate otra vez! —le pidió tendiéndose sobre él.

—¡Joder, tía! —exclamó él al sentirse excitado de nuevo—. ¡Eres un cañón, joder, joder!

—El cañón lo tienes tú, y quiero que lo dispares.

Sus encuentros continuaron durante toda la semana, en la que la entrega de Carla fue a más y a más, enredándole en la elaborada tela que había tejido especialmente para él. Sebastián se dejó enredar, disfrutando de aquel cuerpo que se le ofrecía, pero sin dejar de preguntarse por qué lo hacía.

—¿Estás cansado? —preguntó ella, acariciándole la espalda y mordiéndole la oreja.

—¿Aún no tienes bastante? —replicó él, levantando la cabeza y mirando aquella cara perfecta.

—Es que quiero más —dijo Carla, mientras sus uñas le arañaban la espalda.

—¿Quieres más? —preguntó Sebastián con una sonrisa malévola en los labios—. ¿Estás segura?... Bien, yo te daré más.

Salió de su cuerpo y le dio la vuelta en la cama, le separó las piernas y, poniendo su mano sobre su espalda, inmovilizándola, le metió un dedo por detrás.

—¡No, para, eso no! —gritó Carla—. ¡Eso no, Sebastián, eso no!

—¡Sí, eso sí! —repuso él, sonriendo al ver su expresión asustada—. Lo

haremos por detrás y te gustará.

—¡No, por detrás no!

—Sí, por detrás sí —dijo, metiéndole el dedo por completo mientras ella comenzaba a gritar—. ¡No grites! —le advirtió sacando el dedo y acercándolo a su cara—. ¡Chúpalo, te dolerá menos!

—¡No, por favor, no!

—¡Chúpalo! —le ordenó, tendiéndose sobre ella, agarrándola por el pelo y metiéndole el dedo en la boca.

Tenía dos opciones: empezar a gritar y luchar contra él, con lo cual su venganza se iría al garete, o dejarse follar por aquel loco que tan necesario era para sus planes. Cerró los ojos y chupó su dedo.

Sebastián la folló por detrás, abriéndola por completo, metiéndosela hasta el fondo mientras le tapaba la boca con la mano para acallar sus gritos. Se corrió con un gruñido de placer y, cuando terminó, le mordió las nalgas con fuerza, mientras de su boca salían todas las palabras obscenas que había en su amplio repertorio.

—Así que nunca te lo habían hecho por detrás... —comentó azotando sus nalgas—. Pues es por donde más me ha gustado. El otro agujero lo tienes muy usado, pero éste es mío, sólo mío. —Le metió dos dedos hasta el fondo, haciéndola gritar—. ¡No chilles, sé que te gusta!

Se metió bajo la ducha. Sus planes no estaban saliendo exactamente como había pensado, pero así eran las cosas, a veces había que actuar sobre la marcha. Dejarse follar por aquel animal no había sido agradable, pero peores cosas había tenido que hacer en la vida para conseguir sus fines. Dejó que el agua limpiase su cuerpo. No importaba a lo que tuviera que recurrir para recuperar a Jack, y si tenía que dejarse follar de aquella manera, lo haría.

Hasta que una noche, Sebastián apareció en su casa sucio y desaliñado. Cuando entró en la habitación, se abalanzó sobre ella quitándole la ropa con rabia. La puso boca abajo y se la metió por detrás. Sus protestas no hicieron sino excitarle más, pero Carla aguantó sus envites, deseosa de saber lo que había pasado.

—¡Así que te ha denunciado! —dijo, encendiendo un cigarrillo.

—¡No puede demostrar nada, es su palabra contra la mía!

—¿Qué pasa? —preguntó ella en tono cínico—. ¿No le gustó que le diese por el culo?

—Con ella no hice eso —contestó Sebastián con una sonrisa torcida, viendo cómo su cara cambiaba de color.

—¿Qué?! ¿A ella no se lo hiciste? ¿Por qué? ¿Por qué a ella no y a mí sí?

—¡Porque a ti te gusta! —dijo él apagando el cigarrillo y tirándose encima—. ¡A ti te va eso! ¿A que sí?

—¡No! ¡No me gusta! ¡Y no entiendo por qué a ella no se lo hiciste!

—¡Así que te habría gustado que se lo hiciera! ¿Por qué, por qué la odias tanto? —preguntó sujetándole las manos.

—¡No es asunto tuyo! ¡Suéltame!

—¿Por qué?

—¡Que me sueltes, joder!

—¿Por qué, Carla, por qué la odias tanto?

—¡Porque tengo una deuda pendiente con ella! ¡Por eso!

—¿Cuál?

—¡No es asunto tuyo! ¡Suéltame, me haces daño!

—¿Cuál?!

—¡Suéltame, joder!

—¿Cuál? —Le soltó las manos y le cruzó la cara de una bofetada—. ¿Cuál? ¡Dímelo, dímelo!

—¡Me quitó algo que es mío..., me quitó a Jack! —contestó ella con fuego en los ojos.

Sebastián observó atentamente su cara crispada. No podía haber más odio en sus ojos, ni más sed de venganza. Se apartó de ella y se levantó lentamente de la cama, cogió un cigarrillo y lo encendió despacio, acercándose a la ventana.

—¡Así que te quitó al bombero! Por eso estamos aquí..., por venganza...

—¡Nadie me quita lo que es mío! —gritó Carla, poniéndose de rodillas en la cama. No podía haber más determinación en su cuerpo—. ¡Jack es mío, sólo mío, y volverá a mí cuando la haya quitado a ella de en medio, sé cómo hacerlo!

Sebastián fumó en silencio, observando la oscuridad que había fuera. Apagó el cigarrillo y la miró atentamente.

—Pero no puedes hacerlo sola —dijo clavando en ella su mirada más intensa—. Por eso estamos aquí, porque me necesitas. —Achicó los ojos y una

pequeña sonrisa asomó a sus labios—. Está bien, Carla, te ayudaré con tus planes. —El rostro de ella se iluminó, y lo miró con ojos brillantes—. Te ayudaré con tu venganza. Y comenzará hoy, aquí y ahora. Dicen que la venganza es un plato que se sirve frío, pero hoy tú empezarás por uno caliente, muy caliente... Ven. —Ella salió de la cama y se acercó a él con una sonrisa—. Tú quieres algo de mí..., yo quiero algo de ti... ¡Cómeme la polla hasta el final y trágatelo todo!

El plato se sirvió caliente y Carla no dejó nada.

Volvían a casa, de cenar fuera, cuando el manuscrito la miró desde la mesa del ordenador. Lis clavó sus ojos en él y un profundo suspiro salió por su boca, mientras Juan la miraba preocupado.

—¿Qué pasa, cariño?, ¿no te apetece leerlo? ¿Tan duro es?

—Ni te lo imaginas, Juan. Si lo que tuvimos que soportar las niñas allí fue horrible, lo que les hicieron a los niños fue... nauseabundo. Cada línea que leo me desgarran el corazón un poco más... No veo el momento de terminarlo.

—Entonces no lo leas, mi vida —dijo, cogiéndolo y llevándolo hacia el armario de los abrigos—. No quiero que lo leas. ¡Déjalo!

—Pero ¡no puedo hacer eso, Juan, no puedo! —exclamó Lis, quitárselo de las manos y sentándose en el sofá—. ¡Se lo prometí, y tengo que hacerlo! ¡Él confió en mí y no puedo fallarle!

—¿Sabes, cariño? —comentó él, sentándose a su lado—, con todo lo que te ha pasado en la vida... no consigo entender cómo puedes ser tan leal.

—Pues precisamente por eso, Juan, por lo que me ha pasado —dijo ella, acurrucándose a su lado—. Las personas que deberían haber velado por mí no lo hicieron, y yo no haré lo mismo con las personas que quiero.

—Por eso no te separas de mí desde que salgo del trabajo, ¿verdad? —preguntó él, mirándola tiernamente—. No creerás que no me he dado cuenta de que me tenéis totalmente controlado. Pedro no me quita ojo durante el curro, Patricio se pasa por allí a cada momento para evaluar mi estado mental y tú te pegas a mí como una lapa, no me dejas ir solo ni a la ducha. Estoy empezando a sentirme un poco prisionero.

—Eso es porque te queremos —dijo ella estallando en carcajadas y abrazándole con fuerza—. ¡Cómo me gusta tu olor, Juan!

—No intentes distraerme, Lis. —Suspiró él mirándola muy serio—. Yo... no consigo aceptar no poder hacer nada contra Sebastián. Me está matando por dentro, cariño..., no te imaginas cuánto.

—¡Sí, sí me lo imagino! —dijo, levantándose y poniendo las manos en las caderas, al tiempo que clavaba en él su mirada más seria—. Lo sé perfectamente. Sé la rabia que tienes dentro y a la que te gustaría dar salida. Sé que te quema, que te arde en las venas, que te atormenta incluso cuando duermes. Sé el esfuerzo que supone para ti mantenerla a raya y que luchas con uñas y dientes para hacerlo. Sé que esa batalla te agota física y psicológicamente, lo sé. Pero ¡también sé que harás todo cuanto puedas para dominarla, porque eso es lo que debes hacer, lo que tienes que hacer y lo que quiero que hagas! Desde entonces, te quiero más y eres más hombre a mis ojos. —Salió del salón, dejándole con la boca abierta. Cuando volvió, traía una sonrisa pícara en los labios y una bata transparente sobre el cuerpo—. ¡Y también te deseo más!...

El último capítulo llegó por email. Lis lo miró en la bandeja de entrada, pero fue incapaz de abrirlo. Sin embargo, aquella noche, cuando Juan dormía a su lado plácidamente y ella miraba al techo en espera de que Morfeo apareciese, sin conseguirlo, se dijo que de nada servía demorarlo más. Se levantó y puso una cafetera sobre la vitro, necesitaba de toda la ayuda posible para aquel último esfuerzo. Con un tazón de café sobre la mesa del ordenador y un cigarrillo entre los dedos, abrió el mensaje.

EPÍLOGO

Uno no debe olvidar nunca de dónde viene. Nuestros orígenes nos han hecho lo que somos y obviarlos implica negar una parte de nosotros mismos.

Veía mi vida en blanco y negro, como las antiguas televisiones, así la veía y así la sentía. Hasta que un día, ya en la edad adulta y lejos de aquella casa, mis manos decidieron por su cuenta y la llenaron de color. Todos los colores que faltaron en mi infancia inundaron de golpe mi vida, mi mente y mi alma. Mis cuadros se convirtieron en esa ventana al mundo del color que me faltaba, y en ellos volqué todas las alegrías que había perdido en LA CASA, pero que, a pesar de todo, allí estaban.

Tras la primera exposición llegaron otras muchas y, como por arte de magia, aquellos cuadros que salían de mis manos se iban en busca de otras

manos. Los críticos los alababan por su colorido, por su prestancia, por su dulzura, por su magia. Me los quitaban de las manos tan pronto como los terminaba, y muchas veces me pregunté qué vería en ellos la gente, por qué les gustaban.

Hasta que una tarde, sentando ante uno de ellos en la galería de arte, mientras posibles compradores pululaban a mi alrededor mirando mi trabajo, una mujer de edad avanzada se sentó a mi lado y lo observó fijamente. Había sido un cuadro laborioso, se titulaba Brisa nocturna, y en él había recreado LA CASA, pero no como era, ni como la recordaba, sino... como la deseaba. Parecía salida de un cuento de hadas: ventanas brillantes, madera reluciente y el balancín, que parecía mecerse con la brisa de la noche. La había rodeado de cientos de flores que nunca podrían crecer en aquel lugar ni aunque se las regase con fertilizante a diario. Pero así es la imaginación, no importa que algo no pueda pasar: si tú quieres, pasa. El cuadro no podía ser más alegre, había trabajado con colores que en un principio ni siquiera conocía, y la Luna, con su extraña magia, todo lo iluminaba. Me había costado mucho conseguir aquel brillo, pero allí estaba.

—Disculpe —dijo la mujer con dulzura—, ¿puedo hacerle una pregunta? Cuando usted mira este cuadro..., ¿qué ve?

—Pues veo mucho colorido, es un cuadro muy alegre. ¿A usted no se lo parece?

—Sí, sí, así es, tiene mucho colorido, ésa es la primera impresión que da, pero... una cosa es lo que veo y otra muy distinta lo que me hace sentir —afirmó ella concentrada—. Está lleno de color, de reflejos hermosos y, sin embargo, no puedo evitar sentir pena, pero no sé por qué..., a no ser que... —Sus ojos se achicaron, mientras se levantaba lentamente y se acercaba. Me levanté a mi vez y la seguí—. ¡Claro, claro, claro! Aquí está la tristeza, está aquí, aquí exactamente.

Y allí exactamente, en aquella pequeña esquina que su dedo señalaba, estaba la ventana. La pequeña ventana del cobertizo, levemente iluminada, rodeada de oscuridad, de matorrales y de zarzas.

—¿Por qué? —le pregunté.

—No lo sé..., pero ahí pasa algo..., algo malo... Sí, ahí está la tristeza, tan real como los colores.

Después de aquello, me di cuenta de que, hiciera lo que hiciese, fuera a donde fuese, y me llamara como me llamase, siempre habría una esquina que me delataría, una esquina en la que mostraría mi alma, quisiera yo o

no, y que hablaría por mí sin necesidad de palabras. Estaría presente en todos mis actos, en todos mis movimientos, en todos los caminos que emprendiese... Nunca podría llevar una vida normal, ni durante el día ni durante la noche, porque mi alma estaba partida y nada de lo que hiciera podría recomponerla, podría curarla.

Fue entonces cuando encontré el libro, y en él..., el grito. El grito de desesperación que yo no di cuando el niño era violado, el grito de indignación que yo no di cuando murió, el grito de angustia que yo no di cuando lo enterramos junto a la pocilga de los cerdos, el grito de dolor que se quedó atrapado en mi garganta y que nunca llegó a salir por mi boca, el grito que me quemaba por dentro y arañaba mis entrañas, el grito que, silenciosamente, se colaba en mis cuadros sin que yo me enterara.

Y había sido ella, mi heroína de la infancia, la que me había abrazado con sus palabras, a la que también habían quitado la identidad, la libertad y el alma. Ella levantó la voz y gritó, les puso nombre y les puso cara. Se lo contó al mundo, lo gritó al universo, ese que siempre nos había dado la espalda. Venció su miedo, salió de su escondrijo y lo gritó a los cuatro vientos con rabia... ¿Y qué había hecho yo desde entonces? Esconderme..., lamentarme..., lamer mis heridas y tragarme las palabras.

ÚLTIMO CAPÍTULO

Sabía que la mejor hora para hacerlo era por la mañana, cuando ÉL ya hubiese despertado a los niños con la ducha fría y los hubiese mandado a la escuela. Era el único horario que respetaba, para no levantar sospechas. Hecho esto, se volvía a la cama.

Anduve por el sendero, un camino tantas veces recorrido, que impregnaba mi mente de recuerdos que quería olvidar, pero que allí estaban, formando parte de ella para siempre. Nada había cambiado, salvo que la casa estaba más vieja y más sucia, las paredes seguían mugrientas, la camioneta ante el cobertizo y las gallinas cacareando en el gallinero, junto a la pocilga de los cerdos... No quise mirarla.

Al abrir la puerta, el olor impregnó mis fosas nasales. El olor de la suciedad, de la sangre, de la muerte. Subí la escalera, no sin antes echar un vistazo al cuartito de debajo, que por suerte estaba vacío. La habitación se mostró ante mí tal como la recordaba. Las botellas sobre las mesillas, el suelo cubierto de colillas y el olor... nauseabundo. A los pies de la cama, un

niño yacía inconsciente; no debía de tener más de tres años. Le tomé el pulso, estaba vivo. Desnudo y con los ojos amoratados, los abrió y clavó en los míos su mirada perdida. Si en algún momento tuve dudas de lo que había ido a hacer allí, se me disiparon al instante al ver aquellos ojos. Le levanté del suelo y le saqué de la habitación.

—Quiero que vayas al cobertizo y que te quedas allí hasta que yo vaya a buscarte —le susurré.

—¿Eres un ángel? —me susurró a su vez con los ojos inundados de lágrimas.

Primero me fui a por ÉL. Le puse en la boca el trapo con cloroformo y ni se movió. Sellé su asquerosa boca con cinta adhesiva y entonces me fui a por ELLA, ahora era mía, sólo mía. Cogí la vara que descansaba junto a la cabecera de la cama y se la pasé por la cara. Arrugó el ceño, pero no se despertó, la deslicé por su cuello y seguí sobre su cuerpo hasta llegar a los pies; quería que todo él se despertase, que todo lo sintiese..., y se despertó. Descargué sobre ELLA uno y mil golpes, que sonaron como si toda la furia del universo estuviese en mis manos. Gritó con todas sus fuerzas intentando apartar la vara, pero al no conseguirlo, se hizo un ovillo, tapándose la cabeza con los brazos. Y fue precisamente su cabeza lo único que quedó intacto de su cuerpo. No dejé un milímetro de piel por golpear. Cuando se quedó aturdida, le até las manos a la cabecera de la cama y le clavé el cuchillo en las entrañas. Lo hice lo más lentamente que pude, mientras sus ojos se abrían y me miraban asombrados. Sentí cómo la piel se rajaba despacio, muy despacio, cómo atravesaba sus órganos. Y allí lo dejé clavado, en su vientre, sabiendo que la agonía sería lenta, muy lenta, porque era la única muerte que merecía.

Entonces, mientras ELLA agonizaba, comencé con ÉL. Le eché al suelo y le até las manos a las patas de la cama, luego los tobillos a las muñecas, dejándole bien abierto para mí. Rasgué su ropa hasta que estuvo desnudo, completamente desnudo ante mí. De aquel hombre que había sido fuerte como un toro ya casi no quedaba nada, los años y los excesos habían hecho estragos en su cuerpo, pero eso no mitigó ni lo más mínimo mis deseos de venganza. Me senté en el sofá de la esquina y encendí un cigarrillo, en espera de que ELLA muriese y de que ÉL despertase.

El efecto del cloroformo pasó antes de lo previsto, aquel cuerpo aún tenía aguante. Sus sacudidas al sentirse inmovilizado zarandearon la cama donde ELLA gemía, mirándome con ojos suplicantes. Cuando me pareció

que estaba completamente despierto, me acerqué, quería que me viese bien. Me quedé ante ÉL... y ladré. Ladré con todas mis fuerzas, con toda la intensidad que había en mi cuerpo, en mi mente, en mi corazón y en mi garganta. Ladré por mí y por los otros, por la infancia perdida, por los sueños pisoteados, por la humillación vivida, por el asco... Por las esperanzas enterradas, por los sueños destrozados, por la inocencia hecha trizas.

Levanté la vara ante su cara, preguntándome si quedaría aún en ella algún resto del niño, y reí, reí con toda mi alma. No me voy a recrear contando los detalles de lo que le hice, porque, aunque me comporté como un sádico, no disfruté haciéndolo. Sólo diré que todas las cosas que nos hizo... le fueron hechas..., todas..., todas.

Cuando todas las aberraciones fueron recibidas por su cuerpo, le quité la cinta de la boca, quería oírle gritar, quería oírle aullar como un perro. Acerqué el cuchillo más grande que había encontrado y lentamente... se lo introduje en el ano. El grito que salió por su boca se unió al mío... ¡Por fin pude gritar en aquella casa!

Volví al sillón y encendí un cigarrillo completamente cómo morían. Lo hicieron casi a la vez, primero ELLA, luego ÉL. Comprobé sus pulsos, recogí mis cosas y salí al cobertizo. Llevé al niño a LA CASA, le senté en el sofá del salón y me arrodillé a sus pies.

—Dentro de un rato vendrá la policía, no te asustes. Te sacarán de esta casa fea y te llevarán a un sitio bonito, un sitio donde no te harán las cosas malas que hacen aquí. A partir de ahora serás libre, la libertad es nuestro bien máspreciado, la libertad y la dignidad, no lo olvides nunca.

Cogí el teléfono, que aún colgaba de la descascarillada pared, y llamé a la policía. Cuando me acercaba a la puerta, una vocecita me llamó.

—¿No puedes llevarme contigo? ¡Seré bueno!

—Tú eres bueno, los malos eran ellos, no lo olvides nunca, por favor. ¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo, ángel, te lo prometo.

Lis cerró el correo y, con el corazón acelerado y las manos temblorosas, se lanzó hacia la cafetera. Cuando Juan apareció ante ella, frotándose los ojos como un niño y el pelo alborotado, un pantalón de pijama colgando de sus caderas y el torso más perfecto que se pueda tener, a ella se le alegró el alma.

Era un auténtico espectáculo para la vista, no podía haber cuerpo más perfecto que el suyo. Se preguntó una vez más cómo había ido a parar a su cama, mientras un calor muy conocido comenzaba a nacer en su vientre.

—Pero ¿qué haces levantada, cariño? ¿Has tenido una pesadilla?

—Estoy pensando, Juan... —dijo, mirándole concentrada— que mañana compraré una botella de whisky.

—Pero ¿qué dices?

—Sabes que no me gusta tener alcohol en casa, pero es que hay momentos en que una copa hace falta. He terminado el manuscrito y cuando te lo cuente... vas a alucinar.

—Sí, una copa a veces es necesaria... —asintió él, quitándole la taza de café de las manos temblorosas—. Pero como no la tenemos..., déjame pensar qué puedo hacer para tranquilizarte.

Entre beso y beso, Juan pegó su cuerpo al de ella, haciéndole notar su erección. La cogió en brazos y la llevó a la cama, donde los besos y las caricias salieron de su cuerpo en cascada. Pero Lis tenía prisa y, sin quitarse el camisón, le bajó el pantalón del pijama, acercando su miembro a su sexo con ansia.

—Juan..., Juan..., por favor, cariño...

—Espera un poco.

—¡No, no puedo esperar, por favor!

—¡Y decís que el impaciente soy yo! —se lamentó él con una sonrisa.

En los ojos color chocolate no podía haber más pasión, más deseo, pero cuando comenzaron a llenarse de lágrimas, Juan no pudo soportarlo más y, pasando un brazo bajo sus caderas, se las levantó y la penetró lentamente, muy despacio. El cuerpo de Lis se adaptó al suyo, comenzando a gemir mientras las lágrimas caían por sus sienes, hasta que la llevó al orgasmo intenso y liberador que tanto necesitaba. Siguió moviéndose dentro de su cuerpo, duro, caliente, pletórico, le quitó el camisón y chupó suavemente sus pezones, volviendo a excitarla, acelerando su respiración, provocando el brillo de sus ojos y que ella lo buscase. Sus piernas le rodearon la cintura como auténticas tenazas y levantó las caderas hacia él pidiéndole, dándole, hasta que se corrió de nuevo agarrándose a sus brazos, que parecían auténticas columnas de hierro.

—¡Te quiero, mi amor, te quiero! —susurró Juan, mientras ella se perdía en el placer que le daba su cuerpo.

—¡Oh, Juan..., yo... no puedo más...! —dijo al sentirle todavía duro en su

interior y moviéndose con toda la pasión, con todo el deseo.

—Aún no tengo bastante de ti, nena, aún no.

—Pero yo... ya estoy relajada —contestó Lis en un susurro, provocándole la risa.

—¿Se te han quitado las ganas del whisky? —preguntó él, riendo, mientras seguía entrando y saliendo de su cuerpo.

—Sí, Juan..., totalmente. —Abrió los ojos al sentir que su vientre volvía a despertarse bajo sus caricias—. ¡Oh, Señor, otra vez..., me voy a desmayar!

—¡No, no te vas a desmayar, lo vas a sentir, mírame, mírame cariño, mírame!

Juan se miró en sus ojos, tan cerca que podía ver su imagen reflejada en ellos. Sonrió y entró en su boca, devorándola, saboreándola, sintiendo cómo sus gemidos de placer subían por su garganta. La llevó hasta un nuevo orgasmo, intenso y abrasador, donde se perdió con ella.

—¿De qué te ríes, Juan? —dijo ella, tomando su cara entre las manos y mirándole con dulzura.

—Lis..., no quiero que tengas whisky en casa, no quiero. ¡Prométeme que no lo comprarás, cariño!

Lis acudió al centro comercial en busca de un nuevo vestuario, ya no podía demorarlo más. Los pantalones se le caían de la cintura, las camisas le colgaban y ya nada de lo que tenía cumplía su función. Así que, tras revisar sus cuentas y comprobar con satisfacción que los ingresos por su «primer libro», como decía Luis, se habían hecho y que éstas estaban a rebosar, hacia allí se dirigió. Renovó su vestuario a conciencia, así como su zapatero, porque los pies también adelgazan, y enfundada en su ropa nueva, salió cargada de bolsas, sintiéndose más que nunca *Pretty Woman*. Las dejó en el maletero del coche y volvió a entrar en busca de algunos libros, sin saber que todos sus pasos estaban siendo controlados por alguien para quien la venganza ocupaba el puesto número uno en sus prioridades.

Lis estaba en las expertas manos de su peluquera, Silvia, cuando su móvil comenzó a sonar. Era un número desconocido. Tras rechazar varias veces la llamada, la intranquilidad porque a Juan le hubiese pasado algo la hizo contestar.

—Te aseguro que yo tengo tantas ganas de hablar contigo como tú conmigo. —Su voz era inconfundible—. Pero no me queda más remedio que hacerlo.

—¿Qué quieres, Carla?

—Quiero hablar contigo. Necesito que me dejéis en paz de una vez, que salgáis de mi vida de una vez por todas... Jack no deja de llamarme y yo ya estoy harta de este juegucito que se trae a dos bandas, ya estoy cansada. —Lis puso los ojos en blanco—. Supongo que ya se ha cansado de follarte, que se le ha pasado la tontería y que no sabe cómo dejarte.

—Carla, ¿por qué no nos dejas en paz y sigues con tu vida?

—Pero ¡si es él quien me acosa! —exclamó—. Te lo puedo demostrar, mi teléfono está saturado de sus llamadas y sus mensajes.

—¿Y tienes contra Juan tantas pruebas como tenías contra mi libro?

La mujer de la cara angelical corría el riesgo de explotar en cualquier momento. La intensidad de su mirada haría palidecer a cualquier animal salvaje. Apretó la mandíbula y contuvo sus deseos de gritarle.

—Nena..., creo que Jack no te lo ha contado todo, cariño. Él es demasiado hombre para ti, por eso me busca. No creo que tú puedas darle lo que yo le daba. No puede evitarlo, su polla me necesita.

—¡Oh, déjame en paz! —replicó Lis.

Colgó el teléfono, pero la insistencia de aquella lunática no tenía freno; siguió y siguió martilleando hasta que ella ya no pudo más.

—¡Quiero que me dejes en paz, Carla! ¿Tanto te cuesta entenderlo?

—¡Soy yo la que quiere que la dejéis en paz! ¡Estoy hasta las narices de este jueguito que se trae entre manos! ¿Qué pasa?, ¿quiere dejarte y no sabe cómo hacerlo? ¡Pues yo no soy el segundo plato de nadie! ¡En el tiempo que he estado hablando contigo me ha llamado tres veces, y yo ya estoy hasta las mismísimas! ¿Por qué no lo compruebas por ti misma?

Carla siguió y siguió hablando, no pensaba darse por vencida, y las fuerzas de Lis se agotaban escuchándola. Así que decidió que tenía que arreglar aquello de una vez por todas. Quizá cara a cara consiguiera hacerla entrar en razón, y accedió a verla.

Le envió un mensaje a Juan:

Cariño, estoy en la peluquería del centro comercial. Me retrasaré un poco. He recibido una llamada de Carla, quiere hablar conmigo, y yo..., bueno, ya estoy harta de que nos moleste continuamente. He quedado con ella, espero que no te enfades, mi vida. Te quiero.

Patricio atravesó la cochera como alma que lleva el diablo y se fue directo a la sala donde los bomberos tomaban café. Las cabezas se levantaron y los ojos se clavaron en él, pero las bocas se mantuvieron cerradas. Jack le miró sorprendido.

—¿Qué? Vigilando, ¿eh?

—¡Tengo que hablar contigo! —dijo, agarrándole por un brazo y llevándole hasta la cocina.

Los bomberos no pudieron evitar sonreír divertidos viendo a Jack dominado por aquella pequeña y regordeta fuerza, que le arrastró sin

contemplaciones y con total determinación.

—¿Qué pasa, Patri?, ¿no hemos dormido bien hoy?

—¡No me llames así, ya sabes que no me gusta! —protestó, sirviéndose un café—. ¡Y, sí, he dormido muy mal, precisamente por eso tengo que hablar contigo!

—¡No me digas que he estado en tus pesadillas!

—¿Te crees el centro de mi mundo?

—¡Joder, hablas igual que Lis! —exclamó Juan con una carcajada.

—¡Tengo que contarte algo, Jack, algo muy importante y que pondrá a prueba tu confianza en mí! ¡Por no hablar de que mi credibilidad y profesionalidad caerán en picado y serán pisoteadas por los neandertales de tus compañeros, claro!

—¿Qué me vas a decir, Patricio?, ¿que eres gay? Si ya lo sabemos.

—¿Lo sabéis? —preguntó él asombrado.

—Patricio..., tu pajarita habla por sí sola.

—¡Oh, Señor! —dijo él resoplando y terminándose el café de golpe—. Bueno, no he venido a hablar de mis tendencias sexuales, que no le importan a nadie, sino porque tengo que contarte algo. Probablemente no me creerás, pero... tengo que hacerlo, no me queda más remedio o no podré dormir tranquilo y...

—¡¿Quieres dejar de dar rodeos e ir al grano?!

—¡Yo... yo... a veces... tengo sueños!

—¡Pues como todos!

—¡No me refiero a esos sueños, sino a los premonitorios, los que se cumplen! ¿Entiendes?

—¿Tienes sueños premonitorios, como la de «Médium»?

—¡Eso, hombre, dilo más alto! —exclamó Patricio cerrando la puerta, algo totalmente innecesario, porque la noticia ya había atravesado el aire—. Sí, tengo sueños de éstos y esta noche he soñado con Lis y creo que necesita ayuda, así que haz el favor de llamarla y cerciérate de que está bien... ¡No me mires así y coge el teléfono, joder!

Sebastián aparcó el coche, encendió un cigarrillo y fumó concentrado, esperando la llamada de Carla. Aquella mujer había perdido totalmente la cabeza, llevada por su deseo de venganza. Tenía que reconocer que era una buena estratega, lo había planificado todo a conciencia. En el maletero del

coche había metido todo lo necesario: bolsas grandes, cuchillos, cuerdas, cinta adhesiva, y hasta una pala. Había elegido con sumo cuidado el lugar en el que se desharían del cadáver de Lis y, por supuesto, la coartada que se proporcionarían mutuamente. Pero, aunque creía no haber dejado un cabo suelto, había uno que estaba atado en falso, y ese cabo era él.

Matar no era algo que estuviese en sus instintos, éstos estaban orientados únicamente al aspecto sexual, no necesitaba otros para satisfacerse y no iba a cargarse a alguien sólo para complacer los celos enfermizos de la diosa rubia. Sus instintos sexuales, sus necesidades, como él las llamaba, eran el motor fundamental de su vida, en la que se había convertido en un auténtico depredador. Otras mujeres habían caído en sus redes y ninguna se había atrevido a presentar denuncia contra él porque... «Será tu palabra contra la mía.» Salir indemne le había hecho sentirse seguro y había perfeccionado tanto su táctica que se creía invulnerable. Pero Lis..., Lis había superado sus miedos, y cuando le llevaron a la comisaría, entre aquellas cuatro paredes tomó conciencia de la que se le venía encima si aquella denuncia seguía adelante. Por eso le había seguido el rollo a Carla, porque la necesitaba para llegar hasta Lis; haría lo que fuese necesario para que retirase la denuncia.

Ante un refresco *light*, Carla balanceaba una de sus larguísimas piernas en la cafetería cuando la vio entrar. Su pierna se detuvo, no pudo evitar la sorpresa: el patito feo se había convertido en cisne. Su sangre entró en ebullición recorriendo aquel cuerpo enfundado en unos *leggings* negros, con unos zapatos rojos de tacón alto que pisaban fuerte, una camisa también negra, que dejaba al descubierto el comienzo de sus generosos pechos y, sobre ella, un chaleco multicolor en tonos rojos y dorados que le daba el aspecto de una auténtica zíngara. A semejante efecto contribuía el brillo de sus bucles negros, que enmarcaban una cara que las nuevas facciones llenaban de magia, dejando al descubierto unos ojos grandes y almendrados, con largas pestañas, y una boca sensual que atraía todas las miradas.

La nueva figura se acercó a su mesa, provocando que las cabezas masculinas la siguiesen lentamente. Parecía una mujer recién salida de un cuento de hadas.

—¡Vaya, pues sí que has cambiado! —exclamó la diosa rubia, poniéndose en tensión. No pudo evitar que su nuevo aspecto la intimidara.

—Acabemos con esto de una vez, Carla —dijo Lis muy seria, sentándose

frente a ella.

—¡Esto se acabará cuando Jack vuelva conmigo, que es con quien tiene que estar!

—Esa decisión le corresponde tomarla a él, no a ti.

—¡Oh, te aseguro que está deseando tomarla, sólo que le das pena y no se atreve! —contestó Carla, esbozando una sonrisa provocativa—. Aún no te lo ha dicho, ¿verdad? Nosotros ya hemos estado juntos, nena, cuando estuviste en Madrid me buscó como perro en celo. ¿Quieres ver una foto?

—Eso no significa nada —repuso Lis sin mirar el teléfono que ponía ante su cara.

—¡Oh, ya lo creo que significa! Mira la fecha, ¡estabas fuera, querida!

—¿Te crees que soy tonta? Todo eso se puede manipular.

—¡No está manipulado! —Levantó la voz, mirándola con rabia—. ¡Me temo que cuando te fuiste se sintió muy solo, y yo he sabido darle siempre lo que necesita! ¡Jack es mucho hombre para ti, no puedes mantenerlo a tu lado, por eso intenta escaparse cada vez que puede, por eso me llama continuamente! ¿Quieres ver las llamadas que me ha hecho hoy?

—No me hace falta, confío en Juan. Además, te repito que todo eso es falsificable y, dados tus antecedentes, doy por hecho que lo has manipulado todo. —La cara de Carla se volvió carmesí—. Creía que podríamos solucionarlo hablando, pero veo que eres un caso perdido, sólo pretendes hacer daño —dijo Lis levantándose—. No vuelvas a molestarnos; si lo haces, tomaremos medidas legales contra ti.

—¡Medidas legales! ¡¿Como has hecho con Sebastián?!

—¿Sebastián? ¿Le conoces?

—¡Pues sí, le conozco, y me contó cómo te corraste con él, lo bien que te lo hizo pasar! Por cierto, ¿sabe Jack que te gustó?

—Carla..., si me cayeses bien... te diría que Sebastián no es bueno, que deberías alejarte de él o te hará daño.

—¡No necesito tus consejos, zorra!

El camarero se acercó con cara de preocupación, pero Lis ya se alejaba, dejando a la diosa rubia hecha un auténtico basilisco y sin nadie con quién desahogarse. No tenía sentido seguir con aquello, Carla nunca entraría en razón, la obsesión que sentía por Juan era superior a ella. Hablar de Sebastián le había revuelto las entrañas, así que se refugió en los aseos, donde vomitó

sin poder evitarlo. Recordar a aquel hombre la desestabilizaba profundamente.

Se lavó la boca y se miró al espejo; estaba muy pálida. Abrió su bolso, mientras se preguntaba por qué en el mundo tenía que haber personas que hacen daño por el simple placer de dañar. ¡Aquello tenía que ser una enfermedad! O un rasgo de la personalidad con el que se nace, algo que se trae de serie y a lo que no se puede renunciar por más que uno quiera, como el color de los ojos, el color de la piel o el olor corporal. No podía ser algo que se aprendiese con el paso de los años o que a uno se le pegase en el camino de la vida, no, tenía que ser una simple enfermedad aún por descubrir.

Apartó estos pensamientos y se concentró en el frasco de perfume que tenía en las manos. ¡Al fin lo había encontrado, el aroma de su madre! Una sonrisa iluminó su cara al abrirlo y acercárselo a la nariz. ¡Ahí estaba, por fin! Se lo puso en el cuello, en las muñecas, lo dejó resbalar entre sus pechos, dejando que el olor de las lilas la impregnase. Aspiró profundamente y, colgándose el bolso al hombro, se dispuso a volver a casa y olvidarse de todo, pero...

Tal como Patricio había hecho con él un minuto antes, Jack le agarró por un brazo y atravesó la sala donde los compañeros tomaban café en dirección al despacho del jefe, no sin antes reclutar por el camino a Pedro.

—¡Ven, necesito refuerzos! —dijo agarrándole también.

—¿¿Qué coño pasa ahora?! —exclamó el jefe al verlos entrar a los tres en tromba.

—¡Explícaselo! —ordenó Jack, mirando a Patricio muy serio.

—¿Quién?..., ¿yo? —preguntó éste, poniéndose de todos los colores—. ¡De eso nada!

—¡Aquí el cerebritito tiene algo que contarle, jefe! —dijo empujándole hacia la mesa—. ¡Díselo de una vez!

—¿Te has vuelto loco? —gimió Patricio—. ¡De eso nada! ¡Ya te lo he dicho a ti, si no quieres creerme, allá tú, caerá sobre tu conciencia!

—¿Que me diga qué? —El jefe los miró ceñudo.

—¡Este... tiene sueños premonitorios! —dijo Jack, con un gesto de incredulidad.

—¡Ay, la hostia, lo que nos faltaba! —exclamó Pedro, echándose las manos a la cabeza—. ¡Esto va a ser el cachondeo padre!

—¿Es eso cierto, Patricio? —preguntó el jefe.

Patricio no respondió, sino que se dejó caer literalmente en el sillón y escondió la cara entre las manos. Parecía un niño a punto de echarse a llorar.

—¡Que me contestes, coño!

—¡Pues sí, los tengo, y por mucho que os cachondeéis de mí, yo...!

—¿Qué has soñado? —preguntó el jefe, levantándose y sirviéndose un café ante sus atónitas miradas.

—No lo sé..., sólo sé que he visto a la novia de este troglodita... y que estaba en apuros...

—¿Has comprobado que tu novia esté bien, Jack?

—Pues... no...

—¿Y a qué coño esperas?

Cuando cogió el teléfono de su taquilla y leyó el mensaje de Lis, todas sus alertas se dispararon, pero allí estaba el jefe, curtido en mil batallas, dispuesto a orientarle.

—¡Salid para allá de inmediato, yo llamaré al director! —ordenó cogiendo el teléfono—. Arturo, soy yo, te mando a dos de mis hombres, es una emergencia personal, necesito que les prestes toda la ayuda que les haga falta.

Patricio sacó un cigarrillo y lo encendió lentamente, con la mirada clavada en aquel hombre al que creía conocer, pero que no conocía.

—¡Nunca lo habría imaginado, jefe! De todas las personas que trabajan aquí..., usted es el último de quien lo habría imaginado.

—Yo no creía en esas chorradas —explicó el hombre muy serio, sentándose en su sillón y encendiendo también un cigarrillo—. Hasta que una noche, mi nieta Florentina se plantó en la cabecera de mi cama y me despertó diciéndome que la casa del pueblo estaba ardiendo. Me reí de ella todo lo que quise y más, mientras la llevaba de vuelta a su cama. Una hora más tarde, me llamaron para darme la noticia. ¡No quedaron ni los cimientos! —exclamó, suspirando profundamente—. Ahora, cada vez que viene a dormir a casa, la despierto en mitad de la noche y le pregunto: «¿Alguna novedad, cariño?». Cuando me contesta: «No, abu, todo está bien», vuelvo a la cama y duermo a pierna suelta.

—¿Quién eligió ese nombre para su nieta, jefe?

—¡Yo, lo elegí yo! ¿Algo que objetar?

—No, señor..., nada, nada... Es un nombre precioso... Es una pena que se esté perdiendo.

—¡Cuánto tiempo, Lis!

—¡Sebastián!

La sonrisa cínica de sus labios la paralizó al momento. La sangre abandonó de nuevo su cara y la palidez más absoluta se adueñó de sus mejillas, mientras su cuerpo comenzaba a temblar y la respiración se le descontrolaba.

—¡Tú y yo tenemos que hablar! —dijo él, agarrándola por un brazo y sacándola al rellano.

—¿Cómo que tenéis que hablar?! —gritó Carla, apareciendo tras él—. Pero ¿qué coño estás diciendo, tío?!

A ninguna de las dos les dio tiempo a reaccionar. El puño de Sebastián salió disparado hacia la cara crispada de Carla, impactando de lleno y tirándola al suelo, donde cayó inconsciente. Agarró a Lis por el brazo y la arrastró escaleras arriba, hasta que llegaron al último rellano, donde la empujó contra una esquina y la aprisionó sujetando sus manos contra la pared.

—¡Quiero que retires la denuncia inmediatamente! ¡Le dirás a la policía que no ocurrió como lo contaste! —le ordenó—. ¡Te retractarás de tus palabras y entonces yo me olvidaré de ti!

—¡No!

—¡Lo harás! —le gritó—. ¡Porque, si no, convertiré tu vida en un infierno, me transformaré en tu sombra, no podrás librarte de mí, allá donde vayas te seguiré y volveré a follarte!

—¡No te tengo miedo! —gritó ella—. ¡No eres más que un pobre hombre que no puede tener a una mujer más que por la fuerza!

Sebastián le cruzó la cara de una bofetada, pero eso no fue suficiente para hacerla callar. Las palabras comenzaron a salir por la boca de Lis y, a cada golpe que recibía, su furia y su fuerza se multiplicaban por dos.

—¡Eres un cobarde!

—¡Cállate!

—¡Eres un cerdo!... ¡Un poco hombre!... ¡Un violador!

—¡Cállate de una puta vez!

—¡Nooo! ¡Yo ya no me callo ante nadie!

Jack y Pedro llegaron al centro comercial a toda velocidad, aparcaron sobre la acera y salieron disparados del coche hacia las oficinas, donde los esperaba el director, cruzándose en su camino con clientes que se

sobresaltaron al verlos; dos bomberos corriendo desahogados por el pasillo no hacían presagiar nada bueno. El director los acompañó hasta la sala de control, que estaba vacía. Pedro se sentó ante las cámaras de vigilancia, cuando la puerta se abrió y un informático los miró asombrado.

—¿Dónde coño estabas? —vociferó el director.

—Sólo he ido a por un café, señor.

—¡Tengo que encontrar a mi novia! —le gritó Jack, sentándole ante las cámaras. El café salió disparado por el aire—. Me ha telefoneado desde la peluquería y no responde a mis llamadas... ¡Búscala, está en peligro!

El informático rebobinó las grabaciones hasta que dio con ella y la siguió hasta la escalera, pero allí se perdió su rastro.

—¿Qué pasa? —preguntó Jack.

—¡Ahí no hay cámaras!

—¡Joder, joder!

Salieron disparados nuevamente hacia la escalera. En el rellano encontraron a Carla inconsciente.

—¡Despierta! —gritó Jack, incorporándola—. ¡Despierta!

—¿Qué... pasa? —Carla abrió los ojos y su cara se iluminó—. ¡Jack, Jack!

—¿Dónde está Lis?

—¡No es mujer para ti, Jack, tú... me necesitas!

—¿Dónde está? —repitió él, zarandeándola.

—¡Oh, cariño, me encanta verte así! —Le agarró por el pecho con fuerza, acercando sus caras—. Seguro que estás empalmado... Vuelve conmigo, Jack..., yo te daré lo que ella no te da... Te lo daré todo, Jack, todo... Yo te haré sentir un hombre, Jack, lo haré, te lo juro, vuelve conmigo..., ¡vuelve conmigo!

—¡Lo que siento cuando estoy con ella no lo sentiría contigo ni en un millón de años! ¡No le llegas ni a la suela de los zapatos!

—¡Jack...! —dijo Pedro, con el teléfono en la oreja—. ¡No han salido de la escalera! ¡Ve hacia arriba, yo iré hacia abajo!

Lis nunca supo cómo llegó hasta la azotea. Sólo fue consciente de ello cuando sintió el viento revolviendo sus cabellos, mientras de su boca seguían saliendo insultos con toda la rabia que había en su cuerpo, en su corazón, en su alma.

—¡Harás lo que yo te diga! —gritó Sebastián tirándola al suelo y

sentándose sobre ella—. ¡Retirarás la denuncia o haré que tu vida se convierta en un infierno, en un infierno, Lis, en un infierno!

—¡Ya he estado allí y conseguí salir de él! —gritó ella, arañándole el cuello, viendo cómo la sangre manaba y encendiéndose aún más—. ¡No te tengo miedo, cerdo!

—¡Retirarás la denuncia! —gritó él de nuevo, sujetándole las manos sobre la cabeza y acercando la cara a la de ella—. ¡Dirás que actuaste movida por el despecho! ¡Dirás que todo fue mentira! ¡Te retractarás ante la policía! ¡Limpiarás mi nombre y yo me olvidaré de ti, puta!

—¡Yo no soy ninguna puta! ¡Soy una mujer, una mujer que se respeta a sí misma, una mujer que no te tiene miedo y una mujer que llegará hasta donde tenga que llegar para que des con tus huesos en la cárcel!

—¡Harás lo que te he dicho, lo harás!

—¡No, no lo haré! ¡Y te denunciaré también por esto, porque si antes era mi palabra contra la tuya, ahora además tengo pruebas! —Sebastián levantó las cejas sorprendido—. ¡Te crees muy listo porque hasta ahora has salido impune, ¿verdad?! ¡Pues no lo eres! ¡Además de un violador, eres un torpe! ¡Los centros comerciales tienen cámaras de vigilancia..., imbécil! —La palidez de su cara era un auténtico poema, tanto que Lis no pudo evitar sonreír—. ¡Te tengo pillado por los huevos, cabrón! ¡Ahora ya no tienes escapatoria! ¡Con lo listo que te creías y no eres más que un pobre hombre..., un cobarde..., un violador...!

La risa salió de sus entrañas, de las mismas que él profanó. La rabia contenida, la humillación y la vergüenza se confabularon dentro de su cuerpo y formaron una cascada de risas que lo inundó, que subió hasta su pecho y salió por su boca. Una risa con sabor a lilas, que surgió como un estallido e impregnó el aire, que rodeó su cuerpo como si de un escudo protector se tratara, mezclándose con el viento y viajando por él para ser oída en el mundo entero.

—¡Cállate, cállate! —gritó él, dándole un puñetazo y dejándola inconsciente.

Sebastián no tuvo ni tiempo de levantarse. Tan pronto como giró la cabeza al ver la sombra en el suelo, el golpe le lanzó a varios metros de distancia.

Las palpitaciones en su mandíbula la hicieron despertar y abrió los ojos

lentamente. El espectáculo que apareció ante ella la espabiló de golpe. Sebastián estaba recibiendo la paliza de su vida, Juan se esmeraba en ello. Con golpes precisos y certeros le estaba vapuleando de un lado a otro de la terraza, en un extraño baile en el que él daba y el otro recibía. Las palabras de PERRO volvieron a su mente: «Y allí lo dejé clavado, en su vientre, sabiendo que la agonía sería lenta, muy lenta, porque era la única muerte que merecía».

Juan estaba haciendo exactamente lo mismo. Pudiendo haberle noqueado al primer golpe, no lo había hecho, y descargaba sobre él todos los que podía, controlando su fuerza, evitando que perdiese el sentido. Quería que los recibiese todos, que recibiese su castigo, el que siempre había querido darle, pero que Lis y los refuerzos habían contenido dentro de su cuerpo.

—¡Juan..., Juan...!

Su voz fue el imán perfecto para él, igual que aquella fría madrugada en la autovía. Juan descargó sobre Sebastián un último puñetazo que lo dejó tumbado en el suelo, se acercó a ella tomándola entre sus brazos con la mayor ternura.

Pero las serpientes se revuelven cuando ven que se acerca su final e intentan dar un último mordisco, es su naturaleza. Sebastián se sentó y se apoyó en el muro de piedra, se limpió la sangre que manaba de su nariz y abrió la boca, dejando que su lengua, si bien no era viperina, lanzase al aire su veneno.

—¿Te ha contado... lo bien que se lo pasó? —gritó—. ¿Te lo ha contado? ¿Cómo se corrió de gusto, eh?... ¿Te ha contado... lo bien que se lo hice pasar?

La furia, tanto tiempo retenida, tanto tiempo mantenida bajo control, comenzó a revolverse en el interior de Juan. Sus ojos se convirtieron en auténticas estrellas de odio que emitían llamaradas, llamaradas de ira que llenaban sus entrañas, que salían por cada poro de su piel, que tensaban sus músculos, que aceleraban su respiración, que inundaban su cuerpo. Las manos de Lis taparon sus oídos, y sus labios dejaron lentos besos sobre los de él... Pero las aguas desviadas siempre vuelven a su cauce.

—¡Juan..., Juan! —susurraba Lis en su boca—. ¡No le escuches..., no le escuches!

—¿Te ha contado que me la follé muchas veces, eh..., te lo ha contado? ¡Muchas veces..., por delante... y por detrás!

—¡Juan, mírame..., Juan..., Juan!

Pero él ya no la escuchaba. Sus ojos se cerraron, su mandíbula se volvió dura como el granito, su respiración se aceleró en su pecho, sus manos

apartaron las de Lis mientras el viento traía a sus oídos las palabras de la derrota, las palabras de la venganza, las palabras que los cobardes llevan dentro.

—¿Te ha contado... cómo se corrió de gusto, la muy puta? ¿Eh, te ha contado... lo bien que se lo hice pasar?

—¡No, Juan, no... no... no!

Lis gritó y gritó, pero ya no había fuerza humana capaz de frenar aquella furia. Juan ya no era dueño de sus actos. Toda la rabia contenida las últimas semanas allí estaba, había podido lidiar con ella, pero no había podido matarla. Y así se mostró, lista para el ataque, lista para ser usada. Agarró del pecho a Sebastián con una sola mano, le levantó del suelo apoyándole sobre el borde de la terraza, con medio cuerpo fuera. El viento, que revolvía sus cabellos, no conseguía serenar su alma.

Por la puerta apareció Pedro, seguido de tres hombres uniformados. Todos gritaron, pero Juan no escuchaba, todos intentaron que le soltase, pero Juan no le soltaba. En sus ojos sólo había el deseo de venganza.

Lis cayó de rodillas y se tapó la cara, no quería verlo. Y mientras los gritos de los hombres impregnaban el aire, su mente regresó de nuevo al accidente, al frío en el cuerpo, al frío en el alma, a los gritos a su alrededor, a la impotencia por no poder hacer nada... Recordó la caricia de su mano y recordó sus palabras... Y ahora era él quien las necesitaba, era él quien necesitaba sentir su mano, quien necesitaba oír sus palabras... Y entonces Lis hizo... lo único que podía hacer cuando no podía hacer nada...

Repitió la primera estrofa de la canción *Sin ti no soy nada*,^[3] una y otra vez, una y otra vez, con los ojos cerrados, con el alma partida, con el corazón entregado. El viento se ocupó del resto. Trasladó su voz a los oídos de Juan, entró por ellos directamente a su mente, invadiéndola, serenándola, se trasladó a cada célula de su cuerpo, haciendo que su respiración se apaciguara. La luz volvió a iluminar sus ojos, que miraron a aquel hombre que tenía colgado de su mano como si fuese la primera vez que le veía, como si de la nada se hubiese materializado. Su corazón lentamente se fue acompasando, su respiración lentamente fue amainando. Como las olas que oía sentado en su cama, así le llegó la voz de Lis, como traída por la playa. Giró la cabeza, buscándola, y cuando sus miradas se encontraron, el corazón de Juan halló por fin la calma.

Sebastián abrió la boca para decir algo, pero nadie llegó nunca a oírlo, Juan se la cerró de un terrible puñetazo. El sonido de su mandíbula al partirse

se mezcló con el de su cuerpo cayendo al suelo ante los uniformados, hecho un guiñapo.

Lis extendió los brazos. El hombre de mirada penetrante se acercó a ella y se miró en los ojos color chocolate. Sus manos acariciaron sus mejillas, sus dedos limpiaron sus lágrimas, sus labios se posaron en su boca y sus brazos la estrecharon, apretándola contra su pecho como lo que era, su bien máspreciado.

MENSAJE DE PERRO

Gracias por leer el manuscrito, Lis, sé lo duro que te habrá resultado volver allí y recordarlo de nuevo, lo sé, y por eso te estoy sumamente agradecido. Sabía que nadie mejor que tú para hacerlo, para comprenderlo.

Y ahora tengo que pedirte un último favor. Me gustaría que llevases las riendas de la negociación para su publicación. Le he pedido a mi abogado que se ponga en contacto contigo y te entregue los documentos necesarios para ello, las autorizaciones y todas esas cosas de las que yo no entiendo. Espero que puedas hacerme este último favor, no confío en nadie tanto como en ti.

Quiero expresarte mi más profunda admiración: bajo esa fina piel, tan bella, por cierto, se esconde la mayor de las fuerzas, el más increíble de los corajes, el poder de la esperanza y de los sueños. Ellos te llamaban «nadie», pero para nosotros, para los que pasamos por aquella casa, eres «alguien», nuestra heroína. Has sido tremendamente importante en mi vida y en las de los que allí habitamos.

Tú cerraste la puerta de LA CASA, tú le pusiste punto final a aquel infierno, tú gritaste nuestro dolor traduciendo en palabras las aberraciones que allí ocurrieron, y tú les pusiste cara a las bestias. Tú, con tu tesón y tu valor, igual que una princesa guerrera, conseguiste enfrentarte a los dragones y vencerlos.

¡Gracias por tu generosidad, por tu fortaleza! ¡Gracias por las palabras susurradas tras la puerta de madera!

Lis le telefoneó muchas veces en los días que siguieron, pero él no contestó, hasta que un día, a primera hora de la mañana, recibió la llamada de su abogado. La citó en su despacho, en pleno corazón de la ciudad. La hicieron pasar directamente. Un hombre muy atractivo y de edad avanzada le estrechó la mano mirándola con interés.

—Ha muerto, ¿verdad? —le preguntó Lis, sentándose frente a él.

—¿Cómo lo sabe? —contestó el abogado sorprendido—. Lo siento mucho. Me pidió que me pusiese en contacto con usted en caso de que algo le pasara y..., bueno, nunca imaginé que haría una cosa así, la verdad. ¿Le apetece un café? Está usted muy pálida.

Lis aceptó con gusto el café, le hacía mucha falta, mientras el letrado abría una carpeta y comenzaba a sacar de ella documentos.

—Bien, lo primero que tengo que decirle es que el señor Riponés...

—¿Se llamaba así?

—Sí, así es —dijo el abogado, frunciendo el ceño—. ¿Usted... no le conocía? Miguel Riponés, el famoso pintor.

—No conocía su nombre y... me temo que la pintura nunca ha estado entre mis aficiones.

—¡Sus cuadros son absolutamente increíbles! Tienen un colorido que atrae, como si tuviesen un imán. —Lis esbozó una pequeña sonrisa triste—. El señor Riponés ha sido muy claro en sus especificaciones, señorita Blanco, muy claro. Naturalmente, aún falta saber el contenido de su testamento, pero en lo que respecta al manuscrito de su novela fue muy preciso acerca de lo que quería hacer. Me ha dado orden de que le otorgue plenos poderes para la negociación con la editorial, y en caso de que sea publicada, ha dejado establecidos algunos puntos respecto de los beneficiarios de la misma... El provecho que se obtenga por la publicación del libro se dividirá por la mitad. Una mitad le será entregada a una persona, de la que no puedo dar el nombre, así me lo ha pedido, y la otra mitad le será entregada... a usted.

El centro Garmendia tenía una gran reputación en la ciudad. Sus responsables trabajaban en lo que conocían y les gustaba, de ahí que pusiesen en su empleo no sólo sus esfuerzos y su tiempo, sino también su alma. Habían abierto dos casas en la ciudad y otras muchas por todo el país. Casas llenas de niños que, salidos del mismo infierno, intentaban curar sus heridas.

La de las afueras, a la que los bomberos se dirigieron aquella tarde, estaba en un lugar idílico, parecía sacada de un cuento infantil, en un maravilloso valle rodeado de montañas y cerca de una cascada. Contaba con todos los adelantos técnicos y con las mejores instalaciones, pero las cosas buenas también se estropean, y en este caso, un simple cortocircuito en las cocinas provocó el devastador incendio.

El fuego ascendió rápidamente, devorándolo todo. Los trabajadores sacaron a los niños al jardín delantero, donde los sanitarios los envolvían en mantas, y allí contemplaron cómo el incendio consumía el edificio. Los bomberos llegaron en el momento en que una mujer salía por la puerta corriendo y gritando con la cara llena de hollín; faltaban dos niños, se habían refugiado en las buhardillas. Los cristales comenzaron a explotar en mil pedazos y el humo empezó a salir por las pequeñas ventanas superiores como si de auténticas chimeneas se tratasen. Entonces, dos cabezas asomaron por una de ellas.

Los bomberos desplegaron sus escaleras, mientras las mangueras rociaban de agua y espuma el enorme caserío, que había dejado de ser escenario infantil para convertirse en una auténtica película de terror. Jack se metió en la cesta elevadora y llegó hasta las buhardillas, donde un niño y una niña asomaban sus cabecitas, intentando respirar entre el humo.

—Tranquilos, ahora os bajamos —les dijo con una sonrisa—. Dame la mano.

—¡No! —contestó el niño—. ¡Ella *pimero!*

Su pequeño cuerpo se agachó y, tomando a la niña por la cintura, la levantó. Jack la cogió en brazos y la colocó en la cesta, mientras ella no dejaba de llorar.

—Ya está, ahora tú —dijo estirando los brazos hacia el chiquillo.

—¡No puedo!

—¿Por qué?, ¿estás herido? —preguntó Jack, quitándose la bombona de oxígeno.

—¡No, pero no puedo irme sin mi ranita verde..., la he perdido y no la *encuento!*

—Yo te compraré otra —repuso Jack intentando agarrarlo.

—¡Nooo! —gritó el niño, apartándose y perdiéndose entre el humo.

—¡Pedro, hay un crío dentro que no quiere salir, voy a entrar a por él! ¡Tú quédate aquí muy quieta sin moverte! ¿De acuerdo? —le indicó a la niña. Entró por la pequeña ventana. No se veía nada—. ¿Dónde estás, dónde estás...?

—¡No la *encuento!* —Unas manitas se agarraron a los pantalones de Jack, y el niño gritó con los ojos inundados de lágrimas—. ¡No la *encuento...*, no puedo irme sin ella!

—¡Yo te regalaré una, no te preocupes! —contestó él, cogiéndole en brazos.

—¡No..., no hay *ota* igual, me la dio mi papá! —Jack pisó algo que comenzó a sonar—. ¡Ahí está..., ahí está..., cógela..., cógela!

Mientras el manuscrito de PERRO comenzaba ya a tomar forma en manos del editor, Lis se concentraba en su segundo libro, el de Carmen, y en una idea que había ido surgiendo poco a poco en su cabeza y que había inundado por completo su cuerpo. Una idea que no le había contado a nadie, ni siquiera a Juan, quien, ajeno a los planes que barruntaba su mente, seguía entregándose a ella como el Sol se entrega a la Tierra, y quejándose día sí y día también por las muchas visitas que Lis le hacía a su madre, con la que había establecido un vínculo de amistad que para él era sencillamente sorprendente.

Con la disculpa del libro, Carmen le había abierto su corazón a Lis por completo. Había liberado su alma y vomitado todos los sinsabores que habitaban en ella. No había dejado piedra sin remover y, entre café y café, entre lágrima y lágrima, le había contado la realidad de lo que había sido su vida al lado del *toro*, como ella lo llamaba. Le relató, con todo lujo de detalles, cómo aquel hombre que parecía salido de una cueva había tomado posesión de su cuerpo y de su alma, cómo la había hecho sentir mujer y cómo la había devorado hasta convertirla en nada. Contó cada paliza, cada golpe, cada humillación, a todo le puso nombre, y con cada palabra que salía por su boca, su corazón se ensanchaba y se ensanchaba, su alma alcanzaba una claridad que nunca había conocido, y sus pensamientos, antes difusos y atormentados, adquirirían un sentido que la dejaba extasiada.

Lis descargó sobre el teclado todas sus palabras, intentando ser lo más fiel posible a la realidad, porque para uno la realidad sólo es una, la vean como la vean los demás. Y comprendió, escuchándola, los motivos que tuvo para hacer lo que hizo, y los motivos que tuvo para no hacer lo que no hizo. ¡Quién mejor que ella para comprender que a veces uno no hace lo que debe,

ni lo que quiere, sino lo que puede!

Pero no todo fueron llantos, porque, entre café y café, se coló alguna que otra copita que alegró sus cuerpos, y, mecidas por los vapores etílicos, Lis descubrió en Carmen una vena cómica que nadie conocía, pero el culmen de la hilaridad llegó cuando le relató la historia de don Gervasio. Lis rodó literalmente por el suelo del salón sin poder contener las carcajadas, preguntándose a quién mataría Juan cuando leyese aquel capítulo.

Juan las vio entrar en casa aquel sábado a mediodía con las maletas y frunció el ceño. No necesitaba decir que estaba enfadado, todo su cuerpo lo avisaba mientras seguía a Lis a la habitación y cerraba la puerta.

—¿Se puede saber por qué tenemos que ir a comer allí? ¡¿Te has vuelto loca?! ¡Sabes que no me gusta ese sitio!

—Pues no, aún no me he vuelto loca, pero si sigo contigo, algún día eso llegará, seguro —contestó ella con una sonrisa mientras abría el armario para cambiarse de ropa.

—Dame una buena razón para que volvamos allí —dijo, acercándose lentamente y haciéndola retroceder.

—¿Porque es un sitio precioso? —le dijo Lis sonriendo.

—No es suficiente —replicó Juan, arrinconándola contra la pared y recorriendo su cuerpo con la mirada.

—¿Porque se come bien?

—Lo siento —le acarició la cintura—, pero no me parecen razones de peso para regresar allí.

Sus labios rozaron los de ella, que los abrió al momento recibíendole con toda la dulzura, mientras le acariciaba la cara. Él la tomó entre sus brazos y la apretó contra su cuerpo, recorriéndolo lentamente con caricias que la encendieron al instante.

—Juan..., por favor, ahora no... —se negó Lis, apartando su boca y mirándole con dulzura—. Yo... me gustaría que tu madre lo viera. Le he dicho que es un restaurante muy bonito y...

—¡Mi madre! ¡Oh, nena, dijiste que te ibas para dos días y has estado fuera una semana, cariño! ¿Por qué no me has dejado que fuera a verte? No me he vuelto loco de milagro.

—¡Por eso estás tan enfadado, no por el restaurante! —repuso ella con una sonrisa traviesa—. Pero ¡el santuario... lo habrás respetado!

La tendió sobre la cama en medio de una gran carcajada cubriéndola con su cuerpo.

—No quiero ser aguafiestas, hijos —dijo tímidamente Carmen al otro lado de la puerta—, pero si os ponéis ahora con eso... llegaremos tarde.

Lis había organizado la comida hacía semanas. Había dicho que cuando el libro de Carmen estuviese terminado lo celebrarían, y eso estaban haciendo. Todos menos Juan, para quien el reloj se había convertido en un extraño artilugio que, incomprensiblemente, aquel día avanzaba con una lentitud que lo hacía estremecer.

Luis Senante apareció un poco serio, la muerte de su esposa lo había sumido en una profunda tristeza y eran pocas las salidas que se permitía, pero a aquélla no podía negarse. Le sentaron al lado de Carmen, quien, tras una primera mirada de valoración, le regaló una sonrisa, preludio de las muchas que llegarían después.

Pedro, tan campechano como siempre, se sentó junto a Margarita, la poli, mientras Juan la miraba preguntándose una vez más qué demonios hacía ella en su círculo familiar. Las preguntas sobre el porqué de su presencia en aquella comida habían sido constantes, Lis había tenido que zafarse de ellas como un animal acorralado. Había sido una auténtica cacería la que había vivido en su habitación, así que había tenido que echar mano de su arsenal para cerrar la boca del cazador.

A Patricio, en contra de lo que se pudiese pensar al ver sus kilos de más, la comida le dejó más bien indiferente, y se dedicó únicamente a picotearla, centrando toda su atención en la mujer que tenía a su lado, María. La conversación entre ellos pasó de un libro a otro sin descanso, probablemente recorrieron entre los dos toda la Biblioteca Nacional al completo; estaban en su salsa.

Lis observaba divertida aquel insólito grupo de personas que la rodeaban, hasta que sus ojos se toparon con la mirada lujuriosa de Juan. Sus mejillas se tiñeron de un increíble color bermellón, provocando que en los labios de él asomarse una pícaro sonrisa.

—¡Haz el favor de no mirarme así, me estás poniendo nerviosa!

—¡Oh, nena, es que no veo el momento de llegar a casa! —dijo él, hundiendo la cara en su cuello y mordiéndoselo suavemente.

—¡Juan, por favor, que no soy de piedra! —exclamó Lis, intentando

apartarle—. Yo también he estado sola, como tú.

—¡Ya, pero tú eres una mujer!

Cuando al terminar los cafés, Pedro pidió otra ronda, la cara de Juan se crispó, lo que provocó en Lis una carcajada que colmó la paciencia de él y le hizo refugiarse en el baño. Se fumó un cigarrillo apretando la mandíbula. El deseo que sentía por aquella mujer era algo que escapaba a su entendimiento, era más fuerte que cualquier emoción que hubiese sentido nunca, más intenso que los miedos que le habían atenazado siempre. Tiró el cigarrillo al váter y se frotó la cabeza con las manos. Sí, Patricio tenía razón, la paciencia, que era su mejor defecto o su peor virtud, se le escapaba entre los dedos, y cuando tenía que ver con Lis, simplemente no la encontraba.

Se preguntó qué podía hacer con aquel sentimiento que lo quemaba por dentro, porque el tiempo había conseguido lo que él nunca hubiese imaginado: había ido a más, había crecido como una bola de nieve que rueda y se hace más grande a cada momento, había tomado unas proporciones que le asustaban y que a veces le hacían preguntarse si aquello era normal. Él, para quien las mujeres habían pasado por su vida sin dejar ninguna huella, se sentía atrapado, preso de Lis, pegado a ella para siempre. Sólo en su cuerpo encontraba la calma que le faltaba, sólo en su risa la alegría que no había tenido en su infancia.

Pero las ansias de volar que ella tenía le aterrorizaban. Notaba que a cada momento se soltaba de su mano, como un niño que aprende a caminar y quiere echar a correr. Cada vez que la sentía soltarse, el miedo le invadía, no le dejaba respirar, le paralizaba, le aterrorizaba.

—Juan...

—¡LIS!

—Soy una mujer, Juan..., pero no soy de piedra —dijo con una sonrisa pícaro, empujándole dentro del lavabo y cerrando la puerta—. Y si tú me has echado de menos..., yo a ti también... —Se metió las manos bajo la falda y se quitó las bragas, empujándole contra el sanitario y sentándole sobre él—. Te he echado mucho de menos, Juan..., mucho..., mucho. —Apretó sus caderas, sintiéndole duro, pletórico, caliente—. He deseado estar en tus brazos cada día..., cada noche...

Se abrazó a su cuerpo, escondiendo la cara en su cuello, oliéndole, lamiéndole, besándole, mientras las manos de Juan recorrían su espalda con

desesperación y su erección amenazaba con romperle los pantalones.

—¡Oh, cielo, y yo a ti, cariño, ni te lo imaginas! —contestó ya fuera de control, abriéndole la blusa y acariciando sus pechos—. Nena, no vuelvas a irte tanto tiempo, corro el riesgo de acabar en un psiquiátrico.

—Yo no permitiré que eso pase, Juan... —dijo, desabrochándole el pantalón y acariciándole suavemente—. ¡Cómo me gusta sentirte así, cómo me gusta, mi amor! —Unos ruidos en la puerta del lavabo, intentando abrirla, hicieron que Juan se apartase de su boca y frunciera el ceño—. ¡Tranquilo..., he echado el pestillo... y he dejado una aliada en el comedor que alargará la sobremesa todo cuanto sea necesario! Tu madre es una mujer muy comprensiva, Juan, no entiendo por qué no has podido heredar ese rasgo de su carácter...

—Me temo que he heredado más de él que de ella, Lis —respondió, tomándola con desesperación y entrando lentamente en su cuerpo—. ¡Oh!

—¡Juan, Juan! No toda la herencia ha sido mala, cariño...

La idea se hizo fuerte, la idea fraguó, la idea entró en su corazón y allí germinó, inundando su alma y haciéndola sonreír. Sí, aquello era lo que deseaba, lo que sentía, lo que ansiaba. Aquello era lo que le hacía falta a su vida para reconciliarse con el mundo, con el pasado, con la raza humana. Centró en ello todos sus esfuerzos, sin saber que la piedra angular de su pequeño mundo haría tambalearse todo su universo, intentando cortarle las alas.

Cuando aquella tarde Juan llegó a casa, frunció el ceño al verla en el sofá, tomándose un café con Margarita y charlando animadamente. Las saludó con frialdad y se fue directo a la ducha, donde estuvo mucho, mucho tiempo.

—¡Aún no se lo has dicho! —dijo Marga, levantándose del sofá y recogiendo sus cosas—. ¡Joder, Lis, tienes que hacerlo! Si él no está de acuerdo, esto irá por otros cauces y la cosa será mucho más lenta, ya lo sabes.

—Lo sé, lo sé, pero es que no consigo encontrar el momento, y además... sé que me dirá que no.

Margarita salió por la puerta tan pronto como oyó abrirse la del baño, y Lis se preparó para el torbellino de preguntas que se le venían encima. Estaba camuflando disimuladamente bajo unos folios de la mesa del ordenador la carpeta que Marga le había traído, cuando Juan apareció en vaqueros y con la camiseta en la mano.

—¿A qué ha venido la poli?

—Yo... necesitaba cierta información...

—¿Información? ¿Para qué?, ¿otro libro? —preguntó él, poniéndose la camiseta y mirándola muy serio.

—No..., no es para un libro... Yo... me voy a duchar.

Lis se metió en el baño, donde estuvo todo el tiempo que pudo en espera de que las preguntas se olvidaran. Se duchó, se lavó los dientes, se depiló las cejas, se arregló las uñas, volvió a cepillarse los dientes, se depiló las piernas, volvió a cepillarse los dientes... Cuando regresó al salón, le encontró sentado a la mesa del ordenador, con la carpeta que Marga había traído abierta de par en par. Lis cerró los ojos con fuerza y se metió en la cocina. Juan ni siquiera levantó la cabeza y, cuando terminó de leer, se fue a la cama sin decir absolutamente nada.

Lis se tomó un yogur de pie en la cocina, preguntándose en qué momento estallaría la furia, pero dado que ésta no daba señales de vida, fue al sofá y se relajó..., hasta que la furia entró como un auténtico ciclón, vestido sólo con el pantalón del pijama, el cuerpo en tensión y los ojos brillantes de rabia. Era un verdadero espectáculo para la vista. Lis cerró los párpados con fuerza, intentando concentrarse en el problema que tenía delante en lugar de en el hombre, pero era difícil, muy difícil; tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad, que, ante semejante portento de la naturaleza, era más bien poca.

—¿Se puede saber cuándo pensabas decírmelo?! —preguntó él con las manos en las caderas.

—¿Por qué me levantas la voz? —repuso Lis, apagando la tele.

—¿Porque no entiendo que me ocultes una cosa así! ¡No lo entiendo!

—Yo... he estado buscando el momento de hacerlo, pero es que... nunca lo encuentro —dijo ella, abriendo las manos—. Siempre temo que te pongas así y..., la verdad..., no es agradable.

—¿Agradable! —exclamó Juan, caminando desesperado por el salón—. ¿Se puede saber por qué quieres hacer algo así? ¿Por qué, Lis, por qué?

—Porque... necesito hacerlo.

—Pero ¿¿por qué?! ¿Es que no eres feliz conmigo?

—Soy muy feliz contigo, Juan —dijo ella, acercándose a él y acariciando sus brazos lentamente—. Soy muy feliz contigo, cariño, no tiene nada que ver con nuestra relación.

—¿¿Cómo puedes decir eso?! ¡Por supuesto que tiene que ver, por supuesto que sí!

—No, Juan, no tiene nada que ver, y me gustaría que lo comprendieras.

—¡No puedo comprenderlo porque no lo entiendo! ¡Necesito saber por qué!

—Porque... lo necesito..., porque quiero hacerlo..., porque tengo que hacerlo —dijo Lis, acariciándole la cintura y acercando la nariz a su pecho—. Y necesito que me apoyes, porque esto es muy importante para mí, Juan, muy importante.

—¡No cuentes conmigo! —Las palabras le salieron como balas, como auténticas balas disparadas de forma certera—. ¡No, no cuentes conmigo, no participaré en esto, ni lo sueñes!

—Deberías pensarlo, Juan.

—¡No hay nada que pensar!

—¿Por qué?

—¡Porque no quiero!

Se fue a la cama sin decir una palabra más. Lis se sentó en el sofá, encendió un cigarrillo y cogió el teléfono.

—Carmen, tu hijo es insoportable.

—¡Oh, cielo, ya se lo has dicho!...

—No, no he conseguido encontrar el valor suficiente para hacerlo, pero lo ha descubierto y ha dicho que no.

—Él hará exactamente lo que tú quieras, estoy segura.

—Pues yo no lo estoy tanto, Carmen.

—Lo hará, te lo aseguro. Te quiere como no ha querido nunca a nadie, ni siquiera a mí, y hará todo lo necesario para que seas feliz... Sólo que es un egoísta y un orgulloso y no quiere compartirte, en eso es igual que su padre.

—Sí, ya me he dado cuenta. La próxima semana tengo que ir al centro..., ¿me acompañarías?

—¡Claro, cielo, me encantaría! Pero... ¿no deberías pedirselo a él?

—Debería, pero no quiero correr el riesgo de que me ate a la pata de la cama.

Acompañada por Carmen y Margarita, Lis acudió al centro con el corazón encogido, temiéndose lo que encontraría tras aquellos impresionantes muros de piedra. Pero tras ellos sólo encontró la risa de los niños, las puertas abiertas y sus carreras por los pasillos. La directora las recibió en su despacho, donde les dijo lo que ya sabían, que los dos tenían que estar de acuerdo.

Carmen le apretó la mano intentando que se relajara. Si su madre, que lo había parido, lo tenía tan claro, quién era ella para contradecirla. Pero cuando comenzaron a recorrer las instalaciones para conocer a los niños, el corazón de Lis se partió en mil pedazos y las lágrimas comenzaron a salir por sus ojos sin control. Marga se la llevó afuera.

—Lo siento, Marga, lo siento, es que... no me gusta hacer esto... Me siento mal haciéndolo... No es un mercado, son personas, no son animales...

—Las cosas son como son, Lis, si la normativa lo establece así, tenemos que adaptarnos a ello nos guste o no.

—Lo sé, lo sé —dijo ella, sacando un cigarrillo y encendiéndolo con manos temblorosas, mientras las lágrimas seguían cayendo por sus mejillas—. No me interpretes mal, esta casa es maravillosa, ojalá yo hubiera ido a parar a una así, ojalá. Sólo que es tan cruel decidir con cuál me quedo... Todos se merecen una vida mejor..., todos.

—Pero eso no es posible, así que serénate un poco y luego seguiremos. Iré a hablar con la directora y la entretendré un rato, ¿de acuerdo?

Lis se terminó el cigarrillo lentamente, agradeciendo a quien hubiese inventado fumar que lo hubiera hecho. Paseó por el parque lleno de columpios y de juguetes, preguntándose por qué ella no había ido a parar a un lugar como aquél, cuando su pie pisó algo y un sonido llenó el aire. Una ranita verde la miraba desde el suelo, la recogió y la limpió, mientras una sonrisa aparecía en su cara.

—¿Me la das, por favor? —pidió una vocecilla a su espalda.

El pequeño no debía de tener más de cuatro años, aunque aparentaba menos. Sus impresionantes ojos negros, que llenaban aquella pequeña cara por completo, la miraban suplicantes.

—¿Es tuya? —le preguntó con una sonrisa.

—Sí. ¿Me la das, por favor?

—Claro, cariño, toma.

—¿Estás llorando? —preguntó el niño, cogiendo la rana con mano temblorosa.

—Sí, me temo que sí —asintió Lis, limpiándose las lágrimas y sentándose en un banco.

—¿Por qué?

—Porque... me gusta este sitio.

—¿Y lloras porque te gusta? —se extrañó él.

—Sí —contestó Lis con una sonrisa—. Me habría gustado tener un sitio

así de bonito para vivir cuando era pequeña.

—¿No era bonita tu casa? —preguntó el niño, acercándose al banco y mirándola concentrado.

—No —contestó Lis, cogiendo unas piedrecillas del suelo y jugando con ellas—. No era bonita.

—¡La mía tampoco! —exclamó el pequeñajo, encaramándose ya al banco sin reservas—. ¡Mi casa era la más *horrible* y fea de la Tierra! ¿Sabes? ¡Y la Tierra es muy *gande*! ¡Y allí pasaban cosas muy malas, cosas malííísimas!

—En mi casa... también pasaban cosas malísimas —dijo Lis, mientras las lágrimas volvían de nuevo a sus ojos viendo aquellas diminutas manos acariciar con dulzura su ranita.

—¿Y a ti también te rescató un ángel?

Esa noche, Carmen se fue muy pronto a la cama. El viaje de vuelta del centro había sido un auténtico drama. Lis no había dejado de llorar en todo el trayecto, y nada de lo que le dijeron había conseguido calmarla. Así que, una vez en casa, y tras una deliciosa tortilla de patatas, viéndola más tranquila, encaminó sus pasos hacia la habitación de invitados, esperando que las caricias de su hijo consiguiesen lo que sus palabras y los exquisitos manjares salidos de sus manos no habían podido lograr.

—Juan..., ¿podemos hablar? —le susurró Lis cuando se acostaron.

—Si es de lo que me temo, la respuesta es NO —replicó él, mirando al techo.

—¿Por qué eres tan intransigente, Juan? —preguntó ella, encendiendo la luz y mirándole muy seria.

—¡Yo no soy intransigente! ¡Simplemente no quiero! ¡Y no soporto que me ocultes cosas, no lo soporto!

—Si te las oculto es precisamente para evitarte estos berrinches.

—¡No me hables como si fuese un crío, Lis! —exclamó él, sentándose en la cama y mirándola con dureza—. Dijiste que los problemas de una pareja eran de los dos, pero me has dejado al margen en esto, has decidido por tu cuenta sin contar conmigo.

—Juan..., verás..., es que yo... yo... estoy cansada de luchar contra ti, estoy cansada, Juan. Siempre te opones a mis deseos, siempre, y... no entiendo

por qué...

—¡No digas tonterías, eso no es cierto!

—Juan..., cuando empecé a escribir el libro de tu madre..., te opusiste...

—¡Joder, Lis, es mi madre!

—Cuando fui a Barcelona para la firma de ejemplares del mío..., te opusiste...

—¡Estuviste un mes! ¿Tengo que recordártelo?

—Juan..., cuando se estropeó la lavadora y compré una nueva..., pusiste el grito en el cielo..., cuando cambié el coche de taller, te subiste por las paredes..., y cuando se me ocurrió alisarme el pelo estuviste maldiciendo una semana. ¡Mi pelo ya había recuperado sus rizos y tú seguías protestando!

—¡Oh, vaya, veo que te has guardado muchas recriminaciones! — exclamó antes de esconderse en el baño, ahora convertido en cueva.

Tres visitas más al centro fueron suficientes para que la paciencia de Lis se agotase. Todas las diligencias administrativas estaban hechas, salvo la más importante, convencer a Juan, cosa que estaba resultando más difícil de lo esperado. Así que, al igual que la otra vez, Lis se dijo que necesitaba refuerzos. En el sofá se los encontró Juan aquella tarde, tomándose tranquilamente un café mientras veía en la tele «Sálvame» con una sonrisa en los labios.

—¡Mamá! ¡No sabía que venías!

—¡Hola, hijo! Lis me ha pedido que la ayude con la reforma.

—¡La reforma! ¿Qué reforma? —le preguntó a Lis al verla entrar con la cafetera en la mano—. ¿Vas a hacer reformas? ¿Y se puede saber por qué no me has dicho nada? ¡Joder, Lis, esto es el colmo, el colmo! —exclamó, metiéndose en la habitación y cerrando la puerta con fuerza.

—Tenías razón, hija —dijo Carmen, sin despegar los ojos de la pantalla—. Va a costar más de lo que pensaba.

—¿Qué miras, Carmen?

—«Sálvame». Necesito evadirme un poco. Por cierto, en las noticias han dicho que otras dos mujeres han presentado denuncia contra Sebastián, ¿lo has visto?

—No, pero la policía me lo dijo. Espero que ahora no pueda librarse —contestó Lis con un profundo suspiro—. ¿De qué va hoy el programa? —le preguntó sentándose a su lado, sin hacer caso de los gruñidos que salían de la

habitación.

—De Rosa Benito. ¡El marido le ha puesto los cuernos! ¡Ay, si Rocío Jurado levantase la cabeza! ¡Se fue ella y se fue el timón! ¿Sabes, hija?, ¡a veces pienso que algunos hombres vienen a este mundo sólo para ser una carga para las mujeres que los quieren, sólo para eso, y ni siquiera se dan cuenta!

—Pues los lastres hay que soltarlos, Carmen, sólo así se puede avanzar.

—¡Eso mismo le dije una vez a don Gervasio! —contó ella, mirándola asombrada—. Le dije: «No soy una mula de carga. ¿Dónde dice que tenga que seguir cargando con él?». ¿Sabes lo que me contestó? «En los votos matrimoniales, para eso se hicieron, para aguantar, y son sagrados.»

—¡Caray, eso no admite réplica, Carmen!

—¡Por supuesto que la admite! —contestó ella con una sonrisa.

—¿Ah, sí?, ¿qué le dijiste?

—«Los votos matrimoniales son tan sagrados como los votos sacerdotales, padre.»

—¡Le cerraste la boca, Carmen! —exclamó Lis riendo.

—¡Qué va! ¡Le dio un ataque de risa que creí que no tendría fin! Ese día, la misa comenzó más tarde. ¡No era capaz de dejar de reír!

Cuando Lis se fue a la cama, Juan seguía despierto, reclinado sobre las almohadas y con la vista clavada en el techo, el cuerpo en tensión y la mandíbula contraída.

—¿No tienes sueño? —le preguntó, desnudándose a la luz de las farolas.

—No.

—¿Qué te preocupa?

—¡Joder, Lis! —exclamó él, sentándose en la cama—. ¿Que qué me preocupa? ¡Sabes perfectamente lo que me preocupa! ¡Sigues adelante con tus planes sin importarte nada lo que yo piense, nada de lo que yo quiera!

Ella se puso el camisón despacio y se acercó a la ventana. Miró la noche oscura sin poder evitar pensar en un pequeño ser solo en su cama, con sus grandes ojos negros abiertos, acariciando lo único que tenía, su ranita verde. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Juan..., cuando por las noches oía a las niñas llorar en sus camas... y a los niños gritar de desesperación..., yo... cerraba los ojos y soñaba..., soñaba y no dejaba de soñar, y...

—¡Ahora también eres poetisa, lo que me faltaba!

Las lágrimas se secaron de golpe en sus ojos, se volvió y le regaló su mirada más iracunda, saliendo de la habitación como alma que lleva el diablo. Llamó a la puerta de Carmen y entró, echando el pestillo con rabia.

—¿Te importa, Carmen? ¡No quiero dormir con tu hijo, cuando se pone obtuso no le soporto!

—¡Lis, ábreme la puerta! —exclamó el obtuso al otro lado.

—¡No me da la gana!

—¡Mamá, dile que salga!

—Díselo tú.

—¡Lis, abre ahora mismo o...!

—¿O qué? ¿Qué vas a hacer, neandertal?, ¿tirar la puerta abajo? ¿Así es como piensas resolver nuestros problemas? ¡Querías que te contara el porqué, y cuando intento hacerlo, te ríes en mi cara!

—¡Nena, por favor, lo siento, siento lo que te he dicho, cariño!

—No cedas ahora —le susurró Carmen—. Está poniendo la misma voz que ponía su padre cuando quería meterse en mi cama.

—Lis..., por favor, cariño..., abre la puerta y hablemos.

—¡No!

—¿Por qué?

—¡Porque no quiero!

Asesorada por el buen gusto de Carmen, Lis se había puesto un precioso vestido de color naranja que se ajustaba a sus curvas a la perfección. Lo había adornado con collares negros que oscilaban sobre sus generosos pechos, y había completado el conjunto con unas botas negras con ornamentos naranjas en los laterales. Era una auténtica delicia mirarla, y así la vio Juan cuando entraron por la puerta, cargadas con bolsas y riendo con ganas.

—¡Vaya, sí que habéis comprado cosas! —comentó quitándoles las bolsas de las manos y dejando sobre los labios de Lis un fuerte beso.

—¡Y las que traerán mañana, hijo! ¡Ya verás lo bonita que va a quedar la habitación del niño! ¡Va a ser una preciosidad! —exclamó Carmen, escabulléndose muy inteligentemente hacia su cuarto.

—Mañana libras, ¿verdad, Juan? —le preguntó Lis mientras iba a la cocina a preparar la cafetera.

—Sí. ¿Por qué? —De la sonrisa ya no quedaba ni rastro.

—Podrías ayudarnos a pintar —dijo sin mirarle sirviéndose un café.

—¿Y por qué habría de hacer eso, si puede saberse?

Lis se apoyó en la encimera mirándole fijamente.

—¿Porque me quieres? —contestó con una sonrisa pícaro.

—Eres muy lista, Lis, sí, muy lista, pero yo no soy tonto —repuso él, cogiendo una taza y sirviéndose también un café—. Leí la documentación que trajo tu amiga la poli y decía claramente que los dos miembros de la pareja tienen que estar de acuerdo para la acogida, y yo... no lo estoy.

—Juan..., pero...

—No pienso aceptar algo así —dijo llevándose la taza a los labios mirándola muy serio.

—Ésa es una respuesta muy tajante, Juan. Deberías pensarlo mejor antes de hacer una afirmación tan categórica.

—No me hace falta. ¡No quiero!

Cuando Lis abandonó el campo de batalla, Carmen, que no había perdido detalle de lo que salía por aquellas bocas, se encaminó hacia la cocina, dispuesta a utilizar parte de la artillería que tenía guardada, pero, cuando vio la sonrisa de satisfacción en los labios de su hijo, decidió utilizarla toda.

—No deberías sonreír así, hijo —le advirtió sirviéndose un café—. Ganar una batalla no implica ganar la guerra.

—¡Pues sí, sonrío, porque lo ha dado por hecho sin contar conmigo y es algo que no soporto! ¡Yo no quiero hacerlo y no lo hará!

—Hay una posibilidad con la que no has contado, Juan —dijo su madre, tomándose el café lentamente—. Lis... puede hacer la solicitud en solitario. —La cara de él se transformó al instante—. Ni siquiera te lo habías planteado, ¿verdad? Pues sí, puede hacerla en solitario. Deberías pensar en ello y dejar de lado tu estúpido orgullo, que, por otra parte, no te sirve más que para ocasionarte problemas, y verlo desde otra perspectiva: la de la soledad. Porque eso es lo que vas a conseguir si sigues por este camino de la intransigencia..., quedarte solo.

—¡Tengo un problema, Patricio, un problema muy gordo, y necesito que me ayudes!

El psicólogo apagó el cigarrillo y colgó el teléfono. Las intrusiones de Jack sin cita previa se estaban convirtiendo en un auténtico espectáculo para sus ojos. Aquel hombre no podía ser más guapo, y cada vez que le veía entrar como un ciclón, se decía que Lis era muy pero que muy afortunada. Así que, una vez más, tuvo que echar mano de toda su profesionalidad y mirarle a través de los ojos de la ciencia.

—¡A ver, ¿qué pasa ahora?! ¿Y se puede saber por qué ya no pides cita? ¡No puedes presentarte cuando te dé la gana, tengo otros pacientes y...!

—¡Estoy sitiado, Patri, me han sitiado entre las dos! Me atacan por todos los frentes, y yo... ya no puedo más...

—Ha venido tu madre —dijo él asintiendo lentamente.

—No sólo eso: se ha puesto de su parte.

—¿En qué sentido?

—Pero ¿qué clase de madre se pone en contra de su hijo?

—Una inteligente, y la tuya lo es. Dime, Jack, ¿cuánto hace que no hacéis el amor?

—¡Joder, Patricio!... —Resopló él, encendiendo un cigarrillo—. Dos semanas.

—¡Por eso estás que te subes por las paredes! Nunca he conocido a un hombre tan primitivo como tú, Jack, nunca. ¡Y mira que he conocido hombres!

—¡No me irás a contar tus líos amorosos, ¿eh?!

—¡Ni se me ocurriría! ¡A ver! ¿Cuál es el problema esta vez?

—¡Quiere acoger a un niño!

—¿A un niño? ¿A qué niño?

—¿Y eso qué importa? —exclamó él, abriendo las manos—. A uno del centro Garmendia.

—¿Ah, sí? —Patricio se sentó en el sillón que había a su lado—. Y tú, naturalmente, te preguntas por qué..., y seguro que las razones que te ha dado Lis no te han satisfecho en absoluto.

—¡No lo entiendo, Patricio, no lo entiendo! Yo... intento hacerla feliz, y me pregunto qué más puedo darle...

—Comprendo... Tú das por hecho que, si Lis quiere acoger a un niño, es porque no es totalmente feliz a tu lado, porque necesita más, porque no le das todo lo que a ella le hace falta, ¿verdad? —Jack asintió—. Sí, claro, siempre tú..., tú..., tú... y tú... ¿Y qué pasa con ella?

—¿Qué quieres decir?

—Lo que tú quieres está claro, la quieres a ella, sólo a ella, toda para ti... Pero... ¿qué pasa con lo que quiere Lis? ¿Qué pasa con sus necesidades, con sus deseos, con sus ilusiones, con sus sueños? ¿Qué pasa con ellos? ¿Tiene que esconderlos para que tú no te sientas mal? ¿Tiene que aplastarlos para que tú te sientas mejor? —Jack suspiró profundamente y encendió un cigarrillo—. Sus inquietudes no empiezan y terminan en ti. ¿Cuándo te enterarás de que el mundo no gira en torno a ti, Jack? Por cierto..., ¿ya has leído el libro de tu madre?

—Todavía no.

—¡¿Y a qué coño estás esperando?! —Patricio clavó en él sus ojillos brillantes.

—¡No me apetece leerlo!

—Ya lo sé, pero tienes que hacerlo. Esto es importante, Jack, o te lo

tomas en serio o tendré que hablar con el jefe.

—¡Ni se te ocurra! ¿Me oyes? ¡Ni se te ocurra! —Se levantó más enfadado que cuando entró—. ¡Leeré el libro, pero... ¿qué coño hago con lo del niño?!

—¿Acogerlo... aquí? —dijo Patricio con una sonrisa poniendo una mano sobre el corazón.

Le vio entrar taciturno y concentrado, sin saber que las palabras de Patricio revoloteaban por su mente sin descanso. Las piedras del muro eran difíciles de derribar, y las últimas que faltaban por caer, las primeras que se habían colocado, parecían ser las más resistentes. Lis se acostó a su lado preguntándose qué más podía hacer para que lo comprendiese, para que lo aceptase, pero tan pronto como puso la cabeza sobre la almohada, el sueño la rodeó impaciente para llevarla de vuelta al horror, al infierno, a LA CASA. Las imágenes aparecieron una vez más, los gritos, los golpes, los olores. Sintió el frío de las esposas en sus muñecas, abrió la boca e intentó gritar, pero los sonidos no salieron, y las lágrimas se agolparon en sus ojos mientras su cuerpo se desgañitaba, intentando liberarse de la brutalidad del hombre, del sadismo de LA BESTIA.

—¡No me pegues más, no me pegues más!

—Despierta, mi vida, despierta. —Juan la agarró por los hombros—. Despierta, Lis, despierta.

—¡No me pegues más, animal, eres un animal!

—Lis, cariño, abre los ojos, abre los ojos, mi vida, abre los ojos...

Los ojos color chocolate se abrieron, brillantes de lágrimas, brillantes de miedo. Él la tomó entre sus brazos acariciando su espalda, intentando sosegar su cuerpo.

—Sólo era una pesadilla, nena, sólo eso.

—No, Juan, no —gimió ella, abrazada a su cuello—. No es sólo una pesadilla, Juan, no lo es. Ocurrió de verdad y sigue ocurriendo dentro de mi cabeza..., y ahí seguirá siempre..., no importa lo que haga..., siempre estará ahí..., siempre..., siempre...

—¿Qué puedo hacer, cielo, qué puedo hacer para ayudarte? —dijo acariciándole las mejillas y limpiando sus lágrimas.

—No puedes hacer nada, Juan, el pasado no se puede cambiar.

—Lis..., yo... hoy he estado hablando con Patricio sobre el niño y... — Ella lo miró preocupada, frunciendo el ceño—. Quizá acoger a ese niño... te ayude..., quizá sea bueno para ti... Yo... creo que podría aceptarlo, nena, no quiero verte sufrir.

—Pero ¿qué estás diciendo? —preguntó ella asombrada, sentándose en la cama—. ¡Lo dices como si fuese una medicina que me hará sentir mejor! ¡Oh, esto sí que no me lo esperaba de ti, Juan, esto sí que no! —le espetó furiosa—. ¡Tener un hijo es algo muy serio, no es como comprar ibuprofeno en la farmacia!

—¡Joder! —exclamó él, levantándose de la cama—. ¡Yo... ya no sé qué tengo que hacer para complacerte! ¡Si me niego, malo, y si lo acepto, malo también! ¿Qué tengo que hacer?, ¿qué quieres de mí?

—¡Quiero que lo entiendas, Juan, que lo entiendas!

—Pero ¡es que no lo entiendo!

—¡Pues ése es el problema, que no lo entiendes!

La discusión, naturalmente, fue seguida al otro lado de la pared por Carmen, que tomó buena nota de lo que allí se dijo y que la empujó a decidir que al día siguiente por la mañana hablaría con su hijo sin falta. Seguro que lo que necesitaba era un buen «desayuno», como cuando era pequeño.

—Se nota que no has pasado buena noche, hijo —le dijo suavemente, entrando en la cocina tras él, que la miró sorprendido.

—No he dormido bien. ¿Qué haces levantada tan temprano?

—Yo tampoco he dormido bien —dijo ella, sirviéndose un café—. Estoy preocupada por ti. Eres igual de terco que tu padre, ¡y mira dónde ha acabado él!

—Mamá...

—Sé que no te gusta hablar de tu padre, pero es el que te ha tocado, así que no te queda más remedio. —Echó mano a la cajetilla de tabaco que descansaba sobre la mesa y se encendió un cigarrillo con maestría—. Sí, fumo. Desde que tú naciste. A escondidas, por supuesto. ¿A que nunca lo sospechaste? —le preguntó con una pequeña sonrisa—. ¡Son tantas las cosas que no sabes, hijo, tantas! Tampoco sabes que después de tenerte a ti tuve dos abortos... No, claro que no lo sabes, porque no has leído el libro, tal como te aconsejó el psicólogo. Pues sí, tuve dos embarazos más y... tuve que abortar... porque tu padre quiso. No tuve que ingresar en ninguna clínica para ello, él se

encargó de que mis dos hijos no llegasen a nacer, porque sus deseos siempre fueron más importantes que los míos... Tranquilo, no te voy a contar las barbaridades que hizo para provocarme los abortos, pero sí te diré que tras el último estuve a punto de morir... Fue entonces cuando comencé a pensar en dejarlo, porque la paciencia, Juan, tiene un límite. Yo llegué al mío entonces, tal como le está ocurriendo a Lis contigo... ¡Su paciencia se está agotando!

No siguió hablando, se terminó el cigarrillo y el café, dejó la taza en el fregadero y se acercó a él para darle un suave beso en la frente.

—¿Por qué no le dejaste, mamá?

—¡Léete el libro, Juan, ahí está todo, todo lo que tú no sabes!

—¿Dónde te metiste ayer, Pedro? Te llamé varias veces.

—Lo siento, tío, estaba ocupado —se disculpó su amigo con una sonrisa en los labios.

—¿Quién es ella?

—¡Margarita!

—¡No me jodas! ¿La poli?

—Nunca me había parado a pensar en lo bonito que es ese nombre —contestó Pedro, acercándose a la cocina y encendiendo la cafetera en el mismo momento en que Patricio entraba por la puerta—. ¿Un café, Patri?

—Sí, por favor —aceptó éste, desplomándose en una silla—. He tenido una reunión con «los de arriba» y me han puesto la cabeza como un bombo. ¡¿Qué, Jack?, ¿ya has dado tu brazo a torcer o sigues en tus trece?!

—¡Joder, Patricio, ¿qué hay del secreto profesional?!

—¡Estamos entre amigos, hombre! —dijo el psicólogo, cogiendo la taza que Pedro le tendía con una sonrisa.

—¡Pues sí, he dado mi brazo a torcer y no ha servido para nada! ¿Qué tienes que decir a eso?

—¡Normal!

—¿Normal? ¡¿Cómo que normal?! —exclamó Juan, levantándose y paseando nervioso por la cocina—. ¡Es lo que ella quería y, cuando lo acepto, se pone hecha una furia! ¡Eso no es normal, Patri, no lo es!

—¿Puedo saber de qué coño habláis? —preguntó Pedro.

—Lis quiere acoger a un niño —respondió Patricio, sin darle opción a explicarse—. A un niño del centro Garmendia, ¿entiendes? Pero aquí, míster Egoísta, le ha dicho que «nanainas», y como ella no cesa en su empeño, porque

hay que reconocer que los tiene bien puestos, a míster Egoísta no le ha quedado otra que dar su brazo a torcer, única y exclusivamente para que no se lo rompa, claro.

—¡Joder, Pedro! ¡Le dije que no y se enfadó! ¡Le dije que sí y se enfadó aún más! ¡No sé qué hacer, tío!

—Pero ¿tú quieres acoger al niño?

—¡No!

—¿Por qué?

—Pues... porque... porque...

—¡Porque no quiere compartirla, sólo por eso! —concluyó Patricio.

—¡Oh, cállate! —dijo Jack desesperado.

—¡No me da la gana! ¡Está enamorado hasta la médula y cree que un niño se la va a robar! ¡Ni siquiera soporta que venga su madre, le molesta que pasen tiempo juntas, que se diviertan, la quiere sólo para él y ése es el problema! ¡Su egoísmo!

—¿Es eso cierto, Jack? —preguntó Pedro preocupado.

—¡Por supuesto que es cierto! —siguió Patricio como una ametralladora—. Pero lo peor de todo es que es tan obtuso que no acepta consejos y no se da cuenta de adónde lo va a llevar semejante comportamiento.

—¡Te va a dejar, tío, te va a dejar! —le advirtió Pedro negando con la cabeza—. ¿Es que no lo ves, Jack?

—¡Qué va a ver! —exclamó Patricio, levantando las manos—. ¡Éste sólo se ve a sí mismo! ¡Él, él, y él! ¡No piensa en las necesidades de ella, en sus intereses, en sus deseos! ¡Nunca se ha puesto en su lugar, nunca se ha parado a pensar en lo que debió de sentir todos aquellos años en que estuvo presa! ¡Sí, presa, porque aquello fue una condena, y de las malas! —añadió con severidad, clavando en Jack su mirada más seria—. Cuando eres niño..., tus padres lo son todo para ti, todo... En ellos te apoyas, en ellos te reflejas..., en ellos confías... Si no los tienes y quienes deberían velar por ti convierten tu vida en un infierno..., lo normal es que tu vida se convierta en una vida autodestructiva, una vida al borde del abismo... La mayoría de las personas no pueden soportar cosas como las que se vivieron en aquella casa..., la mayoría no pueden y... acaban mal..., muy mal...

—Pero ella pudo. ¿Cómo lo consiguió?—preguntó Pedro.

—Porque le gustaba... soñar —dijo Jack.

—Los sueños la mantuvieron viva —sentenció Patricio—. Por eso sabe que hay niños que están soñando en este momento y quiere que al menos para

uno ese sueño se haga realidad. Ahora puede hacerlo, nada se lo impide, es adulta, tiene dinero, puede ofrecerle un futuro mejor... Pero ¡claro, no contaba con el troglodita que tiene al lado!

Llegó al centro a media tarde, aparcó junto al coche de Lis y observó el edificio. No tenía aspecto de centro de acogida. Salvo por la placa de la entrada, bien podría haber pasado por las oficinas de algún ayuntamiento.

Paseó por los alrededores, fumando e intentando poner en orden sus pensamientos. Lis quería a aquel niño, Lis necesitaba a aquel niño, Lis se veía a sí misma en aquel niño. Quería entregarle lo que tanto había soñado con recibir, quería rodearlo de toda la seguridad que ella no había tenido, quería arrojárselo con todo el amor que a ella le había faltado. Lis necesitaba hacer por él lo que nadie había hecho por ella, porque Lis no era de las personas que miraban hacia otro lado cuando algo no le gustaba; ella lo miraba de lleno, lo afrontaba.

¿Y qué estaba haciendo él? Cada vez que ella intentaba dar un paso, tiraba de su mano en dirección contraria, llevándola a su camino, sin dejar que se desviara. Pero... ¿cuál era su camino, hacia dónde iba él, qué deseaba? Una ráfaga de viento le golpeó la cara, recordándole el frío de aquella madrugada cuando la encontró entre los hierros, cantando, luchando, resistiendo, respirando... Y él, él se estaba convirtiendo en su nuevo carcelero, en su nuevo amo. Le ponía cadenas invisibles, la ataba sin necesidad de cuerdas, la sometía sin necesidad de palizas, la mantenía prisionera en su castillo haciendo más y más altas las murallas.

El sonido de su voz llegó hasta sus oídos como aquel día, acariciándole. Cerró los ojos, era el sonido más hermoso del mundo, el que lo hacía sentir vivo, el que llenaba su corazón y emocionaba su alma. Aquél era su camino, el de ella, el de su voz, el de su risa, el de su cuerpo, el de su alma. Sólo en él se sentía seguro, sólo en él se sentía en casa.

—¡Juan, Juan!

Abrió los ojos y la vio en lo alto de la escalera. Con el cabello mecido por el viento, con sus perfectas curvas adornando su cuerpo y la sonrisa iluminando sus labios.

—¡Juan, Juan, Juan!

—¡Mami!

En lo alto del tobogán, sujetando con fuerza su ranita verde, el niño levantó su otra mano, saludándola con una sonrisa que iluminó su cara. El que venía tras él le empujó y el niño se deslizó por el tobogán con rapidez hacia abajo, rodando al llegar al suelo. Lis bajó corriendo la escalera y le tomó entre sus brazos. El niño le rodeó el cuello con sus delgados bracitos y reposó la cabeza sobre su hombro, olvidando ya el llanto pero sin soltar su ranita verde.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó preocupada.

—Sí, mami, estoy bien, no ha sido nada. ¿Por qué has tardado tanto?

—He estado con la directora.

—¿Me llevarás hoy a casa, mami? —preguntó él, acariciándole la cara.

—Todavía no puedo, mi vida, pero será pronto, pronto nos iremos a casa, te lo prometo.

—Pero ¿cuándo, mami, cuándo? Yo quiero estar contigo, quiero estar contigo —dijo el niño abrazándola con fuerza.

—Pronto, cariño, pronto.

La directora del centro Garmendia abrió la boca asombrada al verle entrar por la puerta, y le costó trabajo cerrarla. Con asombro y admiración, sus ojos recorrieron aquel cuerpo, preguntándose dónde habría estado metido hasta entonces. Era un pecado no dejar disfrutar a los ojos de semejante espectáculo visual. Le acompañó por los pasillos hasta el comedor, donde habían comenzado a dar las meriendas. En una mesa al fondo, Lis había un yogur mientras el niño jugaba con su ranita verde.

Juan entró despacio. Las miradas que aquellas criaturas le dedicaban eran de todo menos amistosas, claro que su corpulencia no ayudaba.

—¡Juan! —exclamó Lis al verle, quedándose con la cuchara a medio camino de la boca del niño, que le miró sorprendido.

—¿Puedo sentarme? —preguntó él con una sonrisa.

—Claro, cariño.

—¿Por qué le llamas cariño, mami? —dijo el pequeño frunciendo el

ceño.

—Es Juan, ya te he hablado de él. Cuando vengas a casa... quizá algún día... sea tu papá.

—No quiero.

—¿Por qué? —preguntó Lis, metiéndole la cuchara en la boca.

—Porque no quiero.

—Se llama como tú, y además es bombero.

—¿Eres bombero? —se sorprendió el pequeño, abriendo mucho los ojos—. En la *ota* casa hubo un incendio y yo... me asusté mucho..., pero vinieron los bomberos y nos salvaron.

—Lo sé, estuve allí —dijo Juan, acariciando la ranita que descansaba sobre la mesa—. Fuiste muy valiente, quisiste que la niña saliese primero y luego te negaste a abandonar a tu ranita verde.

—Sí, es verdad —contestó el niño muy serio, mirando la rana—. Cuídala un rato, yo tengo que merendar.

Cuando llegó el tan terrible momento de la despedida, el niño se agarraba al cuello de Lis con todas sus fuerzas, mientras ella hacía acopio de todas las suyas para no romperse también en lágrimas.

—Lis, ¿ya le has preguntado a Júnior de qué color quiere su habitación?

—¿Júnior? —repitió el niño, apartando su cara llorosa de su cuello—. ¿Quién es ése?

—Bueno..., tendremos que llamarte así —respondió Juan divertido—. O, si no, cada vez que Lis llame a Juan, acudiremos los dos. ¿De qué color la quieres, tu habitación?

—¿Voy a tener una habitación para mí solo?

—Claro —contestó Juan muy serio.

—Me gusta mucho el color azul, mami —dijo mirando a Lis—. Mi *ota* mamá tenía los ojos azules. Los tuyos también me gustan, mami, porque son del color del *cocholate*, que es lo que más me gusta en el mundo.

Se marchó de la mano de la cuidadora sin dar ningún espectáculo más, con la promesa de que pronto podría instalarse en su habitación, la habitación azul. Lis se lanzó a los brazos de Juan, que la estaban esperando.

—¡Gracias, mi amor, gracias! —exclamó, tomando su cara entre las manos y besando sus labios con dulzura—. ¡Y encima se llama como tú!

—Así que has aceptado lo del niño —comentó Patricio, levantándose del sofá y paseando por el despacho lentamente—. ¿Por qué, Jack?, ¿qué te ha hecho cambiar de idea?

—Fui al centro y le conocí.

—Y se te ablandó el corazón —dijo el psicólogo con una sonrisa.

—Patricio, Lis... necesita hacerlo, y yo... quiero que tenga lo que necesite. Dice que el niño no es una medicina para sentirse mejor, pero creo que si la hace sentir bien, yo... lo acepto...

—Jack, creo que no lo entiendes. Lis no necesita al niño... El niño es ella, y si quieres que siga a tu lado, tendrás que quererle de verdad, como a ella. —Encendió un cigarrillo lentamente—. Tú... dejarías que el diablo entrase en casa si eso la hiciese sentir mejor... ¿Por qué?

—Tiene unas pesadillas terribles, Patricio, y yo... ya no sé qué hacer... Se despierta en medio de la noche, gritando tan desesperada que se me parte el alma y... no puedo soportar verla así, no puedo...

—Algunas cosas no pueden arrancarse de dentro, por mucho que uno quiera. —Jack asintió despacio—. Pero... llevar una vida tranquila... puede ayudar.

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que conmigo no la tiene?

—No, no la tiene —respondió el psicólogo muy serio, sentándose a su lado—. A cada paso que intenta dar, se encuentra contigo como un muro infranqueable. La verdad es que a veces me pregunto por qué no te deja... Jack, la experiencia que viviste en casa de tus padres te ha hecho ver las relaciones de pareja como una batalla continua, como una lucha de guerrillas en la que intentas salir victorioso una y otra vez, y una relación de pareja no son dos personas remando en diferentes direcciones, sino en la misma. Lis navega intentando mantener el rumbo de la barca, pero cada vez que surge un problema, una tormenta, tú remas contracorriente, y ella tiene que soltar su remo para hacértelo entender. En cualquier momento podéis naufragar, siento tener que decírtelo, pero lo creo sinceramente. —Se levantó y se acercó a la ventana—. No tienes que estar de acuerdo con ella en todo, pero no puedes cerrarte en banda cada vez que quiere hacer algo, cada vez que sugiere algo. En las últimas semanas te has enfrentado a ella en todas las decisiones que ha tomado, las has cuestionado todas, las has criticado todas, las has boicoteado todas y, la verdad, creo que es algo con lo que una persona no puede lidiar permanentemente. Si persistes en tu actitud, llegará un día en que ya no tendrá

fuerzas para luchar con la vida y contigo. ¿Por qué crees que no te ha hecho partícipe de sus decisiones y te las ha puesto delante una vez ya las ha tomado?

—Porque no confía en mí.

—Ella confía en ti, estoy seguro de que pondría su vida en tus manos sin dudarlo, pero en lo que respecta a navegar juntos, Lis... no sabe en qué dirección remas. No te has puesto de su parte, Jack, no te has entregado del todo a ella. Hay una parte de ti que se niega, y esa parte te puede hacer perderla. ¿Crees que Lis se ha entregado a ti completamente? Y no me refiero al terreno sexual. —Jack asintió, cerrando los ojos—. ¿Y por qué tú no lo haces? ¿Tanto miedo tienes? ¿Acaso ella no merece la pena? ¿Qué temes perder, Jack?, ¿tu independencia, tu libertad...? ¿De qué te sirve si no tienes lo que más amas, lo que más deseas?

Lis acababa de meterse bajo las sábanas, donde Juan la esperaba deseoso, cuando Carmen llamó a la puerta. La cara de su hijo era un auténtico poema. Tan pronto como la vio cruzar el umbral, se tapó la cara con el brazo, comenzando a refunfuñar.

—Lis, cariño —dijo Carmen, acercándose a su lado de la cama—, he estado pensando que... —Los murmullos de Juan las hicieron girar la cabeza—. ¡Perdona si te molesto, hijo, pero es que a veces me da por pensar! —Lis estalló en carcajadas—. Verás, nena, creo que deberías ir pensando en buscar otra casa...

—¿Otra casa? —preguntó Juan, saliendo de la madriguera y mirándola ceñudo—. Pero ¿de qué estás hablando?

—No pretenderéis que yo duerma con el niño cuando venga a veros... —respondió ella, mirándole también con el ceño fruncido—. ¡A no ser que no quieras volver a verme por aquí, claro!

—¡Oh, Carmen, no digas tonterías! —protestó Lis, abrazándola—. Ésta es tu casa y aquí siempre habrá sitio para ti.

—Pues alguien tendrá que dormir en el sofá —dijo ella mirando a su hijo, al que no le dio tiempo a contestar—. Y otra cosa, nena, he estado tomando medidas en la habitación del niño y no creo que quepa todo lo que hemos comprado.

—No te preocupes por eso, Carmen. —Los gruñidos de Juan se intensificaron, pero siguieron siendo igual de incomprensibles—. Si algo no

cabe, lo podemos devolver.

—Pero, hija, ¿cómo lo vas a devolver si ya lo has pagado? —El gruñido del otro lado de la cama no se hizo esperar—. ¿Y a ti qué te pasa, si puede saberse?

—Nada, mamá, nada.

—¡Oh, Señor! —exclamó Carmen, clavando en él su mirada más retadora—. ¡Así es como se ponía de pequeño cuando entraba en su cuarto, Lis, exactamente así! ¿Cómo iba a hablar con él si adoptaba esa actitud?

—¡Mamá, ¿quieres irte a la cama de una vez?!

—¡No me da la gana! ¿Lo entiendes ahora, hija? Con su padre no podía hablar, con él tampoco. ¿Con quién me iba a desahogar en un pueblo si no era con el cura? Él me escuchaba, me entendía..., y cuando yo llegaba enfadada y comenzaba a maldecir en el confesionario, le hacía gracia y se reía... Por eso pasó... lo que pasó...

—¿¡Quéééé?! —Juan se sentó en la cama como impulsado por un resorte, mientras la risa comenzaba a salir por la boca de Lis sin control—. ¿¡Qué demonios estás diciendo?! ¿Te liaste con el cura?

—Don Gervasio, sí —afirmó su madre muy seria, mirándole fijamente—. Era un hombre muy guapo..., por no hablar de otros atributos con los que la naturaleza le dotó que...

—¡Oh, por el amor de Dios! ¡Basta! ¡Basta!

Juan saltó de la cama en el mismo momento en que Lis caía sobre las almohadas con un ataque de risa incontrolable. Mientras, Carmen ponía cara de póquer y cerraba la boca.

—Pero, Carmen... —le dijo Lis cuando dejó de reír—. ¿Qué te ha pasado?

—Te juro que no he entrado con ninguna intención, hija, te lo juro, pero es que, cuando le he visto ahí, refunfuñando, igual que cuando era pequeño..., me ha entrado una rabia que me ha revuelto las tripas y me he acordado de lo que me dijo la psicóloga que me recomendó la policía, que me está haciendo mucho bien, por cierto. Pues ella dice que Juan no me respeta como madre, cosa que entiendo, porque no le protegí como debía, y que debo intentar que me vea como la mujer que soy... Y, la verdad, las palabras me han salido solas.

—¡Ay, Carmen, ha sido demasiada impresión para él! —exclamó Lis, volviendo a reír.

—¡Pues que se hubiese leído el libro, como le dijo el médico! A los

médicos siempre hay que hacerles caso, ya debería saberlo —contestó enfadada, lo que le provocó otro ataque de risa a Lis—. Bueno, me voy, o no saldrá nunca del lavabo. —Se marchó, pero hizo una pequeña paradita ante el cuarto de baño, donde el troglodita rumiaba su furia—. ¡Ya puedes salir, me voy a la cama!

Juan tardó aún y, cuando salió, olía a pasta de dientes. Lis le esperó con la luz apagada para ahorrarle el bochorno, pero ante su silencio, él no pudo más y comenzó a hablar:

—¡Oh, Dios, con el cura del pueblo! ¡No podría haber sido con el carnicero o el pescadero, no, tenía que ser con el cura! ¡Joder, Lis, deja de reír!

—No puedo, cariño —dijo ella, tendiéndose sobre él—. Es que... aún no sabes lo mejor, mi vida.

—¿Hay más? ¡No me lo digas, no quiero saberlo!

—¡Oh, Juan, hay tantas cosas que no sabes, cielo, tantas cosas! —replicó ella, sentándose sobre su cuerpo y quitándose el camisón—. ¿No quieres saberlo, Juan?

Le bajó los pantalones y juntó sus sexos, moviéndose sobre él, sintiéndolo.

—¡Oh, nena, pero ¿qué me haces?! —susurró, incorporándose y apretando sus caderas con fuerza sobre su miembro—. Lis, mi vida, yo..., no sabes cómo te deseo, nena... Eres lo mejor que me ha pasado nunca, lo mejor... Eres la mujer que siempre soñé, cielo...

—Tu madre también es una mujer, Juan, con deseos, con necesidades... —dijo, levantando las caderas y dejándole entrar en su cuerpo.

—No me hables de ella ahora, por favor. —Le agarró las caderas y la movió deprisa—. Lis..., yo... hoy no puedo esperar, mi vida, no puedo —añadió tendiéndola sobre la cama, donde la aprisionó con su cuerpo—. Lis, no puedo esperar, cielo, hoy no puedo, cariño, no puedo.

Ella se arqueó para recibirle, mientras el calor comenzaba a nacer en su vientre. Pero esta vez Juan no la esperó, se movió mientras un gruñido de satisfacción salía de su garganta y se corrió con un gran gemido hasta vaciarse del todo.

—Lo siento, cielo —dijo apesadumbrado.

—No tienes por qué sentirlo, Juan, estoy bien.

—Pero no te has corrido.

—Eso no importa. Cuántas veces lo he hecho sin esperarte. En eso

consiste amar, en dar y recibir. A veces nos sincronizamos tan bien que damos y recibimos a la vez, pero son casos excepcionales, no somos robots.

—¿Vas a contarme lo mejor de la historia? —preguntó él, lamiendo sus pezones y arrancándole un gemido de placer.

—No quiero que sufras. Si te hace daño saberlo, no te lo diré.

—Pero lo estás deseando, reconócelo.

—¡Oh, sí, Juan, me muero de ganas! —exclamó ella, explotando en una gran carcajada—. Pero es mejor que leas el libro, entenderás mejor sabiendo el porqué. Todo tiene un porqué y, cuando lo conocemos, entendemos muchas cosas.

—Patricio tiene razón cuando dice que eres una mujer muy especial —dijo él, acariciando sus mejillas encendidas—. Nunca te quedas en la superficie, profundizas hasta llegar al meollo de la cuestión.

—¿Y eso te gusta o te disgusta?

—Lo he estado viendo como un defecto, cuando en realidad es una virtud, una gran virtud —respondió Juan, que había comenzado a moverse en su interior con nuevas ansias.

—¡Vaya! —exclamó Lis con una sonrisa pícar—. Mis virtudes te ponen...

Cuando de madrugada las pesadillas la despertaron de nuevo, Juan encendió la luz. Lis estaba aterrorizada, con la piel sudorosa y el corazón bombeando con fuerza.

—No es nada, no es nada. Estoy bien, una pesadilla, nada más —dijo ella, tendiéndose sobre él y acariciándole la cara—. Juan, tendrás que afeitarte bien cuando venga Júnior, porque, al contrario que a mí, no le gustan los hombres que rascan.

—Haré todo lo posible para que se sienta a gusto aquí, Lis, te lo prometo.

—Es la primera vez que me haces una promesa, Juan —comentó ella, mirándolo sorprendida—. Necesita un lugar seguro. Las cicatrices de su alma seguirán siempre ahí, pero si le queremos, podemos hacer que sea un niño feliz. Y él... se le merece, no sabes cuánto se lo merece.

—¿Por qué está en el centro?

—Él fue el último niño que llegó a LA CASA. Por cierto, cuando te cuente que un ángel le rescató..., no le llesves la contraria.

Lis despidió a Carmen en la estación de tren con una gran sensación de tristeza, comprobando una vez más que las despedidas la hundían en la más absoluta de las miserias. Se dijo si debería contrarrestar ese sentimiento visitando el parque de atracciones para adultos, pero la sensación de mareo que sentía dirigió sus pies hacia casa, donde se fue directa al cuarto de baño a vomitar.

¡Treinta y ocho y medio de fiebre y subiendo! Eso era lo que proclamaba el antiguo termómetro de mercurio, del que le costaba desprenderse; los otros no los entendía. Un tazón de café y dos ibuprofenos le bajaron la temperatura a niveles razonables, lo que le permitió visitar al médico, quien le diagnosticó una gripe que en aquellos momentos se estaba convirtiendo en epidemia incontrolable.

Hizo una paradita en la farmacia y volvió a casa con la cara surcada de lágrimas, dejándose llevar por ese «extraño efecto que la fiebre ejerce en algunas personas», como bien le había dicho su vecina Cristina, la novia del ruso. Su encuentro en el ascensor la había relajado enormemente. Saber que no era la única a la que le ocurría aquel extraño hecho tranquilizó sobremanera a Lis, claro que Juan... no lo sabía. Por eso, cuando llegó a casa y no la encontró ante el ordenador o sentada en el sofá con un café en las manos y riendo mientras veía «Sálvame», se sorprendió.

—¡Eh! ¿Qué te pasa? —preguntó al entrar en la habitación y verla acostada y temblando como una hoja—. ¿Qué te pasa, cielo?

—He cogido la gripe, Juan. El médico ha dicho que la epidemia está fuera de control..., y yo también...

—¿Has ido al médico? —dijo él preocupado, mirando sus ojos vidriosos

—. ¿Y por qué no me has llamado?

—Estabas trabajando —contestó ella, sin dejar de temblar.

—¿Tienes frío?

—Sí, tengo frío, mucho frío.

—Te traeré una sopa caliente.

Cuando un rato después entró con el tazón de sopa en las manos, la situación había dado un giro radical: los escalofríos habían dado paso a una terrible fiebre que sonrojaba sus mejillas y quemaba su piel, pero lo peor eran las lágrimas, que salían de forma incontrolable.

—¡Dios, estás ardiendo! ¡No llores, mi vida! ¿Por qué lloras? —preguntó Juan, tomándola en sus brazos y apretándola contra su pecho.

—Le prometí al niño que iría hoy a verlo —respondió ella entre lágrimas

—. Le he llamado a mediodía y, cuando le he dicho que estaba enferma, se ha echado a llorar.

—Bueno, no te preocupes por eso ahora, se lo explicarán y lo entenderá.

—¡Tiene cuatro años, Juan, no tiene que entenderlo! ¡Le he estado dando largas y está desesperado! ¡Y va... va a dejar de confiar en mí, lo sé..., se enfadará conmigo por no haber ido a verlo!

La obligó a tomarse la sopa, metiéndole las pastillas en la boca mientras las lágrimas seguían saliendo por sus ojos vidriosos, que le miraban suplicantes.

—¿Por qué tienes que ser tan cabezota, Juan, por qué? ¡Con lo fácil que habría sido tenerle ya aquí! ¡Está tan solo y tan triste!

Se tendió a su lado en la cama, donde pasaron la siguiente hora así, ella llorando y él escuchando. Pero con la llegada de la noche, la fiebre tomó de nuevo el mando y la invadió por completo, comenzando así la que probablemente sería para Juan la peor noche de su vida. Cuando la fiebre rondó los cuarenta grados, Lis comenzó a delirar. Sentía como si estuviese en el interior de un enorme horno que la quemaba por fuera y por dentro. Movía las manos en el aire, buscando el frescor que le faltaba, abría la boca para hablar, pero sin saber lo que decía, y cuando sus ojos conseguían abrirse, lo único que veía con claridad eran los ojos de Juan, que la miraban preocupados.

—El niño está solo..., seguro que está asustado, Juan... ¿Por qué no vas a buscarle...? Tráelo a casa, por favor...

—Le traeremos a casa, mi vida.

—¿Por qué luchas conmigo, Juan, por qué? Yo no soy tu enemiga... Te

quiero..., te quiero más que a nadie en el mundo... Eres el centro de mi universo... —Le agarró la mano con fuerza—. Tu mano..., tu mano... puedo sentirla..., estoy entre los hierros y puedo sentirla... Te fuiste pero volviste a mí..., te quedaste conmigo...

Juan besó sus labios suavemente, mientras sus manos dejaban sobre sus mejillas caricias sin fin, intentando secar las lágrimas que salían sin descanso. Fue al baño y regresó con una toalla mojada, lentamente le quitó camión.

—¡Ay! —gimió ella, al sentirla resbalando por su piel—. ¡Para, para, me haces daño!

—Te sentirás mejor, cariño, confía en mí.

—Confío en ti, Juan..., confío en ti... En nadie confío tanto como en ti..., pero tú aún no lo sabes..., y no entiendo por qué... —Él pasó la toalla por su cuerpo, escuchando el profundo gemido de placer que salía por su boca al notar el frescor del agua—. Me haces sufrir..., te enfrentas a mí siempre..., y yo a veces estoy tan cansada de luchar..., tan cansada..., que tengo miedo de perderte... No quiero hacerte daño, Juan, no quiero... ¿Por qué no estás de mi parte, por qué? ¿Tienes dudas de mí, de mi amor, es eso?

—No, cariño, no tengo ninguna duda.

—Te metes en tu caparazón... como una tortuga... y no me dejas entrar..., no puedo entrar... Yo, que tantas veces quise salir, ahora no puedo entrar. —El llanto estremeció su cuerpo—. Y me desespero..., siento que las fuerzas se me acaban..., no puedo luchar contra ti..., no quiero luchar contra ti... Tú no eres mi enemigo..., eres mi amor..., quiero amarte, no luchar contigo... Estoy tan cansada..., tan cansada..., deja de luchar conmigo, por favor, por favor, por favor...

A las cuatro de la madrugada, Lis abrió los ojos al sentir las gotas que caían sobre su cara. Sentada en el regazo de Juan, bajo la ducha, mientras el agua tibia acariciaba su piel ardiente, extendió la mano y la puso bajo el agua.

—A veces me parece que quieres entregarte a mí, pero de repente... te me escapabas como el agua entre los dedos... Tú... tú siempre has tenido mujeres hermosas... ¿Es por eso, Juan?... No soy suficiente para ti...

—No digas eso, mi vida, no es verdad —dijo él, cogiéndole la cara en la mano y mirándola con dulzura.

—Entonces... son mis demonios... Yo intento que no salgan..., lo intento con todas mis fuerzas, te lo aseguro..., pero no puedo evitarlo... Están ahí,

agazapados, esperando..., y salen sin que yo quiera, yo no quiero..., pero salen... No sé qué más puedo darte..., me lo pregunto muchas veces... ¿Qué más necesitas para entregarte a mí..., para creer en mí?... ¿Qué más, Juan?... ¿Qué más puedo darte, mi amor?...

—¡Oh, mi vida, calla, no sigas, por favor, no sigas!

Pasó la alcachofa suavemente sobre el cuerpo de Lis, sintiendo cómo se relajaba entre sus brazos, cómo suspiraba de placer al sentir el frescor del agua. Y fue esa entrega que sintió, esos suspiros que salieron de su garganta los que consiguieron lo que parecía imposible, que las últimas piedras del muro, las primeras que fueron colocadas, se desintegrasen por completo, convirtiéndose en roca pulverizada. Juan las sintió estallar dentro de su cuerpo, dentro de su alma, vio los fragmentos desmoronarse del todo, y en su lugar quedó la calma.

—Dime, hijo, ¿está mejor?

—Sí, mamá, mucho mejor. No sabes lo agradecido que te estoy. Estaba tan asustado...

—Sí, la fiebre es lo que tiene, que asusta mucho, lo sé muy bien. De pequeño te subía muchísimo cuando tenías anginas. Meterte en la bañera era la mejor forma de bajarla, me lo dijo el médico muchas veces y siempre dio resultado.

—Yo... no me acuerdo.

—¡Cómo vas a acordarte! Ahora tienes que procurar que beba mucho: agua, zumos, sopa, todo lo que sea líquido le vendrá muy bien. Y dale las medicinas a las horas que ha dicho el médico, no te olvides. ¿Tienes que trabajar?, ¿quieres que vaya yo a cuidarla?

—No, no hace falta. He llamado al trabajo y me han dado unos días, yo la cuidaré. Mamá..., gracias, muchas gracias.

—De nada, hijo, de nada —dijo, colgando el aparato y enjugándose una lágrima.

La segunda llamada no fue tan bien recibida al otro lado del teléfono.

—¿Qué pasa? —preguntó Pedro.

—Nada, no pasa nada, es que necesito que me hagas un favor.

—¿A las siete de la mañana? No estarás en comisaría...

—¡No digas chorradas, Pedro! Tienes que comprarme bebidas en el veinticuatro horas antes de irte a trabajar, es urgente, ya casi no me quedan.

—¿Y se puede saber por qué no vas tú?

—Porque Lis está enferma y no quiero dejarla sola. ¿Es que no me puedes hacer un favor, macho?, ¿cuántos te he hecho yo a ti?

Los gruñidos de Pedro se mezclaron con otra voz y con el sonido del teléfono cambiando de manos.

—¡No le hagas caso, Jack! —intervino Margarita con decisión—. ¡Tiene muy mal despertar, es uno de sus muchos defectos! ¡Dime qué necesitas!

—¡Juan, pero ¿qué haces aquí?! ¿No has ido a trabajar? —preguntó Lis sorprendida al verle entrar en la habitación con una bandeja en las manos.

—He pedido unos días.

—Pero ¿por qué?, ¿por mí? —exclamó sentándose en la cama—. No hace falta, Juan, sólo es una gripe, la he tenido otras veces, puedo quedarme sola.

—No.

—¿Por qué?

—Porque ya no estás sola —respondió él, acercando la taza de café a sus labios.

—Juan..., huele todo muy bien, pero... no me gusta desayunar en la cama...

—¿Prefieres ir al salón?

—¿No... no te importa?

—No, mi vida, claro que no —contestó él, dándole un suave beso en los labios—. Pero ¡ni se te ocurra mirar el ordenador, estás enferma!

Sin embargo, una vez tomado el café y las pastillas, y sintiéndose mucho mejor, Lis se sentó frente al ordenador, diciendo que sólo iba a revisar el correo. Hasta que sus ansias literarias tomaron el mando y comenzó a teclear con ganas. Cuando a mediodía el sonido de sus dedos sobre el teclado cesó, Juan salió de la cocina y la miró preocupado.

—¡Tienes fiebre! —dijo poniéndole la mano en la frente y cogiéndola en brazos. La dejó sobre la cama con cara de asombro, mirando el ratón que colgaba de su mano.

—¡No me has dado tiempo a soltarlo!

Cuando Juan entró en la habitación con la bandeja en las manos, Lis abrió los ojos asombrada. El olor impregnó el aire y llegó hasta sus fosas nasales, que lo recibieron con deleite, aunque un poco atrofiadas. El plato de arroz con pollo tenía de todo: zanahorias, guisantes, cebolla, pimientos... Lis lo miró atónita.

—¡Oh, Señor! ¡Has heredado las dotes culinarias de tu madre y yo sin saberlo! ¡Qué calladito te lo tenías!

—Abre la boca.

—Pues que sepas que, a partir de ahora, pienso aprovecharme de ti. No te vas a librar, te lo aseguro.

—Quiero que a partir de ahora te aproveches de mí en todos los aspectos, mi amor, en todos —dijo él, besando sus labios.

—Juan, para, te vas a contagiar.

—Tranquila, este año me he vacunado. Pedro insistió tanto que, sólo por no oírlo, puse el brazo. ¡No sabes qué agradecido le estoy en este momento!

—Pedro es un buen amigo, has tenido suerte de conocerle. Es difícil tener amigos, yo no los tengo.

—No digas eso, yo soy tu amigo, y Pedro y Marga y María y Patricio y mi madre y Luis..., somos muchos los que te queremos y para quienes eres importante, cariño... Y Júnior, claro.

—Pero Júnior... aún no forma parte de mi vida... ¡Oh, Dios, tengo que llamarlo! —exclamó Lis, echándose hacia el otro lado de la cama—. ¡Estará enfadado porque no voy a verlo!

—¡No, nena, no!

Saltó de la cama con rapidez, aunque, tan pronto como se puso en posición vertical, la habitación comenzó a dar vueltas ante sus ojos. Por fortuna, ahí estaban los brazos de Juan, que la cogieron como si de una pluma se tratara y la devolvieron a la cama, donde la obligó a terminarse la comida antes de llamar a Júnior.

—Está enfadado..., muy enfadado... ¿Sabes qué me ha dicho? —Las lágrimas no paraban de salir—. «¡Mami, la próxima vez que vengas a verme, no te dejaré mi ranita verde!» ¡Le estoy fallando, Juan, le estoy fallando, y no se lo merece, él menos que nadie, no se lo merece!...

—No llores, cariño, no llores.

Lis lloró y durmió, durmió y lloró, hasta que, a media tarde, Juan entró en

la habitación con decisión, la levantó de la cama y la llevó al sofá. La tapó con una manta y le puso un café en las manos y dos pastillas en la boca. Acababa de tomárselo cuando el telefonillo comenzó a sonar.

—Es Pedro —le anunció Juan con una sonrisa.

—No le dejes entrar, se va a contagiar.

—Está vacunado, y los que le acompañan también, así que no te preocupes por nada.

—¿Los que le acompañan?, ¿quiénes? ¡No estoy para recibir visitas, Juan!

El timbre comenzó a sonar insistentemente y él abrió la puerta con una sonrisa traviesa en los labios. Al otro lado, en brazos de Margarita, unos enormes ojos negros se iluminaron al verla.

—¡Mami! —exclamó el niño, saltando al suelo y corriendo hacia ella.

—¡Júnior!

En las dos horas que duró la visita, el niño no paró de hablar, haciendo las delicias de Pedro y Margarita, que asistían atónitos a la relación tan incipiente como intensa que se estaba estableciendo entre Lis y aquel pequeño ser que tomaba posesión de ella con toda la intensidad que había en su menudo cuerpo.

—¿Seguro que estás vacunado de la gripe, Júnior? —preguntó Lis preocupada.

—Sí. Me vacunaron y me hicieron muchííííísimo daño, pero mucho mucho. ¿Tú no te vacunaste?

—No, cariño, por eso estoy enferma, pero me pondré bien muy pronto.

—¿Y cuando estés buena *podé* venir a casa contigo?

—Y conmigo —dijo Juan.

—¿Tú también vives aquí? —Juan asintió, sirviendo los cafés—. ¿Y no puedes vivir en *oto* sitio?

—Juan vive aquí, Júnior —dijo Lis, acariciando su cara.

—Pero yo no quiero.

—Y ha estado muy ocupado pintando tu habitación —continuó Lis, sin hacer caso de sus protestas—. ¿Quieres verla?

—¿Mi habitación?

—Sí. Ve con Juan, él te la enseñará.

Júnior se bajó de su regazo y se acercó al pasillo, mirándolo con aprensión. Juan le tendió la mano, pero él apretó con fuerza su ranita verde contra su pecho.

—Juan, enciende las luces —dijo Lis.

Encendió las luces y caminó por el pasillo hasta la habitación, abrió la puerta, encendió la luz y entró, quedándose junto a la ventana. Júnior lo pensó, pero la curiosidad ganó la batalla y, con sus delgaditas piernas, caminó por el pasillo hasta llegar al que sería su cuarto.

—¿Te gusta? —dijo Juan desde el otro lado, subiendo la persiana y encendiendo la lámpara de la mesilla.

El niño no cruzó la puerta, sino que se quedó en el quicio, mientras sus ojos recorrían lentamente las paredes pintadas de azul claro, la greca con ranitas que Lis y Carmen habían colocado con esmero, el nórdico azul y blanco, las lámparas azules de las mesillas y las estanterías blancas, vacías. Se dio media vuelta y regresó al salón.

—¿Te ha gustado la habitación, Júnior? —le preguntó Lis.

—Sí, mami, es muy bonita —contestó él, sentándose a su lado, mientras acariciaba su ranita verde.

—Entonces ¿por qué estás triste? —preguntó acariciando su cabeza.

—¿Vas a *taer* a *oto* niño a casa, mami?

—No.

—¿Seguro? —insistió, levantando hacia ella los ojos anegados en lágrimas.

—Esa habitación es para ti, Júnior, para nadie más.

—Pero... es que es una habitación muy bonita, mami..., y yo... yo no me la merezco, porque soy malo, soy muy malo. Ellos *siempe* lo decían, que soy un niño muy malo.

Lis se tapó la boca con la mano para acallar el llanto. Su pecho se estremeció viendo a aquel ser tan indefenso y vulnerable decir semejantes palabras, mientras las suyas se quedaban atrapadas en su garganta, luchando por salir pero sin conseguirlo.

—Tú no eres malo, Júnior —intervino Juan, sentándose en el suelo junto a Lis y acariciando su mano—. Tú no eres un niño malo, los malos eran ellos, ellos sí eran malos y hacían cosas malas, pero tú no eres malo. Y te mereces una habitación bonita y todas las cosas bonitas, porque eres un niño bueno. Nosotros te queremos aquí, queremos que vivas con nosotros y haremos todo lo posible porque seas feliz.

El silencio que se hizo en el salón sólo fue roto por el sonido de la ranita verde que Júnior tenía entre las manos y que apretaba con fuerza a cada momento, hasta que las palabras entraron en su cerebro y se hicieron un sitio

en él.

—Pero ¡no me habéis *compado* ningún *libo*! —dijo encaramándose de nuevo al regazo de Lis—. ¡Y me gustan los *libos*, me gustan mucho los *libos*! Bueno, menos los de *monstuos*, éstos no los quiero, que me dan miedo. —El teléfono de Lis comenzó a sonar y él pegó la oreja—. ¿Quién es, mami?

—Es Carmen. ¿Quieres hablar con ella?

El niño cogió el teléfono con decisión.

—¡Abu, las *llalletas* estaban muy ricas! ¿Me enseñarás a hacerlas?

—Pero ¿desde cuándo conoce a mi madre? —preguntó Juan sorprendido.

—¡No es tu *made*! —replicó Júnior—. ¡Es Abu!

La hora de la despedida llegó y con ella el difícil momento de la separación, un tanto suavizado porque la habitación azul sería para él y sólo para él, una vez que los *papiles* estuviesen listos.

—¡La burocracia es así! —dijo Pedro, abriendo la puerta.

—¡No me gusta nada esa señora! —exclamó Júnior saliendo en brazos de Margarita—. ¡No me deja venir con mami!

La puerta se cerró y Lis comenzó a llorar, abriendo los brazos para recibir al artífice de semejante milagro, que se lanzó a ellos sin dudar.

—¡Gracias, mi amor, gracias! —exclamó ella, enterrando la cara en su cuello, mientras las lágrimas salían sin ningún control.

—Te ha vuelto a subir la fiebre. ¡A la cama! —Nunca en tan corto trayecto alguien recibió tantos besos—. Cariño..., para, o no respondo.

Por la noche, Juan se acostó a su lado y le tocó la frente: la fiebre había vuelto. Le acarició las mejillas encendidas y la apretó contra su pecho, y entonces, en la oscuridad de la noche, sintiendo el cuerpo caliente sobre el suyo y la respiración haciéndole cosquillas sobre el pecho, Juan desnudó su alma y se entregó por fin a ella.

—Cuando mi padre entraba en mi habitación y sin ningún motivo se liaba a pegarme..., yo llamaba a gritos a mi madre..., pero ella nunca venía. La llamaba desesperado y ella no acudía... Cuando empecé a tener relaciones, siempre llegaba un momento en que me preguntaba si la mujer con la que estaba sería como ella... No podía evitarlo, siempre acababa haciéndome esa pregunta. —Tomó su cara en la mano y le besó los labios lentamente, mirándose en sus ojos color chocolate, que brillaban intensamente—. Lis..., Júnior no podría tener mejor madre que tú, mi vida... Te has peleado con el

mundo por tenerle, por cuidarle, por quererle... Te has enfrentado a todo y a todos..., y has tenido que enfrentarte también a mí... Siento haber sido un obstáculo más en tu vida, Lis, lo siento mucho, mi amor, lo siento...

—¡Oh, Juan, Juan! —exclamó ella, tendiéndose sobre su cuerpo—. ¡Tú eres el motor de mi vida! ¡Sin ti yo no estaría aquí! ¡Sin ti yo no sería tan feliz como soy! ¡Todo tiene sentido porque tú estás aquí! ¡Tú eres mi mundo..., mi universo..., mi sol y mi luna..., tú eres mi amor, mi mejor amigo..., y la persona en la que más confío...! ¡Eres el eje sobre el que me muevo, eres la fuerza que no tenía..., tú lo eres todo, Juan, sin ti nada tiene sentido!

Tomó su cara entre las manos y besó sus labios con pasión mientras movía su cuerpo sobre él, sintiendo su erección sobre su estómago, al tiempo que un profundo gemido de placer salía de su boca.

—Estás enferma...

—No importa, Juan, no importa...

—Pero, cariño...

—Te deseo, Juan, te deseo, no me rechaces, mi amor, te deseo.

Él se perdió en su boca y en su cuerpo, besó sus labios con desenfreno y acarició su lengua, mientras sus manos le quitaban el camisón y recorrían lentamente su piel enfebrecida. Se tendió sobre ella, acariciando sus pechos y chupando sus pezones con desesperación.

—Juan..., Juan..., cómo me gusta sentirte así..., cómo me gusta..., cómo me gusta...

Entró en su cuerpo con un gran gemido de placer. Lis se arqueó para recibirle, entregándose, abriéndose, amándolo.

—¡Oh, Juan, Juan..., cómo me gusta sentirte dentro de mí!

—Cariño..., cuando estoy dentro de tu cuerpo..., el mundo deja de existir...

Pasó las manos bajo su espalda, levantándola y mirándose en sus ojos brillantes y llenos de deseo. La penetró más profundamente, arrancándole gemidos que parecían no tener fin, hasta que el calor inundó su vientre y los ojos color chocolate le sonrieron, dejándose atravesar por el placer que su cuerpo le proporcionaba.

—¡Te quiero, Juan, te quiero..., te quiero..., te quiero...!

Los últimos y definitivos papeles para la acogida de Júnior estaban a punto de llegar, pero la ansiedad había podido más que ella, haciéndola mover todos los hilos a su alcance para poder disfrutar con él del primer fin de semana de la primavera. Aunque en la preparación del evento habían intervenido muchas más personas de las que Lis pudiera imaginarse, porque Juan, que ahora remaba a su lado abiertamente, también había echado mano todas sus relaciones para hacerla feliz, empezando por el jefe de bomberos. Éste había utilizado sus influencias con el sargento Gutiérrez, quien a su vez había hecho lo propio con el comisario Bermúdez, el cual había camelado a su querida esposa con una romántica cena en su restaurante favorito y la había llevado luego a bailar merengue, su oculta pasión. Y fue precisamente ella, tras una noche desenfadada en los brazos del hombre más recto del cuerpo, quien accedió a llamar a la antipática de su cuñada y directora del centro Garmendia para pedirle el favor. Margarita, convertida en último eslabón de la cadena de favores, fue la encargada de entregarle al niño, acompañada, por supuesto, de su inseparable Pedro.

—Margarita, yo no sé cómo agradecértelo —dijo Lis, dándole un abrazo.

—¡Oh, bueno, ya encontraré la forma! —contestó ella con una risa nerviosa.

—¡No creas que lo dice por decir, ¿eh?! —intervino Pedro, entregándole la maleta de Júnior—. ¡Te aseguro que la encontrará y, si no, tiempo al tiempo!

Lis llevó la maleta a la habitación del pequeño y comenzó a meter dentro de ella algunas prendas del niño, cuando él apareció a su lado con un brillo

divertido en los ojos.

—Mami, ven, tengo una *sorpesa* para ti —dijo cogiéndola de la mano y llevándola hasta su habitación—. *Abe* el último cajón, mami.

Y allí, en el último cajón, estaba el vestido rojo. Lis abrió los ojos anonadada, estupefacta, patidifusa. Perfectamente doblado sobre el resto de la ropa y esperando que sus manos temblorosas lo cogiesen para abrirse en todo su esplendor.

Carmen lo había visto en su armario y había alabado su calidad y su caída, pero Lis lo había apartado diciendo que no se lo ponía, que le quedaba muchas tallas grande y que era un poco soso.

Las palabras hicieron sonreír a Carmen y dirigieron sus manos hacia la caja de costura, que siempre viajaba con ella. Pero lo que había hecho con aquel vestido no podía considerarse un simple arreglo: aquello era una auténtica obra de arte. Sobre la tela rojo pasión, sus diestras manos habían cosido las flores, aquellas que una tarde se había empeñado en comprar en la mercería del barrio sin decirle a Lis para qué las quería. Pequeñas flores blancas, amarillas y anaranjadas, que había ido colocando de forma estratégica sobre los tirantes del vestido, bordeando el escote y convirtiéndolo en un auténtico traje de sirena primaveral. Sin embargo, no contenta con ello, el camino de flores había seguido por el escote de la espalda y había bordeado la cintura, acabando en una gran flor sobre la cadera, confeccionada con decenas de pequeñas flores.

—¡Oh, Dios mío, Carmen! —exclamó Lis emocionada.

—¿Qué pasa, mami?, ¿no te gusta? —dijo el niño al verla llorar.

—¡Me encanta, es lo más bonito que he visto nunca!

—¡Venga, pónelo, que Abu nos está esperando!

—¡Y Juan, Júnior, Juan también nos está esperando!

—*Siempre* me olvido de él.

Llegaron al restaurante donde Juan había tenido la comida con sus compañeros y buscaron aparcamiento. Al salir del coche, un hombre alto y fuerte se paró a su lado.

—Disculpa —dijo mirando a Lis intensamente y clavando sus ojos en el alegre escote—. Tienes una luz trasera fundida, ¿lo sabías?

—¡Oh, no, no lo sabía! Gracias.

El hombre la miró a conciencia y luego se marchó con una sonrisa en los

labios.

—¿Por qué estás colorada, mami? —preguntó Júnior, saltando a la acera.

—Porque... porque... porque soy un poco vergonzosa y..., la verdad, este vestido no ayuda.

—¿Es porque te ha mirado con ojos chisposos?

—¿Qué has dicho, Júnior? —exclamó ella sorprendida.

—¡No es ninguna *palabota*, ¿eh, mami?! Un niño del *cento* dice que los novios miran así a las novias, con ojos chisposos. No es nada malo, ¿verdad?

—Pues no, no es nada malo, claro que no.

—Juan te mira así, mami, con ojos chisposos. *Siempre* lo hace y a mí no me gusta.

—Juan me quiere, Júnior, por eso me mira así, y a mí me gusta que lo haga, me gusta mucho, y tú debes respetarlo.

—¡Así que nuestro Pedro se ha enamorado! —comentó el compañero, dándole una palmada en la espalda y sentándose a su lado—. ¿Y puedo preguntar quién es la afortunada? No será la poli, ¿no?... —La risa en torno a la mesa se lo confirmó—. ¡Bueno, pues qué se le va a hacer, son cosas que pasan! Por cierto, si queréis alegraros el día, no perdáis de vista la puerta, creo que está a punto de entrar la primavera... Me la he encontrado en el aparcamiento y no me he lanzado encima de ella de milagro. ¡Un monumento de mujer! ¡Ahí está..., joder!

Lis atravesó la puerta en el mismo momento en que el corazón de Juan dio un vuelco, mientras su cara se iluminaba con una gran sonrisa. Parecía una auténtica hada, salida de un cuento, enseñando sus impresionantes piernas y subida a unos zapatos de tacón de aguja que daban auténtico vértigo y sobre los que se movía con maestría, como si los hubiese usado siempre... Es lo que tiene el amor, que le pone alas a una. En la mesa no quedó cabeza sin volverse, mientras los colores subían a las mejillas de Lis, haciéndola aún más adorable.

—¡Madre mía, Jack! —exclamó Pedro, mirándole asombrado.

—Yo siempre la he visto así, Pedro —contestó él con una gran sonrisa. Se levantó y, al pasar junto al compañero que había dado la voz de alarma, no pudo contenerse—. Has hecho bien en no lanzarte sobre ella —dijo dándole una palmada en la espalda—, porque es mi mujer.

—Pero... ¿cómo que su mujer?... Pero... ¿quién es ese pibón, Pedro?

—No la reconoces, ¿verdad? —preguntó éste con una carcajada—. Es la mujer del accidente.

—¿La de la autovía? —exclamaron varias bocas a la vez.

Carmen los recibió con los brazos abiertos y la cocina oliendo a las delicias que salían de sus manos. El fin de semana comenzó tranquilo, hasta que llegó el momento de irse a la cama. Cuando vio que tendría que dormir solo y que Lis lo haría con Juan, Júnior perdió el control y comenzó a llorar desconsoladamente aferrándose a su cuello con fuerza.

—¡No quiero, mami, no quiero!

—Júnior, Juan y yo dormimos juntos y tú tienes que dormir en la otra habitación.

—¡No quiero que te haga daño, mami!

—Él no me hace daño, cariño, él me quiere.

Abu se lo llevó con la promesa de leerle un cuento, pero entonces el que se puso intranquilo fue Juan, que comenzó a pasear por la habitación.

—Lis..., yo... no quiero que tenga miedo... Yo he pasado mucho miedo en esa habitación de niño y... no quiero que él lo tenga...

—Está bien, ve a buscarle.

Regresó seguido de Júnior, que, con la cara bañada en lágrimas, se subió a la cama, gateó hasta Lis y se acurrucó junto a su cuerpo.

—Sólo será por esta noche, Júnior —le dijo ella muy seria—, porque esta casa no la conoces, pero cuando vayamos a la nuestra, dormirás en tu habitación. No pienso transigir en eso, así que ve haciéndote a la idea.

Juan cerró la puerta despacio, pero cuando se acercó a la cama y el niño clavó en él su mirada más seria, se paró en seco.

—¿Tú también vas a dormir aquí? —preguntó Júnior frunciendo el ceño. Juan no contestó, se sentó lentamente en la cama—. Vale, puedes dormir..., pero no ronques.

Juan se metió bajo las sábanas y, cogiendo la cara de Lis entre las manos, besó sus labios con dulzura, mientras sus dedos dejaban sobre sus mejillas lentas caricias.

—¡¿Ves, mami?! —dijo el niño, apartándole las manos y tomando la cara de Lis entre las suyas—. Te mira con ojos chisposos.

—Juan y yo nos queremos, Júnior, y no nos hacemos daño. Dormimos juntos todas las noches y nos amamos porque nos gusta y nos hace sentir bien.

—No quiero.

—Pero nosotros sí queremos, y es algo que tendrás que respetar.

—Pero no quiero.

—Dime una cosa, Júnior —dijo Juan cruzando las manos sobre el pecho. No podía imponer más—, ¿cómo te sentirías si alguien te quitase tu ranita verde?

—¿Me la vas a quitar?! —gritó él, apretándola contra su pecho.

—No, no te la voy a quitar, es tuya. Pero quiero que pienses cómo te sentirías si no pudieses tenerla contigo. ¿Estarías triste, contento, enfadado...?

—¡Enfadado, estaría muy enfadado y te daría muchas patadas! —respondió mirándole desafiante.

—Pues si yo no puedo dormir con Lis..., no estaré enfadado ni daré patadas, pero te aseguro que estaré muy triste, tremendamente triste.

—¿Y llorarás?

—Sí, creo que lloraré mucho, muchísimo. —Unos golpecitos en la puerta rompieron la magia del momento—. ¡Joder! La que faltaba.

—Dice *palabotas*, mami —le susurró el niño—. ¡*Enta*, Abu!

—¡Oh, creía que estabais solos, ya me voy!

—¿Qué pasa, Abu, tienes miedo?

—Carmen, ¿qué pasa? —preguntó Lis, entrando en su habitación y sentándose en la cama.

—Verás, Lis, esto... esto es muy difícil de explicar, cariño... Yo no sé cómo hacerlo, y si no sé cómo hacerlo contigo, que lo sabes todo, ya me dirás cómo se lo cuento a Juan. —Respiró profundamente—. Mi marido... está enfermo. Está muy enfermo, Lis, tan enfermo que lo van a dejar salir para que no muera allí, en la cárcel, y yo... yo...

—Tú no quieres que muera solo, quieres traerle aquí.

—¡Oh, cielo, ¿qué puedo hacer para que Juan lo entienda?! —dijo enjugándose una lágrima—. ¿Qué me aconsejas que haga, hija?

—Debes hacer lo que te dicte tu corazón, le guste a Juan o no. Es tu vida y debes vivirla tú. Tú tienes el mando, tú eliges, tú decides. Y decidas lo que decidas, yo te apoyaré, y estoy segura de que Juan también lo hará, aunque le cueste.

Lis regresó a su habitación esperando encontrarlos a los dos dormidos, pero la imagen con que se topó no podía ser más terrible. Júnior llorando

aterrorizado en una esquina de la cama y Juan mirándole asustado y sin saber qué hacer. Se acostó lentamente en medio.

—Juan no es como ÉL, Júnior, Juan nunca te hará daño, nunca.

—¿No, mami? —dijo el niño acercándose y acurrucándose contra su cuerpo.

—No.

—¿Me lo *pometes*, mami?

—Te lo prometo.

El sábado amaneció espléndido y Carmen decidió que, junto al río, sería un buen lugar para contárselo a su hijo. Sin embargo, los acontecimientos tomaron un curso muy distinto, llevándolos por otros derroteros y posponiendo las confidencias hasta un mejor momento.

Con una gran cesta de comida, tomaron posesión de la ribera del río, al igual que otras familias que conocían la existencia de aquel hermoso lugar. Y, como la vida tiene extrañas coincidencias, quiso el destino que una de ellas estuviese presidida por la señora elegante. Las mantas naturalmente se jutaron, de ello se ocupó Carmen, para quien la hospitalidad no era una virtud, sino un deber, y, mientras Júnior y el nieto de la señora elegante se conocían, el señor derecho como un palo charlaba muy serio con Juan sobre el terrible estado actual de la juventud.

Lis no comprendía muy bien a qué venía aquella animadversión, teniendo en cuenta que él también había sido joven alguna vez, hasta que, con la caída de la tarde, el porqué apareció en un descapotable de alta gama y sonido envolvente.

La madre del niño, e hija de la señora elegante y el señor tieso como un palo, hizo su aparición sobre unos altísimos zapatos de tacón de aguja, haciendo verdaderos equilibrios sobre la hierba. Cubría su delgado cuerpo con un top de lentejuelas negro más propio para una noche de estreno en la Gran Vía que para la orilla del río, y sus piernas estaban levemente cubiertas por una minifalda que más que falda parecía cinturón. Por no hablar de su cara, en la que la noche de juerga y desenfreno habían dejado huella.

A todas esas conclusiones llegó Lis tras echarle una simple mirada. La muchacha se dejó caer sobre la manta, mientras el padre tieso como un palo le dirigía una terrible mirada de reproche y la madre elegante intentaba apaciguar los ánimos. Sin embargo, toda posibilidad de paz fue echada por tierra cuando

el conductor del deportivo hizo acto de presencia. Era la chulería personificada, el despotismo absoluto y la rabia contenida. A todas esas conclusiones llegó Juan tras echarle una simple mirada.

Lis se quedó en su manta, observando a la extraña familia, mientras los suyos lentamente volvían hacia ella y hacían piña a su alrededor. Júnior se acurrucó en su regazo, Carmen se sentó a sus pies y Juan tras ella, acariciándole los brazos y besándole la cabeza. Y fue así, como la estampa de la familia feliz, como vieron estallar a la que estaba a su lado como si de una bomba de relojería se tratase. Comenzó levemente, como un aviso, hasta que la explosión apareció de golpe, con toda la furia, con toda la rabia. El detonador de la carga explosiva fue la negativa del niño a salir del agua. Su madre, entre protesta y protesta porque no la dejaban dormir, fue a buscarlo, pero en vista de las patadas que el chiquillo repartía a diestro y siniestro, le dejó por imposible y volvió a la manta sin hacer caso de los reproches del señor tieso como un palo.

Entonces el déspota tomó el mando. Se fue hacia el niño y, agarrándole por un brazo, le sacó del agua y le llevó en volandas hasta la manta..., donde lo tiró con furia. El instinto maternal superó a la desidia, y la muchacha se levantó dispuesta a arrancarle los ojos al energúmeno. Pero éste, el animal, también tenía para ella y comenzó a repartir, zarandeándola de un lado a otro, hasta que el padre tuvo que intervenir.

Aquello podría haber acabado muy mal si Juan no hubiera estado allí y hubiese reducido al energúmeno. Naturalmente, Carmen llamó a la policía — le había cogido el gusto a eso de defenderse—, y sonrió con ganas cuando los vio ponerle las esposas y meterlo en el coche entre gritos y forcejeos. La señora elegante acabó llorando en el hombro de Carmen, el señor tieso como un palo maldijo todo lo que se podía maldecir, y el niño se acurrucó junto a Júnior, mientras la chica llorosa los miraba a todos sin saber qué hacer.

—¡Con ése no hay artillería que valga! —les dijo Lis a las mujeres que la rodeaban.

—Esa artillería, querida... —contestó la señora elegante—, sólo sirve para los hombres. Eso no es un hombre, es simplemente una bestia, y las bestias sólo conocen el idioma de los golpes.

—¿A qué esperas para dejarle? —le preguntó Carmen a la muchacha llorosa—. ¡¿Tanto te gusta en la cama que no puedes apartarte de él?!

—¿Por qué dice eso? —repuso la chica, encendiendo un cigarrillo con manos temblorosas.

—Porque es el único motivo que puedes tener para aguantar que te maltrate. Eres joven, eres rica, tienes familia.

—Pero yo... yo... le quiero.

—¡Pues lo único que puedes querer de él es su cuerpo, porque lo demás...! —replicó Carmen asombrada—. Deberías pensar en dejarle, deberías pensarlo seriamente, si no, cualquier día te veremos en las noticias mientras comemos... ¿Por qué no te compras un vibrador?

Lis revoloteaba por la habitación guardando ropa en el armario, enfundada únicamente en una vaporosa bata de seda, sintiendo unos ojos que la seguían en todos sus movimientos y brillaban como los de los animales en plena jungla, cuando Júnior llamó a la puerta y el hombre excitado de la cama comenzó a gruñir.

—Lis..., hoy no tiene disculpa, ya conoce la casa...

—Entra, Júnior —dijo ella con una sonrisa—. ¿Qué pasa, cariño?, ¿tienes miedo?

—No, ya no tengo miedo —contestó el niño sonriendo, mientras Juan se sentaba muy serio y cogía el vaso de agua de la mesilla—. Quiero *habar* con papá.

Naturalmente, a Juan el agua se le atragantó, y comenzó a toser con fuerza.

—Mami..., ¿nos puedes dejar solos?

—¡Oh, claro, claro! —respondió Lis, que salió precipitadamente.

Júnior se subió a la cama, sujetando su ranita verde con una mano, y se acercó a Juan, que seguía tosiendo, más que nada por la impresión. Se quedó de rodillas a su lado y, tras aproximar la pequeña manita a su espalda, comenzó a darle suaves golpecitos.

—Respira por la nariz, es lo que *siempre* dice mami.

—¿Qué pasa, Júnior? —preguntó él, concentrando toda su atención en el pequeño que tenía delante.

—Quiero *habar* contigo.

—¿De qué?

—De lo que ha pasado en el río.

—¡Ah, entiendo! —exclamó Juan, sentándose más derecho—. Sí, yo también quiero hablarte de ello. Verás, lo que has visto esta tarde, la pelea, no ha estado bien. No se debe emplear la violencia para resolver conflictos, es el último recurso, porque la violencia sólo engendra más violencia, y... lo que he

hecho no ha estado bien, así que espero que tú no lo hagas. Hoy no he sido un buen ejemplo para ti, lo siento.

El niño le miró torciendo la cabeza, con sus increíbles ojos negros abiertos como platos y sin perderse ni una sola de sus palabras.

—¿Has entendido lo que te he dicho, Júnior?

—Sí, *queo* que sí.

—¿Quieres preguntarme algo?

—No —respondió negando con la cabeza—. He venido a decirte que estoy muy orgulloso de ti. Mami *siempre* dice que a los más débiles hay que defenderlos, porque ellos no pueden hacerlo... Y aquella mujer no podía defenderse del *monstuo*, porque estaba muy *faca*... Y el niño tampoco..., porque los niños no tenemos fuerza para defendernos... Mami *siempre* lo dice, que somos seres indefensos... Pero tú los has defendido, porque tú tienes fuerza... y por eso estoy orgulloso de ti y por eso he decidido que a partir de ahora serás mi papá. ¿Quieres... tú quieres ser mi papá?

Regresaron del pueblo el domingo por la noche sin que Carmen hubiese encontrado el momento de contarle a Juan lo de su marido. Lis le miraba preocupada mientras conducía, pensando cómo se lo tomaría; al fin y al cabo, era su padre. Juan llevó a Júnior en brazos a la cama mientras Lis se preguntaba si debería decírselo o esperar a que lo hiciera Carmen.

—¿Qué pasa, nena?

—¿Qué? —dijo ella, mirándolo sorprendida. No lo había oído entrar.

—Estás muy pensativa, algo te preocupa, dime qué es.

—Sí, estoy... estoy preocupada por algo, pero... —contestó, desnudándose lentamente.

—Pero no te atreves a decírmelo... Supongo que lo harás cuando hayas tomado ya una decisión —dijo Juan en voz baja y sin mirarla.

—Juan... —Lis se acercó y se abrazó a su cintura con fuerza—. No tengo que tomar ninguna decisión. Tengo que contarte algo que... te hará sufrir y no quiero hacerlo porque no quiero que sufras, por eso estoy preocupada.

—¿Es por Júnior? —preguntó él, tomándole la cara entre las manos y mirándose en sus ojos—. ¿No te parezco un buen padre para él?

—Pero ¿qué dices? —rio Lis—. No digas tonterías, Júnior no podría tener mejor padre que tú, cariño. —Le besó los labios con dulzura, acariciándole la espalda—. Se trata... se trata de tu padre, Juan..., está enfermo.

—¿Grave?

—Sí, cariño, muy grave.

Él le dio un suave beso en los labios y se acostó en silencio. Lis se puso el camisón y se acostó a su lado, acariciándole la cara con dulzura. Juan se

volvió en la cama y clavó sus ojos en los de ella, y fue así, mirándose en sus ojos, como el fuego que había en los suyos se fue apagando lentamente, hasta que sus párpados se cerraron y se quedó dormido. Lis se despertó de madrugada y le encontró en la misma posición. No se había movido en toda la noche.

—¡Qué madrugadora! —dijo él abriendo los ojos y mirándola con dulzura—. ¿En qué piensas tan concentrada?

—En cómo puedo ayudarte, Juan.

Lis se tendió despacio sobre su cuerpo, que la recibió con ternura, con mucha ternura, rodeando su cintura y apretándola, mientras su boca la devoraba lentamente encendiéndola al momento. Sus besos y el roce de su barba alteraron la respiración de Lis, que se movió sobre él al sentir su erección sobre su vientre. Juan la tumbó sobre la cama y le quitó el camisón. Tomó sus pechos en las manos y los saboreó una y otra vez, chupándole los pezones, mordiéndoselos suavemente y provocándole gemidos de placer que salían sin control. Bajó por su cuerpo, llenándolo de caricias, dejando sobre su piel besos y más besos, recreándose en su vientre, donde no dejó centímetro sin besar y llegando a su sexo. Lo recorrió con su boca con deleite, separó sus labios y chupó su clítoris hasta que la sintió perder el control y abrirse para él, entregándosele. Lo succionó hasta que la sintió correrse en su boca, mientras su cuerpo se estremecía por los espasmos del orgasmo y de su boca salía su nombre, pronunciado sin descanso.

—¡Juan, Juan, Juan...!

—Eres deliciosa, mi vida —dijo él, cerrando sus labios con un ardiente beso y entrando en su cuerpo despacio, lentamente, llenándolo con su miembro duro y caliente—. Es una delicia amarte, Lis, una delicia.

Ella perdió la noción de quién era y dónde estaba cuando Juan le pasó los brazos bajo las rodillas, abriéndola más y penetrándola más profundamente. Se arqueó, sintiendo un nuevo orgasmo que la hizo estremecer.

—Juan, cariño...

—¿Qué?

—¿Por qué no lo reconoces de una vez?

—¿Qué tengo que reconocer? —preguntó él, con las gotas de sudor perlando su frente, mientras entraba y salía de su cuerpo y la excitaba con sus caricias.

—Que le quieres, Juan..., que le quieres... —La penetró más deprisa, hasta que la sintió irse de nuevo bajo su cuerpo—. ¡Por favor, Juan..., por

favor..., reconócelo, hazlo por mí, por favor! —Seguía tomándola con desesperación—. No merece que le quieras..., pero no lo puedes evitar... Al corazón no se le pueden poner barreras..., va por libre...

—¡Lis, Lis, Lis!

Salió de su cuerpo y la giró lentamente en la cama, recorriendo con sus grandes manos su espalda, dejando sobre su cicatriz un camino de besos. Separó sus piernas despacio y entró nuevamente en su cuerpo, llevándola al clímax, en el que Lis se perdió, gimiendo descontrolada. Salió de ella y se tendió sobre su cuerpo, con la piel perlada de sudor, los ojos brillantes como estrellas y la respiración desbocada. Entró nuevamente, llenándola, colmándola, adorándola, saboreándola.

—¡Juan, estoy a punto de desmayarme...! ¡Reconócelo de una vez, por favor, por favor...!

Él pasó sus grandes brazos bajo su espalda y la elevó, mirándola a los ojos profundamente, mientras sus caderas se movían sobre ella con desesperación y su respiración estaba al borde del colapso.

—¡Lis..., Lis..., yo... yo... le quiero..., no quiero quererle..., pero le quiero...!

Júnior llegó a la casa tomando posesión de ella con la misma intensidad con que había tomado posesión de Lis, por completo. Se adaptó a sus vidas desde el primer momento, como si siempre hubiese estado allí, como si fuese una parte de ellos. Juan se sorprendía escuchándole, no paraba de hablar en todo el día, haciendo estallar a Lis en carcajadas a cada momento. Pero las noches..., las noches eran otra cosa. Cuando el Sol se ocultaba, los demonios aparecían de nuevo.

Al salir del baño y pasar ante su habitación, le oyó llorar. Llamó suavemente a la puerta y la abrió despacio. La lámpara de la mesilla estaba encendida, como cada noche, y las lágrimas surcaban su pequeña carita, mientras sus manos agarraban con fuerza su ranita verde.

—¿Estás bien, Juan? —El niño no contestó—. ¿Le digo a mami que venga?

Lis entró con una sonrisa en los labios, se sentó en la cama y acarició su carita, limpiándole las lágrimas.

—Te oigo por las noches, mami, te oigo llorar... y no me gusta..., me da miedo... No quiero que te haga daño, mami, no quiero..., y ayer te oí *guitar*, *guitabas* muy fuerte, mami...

—Juan no me hace daño, cariño. Nosotros nos amamos y lo que oyes por las noches en nuestra habitación son gemidos de placer cuando nos queremos, cuando hacemos el amor. ¿Tú sabes lo que es el amor, Júnior?

—Los ojos chisposos.

—Los ojos chisposos se les ponen a las personas cuando están enamoradas y Juan y yo lo estamos, estamos enamorados y por las noches nos queremos, y nos entregamos el uno al otro sin miedo, sin dolor, con amor.

Cuando Juan me abraza y me besa y me acaricia, me gusta y no me hace daño, él nunca me hace daño, Júnior. ¿No nos has oído reír por la noche?

—Sí.

—Porque lo que hacemos nos gusta, no nos hace daño, no es malo, como lo que ocurría en LA CASA. Aquello era malo porque nos hacía daño, porque nos hacían cosas que no nos gustaban y que no queríamos que nos hicieran, ¿verdad?

—No, no queríamos...

—Y si alguna vez me oyes gritar por las noches, es porque tengo pesadillas, porque sueño con LA CASA.

—¿Tú también tienes pesadillas, mami?

—Sí. No quiero tenerlas, pero las tengo, y grito asustada hasta que Juan me despierta y me abraza.

—¿Quieres que te deje mi ranita verde, mami? Así las pesadillas no *vendán* cuando duermas.

—Pues te lo agradezco mucho, pero yo ya tengo una ranita verde.

—¿Ah, sí? Nunca la he visto. ¿Dónde está?

—Mi ranita verde es Juan, Júnior. Él me despierta de las pesadillas y me protege de los malos sueños, igual que a ti tu ranita verde. Y ahora... a dormir.

Lis se fue al salón, donde se fumó lentamente un cigarrillo, dejando que las lágrimas que empujaban en sus ojos saliesen y liberasen de tanto dolor su corazón. Cuando regresó al cuarto, Juan apartó las sábanas y la acurrucó contra su cuerpo, inundando de besos su espalda y haciéndole sentir su sexo, duro y caliente. Acarició sus pechos con suavidad y se recreó en sus caderas, subiéndole el camisón despacio, dejando sobre ellas tiernas caricias.

—¡Así que soy tu ranita verde...!

La risa de Lis le dio alas, se bajó el pantalón del pijama y acercó su miembro, le levantó la pierna y entró en su cuerpo despacio, con la suavidad de siempre. Los pezones se irguieron bajo su mano y fue bajando hasta llegar a su sexo hinchado, caliente, excitado. Le acarició el clítoris mientras entraba y salía de ella, haciéndola gemir, besándole el cuello, mordiéndoselo. Tomó su pierna y la colocó sobre sus caderas, abriéndola más, gimiendo de placer en su oído.

—¡Oh, Lis, Lis, estás empapada, mi vida, es una delicia tocarte!

—Juan..., por favor...

—Espera, espera un poco, cielo.

Le separó más las piernas y la penetró más profundamente mientras le acariciaba el clítoris más deprisa, más fuerte, estremeciéndola con su mano y con su miembro y recreándose con los espasmos y los gemidos que le arrancaba, hasta llevarla a un orgasmo que la hizo temblar y pronunciar su nombre, mientras seguía duro dentro de su cuerpo.

—Es maravilloso sentir cómo te corres, cariño, maravilloso —dijo saliendo de ella y poniéndose encima. Acercó su miembro y volvió a entrar, despacio, muy despacio, mirándola intensamente—. ¡Córrete otra vez, cariño, hazlo para mí, por favor!

No necesitaba pedirlo; sus caricias llevaron de nuevo a Lis al precipicio y respondió con pasión. Levantó las caderas hacia él, dejándolo entrar como el mar en la arena, en una lenta caricia, cálida y sensual, entregándole su cuerpo y sintiéndose libre en sus brazos, mientras un intenso orgasmo la atravesaba.

—¡Juan..., Juan...!

—¡Gracias, mi amor, gracias! —gimió él en su boca, dejándose llevar también por el placer.

Entró en la consulta de Patricio sin cita previa, caminando lentamente y con dos cafés en las manos. Dejó uno sobre la mesa y se sentó en el sofá, suspirando profundamente.

—No tienes buena cara. ¡No me digas que el niño se ha vuelto a meter en vuestra cama!

—No —dijo Jack con una sonrisa tierna—. Lis no ha transigido en ese punto, Patricio, se ha mantenido firme y Júnior duerme en su cama cada noche.

—¿Y en qué más cosas se ha mantenido firme Lis, Jack?

—Pues en... obligarme a cocinar todas las noches..., a leerle cuentos infantiles a quien no quiere oírlos porque mi voz no es tan bonita como la de mami..., en hacerme retomar la relación con mi madre..., en enseñarme a perdonarla, a comprenderla... y a volver a quererla. —Juan respiró profundamente, cogiendo el cigarrillo que Patricio le tendía—. Me ha hecho aceptar que quiero a mi padre..., que no quiero quererle..., que no merece que le quiera... pero que, aun así, no puedo evitarlo... ¿Quieres que siga?

—Por favor..., falta lo mejor.

—Me ha enseñado... que todo tiene un porqué, que entregarse a alguien

no implica perder, sino ganar. Me ha enseñado que compartir es mejor que tener y que perdonar es mejor que odiar. Me ha enseñado que una caricia siempre es más efectiva que una bofetada..., y también más placentera —añadió Juan con una sonrisa pícaro—. Y me ha obligado a mirarme al espejo y aceptar mis miedos, mis odios y mis amores.

—¿Y cómo te hace sentir eso?

—Vacío. Me siento vacío, Patricio, como si ya nada de lo que hubiese dentro fuese mío.

Patricio se levantó lentamente y se acercó a la ventana, apagó el cigarrillo en el cenicero y comenzó a hablar.

—A mi madre, la bióloga..., le gustaba arreglar armarios. Tengo muy pocos recuerdos de ella, pero ése se ha mantenido nítido en el tiempo y me ha enseñado más que todos los años de carrera. —Abrió un cajón y sacó una botella de whisky, lo sirvió, le entregó un vaso a Jack y regresó junto a la ventana—. Decía que había heredado esa manía de su madre y ésta de la abuela, se había convertido así en una especie de tradición familiar. Cada vez que llegaba el cambio de estación, mi madre parecía activarse, como si un reloj interior empezase a sonar y ella se despertase, y durante un par de días se lanzaba a arreglar todos los armarios de la casa. Al comenzar la tarea, se volvía irascible, nerviosa, preocupada... Recuerdo que mi padre se quejaba diciendo: «Ya está otra vez con los armarios», pero al terminar de hacerlo, la invadía una gran calma...

»Esa rutina se repetía con cada cambio de estación y, como soy curioso por naturaleza, una de esas veces me senté en la cama de su habitación y la miré. Me mantuve callado durante mucho tiempo, creyendo que quizá no quisiese conversación, pero no, no era así, tan pronto como hice la primera pregunta, ya no necesité hacer más. Mi madre comenzó a hablar y me contó en esos dos días más que en toda su vida... Naturalmente, no te voy a dar semejante charla, pero sí te voy a hacer un resumen de las enseñanzas que me transmitió durante aquellos dos días y que se han quedado grabadas en mi memoria, en mi corazón y en mi alma, para siempre.

»Abrimos el armario y guardamos cosas en su interior, a veces de forma ordenada, pero en la mayoría de los casos con prisas y de cualquier manera. Cada día que pasa seguimos necesitando guardar cosas, así que abrimos las puertas y empujamos lo que hay dentro para hacer sitio para lo nuevo... Ese amontonamiento de cosas, sin orden ni concierto, produce un gran bloque inestable al que el más mínimo temblor puede hacer caer... Y, dado que la

capacidad de almacenaje de los armarios no es ilimitada, es necesario reorganizarlos, para evitar que un día se desborden y se desparrame su contenido... Pero abrir el armario y comenzar a sacarlo todo de su interior produce en la habitación un gran desorden, y ese desorden produce inestabilidad, desasosiego, angustia... Prendas de diferentes tamaños, colores y formas desparramadas por la habitación nos muestran el caos, y el caos siempre desconcierta... Comienza entonces la difícil tarea de mirar lo que se ha guardado dentro. ¡Uno se lleva tantas sorpresas! ¡De repente aparecen cosas que uno no sabía ni que tenía, o que simplemente había olvidado! Y se empieza a hacer una selección de lo que se quiere seguir conservando y de lo que simplemente ya no sirve y se desecha... Al terminar la tarea, mi madre miraba el armario ordenado y medio vacío y sonreía diciendo: «¿Has visto?, y parecía que ya no había sitio!». Ésta ha sido nuestra última sesión, Jack, mañana entregaré tu alta al jefe.

Él se levantó lentamente y se encaminó hacia la puerta, donde se quedó callado un buen rato.

—La quiero con toda mi alma, pero desde que la conocí he podido perderla muchas veces. Sin tu ayuda, nunca habría conseguido que siguiese a mi lado, y yo... ahora sería el hombre más desgraciado de la Tierra... ¡Gracias, Patricio, gracias!

—Pero ¿qué coño te pasa hoy, Jack? ¡Estás en las nubes, tío! —dijo Pedro con una sonrisa divertida—. ¡¿Me lo quieres contar de una vez?!

—Nada, no me pasa nada —contestó él, saliendo al patio trasero y encendiendo un cigarrillo.

—¡Oh, no, no, no, a mí no me engañas! —exclamó su amigo, siguiéndole—. ¡A ti te pasa algo y me lo vas a contar!

Jack estalló en carcajadas viendo la frente arrugada de Pedro. Le ofreció un cigarrillo mientras miraba la puesta de Sol sobre la ciudad con una sonrisa tonta en los labios.

—No te lo puedo contar, Pedro.

—¡Venga, no me jodas! ¡¿Qué?!

—Está bien, pero tienes que guardar el secreto.

—¡Joder, esto se pone interesante! ¿Y no se lo puedo contar a Marga?

—¡A ella menos que a nadie, Pedro, se le escapa todo por la boca! —dijo, provocándole una carcajada—. Verás..., ¡Lis está embarazada!

—¡Hostias, enhorabuena, tío, esto hay que celebrarlo!

—¡No, Pedro, no puedes decir nada!

—Pero ¿por qué? Es una gran noticia.

—Es que..., verás..., ella aún no lo sabe.

—Jack, ¿has bebido? ¿Cómo coño lo vas a saber tú y ella no?

—Verás..., cuando era pequeño, tenía un vecino. Un día que hacía mucho calor, su madre infló delante de la casa una pequeña piscina. Nos pasamos en ella toda la tarde, hasta que mi madre vino a buscarme. Se quedó muy concentrada mirando la espalda de mi amigo y, cuando entró en casa, comenzó a reír..., fue una de las pocas veces que la oí reír de niño. Entonces me lo

contó. Me dijo que, cuando se quedó embarazada de mí, sólo tenía ganas de comer fresas, y que las estuvo comiendo durante todo el embarazo, para que yo no tuviese un antojo como mi amigo.

—No te sigo, Jack.

—¡Joder, y luego dicen que el obtuso soy yo! Lis tiene un antojo, Pedro, un antojo, pero ella no lo sabe.

Se despertó en mitad de la noche. El hambre que no había tenido en los últimos meses la asaltaba ahora de repente, sin previo aviso, desafortunadamente. Entró en la cocina con decisión y abrió la nevera con ansia... ¡No quedaba ni una fresa!

Juan se despertó al oírla llorar. Estaba sentada en el borde de la cama, abrazándose las rodillas y sollozando en silencio.

—Lis..., ¿qué pasa, cariño?

—No lo sé, Juan..., no lo sé...

—¿Has tenido una pesadilla, cielo?

—No...

—Entonces, ¿por qué te has despertado? No sueles hacerlo si no tienes pesadillas.

—Eso es lo más extraño, Juan, me he despertado... con hambre.

—Ya... —dijo él mientras una sonrisa iluminaba su cara—. ¿Quieres que te prepare algo, mi vida?

—¡Oh, Juan! —exclamó ella, enterrando la cara en las rodillas y llorando sin control—. ¡Vas a pensar que estoy loca!... ¡Al final, Carla va a tener razón y no soy más que una desequilibrada!...

—¿Por qué dices eso? —preguntó él riendo, sentándose a su espalda y abrazándola con fuerza.

—Es que... me he despertado con hambre, Juan, pero con un hambre terrible...

—Bueno, eso es normal, no has probado la cena... Voy a empezar a dudar de mis dotes culinarias.

—¡No digas tonterías! La cena estaba deliciosa, pero es que... yo..., oh, no sé cómo decirlo sin parecer una lunática... Yo... sólo tengo hambre de fresas, Juan. No me preguntes por qué, pero es la verdad. No me apetece comer más que fresas, sólo fresas, y al ver que no hay... me han entrado unas ganas terribles de llorar... Pero no sé por qué..., no lo entiendo...

—Yo sí lo entiendo, cariño —dijo él, tendiéndola sobre la cama y mirándola con ternura.

—Pero ¿cómo lo vas a entender tú si no lo entiendo ni yo?

—Verás..., yo... no te he dicho nada porque esperaba que te dieras cuenta.

—Juan..., no entiendo una palabra de lo que estás diciendo.

Él comenzó a reír mientras le limpiaba las lágrimas, dejando sobre sus mejillas lentas caricias, acercándose a ella y excitándose con su aroma. Le quitó el camisón, mientras su boca dejaba sobre su piel besos y más besos que la encendieron al momento.

—No te preocupes, cariño, no te pasa nada malo —le susurró al oído, tendiéndose sobre su cuerpo.

—Juan, ¿me lo vas a... explicar?

—Sí, mi amor —respondió entrando en ella y haciéndola estremecer—. Lis..., lo que te pasa... no es nada malo, mi vida... Lo que te pasa... se llama antojo.

—¡Oh, Dios, lo que me faltaba! —exclamó, abriendo los ojos asombrada—. ¡Que me llames caprichosa!

—No, mi vida, tú no eres una mujer caprichosa, nada de eso.

—Juan..., yo... no te entiendo... —gimió mientras las lágrimas volvían a inundar sus ojos.

—No llores, mi vida, no llores, no quiero que llores ahora. Ahora no, mi amor, ahora no —dijo moviéndose más sobre ella.

—¡Oh, Juan, pero ¿qué me pasa?! —se lamentó, tomándole la cara entre las manos y mirándose en sus ojos brillantes y sonrientes.

—Lis, lo que te pasa es que estás embarazada.

Juan cerró su boca asombrada, invadiéndola por completo con lentas caricias, saboreando su lengua, tomando su cuerpo una y otra vez, dando tiempo a su mente a asimilar la noticia y despertando su deseo.

—¿Las fresas... son un antojo..., un antojo de embarazada? —dijo ella entre gemido y gemido—. ¡Oh, Señor, oh, Señor...!

El calor tan conocido comenzó a formarse en sus entrañas y se extendió por todo su cuerpo como si de una gran bola de fuego se tratara. Inundó su vientre y llegó a su pecho, donde a la risa le salieron alas. Subió por su garganta, se mezcló con sus gemidos y atravesó el aire que los separaba. Nunca la risa de Lis le había sonado a Juan tan clara, tan profunda, tan intensa, tan mágica. Él se unió a ella, hundiendo la cara en su cuello, esperando que le traspasara. Sus manos se entrelazaron, mientras sus bocas se devoraban, los

corazones se sentían, las risas se mezclaban y en los brazos del deseo el orgasmo los atravesaba. El placer recorrió sus cuerpos, inundando de ternura al ser que habitaba en sus entrañas.

—¡Oh, Juan, Juan..., nunca había tenido un orgasmo tan alegre! —dijo Lis, tomando su cara entre las manos y mirándose en sus ojos, que parecían dos estrellas—. Juan, cariño, ¿crees que en el veinticuatro horas tendrán fresas?...

Biografía de la autora

Nací el 4 de junio de 1966 en Oviedo. Viví toda mi infancia en Asturias, en un pequeño pueblecito perdido entre las montañas, llamado Boinás, a los pies de las maravillosas cumbres nevadas de Peñamanteca. A los quince años me trasladé a Santiago de Compostela, donde sigo residiendo. Estoy divorciada, no tengo hijos, y soy maestra de Educación Infantil en una pequeña escuela unitaria de la Costa de la Muerte.

Notas

[1] *La frase tonta de la semana*, RCA Records Label, interpretada por La Quinta Estación. (N. de la E.)

[2] Véase nota de la pág. 16.

[3] *Sin ti no soy nada*, 2009, Amaral (Gatorama Music) bajo licencia exclusiva a Parlophone Music Spain, S. A. (C) 2009 Parlophone Music Sp, interpretada por Amaral. (*N. de la E.*)

Jack

Cristina Brocos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, Voronin- Shutterstock

© Cristina Brocos, 2015

Los derechos sobre la obra han sido cedidos a través de Zarana Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2015

ISBN: 978-84-08-14563-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.,

www.victorigual.com